

EMILIO FRUGONI

EL LIBRO
DE LOS
ELOGIOS



MONTEVIDEO 1953

Or ti riman, lettor, sovra'l tuo banco.

DANTE (Paradiso Canto X)

LIBROS DEL MISMO AUTOR

PROSA

- Los impuestos desde el punto de vista sociológico.
(Talleres Renacimiento. 1915).
- Los Nuevos Fundamentos.
(Editorial Maximino García. 1919).
- La Sensibilidad Americana.
(Editorial Maximino García. 1922).
- La Lección de México.
(Dos conferencias, Imprenta Augusta. 1928)
- La Revolución del Machete.
(Editorial Claridad, Buenos Aires. 1934).
- Ensayos sobre Marxismo.
(Editorial Claudio García & Cía. 1935).
- La Mujer Ante el Derecho.
(Editorial Afirmación. 1940).
- El Laborismo Británico.
(Editorial Afirmación. 1941).
- Las Tres Dimensiones de la Democracia.
(Editorial Claridad. Buenos Aires. 1944).
- De Montevideo a Moscú.
(Editorial Claridad. Buenos Aires. 1945).
- Génesis, Esencia y Fundamentos del Socialismo.
(Editorial Americalee. Buenos Aires. 1947).
- La Esfinge Roja.
(Editorial Claridad, Buenos Aires. 1948).

VERSOS

- De lo Más Hondo. Prólogo de José Enrique Rodó.
(Imprenta Barreiro y Ramos 1902)..
- El Eterno Cantar.
(Editorial O. Bertani. 1907).
- Los Himnos.
(Editorial Renacimiento. 1925).
- Poemas Montevidéanos.
(1ª Edición Maximino García 2ª Edición Volumen 57 de "Los Poetas" de Claridad, Bs. Aires. 1923).
- La Epopeya de la Ciudad.
(Nuevos Poemas Montevidéanos. Editorial Maximino García 1927).
- Bichitos de Luz.
(Editorial Apolo. 1925).
- Canti di Fede.
Versión italiana de Folco Testena. Prefazione di Filippo Turati. (Editorial Atlántida. Nevi (Génova) 1925).
- La Canción Humana.
(Editorial Amigos del Libro Rioplatense. (Montevideo - Buenos Aires. 1936).
- La Elegía Unánime. - Introducción por Roberto Ibáñez.
(Editorial Lozada S. A., Buenos Aires. 1942).
- Poemas Civiles.
(Editorial Claudio García & Cía. 1944).

Advertencia Preliminar

En este volumen el autor ha recopilado páginas dispersas en periódicos y revistas y aun en libros ajenos, como prefacios de los mismos. Tal vez peca de exagerado optimismo al imaginarse que muchas de ellas no han perdido del todo su actualidad gracias a la índole de los temas que abordan.

Sea como fuere, se le ocurre que éste es un libro en que se le ve vivir a través de largos años, en múltiples momentos de su existencia, porque está hecho con trozos de su vida intelectual, sentimental y civil, acosada por afanes diversos.

Y el simple hecho de ser este libro una antología y un receptáculo de inquietudes personales, que describe en cierto modo el itinerario de una vida variada, puede concederle algún interés. En toda existencia humana, por oscura y vulgar que sea, reside un llamamiento a la atención solidaria, débil llamamiento en este caso; pero a la idea de cuya relativa vigencia el autor no renuncia, ni siquiera como ilusión que ayuda a no morir antes de tiempo.

Porque lo contrario equivaldría a reconocer su absoluta insignificancia personal con un heroísmo suicida, superior a sus fuerzas.

Debe advertirse que el autor, no sin pena, ha debido dejar de incluir en esta recopilación no pocos artículos y discursos en que tejiera coronas de sinceros elogios en torno de frentes que admira, o en los que cumplía el laudatorio comentario o la favorable apreciación de manifestaciones artísticas, en crónicas de teatro o en conferencias cuya versión taquigráfica o cuyos apuntes se extraviaron.

Recordamos, entre otras, para no citar sino tres, la conferencia que pronunció en el Paraninfo de la Universidad a poco de la muerte de José Enrique Rodó, que alcanzó mucha resonancia en nuestro ambiente, y a la cual se alude en la oración del homenaje a María Eugenia, que

ocupa un sitio del presente volumen. También el discurso pronunciado en el Ateneo de Paysandú a pocas horas de anunciarse en esa ciudad el fallecimiento de Juan Zorrilla de San Martín.

Finalmente el discurso en celebración del triunfo de Lincoln Machado Ribas — uno de nuestros grandes valores intelectuales contra cuyo cabal reconocimiento público conspiró siempre su excesiva modestia — al resultar vencedor en el concurso organizado por la Academia de Historia de Venezuela, el año 1940, sobre “Movimientos revolucionarios en las Colonias Españolas”.

En cuanto a artículos, algunos ligeros prólogos en libros que se perdieron en el desorden meteorológico de su biblioteca y que no ha logrado recuperar. Pero más lamenta todavía no haber podido incluir algunos ensayos que ha resuelto escribir y cuyos comienzos ha pergeñado ya, pero para los cuales necesita una documentación de no fácil exploración y ordenamiento.

De ellos destaca aquí el consagrado a Alvaro Armando Vasseur, cuya valoración en las múltiples facetas de su poderoso talento, que llena tan grande espacio de la mejor bibliografía del país, requiere un libro.

He ahí lo que más le urgía expresar al autor, al ponerse en contacto con los lectores de estas páginas.

PRIMERA PARTE

CONFERENCIAS Y DISCURSOS

Víctor Hugo Ciudadano (1)

Quiero ante todo manifestar mi complacencia por el hecho de que el Ateneo haya resuelto reanudar sus actividades oficiales, hacer su casi resurrección espiritual, su reincorporación a la vida activa del pensamiento uruguayo, conmemorando el cincuentenario de la muerte de Víctor Hugo. Porque no podía haber hallado mejor motivo para reatarse, para volver a vincularse a su vieja y gloriosa tradición liberal y democrática, afirmada gallardamente en aquellos días en que entre sus paredes, por cierto más modestas que las actuales, resonaba el verbo elocuente de una generación romántica y apasionada en cuyo corazón ardía el culto de estas grandes figuras del romanticismo literario y del romanticismo político.

Víctor Hugo, que ocupa en la historia de la literatura mundial una cumbre radiosa, una de las más altas cumbres, encarna asimismo —sobre todo en los últimos años de su vida— una representación pujante de la más caudalosa corriente civil del pensamiento político y social del siglo XIX.

De lo que fué en la poesía y en la literatura francesa y universal; de su influencia en la renovación de los gustos literarios de su tiempo; de lo que significó en el movimiento romántico; de su obra de poeta y de novelista; de su formidable genio épico y de su lira todopoderosa, nos han hablado magistralmente quienes me precedieron esta tarde en esta tribuna. Yo vengo a evocar con mi oratoria de fagina política, de simple artesano o picapedrero de la palabra, aspectos de su personalidad y de su vida pertenecientes al plano del ciudadano y del hombre de acción.

Y bien puede hablarse, sobre todo, del hombre de acción tratándose de un poeta que hasta como poeta fué más activo que contem-

(1) (Versión taquigráfica). En el Ateneo de Montevideo el 22 de Mayo de 1935.

plativo, pues Baudelaire dijo de él que era “la contemplación en marcha”, es decir, la imaginación poética en acción y en movimiento. La pasión política, por lo demás, fué siempre muy viva en Hugo. Desde muy joven se interesó por las agitaciones de la vida pública y las luchas de los partidos. En el prólogo de “Marión Delorme” dice que ya a los diez y seis años se sintió arrojado al mundo de la literatura por las pasiones políticas. Casi todos sus libros, después de sus primeras odas y baladas, aparecen mezclados a la vida pública, pues cada vez se fué apartando más —según sus propias palabras— de la literatura egoísta. Y a quienes le reprochaban olvidar la naturaleza, los bosques, las aguas y las estrellas por los partidos, él les respondía el año 1839 con unos bellos versos que dicen lo siguiente:

(Los traduciré, aunque muy literalmente, porque no quiero someterlos a ustedes a la tortura de mi deplorable pronunciación francesa).

Yo os amo, santa naturaleza,
y quisiera absorberme en vos;
pero en este siglo de aventura
cada uno se debe a todos.

Dios lo quiere en los tiempos contrarios.
Cada uno trabaja y cada uno sirve.
Maldición a quién dice a sus hermanos:
“Yo me vuelvo hacia el desierto”.
Maldición a quien se calza sus sandalias
cuando los odios y los escándalos
atormentan al pueblo agitado;
vergüenza al pensador que se mutila
y se aleja, cantor inútil,
por las puertas de la ciudad!

Esos aspectos lo han erigido en un abanderado de las ideas y sentimientos civiles que llenaron de más intenso resplandor el espíritu de su época; y gracias a los cuales resulta forzoso asociar su recuerdo y su nombre a las grandes luchas por la libertad política y al culto sagrado por la Libertad sin adjetivos y con mayúscula, que dieron to-

no y fisonomía a la Francia de su tiempo, y diciendo la Francia de su tiempo decimos todo el mundo civilizado, porque Francia era entonces, acaso más que nunca, el Sinaí del espíritu humano.

Y en ese Sinaí vemos a Hugo alzarse frecuentemente como un nuevo Moisés esforzándose en transmitir al mundo los dictados del genio histórico de su pueblo, cuyo corazón auscultaba para traducir sus latidos en los versos relampagueantes y flageladores de *Les Châtiments*; en la prosa inspirada de “Los Miserables” y “Növenta y Tres”; en algunas escenas de sus dramas como “Ruy Blas”, “Cronwell”, “Marión Delorme”, “Les Bourgraves”; en su gigante epopeya “La leyenda de los siglos”; en sus discursos fogosos pronunciados en infinidad de ocasiones; en los gestos morales que levantaban su personalidad como un símbolo, cuando hacía de su pluma un látigo implacable para los tiranos y de su palabra una lanza de Minerva para la protección y la defensa de las causas más justas, más nobles y más generosas.

¡Sus discursos! Bien valdría la pena, si hubiese tiempo para ello en una disertación como la de esta tarde, detenerse a esbozar siquiera un estudio de su oratoria, pero no de su oratoria académica y literaria, sino de sus discursos políticos y de combate, aquellos en que el hombre aparece al desnudo tal como es y en que la palabra sale de los labios del poeta con esa elemental tosquedad y ese calor de la piedra donde el genio va grabando, directamente, febrilmente, sus ideas, sus sentimientos y sus figuras, tal como esos escultores ciclópeos que esculpen directamente, con su propio escalpelo, su imagen en el granito de las montañas.

Por otra parte ¿es que acaso toda su obra literaria no es, como lo pretenden algunos y entre estos el crítico alemán Eduardo Engel, autor de una conocida “Psicología de la literatura del siglo XIX”, no es, salvo las líricas de las “Contemplaciones” y algunas tiernas páginas del “Arte de ser abuelo”, un solo, estupendo y colosal discurso? Un discurso en el que hablan magníficamente todas las voces de la tierra y del mar, todos los elementos naturales, todas las fuerzas de la vida, todos los vientos del espíritu, todas las bocas de la naturaleza: la montaña, el océano, los mares, los ríos, la selva, los astros, las aves, los hombres y los dioses, o tal vez y mejor, el Poeta, con mayúscula, en cuya alma todos los seres y todas las cosas encuentran su acento

inmortal, porque ella es por sí sola un mundo en que viven, palpitan y cantan todos los mundos reales e imaginarios porque el Poeta es, como el propio Hugo lo dijera en uno de sus versos magníficos: "Un monde enferm  dans un homme".

Otros, donde aquellos ven retórica oratoria, con el efectismo de los grandes contrastes y el abuso de la antítesis, procedimientos típicamente hugonianos, ven lirismo auténtico, a la manera romántica, naturalmente. Ese lirismo, que según Henry Houssaye se define como una llama divina, un espíritu que sopla hacia donde quiere, una elocuencia soberana del ritmo, sublime cuando expresa sentimientos profundos y sublime todavía cuando reviste los lugares comunes con las magnificencias de la forma; a menudo desordenado, confuso, hiperbólico, vertiginoso, precisamente porque es el lirismo y todos los excesos le est n permitidos. Pero, en este punto, nos hallamos ante esa controversia que gira en torno de Hugo acaso desde el día mismo en que nació a la fama hasta nuestros días y sin más tregua probablemente que la de aquellos años en que de vuelta del exilio, caído el segundo Imperio que lo desterró, y alejado "Napoleón le petit" —como él bautizara a Luis Bonaparte en un panfleto famoso— no quedaban ya en Francia voces que negasen el genio de ese hombre que hiciera de las islas de Jersey y de Guenersey pedestales gogr ficos de su gloria internacional, y volvía a internarse en el corazón sangriento y desgarrado de la patria coronado por la triple aureola de su valor civil, de su renombre universal y de su ancianidad venerable, abierta como un templo a todas las llamadas del corazón humano y a todas las devociones por la libertad, por la fraternidad, por la conmiseración y por la paz.

Entonces no se hablaba de sus obras —que lanzaba a luz con pasmosa fecundidad— sino para elogiarlas. Los que no querían decir bien de ellas —afirma un historiador literario— tenían el buen gusto de guardar silencio. Todos parecían imitar a Teófilo Gauthier, quien cierta vez dijera: "Si yo tuviese la desgracia de creer que un verso de Hugo no es bueno, no me atrevería a confes rmelo a mi mismo ni en el fondo de una oscura caverna".

Se habían, pues, disipado las terribles y fragorosas tormentas que desataron sus manifiestos literarios y sus primeros dramas, cuando

desplegaba el estandarte de guerra de la revolución romántica, tras el cual se lanzaba toda una legión, casi una horda de jóvenes bárbaros, de iconoclastas impetuosos, dispuestos a abrir paso, hasta con los puños, a su inquietantes principios de renovación artística a través de las apretadas filas de los fanáticos del clasicismo y de los filisteos de la época. La reacción clásica y académica negaba a Hugo y no le reconocía verdadero talento poético y buen gusto, aunque no pudiera desconocerle habilidad para los efectos, facilidad para la versificación, riqueza verbal y facundia.

Después de muerto reaparecen sus críticos implacables; pero no son ya, por lo general, razones puramente literarias las que mueven su pluma. Tras los ataques de los naturalistas— que en realidad comenzaron antes de que muriera, y que no eran en verdad, tampoco, zarpazos a la gloria de Hugo ni negaciones de su genio, sino críticas al criterio estético de los románticos y objeciones de doctrina artística a la obra de su principal representante francés —aparecen críticas en las que se dan dentelladas a la gloria literaria o intelectual de Hugo con un encono y un frenesí sólo provocados, evidentemente, por la posición espiritual del poeta y del hombre en el debate siempre candente y contemporáneo de las ideas políticas y religiosas.

Hace pocos meses, a fines del año 1934, Georges Borilhat publicaba un libro titulado *Le pontifice de la demagogie*. El pontifice de la demagogia es Victor Hugo. Con motivo de la aparición de ese libro, otro escritor francés, Claude Farrere, enviaba al autor una carta furibunda contra Hugo, en la que entre otras cosas decía de él que había sido "el imbecil más formidable del siglo XIX". Menos mal que en el adjetivo iba implícito el reconocimiento de la grandeza de Hugo, en quien ni la imbecilidad podía haber sido pequeña.

"Es tonto como el Himalaya" había dicho mucho antes que Farrere, uno de los hijos literarios del gran padre Hugo, Leconte de Lisle. Y bien: algunos días después de publicada esa carta en la que se negaba a Hugo con extraordinaria virulencia, su autor encontraba por la calle a un amigo suyo, escritor de gran esprit, y le preguntaba si la había leido.

—S ; le respondía el amigo. Pero supongo que ya estar s mejor...

Porque no se concibe que la gloria de Victor Hugo incomode hasta tal punto a los mismos franceses, si no anda de por medio el virus

de alguna injuria, de algún apasionamiento de naturaleza política o doctrinaria que no le perdona al poeta y al artista lo que el pensador y el hombre de acción pensaba, hacía o decía.

El genio desde su inmortalidad puede sonreír tranquilo antes los ataques, seguro de que aquí otros cincuenta años su nombre seguirá siendo recordado, y en un día como este glorificado por toda Francia y por todo el mundo culto, mientras que nadie recordará ya para nada el nombre de los encarnizados roedores de su estatua de bronce.

La reacción católica y monárquica y antidemocrática arrecia de tanto en tanto contra la gloria del hombre, del bardo ciclópeo que encarnó los ideales del librepensamiento y de la democracia republicana, y que flageló con sus versos y su prosa a la iglesia y al trono. No le perdona ni su anticlericalismo ni su liberalismo político ni su humanitarismo internacionalista. No le perdona haber dicho en cierto pasaje de "Los Miserables": "En todo país civilizado hay una luz encendida, la escuela; y una boca que sopla, el cura". No le perdona haber puesto la enseñanza universitaria frente a la enseñanza eclesiástica. No le perdona haber puesto a París frente a Roma y haber dicho: París, es la luz; Roma es la sombra; París tiene un libro: "Los derechos del hombre"; Roma tiene también su libro: El *Syllabus* de Pío IV...

No le perdona haber evocado en "La leyenda de los siglos" a los "Mercaderes del templo" y "Les enterrements civils" para poner en descubierto en versos rotundos la impiedad y la impostura de los falsos ministros del Señor. No le perdona haber sido partidario de la emancipación política y civil de la mujer; partidario del sufragio femenino; partidario del divorcio; y de la instrucción laica y gratuita. No le perdona haber ofrecido la hospitalidad de su casa a los perseguidos y condenados por tomar parte en la revolución proletaria y parisiense de la *Commune*. No le perdona haber reclamado con heroica insistencia, en la Asamblea Nacional y en el Senado, con discursos admirables, la amnistía para esos perseguidos. No le perdona, finalmente, haber quebrado lanzas en defensa de su gran amigo José Garibaldi, el glorioso enemigo del poder temporal de los Papas.

El quería que el poeta fuese *symbolum* *século*, el símbolo del siglo; y nadie lo ha sido en más alto grado que él. Y por eso quienes hablan con tanto desprecio, como el reaccionario León Daudet, del "estúpido siglo XIX" detestan en Hugo precisamente todo lo que ha-

cia de su espíritu enorme la síntesis sonora de su siglo, con las corrientes de idealidad política, de inquietud social y de emancipación eclesiástica que le dieron fisonomía histórica.

Pero para nosotros es un hondo placer moral sumergirnos en la grandeza de su genio, en la inconmensurable vastedad de su obra literaria, en la soberana milicia verbal de toda su vida pública para extraer, en esta hora sombría del mundo y en esta nación de América, las fulguraciones de su pensamiento civil, humanitario y democrático, y la lección de su gallardo gesto de hombre inspirado de una ardiente fe en los destinos de la República y de la democracia, penetrado de una inquebrantable devoción a la causa de la libertad e iluminado por la llama inextinguible de un profundo amor al pueblo, cuyos dolores y cuyos anhelos compartía.

Patriota fervoroso y romántico, hasta el punto de negarse a votar la paz con los prusianos por no resignarse a consentir con su voto la separación de Alsacia y Lorena, dijo: "Amo a mi patria más que a mi aldea; amo a la humanidad más que a mi patria". Y nunca se exalta tanto su patriotismo, su veneración por Francia, como cuando identifica con ella el destino de la humanidad y cuando la ve agrandarse ante la conciencia de la historia en función de libertadora de pueblos y como encarnación de los principios de justicia y de fraternidad humana; hasta el punto de sugerirnos la convicción de que su amor por la patria no fuera tan vivo y vehemente si su patria no hubiera sido, además de su patria, la cuna de la Revolución Francesa.

Benjamín Jarnés, en un hermoso y reciente libro sobre Castellar, dice que cada siglo tiene su idea y su palabra preferidas; el Siglo XIX —añade— acarició amorosamente la palabra "libertad". Y bien: nosotros podemos agregar que en esa función de acariciar amorosamente, con mano divina, la palabra "Libertad", y hasta con ese sentido un tanto abstracto con que ella circulaba en su tiempo, nadie la igualado a Hugo en el campo de la poesía y del Arte.

Hubo un momento, por lo demás, en que su nombre parece confundirse con el de Francia; decimos "Hugo", y decimos "Francia", al menos la Francia del Siglo XIX. En esto su destino se asemeja al de Voltaire, porque uno y otro llegaron a ser la personificación más representativa de su Siglo.

El propio Hugo tuvo la sensación de que era así, años antes de

que llegara para él el momento de la glorificación suprema y sin disidencias. El nos narra una conversación que tuvo con un Capitán inglés cuando el Gobierno de Inglaterra lo desterró de la Isla de Jersey y lo condujo a otro puerto. Hugo iba en el puente de comando hablando con el Capitán del barco; la conversación giró sobre una demostración naval que en esos instantes se estaría realizando frente al puerto de Southampton, donde no recuerdo por qué circunstancia debía reunirse ese día una Escuadra Inglesa.

—¿Le agradaría a Ud. —le preguntó el Capitán— ver esa Escuadra? Victor Hugo le contestó que sí, pero añadió que no sería posible satisfacer sus deseos, dado que para ello el barco debía apartarse de su ruta. El Capitán le dijo que ese no era un inconveniente, que si él lo deseaba torcería el rumbo del barco, bastándole que en su Libro de Viaje firmase la declaración de haber manifestado tal deseo: eso era suficiente, añadió, para poner a cubierto su responsabilidad.

Hugo asombrado le dijo: —Un Capitán francés no haría semejante cosa—. Y su interlocutor le repuso: Pero un Capitán inglés puede hacerlo—. El barco, en efecto, enfiló hacia Southampton. Iba embanderado con las insignias correspondientes a la presencia a bordo de un personaje oficial de categoría; y como le preguntaran al Capitán por qué había embanderado el barco de ese modo, él contestó: —Porque viaja a bordo el Proscrito—, y Hugo, por su parte, acotando esta respuesta, añade: —Donde el Capitán dijo “Proscrito”, léase “Francia”.

Personificaba, pues, la Francia de su tiempo en tan alto grado como el patriarca de Farney. Había, sin embargo, grandes diferencias de temperamento y de estructura espiritual entre uno y otro, sin duda por lo mismo que eran distintos el temperamento histórico y el clima espiritual del siglo XVIII y del siglo XIX. El autor de “La Henriade”, que en realidad carecía de genio poético, manejaba, en cambio, con eficacia formidable la sátira y la ironía; el mismo Hugo lo dice en un gran discurso pronunciado con motivo del centenario de Voltaire: “Este —son palabras de Hugo— venció a la violencia con la risa, al despotismo con el sarcasmo y a la Infalibilidad con la ironía”. Hugo, en cambio, no cultiva el humorismo; pocas veces o casi nunca ríe; no siente la ironía, o, mejor, no la emplea. Sin duda

porque la ironía no es arma de apasionados: se ha dicho de ella que es un ensayo de la facultad de odiar; sería, por consiguiente, el aprendizaje de una pasión, mejor aún, una pasión que se queda a mitad de camino, que se corta las garras o se lima las uñas y se calza guantes de seda.

Víctor Hugo no es una pasión a medias, por lo menos en lo que respecta a la expresión; es una pasión que habla a gritos o se pronuncia en voz alta; no gusta del empleo de la sordina, tampoco gusta de los matices y de las medias tintas; su procedimiento es el de los colores fuertes y el de los grandes contrastes. Le agrada decirlo todo, tanto en sus poemas como en su prosa; él parecería no comprender el sentido profundo de aquel apotegma de los griegos según el cual la mitad es más que el todo. Para Hugo el todo fue siempre más que la mitad, por lo menos en Arte.

Pero la más bella lección que nos da en el campo de la ideología política es esa evolución incesante de su espíritu hacia los ideales modernos. Comienza siendo, bajo la influencia de la educación materna, católico y monárquico. Simpatiza, primeramente, con los Borbones y es legitimista; luego se aparta de su legitimismo borbónico, y bajo Luis Felipe llega a ser Par de Francia. Pero al sobrevenir la revolución de 1848, que implanta la segunda República, está con la revolución y actúa en el Parlamento en el grupo de los republicanos moderados. Como republicano de la derecha, vota contra los Talleres Nacionales y el impuesto progresivo; pero siempre elevado en las posiciones de su espíritu, no vota el procesamiento de Luis Blanc, de quien habría de ser admirador y gran amigo más adelante. Al producirse el golpe de Estado contra la segunda República, ya figura entre los republicanos de izquierda; es uno de los cinco delegados por la Asamblea para preparar la resistencia contra el golpe del 2 de diciembre, y habiendo consolidado su situación el gobierno de fuerza con la masacre en los bulevares, Hugo se ve obligado a alejarse de París refugiándose en Bélgica. Allí publica su famoso folleto “Napoleón le Petit”, a raíz de cuya publicación se dicta en Bélgica una ley especial para arrojarlo de su suelo, y es entonces cuando elige como sede la isla de Jersey, de donde, más adelante, ha de ser expulsado por el gobierno inglés, cuando especiales razones políticas decidieron a este gobierno a darle a Napoleón III esa muestra de amistad.

En Jersey, primero, y en Guernesey después, Víctor Hugo va acentuando su evolución hacia las corrientes renovadoras del pensamiento civil y político de su época. Sus artículos, sus manifiestos, sus versos mismos, lo presentan como un hombre de los nuevos tiempos, y como el más glorioso abanderado, según ya lo dijimos, de los ideales modernos. Se vuelve cada vez más universal. Bardo en la acepción histórica de la palabra, no sólo de Francia sino de su tiempo por encima de Francia; profeta anunciador y providencia social que da verbo a los grandes sueños de la humanidad en su hora, aviva la llama de su genio en los vientos de la historia.

Su actitud frente al movimiento revolucionario de la Commune, en el año 1871, no es la de un partidario de ese movimiento, pero no es tampoco la de un adversario. En principio reconoce, en cartas y artículos que se hicieron públicos en esos días, la justicia que inspiraba al pueblo de París al querer salvar los fueros de la ciudad frente a una Asamblea sospechosa que había cometido la torpeza de arrebatarse a ese pueblo, por la noche, los cañones considerados por él como elemento imprescindible para la salvaguardia de sus derechos. Sólo le reprochaba a la Comuna, tres cosas: el haber realizado el movimiento cuando aún los prusianos pisaban el suelo de Francia; el haber lanzado un decreto de represalias contra los rehenes, y el haber derrumbado la columna de Vendome; pero a la Asamblea Nacional de Versalles le reprochaba el gesto equívoco de ponerse contra el pueblo de París en el episodio de los cañones, la crueldad de sus procedimientos para con los revolucionarios, y el haber bombardeado el Arco de Triunfo.

Y colocándose en un plano superior de amplia justicia humana, mientras el gobierno triunfante de Thiers condenaba a muerte a las figuras salientes del movimiento o les imponía el destierro, él tenía gestos como el que motivó uno de los episodios salientes de su vida pública en Bruselas.

Se hallaba en esta ciudad cuando ocurrieron los sucesos de la Commune, a raíz de la muerte de su hijo, que dejaba desamparados en la capital de Bélgica a los nietos, a cuyo cuidado y protección acudió inmediatamente Hugo. Y en esas circunstancias el gobierno de Bélgica, de acuerdo con el de Francia dicta medidas contra los fugitivos de la Comuna, alguno de los cuales, se decía, habían pasado

a buscar refugio en Bruselas. Entonces Víctor Hugo publica en los diarios una carta manifestando que su hogar estaba abierto para los fugitivos y proscritos de Francia por razones políticas, a quienes les ofrecía, por consiguiente, el derecho de asilo de su hospitalidad. Esta declaración provocó entre los elementos reaccionarios de Bélgica una indignación sin límites. La misma noche en que apareció el mensaje de Hugo, la casa donde habitaba con sus nietos fué sitiada por una multitud frenética que iba engrosando con el aporte de los trasnochadores salidos de las salas de espectáculos, los cuales apedrearon los balcones de la casa e intentaron derribar las puertas, sin duda con el propósito de linchar al autor de "La Leyenda de los Siglos".

Vuelto a Francia pide en la Asamblea Nacional, por repetidas ocasiones, en vibrantes discursos, amnistía para los condenados políticos, siendo de recordar, como rasgo un tanto cómico, que la posición adoptada por Hugo ante esos perseguidores, le valió que en la Sociedad de Letras un escritor muy en boga entre cierta clase de lectores, —pero de quien se dijo con toda razón que estaba al margen de la literatura—, Jorge Onhet, pidiera su expulsión del registro de la sociedad.

Otro episodio destacable y altamente simpático de su actuación política fué su renuncia como miembro de la Asamblea Nacional, a raíz de la borrascosa sesión en que hizo la elocuente defensa de José Garibaldi. En las elecciones para miembros de dicha Asamblea, los que habían obtenido más votos como diputados de París, habían sido; en primer lugar: Luis Blanc; en segundo término: Víctor Hugo; en tercer término: Garibaldi; luego seguían Gambetta, Edgard Quinet, Henry Rochefort, etcétera. Por especiales circunstancias, Garibaldi no había integrado la Asamblea en calidad de diputado por París, pero resultó, asimismo, proclamado representante por Argelia, y al estudiarse sus poderes la Comisión respectiva de la Asamblea Nacional dictaminó en contra de la aceptación de dichos poderes, por no ser Garibaldi ciudadano francés. Víctor Hugo sube a la tribuna y pronuncia uno de sus discursos más memorables que provocaba casi a cada palabra interrupciones y protestas de parte de los diputados de la derecha. Dijo que Garibaldi, cuando nadie acudía en defensa de Francia republicana porque el Imperio ya había caído

en Sedán, puso a su servicio su espada gloriosa; añadió que era el único general francés que no fué derrotado. Los gritos e imprecaciones de la derecha no le permitieron continuar; indignado, bajó de la tribuna e inmediatamente redactó su renuncia encerrada en muy pocas palabras, pues más o menos decía así: "La Asamblea no quiso antes escuchar a José Garibaldi; ahora no ha querido escucharme a mí; no quiero continuar formando parte de una Asamblea que así procede". Y fueron vanas todas las tentativas que se efectuaron para decidirlo a retirar su renuncia; a cuantos lo vieron con ese fin, les dijo que a él no le incomodaban las interrupciones y que toleraba hasta las más estultas; pero que no podía admitir el amorazamiento de un orador por los gritos de la Asamblea, pues esto significa la supresión del derecho de hablar y de la libertad de pensamiento en el sitio mismo en que ese derecho y esa libertad deben tener en todo instante garantía su completa expresión.

Terminemos ya; alguna vez he hablado yo, no sin cierta nostalgia, de los tiempos en que el poeta era un espectáculo para el pueblo, una voz para muchos, un gesto sonoro ante la admiración, la simpatía y la veneración de las multitudes. Eran tiempos en que, naturalmente, la poesía engranaba con las preocupaciones colectivas, con las palpitaciones del corazón popular y con las inquietudes del espíritu público. El poeta ejercía un ministerio semejante al del sacerdote y al del legislador, o al de conductor de pueblos y naciones.

Tengo para mí que la poesía comenzó a decaer desde que empezó a ser otra cosa; y tengo asimismo para mí que mientras los poetas no readquieran el sentido de internarse en las entrañas de la vida social y vincularse al espíritu del pueblo, sacudiéndolo, iluminándolo y exaltándolo; de hacer que sus poemas llenen una función de arte, no en los cenáculos esotéricos sino en el corazón simple y sano de las muchedumbres fecundas, no retornarán para la poesía los tiempos gloriosos en que un poema valía tanto para la conciencia de una nación como una provincia, y un poeta valía tanto como todas las posiciones territoriales del más vasto imperio colonial.

Maria Eugenia (1)

Me sobrecoge la responsabilidad de poner fin a este acto en el que acabamos de escuchar voces tan elocuentes y conmovedoras. ¿Qué podría decir yo ahora que fuese digno de esas voces y de la inteligente atención de este auditorio? Sólo me queda dejar hablar sencillamente a mi corazón.

María Eugenia Vaz Ferreira se fué de la vida inesperadamente, sin que muchos de sus amigos pudiésemos acompañar sus restos hasta la tumba. ¡Triste destino el suyo! Siempre es gran desgracia morir joven cuando se ha nacido con dones de excepción que podrían aún deparar —el tiempo mediante— los mejores frutos de oro para las cosechas del espíritu. Y ese es el caso de María Eugenia. Murió en plena juventud; su barco encalló en las sombrías costas de la muerte cuando aún llevaba las velas ampliamente desplegadas, abiertas como alas al viento de la tarde, antes de la hora crepuscular en que los barqueros buscan el refugio de las ensenadas tranquilas y dejan caer las lonas de los mástiles como brazos fatigados a lo largo del cuerpo... Antes de morir del todo, unos meses antes, la había apartado de nosotros esa ola siniestra que bate a intervalos el cerebro de ciertos elegidos procurando el instante de abandono o de cansan-

(1) Versión taquigráfica. Discurso pronunciado en el acto conmemorativo celebrado en la Universidad de Montevideo.

Este discurso fué transcrito en "Repertorio Americano", de Costa Rica (lunes 8 de marzo, 1926), con el siguiente acápite:

"Va por último un viejo número de "Pegaso". Cuando tenga espacio dedíquelo a María Eugenia Vaz Ferreira, la sorprendente poetisa uruguaya: ahí unos versos de ella y entre otros homenajes un discurso de Emilio Frugoni que me llama la atención porque después de haber hablado con elogio de María Eugenia y de Delmira Agustina, cuando parecía no quedarle nada que decir sobre ninguna otra poetisa del Uruguay, halla frases maravillosas para Juana de Ibarbourou. — Pedro Henriquez Ureña. (Fragmento de carta al editor del Repertorio Americano, don J. García Monge).

cio que le permita arrebatadamente un espíritu hacia los abismos de la inconsciencia, donde se disuelve y extingue la personalidad. Y eso es, sin duda, más triste todavía, si ha de ser irremediable y definitivo, que la misma muerte total. Pero no pensemos que ésta ha de ser saludada como una liberación o tolerada como una terminación prevista y hasta deseable, cuando lo que consideramos es la desaparición, en una u otra forma, de un bello espíritu, fecundo y fulgurante, y esa desaparición significa una desgracia muy grande para todos nosotros, porque empobrece nuestra vida y apaga un astro en nuestro firmamento.

En la historia literaria del Uruguay, María Eugenia Vaz Ferreira ocupa un sitio que no puede serle disputado por nadie. Es cronológicamente nuestra primera poetisa. Es la primera voz femenina que se alza en nuestro medio con un claro timbre de lirismo noble y puro, tan distinto del acento balbuciente y opaco de quienes hacen versos sin poesía. Antes que ella, otras mujeres hubo, muy pocas, que cantaron, pero sin conseguir poner en el coro de poetas de su tiempo, una nota saliente e inconfundible. Ella hizo oír por primera vez en la lírica nacional un hondo y desnudo grito de mujer, abriendo la senda por donde habrían de lanzarse con más audacia y más avasallador impulso instintivo, aunque no con más conciencia artística, otras jóvenes musas nacionales. Surgió cuando tras Zorrilla de San Martín y Roxlo, cuyo estro romántico, reaccionando sobre la chatura anterior, marca una época brillante de la poesía uruguaya, una nueva generación de poetas venía a renovar formas y ritmos. Hubo en esa generación quienes, rodeando la destacada figura de Herrera y Reissig, el mayor de todos en edad y potencia creadora, hicieron flamear en son de guerra los estandartes suntuosos del modernismo, adoptando la paternidad de Rubén Darío, de Verlaine, de Samain, de Laforgue y siguiendo las huellas del argentino Lugones, altos númenes que en el cerebro de Herrera y Reissig se transfiguraban como metales preciosos en un crisol de alquimia y salían transformados en sustancia de nuestro poeta, en un nuevo metal para la impresión de su propio sello característico. Otros, acaso los más jóvenes, hacían su obra sin enrolarse en capilla alguna, pero renovando también de verdad el espíritu y los modos de nuestra poesía. Entre éstos, María Eugenia Vaz Ferreira, diestra amazona de Pegaso, Walkyria deli-

cada y soberbia, hacía oír su canto de juventud; y casi en seguida, otra gran poetisa, una adolescente genial, Delmira Agustini, se lanzaba tras ella en un vuelo magnífico que fué asombro y maravilla de las almas espectadoras.

Delmira Agustini en una como embriaguez de sinceridad femenina, desnudó por completo su alma amorosa y produjo en los ojos atónitos el deslumbramiento de Friné, sagrada e intangible en la sublime impudicia de su belleza sin velos. Ella se atrevió a decir con estupenda exaltación lo que las poetisas habían callado hasta entonces. Ella realizó en el campo de la poesía una revolución política, una afirmación enérgica de feminismo literario por la cual quedó proclamado el derecho de la mujer a expresar, como el hombre, las más recónditas inquietudes de su vida sentimental, los estremecimientos reales de su sensibilidad y de su carne, la confesión de sus vitales ansias de amor y de la turbación alucinante de sus sentidos. Ella gritó todo eso con una exultante osadía y una fuerza inesperada. Pero injusto sería desconocer que, precediéndola, María Eugenia Vaz Ferreira había dicho su palabra de mujer iniciando esa tendencia a la sinceridad de la emoción femenina, que la otra había de llevar a las más intensas expresiones con el arrebató erótico de su estro. Además, ¿quién podía aventajarla en hondura reflexiva de pensamiento poético y en trascendencia espiritual, a ella que había sabido aliar, en alguna de sus composiciones más características, cierta gravedad sentimental de estirpe germana —con algo de Heine y de Goethe— a las líneas severas de una forma casi parnasiana?

Ella cantó gallarda y serena su admiración de mujer al varón fuerte que supiese clavarle en el pecho su oriflama de conquistador. Ya habéis oído el vigoroso soneto que tan magistralmente recitó hace un instante el doctor Prando.

Nadie, tampoco, ha dado como ella la impresión atormentada de una inquietud profunda bajo la serena majestad de los contornos estatuarios. El doctor Schinca nos ha recordado aquí, muy oportunamente, que había pensado titular *Fuego y mármol* su libro, este libro cuyos originales no dejó caer de sus manos celosas hasta que las alzó la muerte; y ese título expresa bien la característica individual de su noble poesía. Noble poesía —eso es— por la elevación de los temas —el Amor, la Belleza, el Verbo, la Noche, la Vida y

la Muerte— y por el tono austero, la dignidad clásica de las imágenes y la magistral aplicación del léxico, que sus manos pulsaban como un arpa, arrancándole sonos graves y poderosos cuya vibración envuelve los sentidos y la mente en una onda de sugerencias infinitas. Su voz, algo sombría, traduce angustias hondas, mientras los versos se alzan con cierta fuerza masculina, imponentes, augustos y terriblemente castos como las estatuas pensativas que velan con su sombra de eternidad el misterio infinito y el sueño inviolado de los mausoleos. Recordemos sus cantos a la noche y sobre todo este:

HACIA LA NOCHE

¡Oh noche!, yo tendría
Una palma futura, desplegada
Sobre el gran Desierto,
Si tú me das por una sola noche
Tu corazón de terciopelo negro.
Y yo, al compás de su morena sangre,
Canto con las ondas beatas el sacro silencio.

Mi canto será vivo,
Sólo por el deseo
De serenar la cotidiana angustia...

¡Oh noche!, yo te quiero
Sin el fulgor de luminosos astros,
Sin marinos clamores,
Y sin la voz que finge
En los cráneos sonoros el rumor de los vientos...

¡Oh dulce noche mía! ¡oh dulce noche!
Aunque el glorioso pájaro del alba
Rompa después mi lapidario ensueño,
Y un polvo de inquietud arda en mis ojos,
Y me seas de nuevo
Sólo una palma antigua, replegada
Sobre el gran Desierto.

Por otra parte, era la suya de esas almas que sienten la voluptuosidad de sus punzadores afanes y hallan en esa tortura una virtud y una razón de vivir. Ella podría, acaso por eso, suscribir en cierto modo y desde cierto punto de vista, aquellos versos de Giordano Bruno, el filósofo, poeta y mártir:

“Egli bench’ il fin bramato non consegua

E’n tanto studio l’alma si delegua

Basta che sía si nobilmente accesa”.

Aunque no consiga el fin deseado y de tanto arder el alma se consuma, basta que sea tan noblemente encendida.

Pero, ¿por qué se asocia en mi mente el recuerdo de Giordano Bruno al de María Eugenia? No es, como pudiera parecer, una aproximación fortuita de dos nombres en esta hora de solemne recordación. Yo tengo una razón especial, personalísima, muy mía, para introducir en este discurso la sombra de aquel gran mártir de la libertad de pensamiento. Es un episodio que vive en mi memoria como una estrella inapagable. Séame permitido relatarlo aquí.

Daba yo en este mismo recinto una conferencia sobre Rodó. Entre la concurrencia, sentada en una de las primeras filas, en el extremo de una hilera de asientos —me parece estarla viendo allí todavía—, se hallaba María Eugenia. A cierta altura de mi disertación, comentando las ideas de Rodó en su **Liberalismo y Jacobismo**, traje a colación el gesto de Giordano Bruno, cuando momentos antes de cumplirse la bárbara sentencia, un fraile le acercó a los labios un crucifijo para que lo besara, y él dió vuelta el rostro con desdén, porque veía en el crucifijo, no la imagen del sublime Jesús, sino el símbolo de la dominación de la iglesia que lo condenaba a la hoguera.

María Eugenia —la estoy viendo— se levantó en señal de desagrado y se retiró, altiva, del salón. Otras señoras, sobre todo en las galerías, se creyeron entonces obligadas a protestar también, retirándose. Su actitud fué propicia al menguado interés de mi conferencia, porque gran parte del público, reaccionando contra la muda protesta, estalló en calurosos aplausos de desagravio. Pero, allá —

también me parece estarla viendo— en aquellas localidades altas del segundo plano, estaba mi madre, que había venido a escucharme con ansiedad y ternura, y tal vez, hasta ese instante, con alegría. Mi madre era católica ferviente. Quizás mis palabras, que no encerraban— lo aseguro con energía— agravio alguno para ningún sentimiento religioso sincero, le hubiesen pasado inadvertidas o las hubiese comprendido en su respetuoso alcance real. Pero el gesto de María Eugenia y el movimiento de retirada provocado por ésta, le hizo pensar, sin duda, que yo era un blasfemo y me vió despreciado por los corazones devotos como un deliciente sin perdón.

Y al día siguiente, cuando fuí a verla, mis hermanas me enteraron —porque ella nada me dijo ni yo pude decirle nada— de que se había pasado toda la noche desvelada y llorando. La acongojaba probablemente la visión de su hijo hereje, del cual se apartaban con horror las almas piadosas. Y acaso se creía un poco responsable, por ser mi madre, de las blasfemias abominables brotadas de mis labios.

No pude menos de sentir un sentimiento de rencor contra María Eugenia. Ella había provocado esa crisis creando la situación teatral que había sumido en la angustia el corazón de aquella santa mujer para quien su hijo fué tanto un amor entrañable como una preocupación dolorosa...

A los pocos días, María Eugenia trató de verme y fué con ese fin a una casa donde sabía habría de encontrarme.

¿Está muy enojado?, me preguntó.

—Debiera estarlo, le respondí. Pero ya no lo estoy.

No supo que ella había sido la causa ocasional de uno de mis grandes sinsabores. Desde entonces, como si tuviese el presentimiento de haberme hecho daño, de haber agregado un poco de dolor a las agitaciones de mi vida, se me acercó espiritualmente, hizo más ceñida y bondadosa su amistad, que caldeaba con el fuego tranquilo y próximo de las confidencias literarias.

Adiviné, así, su amargura cuando se la relegó un poco al olvido, sobre todo ante la aparición gloriosa de un astro que acrecentó de golpe la luz del mundo, cerniéndose sobre nuestro espíritu con las alas vibrantes de un pájaro ebrio de azul y de sol. Era la irrupción

alada de Juana de Ibarbourou, que nos traía una música ingenua e inmortal, hecha del rumor de los árboles, del alborozo de las aves, del murmullo de los arroyos, de la canción de los vientos, y nos inundaba el alma de un perfume de praderas en flor, de pasto verde, de campo fresco y de mañanas de primavera.

La indiferencia de que se creyó objeto, la desconcertó un instante y la hizo dudar del valor de su obra. Hoy ya no tienen importancia sus dudas y vacilaciones. Allí están sus versos. Sus dudas no alteran el ritmo firme de esas estrofas que por encima de ella, abatida por la muerte en mitad de la vida, siguen su vuelo seguro a través de las almas con esa su ardiente carga de afanes espirituales que se agitan como llamas al viento en la atmósfera de la inspiración creadora del poeta.

En esas estrofas vive la esencia inmortal, contradictoria y única de esa extraña mujer que al lado del culto pagano de la belleza encendía en su corazón la lámpara votiva de los fervorosos cristianos, y cuyo espíritu recordaba, por lo mismo, a una de esas epopeyas del Renacimiento en que la fantasía del poeta mezclaba los dioses gentiles del Olimpo con las figuras de la leyenda cristiana, haciendo alternar a Venus o Minerva con la Virgen María y a Apolo con Jesús.

Ya han hecho notar aquí los oradores que me precedieron, que hay en sus últimos tiempos un leit-motif wagneriano, una invocación predominante al silencio eterno, al sueño sin fin. Clama por su "hermana" la Noche y pide el regazo de la tierra para echarse en él a descansar para siempre. Ese sentido y ese afán de eternidad que puso en todos sus versos, se vuelve casi obsesionante en sus últimas composiciones.

Ya está en ese regazo. La "hermana Noche" le ha dado "la eternidad de su silencio", que ella le pedía con el canto más puro lanzado a los aires por su maravilloso "árbol nocturno", como ella llamó a su propia alma soñadora e insomne. Y ahora sólo nos queda inclinar con pesadumbre la frente porque ella pasa ya ante nosotros, tendida de espaldas, mirando al cielo, sobre el silencioso carro de la Noche, que está hecho de sombra, pero se desliza incesantemente por los caminos del espacio y del tiempo sobre las ruedas luminosas de las constelaciones.

Y de hoy más, al levantar nuestros ojos a la bóveda nocturna, nuestro pensamiento no podrá menos de volar hacia la poetisa muerta que pegó sus labios febriles a la ancha copa de la Noche para embriagarse de silencio y apurar hasta las heces el vino quimérico de las estrellas sonámbulas.

Entretanto, apretemos sobre nuestro corazón su recuerdo y que él nos sirva de amuleto en nuestras andanzas por la belleza y por el ideal.

Dante (1)

Yo he visto de cerca el Niágara. Desde lejos, a varios kilómetros de distancia, se oye el ruido inconfundible que produce la caída de las aguas, enorme zumbido que anuncia, como un formidable pregón de la Naturaleza, la maravilla colosal. Ese incesante rumor levanta ante nosotros la imagen descrita por los relatos y nos llena el espíritu de una inquieta ansiedad. Una vez que esa poderosa voz se ha alzado en nuestro camino, ya nos parece imposible retroceder. Una fuerza desconocida nos impulsa a marchar al encuentro de esa sublime grandeza, cuya sugestión nos llega en alas de las ondas sonoras, a través del espacio. Y conforme nos vamos aproximando, más nos domina la obsesión rumorosa de aquella magnífica visión que esperamos nos sorprenda tras un recodo del camino. Cuando nos encontramos frente a ella, sólo nos resta enmudecer.

Si alguien ha podido decir del inmenso chorro de cierta fuente, que es un río de pie ¿qué no podrá decirse de ese otro gran río suicida, que se arroja perennemente desde una enorme altura a estrellarse

(1) "Honremos al poeta altísimo. En toda la extensión del mundo civilizado, la humanidad evoca hoy con reverencia, la memoria del cantor de cielo y tierra, del que en la mágica línea del verso, dejó grabada, con inspiración gigante, la huella de afectos y pasiones, de vicios y virtudes, de errores y verdades, de ciencia y de fe, que al hombre de todos los tiempos sirvió alternativamente de estímulo y de precaria satisfacción a la curiosidad del más allá ignoto y misterioso. La compleja y grandiosa obra del Dante, que fué el más claro luminar de la Edad Media, sigue siendo, al cabo de seiscientos años, biblia literaria, metafísica, filosófica, cósmica y sentimental. Orgullo inspira su varia grandeza; y voz de ese orgullo sería nuestro recuerdo, al tributar al Dante el homenaje que en estas páginas le debemos, si en ellas no mereciera preferencia el juicio admirable que de tal obra y tal vida hizo recientemente uno de nuestros compatriotas más cultos en materia literaria: el Dr. Emilio Frugoni. Cedámosle, pues, la palabra, ya que amablemente nos permite transcribir la versión taquigráfica de la conferencia, por todo extremo brillante que pronunció días pasados en el Ateneo". — "La Razón", 14 de setiembre de 1921.

contra sí mismo? Igual impresión experimentamos cuando movemos los pasos de nuestro espíritu hacia uno de esos altos creadores, que son ellos también alardes potentes de la naturaleza. Y, entre ellos, Dante Alighieri es cumbre de cumbres, rey de reyes, que dijera otro poeta inmortal. Su nombre va mezclado a nuestros primeros recuerdos de la infancia. Todos hemos oído hablar de él, aun antes de habernos acercado a su obra, y su obra nos impresiona con su presentida grandiosidad aun antes de haber escalado el horizonte de nuestro conocimiento, de nuestra percepción directa, porque la reputación, la fama, la gloria, la sombra del poeta, viviendo en torno de nosotros, palpitando en mil evocaciones familiares y cotidianas, incorporada como una especie de aire sutil a nuestra vida intelectual, obra a la manera de esas capas atmosféricas que, refractando la luz de un astro, nos lo hacen ver en imagen, reflejado como en un espejo, antes de haberse encaramado sobre el engañoso confín de la tierra y antes por tanto que lo tengamos frente a nosotros en realidad.

Y cuando llegamos a tener delante de nuestros propios ojos, no ya la imagen reflejada en los relatos, en los comentarios, en las leyendas, en el impresionismo confuso de las tradiciones orales toscamente brotadas del alma popular, sino la obra misma, y con la obra la imagen misma del poeta que la creó, la intensa luz nos obliga por un instante a cerrar los ojos, que "vinti nol soffriro", y a reconcentrarnos, a recoger nos en nosotros para dialogar en silencio con el ensueño que nos asalta y nos posee, violando los fríos muros de nuestras preocupaciones implacables y para alzar en nuestro espíritu esa impalpable realidad de la fantasía, que suele ser una compensación victoriosa de todas las rotundas y tangibles realidades de la existencia humana.

Yo no me hubiera permitido nunca intentar conducir este auditorio a través de esa obra, vasta selva sonora en la que tendría que resultar yo un guía demasiado deficiente y vacilante, en nada parecido, por cierto, a aquel otro que el poeta florentino tuvo la suerte de encontrar en mitad del camino de su vida, en aquella otra selva,

"selvaggia ed aspra e forte,
Che nel pensier rinnova la paura.
Tanto e amara che poco e piu morte"

En este ciclo de conferencias sobre Dante, yo he querido limitarme —para no deslucirlo sobradamente,— a hablar del poeta como hombre, y en relación con su tiempo.

Encaremos su señera personalidad con el comienzo trivial pero forzoso de las biografías honradas: nació en Florencia en el año 1265; murió en Ravena el año 1321. Beatriz había muerto cuando casó con Gemma di Manetto Donato y tuvo de ella cuatro hijos, dos varones y dos mujeres, a la menor de las cuales dió el nombre de Beatriz.

Para describir exactamente su aspecto psíquico y su fisonomía moral, digamos desde luego que fué un hombre de grandes pasiones, sin excluir, naturalmente, las políticas. Amó, odió y tuvo también, como todos los hombres, sus defectos. Se le acusa de no haber sabido librarse completamente del influjo de la lujuria, él que cuando cantó el amor lo hizo con una insuperable idealidad de expresión, como correspondía a la divinización de la mujer, que constituye una nota tan delicada y nueva en la poesía de su tiempo.

Fué altivo y desdeñoso. De que amó intensamente da fe "Vita nuova", su primer libro, libro de juventud, flor nacida al conjuro del sentimiento amoroso y a ese sentimiento consagrada, como dan fe, asimismo el Convivio y "La Divina Comedia", por donde cruza como una estrella a través de los cuadros más sombríos la visión en que Dante encarnaba su ideal amoroso.

Beatriz, Beatrice Portinari, la "donna angelicata", que ha inspirado al poeta tan sublimes versos es, según lo dijera Rémy de Gourmont en un interesante ensayo sobre el ideal femenino en Italia en el siglo XIII, una creación maravillosa y uno de los más bellos ángeles del cielo poético universal.

De sus otras pasiones da fe Bocaccio en ciertos pasajes de su famosa biografía; de su altivez, de su dignidad y de su orgullo, dos anécdotas de su vida hablan con elocuencia suma.

En determinada oportunidad, hallándose en el destierro —porque fué desterrado y llegó a ser objeto de una sentencia por la cual se le condenaba a ser quemado vivo donde se le encontrara— como se le hiciera saber que podría, en ocasión de cierta solemnidad religiosa, retornar a su patria, la República de Florencia, con sólo someterse a una prisión de breves días y luego redactar una solicitud, expresando una retractación y pidiendo una amnistía, que habría de serle acorda-

da, respondió que si no podía volver a su patria sin declararse delincuente a sí mismo, no volvería jamás: "i nunquam reverter!".

Del sentimiento de su propia superioridad y del desdén que le inspiraban sus contemporáneos más cercanos a él, da suficiente idea otra anécdota, que también nos relata Bocaccio: "Habíanse reunido los ciudadanos más notables de la ciudad de Florencia, con el objeto de enviar al Papa Bonifacio VIII una embajada especial por determinado motivo de carácter político, y como se entrara a tratar el punto relativo a quien habría de presidir la embajada, alguien propuso que fuera Dante Alighieri. Este no respondió de inmediato y como permaneciese un instante en silencio, alguien le preguntó "¿en qué pensáis?", y él contestó: "Pienso en que si yo voy, ¿quién queda?, y si yo me quedo, ¿quién va?"

Fué, por otra parte, hombre de inmenso saber, de claro intelecto y de portentosa memoria. De todo ello proporcionan sobrado testimonio sus libros y, sobre todo, su "Divina Comedia", donde tanto resalta su vasta erudición histórica, literaria y filosófica. Allí fulgura la luz de la Teología, en la que se nota la influencia de Buenaventura, el doctor seráfico, y de Tomás de Aquino, denominado el "buey mudo de Sicilia" y de quien su ilustre maestro dijera cierta vez que "los mugidos de ese buey estremecerían al mundo".

Seguramente conoció, asimismo, los maravillosos relatos de algunos navegantes precursores de Colón, a juzgar por ciertos pasajes de su poema, especialmente por aquel en que nos habla de las cuatro estrellas en forma de cruz, vistas al salir de la ciudad doliente. A este pasaje y a otros se ha referido recientemente, en una hermosa conferencia, el escritor argentino Ricardo Rojas, poniendo bien de relieve los conocimientos científicos y esa especie de sentido de la adivinación, que parece haber poseído en tan alto grado el gran visionario florentino.

El siglo XIII, en el que nació y vivió la mayor parte de sus años, se caracteriza por grandes progresos espirituales, y él los refleja todos en el gran espejo mágico de su obra.

Hay en esa época un vivo movimiento de almas, una inquietud de cerebros ansiosos de luz, una como vibración de aires renovados, que recorre la tierra desde un extremo a otro. Brotan sobre los hombros

de ese siglo las alas de la era gloriosa que se prepara, y esas alas se agitan ya en ensayos cada vez más audaces del gran vuelo futuro.

Dejando a un lado las querellas teológicas, las evoluciones de la escolástica y de la filosofía y las primeras tentativas de conflictos entre la ciencia y la rigidez inflexible del dogma religioso, penetremos en el terreno de las letras y, especialmente, de la poesía, donde la aurora provenzal se difunde y el canto amoroso y armonioso de los trovadores resuena bajo el claro cielo de Francia, de España, de Italia. Se van consolidando en la literatura los idiomas modernos, arrancados, desgajados por los dientes de las muchedumbres ignaras, del viejo tronco latino. Es una de esas lenguas vulgares, la florentina, la que Dante recoge, como una flor recién abierta, de los labios del pueblo para perfeccionarla, para erigirla a la categoría de idioma literario, para darle carta de ciudadanía en la literatura de su tiempo y de todos los tiempos consagrándola en un poema inmortal a la inmortalidad de las lenguas humanas, entre las cuales habría de llegar a ser la más dulce, la más expresiva y la más armoniosa.

En cuanto al estado social y político, nadie ignora que le tocó vivir en el hervor de las discordias civiles que convulsionaban las ciudades italianas, participando en la encarnizada contienda de güelfos y gibelinos y de blancos y negros. Todos sabemos que la conquista germánica de Carlomagno había venido a suprimir a las ciudades italianas los fueros y libertades municipales que en los días del imperio romano llegaron a comunicarles un especial aspecto de democracias. Con el nuevo imperio las viejas comunas pasaron a ser feudos de grandes señores, que a su vez eran vasallos del emperador. Frente a esa dominación de los grandes señores — duques, príncipes, obispos o barones — se agitaba el partido de los hombres que ansiaban restaurar para sus ciudades las libertades comunales suprimidas. Por otra parte el partido dominador se divide bajo la acción de una contienda entre dos poderes rivales: el del emperador y el del papa. Los partidarios del primero se llaman gibelinos; güelfos se llaman los partidarios del segundo. Los güelfos, primeramente, a fin de contar con el apoyo de los partidarios de los antiguos fueros comunales se presentan como protectores de dicha aspiración y consiguen de esta manera atraer a su causa a no pocas ciudades italianas. Pero por su parte los gibelinos, comprendiendo la importancia de esa posición,

de esa postura política a los efectos del mayor prestigio popular, pararon el hábil golpe, recurriendo a una maniobra parecida.

El emperador convocó, a fines del Siglo XII, al Congreso de Constanza, en el cual quedó acordado conceder a las ciudades una autonomía relativamente extensa, lo que produjo de inmediato el efecto de levantar el prestigio del emperador en el seno de muchas de esas ciudades, que entonces se pronunciaron por él. Entre tanto, los señores feudales, desposeídos de su hegemonía sobre las comunas por esa política a que acabo de referirme, no se resignaban al sacrificio que se les imponía y se aferraban a sus privilegios.

Concretémonos a Florencia, porque vemos allí, en la época del poeta, en todo su vigor la contienda de las dos potestades. La aristocracia, desposeída por el Emperador, se congrega en torno del Papado, y es en esos momentos la que domina la ciudad. Frente a ella se agita y desarrolla el partido democrático, en el cual figuran como elementos predominantes, algunos ciudadanos enriquecidos en los negocios y que han adquirido, conjuntamente con su creciente capacidad económica una preponderante influencia política. El partido democrático realiza una revolución y consigue imponer a los güelfos, dueños del gobierno, una paz bastante ventajosa que bien puede considerarse un triunfo para la revolución. Esta no habría de detenerse aquí. En efecto, poco después ese partido consigue imponer una ley por la cual se creaba lo que se llamó la "matrícula de las artes y de la libertad", consistente en un registro especial donde sólo podían figurar los que tenían algún oficio, arte u ocupación útil para la colectividad y sólo éstos quedaban facultados para ejercer las funciones públicas. Esta disposición, de una profunda sabiduría democrática, constituía un golpe de muerte para la nobleza, clase eminentemente parasitaria.

Conviene advertir que Florencia era una república gobernada por priores electivos y dentro del cual tenían gran influencia las corporaciones de oficio, que se denominaban artes. Una de las más importantes era la llamada "arte dei medici, spezial e merciai". Ahora bien: Dante pudo inscribirse en ese registro, entrando en los cuadros de esta corporación como "speziale", o sea como farmacéutico. Sus conocimientos le permitían así adquirir el derecho de penetrar en el terreno de la política. Aunque perteneciente a la nobleza, pudo pues actuar en

las agitaciones cívicas de su medio, ostentando un título que lo acreditaba como capaz de ejercer actividades necesarias para la comunidad de que formaba parte. Por lo demás, la nobleza entretanto se dividía por razones de las rivalidades entre familias y surgían así los bandos blanco y negro.

Dante, unido por su estirpe y por su matrimonio a los negros, sirvió sin embargo a los blancos. Hubo un momento en que la Iglesia aparecía como el representante en Italia, de las aspiraciones profundamente nacionales. Ella se declaraba aliada de todos aquellos que proclamaban la exclusión completa del extranjero en el gobierno de las cosas de su país, y reclamaba, por consiguiente, la autonomía real y absoluta de los diversos Estados italianos, libres de ingerencias y predomínios forasteros. Esta alianza, sin duda aparente, entre el papado y los sentimientos de la autonomía nacional, adquiriría visos eficaces de realidad mientras la Iglesia, para combatir al emperador, no necesitaba recurrir al apoyo de los extranjeros; pero cuando Federico II, príncipe italiano, toma posesión de las dos Sicilias y, sobre todo, cuando la Iglesia se ve obligada a luchar contra su hijo Manfredo, entonces ella recurre al auxilio de los ejércitos franceses, que penetran en Italia con Carlos de Anjou y Carlos de Valois. Esto provocó una reacción en el espíritu de todos aquellos que hasta entonces habían tomado partido por el papado, en la creencia de que de ese modo servían las aspiraciones nacionales. Una vez que la Iglesia se desenmascaró, presentándose tan dispuesta como imperio a valerse del auxilio de los extranjeros y a consagrar la intromisión extranjera para obtener sus fines, muchos patriotas comprendieron el error de haber estado acompañando con sus simpatías, y hasta con su sacrificio algunos, la causa de los pontífices. No faltan quienes alimenten la esperanza de que los monarcas puedan contribuir a la formación de un imperio italiano con la antigua grandeza romana sobre las bases de una vasta unidad nacional. Este fué un sueño del Alighieri.

Dante, que había nacido güelfo y como güelfo había comenzado a actuar en la política, se hace por razones patrióticas, gibelino. Sólo le reconocía al Papa el derecho de aspirar al dominio espiritual, reservándole al emperador, o sea al Poder Civil, el poder temporal. Porque el Emperador no lo era por voluntad de la Iglesia sino de Dios. Esa

tesis la sostuvo en su libro en latín *De monarchia*, donde afirma, por consiguiente, un criterio político inequívocamente gibelino.

En ese mundo, que acabamos de bosquejar con tan groseros rasgos, palpitaba, como una llama de poesía, el corazón de Dante. Allí lo vemos actuar, agitarse, vivir intensas horas de dolor, de angustia, de desaliento, también de esperanza; debatirse entre esa red de mil detalles dolorosos o amables que forman la existencia de los hombres; bracear, como un nadador robusto, en el mar de su tiempo, porque no era de esos poetas que se sustraen, encastillándose en egoísta torre de marfil, a las sollicitaciones de la acción y de la vida, único limo fecundo de donde puede brotar, vigorosa y gloriosa, cargada de flores y de frutos, resistente a los embates de todos los vientos, la perdurable planta de la humana poesía.

Acaso, como piensa un famoso escritor inglés, esas agitaciones han servido para nutrir el árbol de su genio con la sabia fecunda de la eternidad, tal como la lava de los volcanes suele hacer maravillosamente fértil la tierra que convulsiona y calcina con su contacto de fuego.

Cuéntase que en la entrevista de Napoleón I con Goethe, el emperador le dijo al poeta: "Es usted un hombre, todo un hombre", y Goethe estimaba este elogio como el más halagador que se le hubiera hecho nunca. A Dante corresponde, con más justicia, esa definición que a Goethe mismo, porque Goethe fué una especie de arcángel impasible, con una soberbia superioridad olímpica, que pasó por la vida con un gesto de altiva serenidad, que le daba la belleza augusta de una estatua antigua. Dante, en cambio, es un atormentado, como los seres creados por su fantasía. A él no le era indiferente nada de lo que estaba en la vida, en la realidad y en la historia.

Todo hombre, por modesto, por insignificante que sea, es siempre un espectáculo. A Alfredo de Musset le interesaba el desconocido que veía pasar por la calle. Deseaba asomarse, siquiera, fuese por un instante, a ese mundo interior que hay en cada uno de esos seres anónimos, cuya fisonomía rara vez nos revela la luz o la sombra que anida en el misterioso hueco de sus almas. ¡Qué no será cuando el hombre sobre el cual detenemos nuestras miradas es un poeta y ese poeta es Dante! No puede haber espectáculo más sugestivo y asombroso.

Víctor Hugo lo ha definido diciendo: "Un poète est un monde enfermé dans un homme", y en el caso de Dante ese mundo está poblado de sombras tan terribles como los condenados eternos, desde el papa Anastasio hasta Farinata, desde el conde Ugolino a Guidoguerra, y tan adorables y seductoras como la desventurada Francesca y la angelical Beatrice.

En tanto, el hombre que ha dado vida a ese mundo es un iluminado, un verdadero poseído por la gracia divina de la revelación, un vidente, un visionario, que ha vivido en sueños cuanto narra, y lo narra con tanta fuerza de verdad y tan profunda convicción contagiosa, que no podemos menos de considerarlo un peregrino milagroso, de vuelta del más estupendo e inaudito de los viajes.

—He aquí el hombre que ha visto el infierno, decían las mujeres de Verona viéndole pasar, abstraído, ensimismado, con un aire de adusta tristeza, convencidas de que realmente de allí venía ese inquietante pasajero. No puede haber frase que mejor exprese la impresión producida por el formidable poema, ni juicio literario alguno podría traducir mejor que ese espontáneo comentario de las ignorantes mujeres del pueblo, el carácter y la fuerza de ese poeta, que llevaba en su interior toda la Edad Media y a quien, acaso más que a ningún otro, corresponde aplicar el último verso de la recordada definición de Víctor Hugo, cuando nos habla de "ces grands esprits parlant avec ses grands fantomes".

Pero lo más conmovedor y lo que más me interesa recalcar a los efectos de mi disertación de esta noche, es que ese hombre, ese inquietante visitador de los infiernos, pudo haber respondido a las crédulas mujeres de Verona lo que el Hamlet de los románticos versos de Guitiérrez Nájera: "No, Ofelia; yo no vengo del infierno; vengo de más allá: vengo del alma". Porque era del alma humana de donde procedía, porque su viaje había sido una excursión a través de las pasiones, de los dolores, de los vicios, de los crímenes y de las virtudes, de las sombras y de las luces del alma de los hombres, y su genio emergía de esos antros, retornaba de esa inmersión en los abismos del espíritu, todo bañado de siniestros resplandores, chorreando sangre y lodo, como un buzo que hubiera estado luchando a brazo partido, en las profundidades del mar, con monstruos feroces y fantásticos.

Su pasaje por el Paraíso no bastó a iluminar su semblante, a los ojos del vulgo, de suave y plácida luz y por eso ha pasado a la posteridad con la cárdena aureola formada en torno de su frente ceñuda por el resplandor de las llamas, retorcidas y amenazantes, que se alzaban ante su paso del fondo de las "bolgias" infernales. Por eso con su nombre se ha compuesto el adjetivo que aplicamos a cuanto es horrible y torturante, como si ese nombre sólo evocase a la imaginación visiones sombrías, como si los grandes fantasmas con que dialogaba su espíritu no hubiesen sido sino el gigante Briareo, el fúnebre Caronte, el furioso Minos, el despiadado Ruggieri, el traidor Ganelone; como si sus pasos sólo hubieran conocido los bosques poblados de fieras simbólicas, los caminos abruptos, las riberas del Aqueronte, las tétricas calles de la Città Dolente, los valles alucinantes donde los condenados sufrías torturas sin fin; como si no hubiese llegado nunca al pie de

"un castello
sette volte cerchiato d'alte mura,
difeso in torno d'un bel fiumicello"

en cuyo prado pudo encontrar las grandes sombras augustas de la antigüedad clásica y pagana, desde Homero a Lucano, desde Electra a Cornelia, desde Sócrates a Zenón, desde Platón a Tito Livio. Y estuvo con ellas "parlando cose che'l tacere e bello"; como si no hubiera penetrado también en la región luminosa, donde más intensa resplandece "la gloria di colui che tutto muove"; como si no hubiese ascendido a las estrellas a platicar con las almas puras, y como si, finalmente, no hubiera dado vida inmortal a aquella gentil figura de mujer, que va a buscar a Virgilio cuando se hallaba "intra color che son sospesi", y le dice:

"Io son Beatrice che ti faccio andare;
Vengo di loco ove tornar disio:
Amor mi mosse che mi fa parlare".

Tiene razón la imaginación del vulgo. Es natural y lógico que así sea, porque son precisamente sus narraciones del Infierno y del Purgatorio, diga lo que quiera Carlyle, las que más pueden impresionar por la profundidad de sus trazos y la potencia de su evocación,

dado que, como observa Macaulay, las imágenes que allí emplea son las que mejor corresponden a la idea que todos tenemos respecto a los seres y a las cosas sobrenaturales. Es también este ilustre escritor inglés quien hace notar que la superioridad de las descripciones del infierno y del purgatorio, comparadas con las del paraíso, obedece a que el poeta comparte con profunda simpatía los dolores, los infortunios de los miserables, no así la felicidad inefable de los bienaventurados, cuya beatitud infinita no alcanza a comprender, porque no puede compartirla.

Se le ha comparado con Milton, el cantor del Paraíso Perdido. El crítico inglés Cary en el prólogo de una traducción —por otra parte excelente— de la Divina Comedia, dice que Dante se mostraba siempre tan preocupado de definir todas sus imágenes, para ponerlas bien a nuestro alcance y someterlas al pincel, que a menudo incurría en lo grotesco, allí donde Milton rayaba en lo sublime. Pero Macaulay le reprocha ese juicio, advirtiéndole que la diferencia entre los relatos de Milton y de Alighieri reside en que Milton no pretendía convencer a nadie de haber estado nunca en el Paraíso o en el Infierno y podía, por tanto, limitarse a generalidades más o menos elevadas y abstractas, no ocurriendo igual cosa con aquel otro viajero extraviado, a quien vemos vagar sombríamente por la región de los muertos. Y concluye: confesemos que la vaga sublimidad de Milton nos conmueve menos que esos detalles tan censurados a Dante en nombre de un mal entendido buen gusto, porque si cuando leemos a Milton sabemos que se trata de un gran poeta, cuando leemos a Dante el poeta desaparece para dejar lugar al hombre, al hombre que vuelve del valle del abismo doloroso, y nos parece verle presa todavía del horror inenarrable que le dominaba.

He ahí lo que da a su poema un sentido tan hondo, tan universal y tan perdurable de humanidad. La arcilla de sus versos conserva la impresión palpitante de las manos del hombre que la plasmaron, y su calor de hombre y su másculo vigor de hombre en la plenitud inquieta y fecunda del sentimiento humano.

En esa epopeya el protagonista, el héroe es el poeta mismo y el poeta en lo que tiene de hombre, con sus sentimientos, sus pasiones, sus amores, sus odios, sus creencias, sus supersticiones, sus conocimientos, su criterio histórico, moral y filosófico.

En aquel desenvolverse de escenas y visiones, en aquel panorama cíclico en que la síntesis de las edades va pasando ante nuestros ojos a través de las supersticiones medioevales, es siempre la sombra del Dante lo que se proyecta sobre los seres y las cosas y es a él a quien vemos presidir aquel turbión de vida sobrenatural, que surge de su propia vida interna, por más que él sólo se presente como el espectador. Su pensamiento, su sentido moral, sus juicios sobre los hombres de su tiempo y de otros tiempos, sus sentimientos más íntimos, están allí grabados eternamente en las actitudes de sus condenados, en los gestos y en las palabras de sus interlocutores, en el semblante y en la voz de sus fantasmas, en los tormentos que padecen, en los castigos que soportan o en las bienaventuranzas que disfrutan. Alma de mil almas, podría también decirse de él, como Coleridge dijera de Shakespeare. El discierne castigos y recompensas en aquel juicio supremo y es así el juez más que el testigo. El espectáculo de su propio yo es lo que predomina sobre aquel vasto panorama de la humanidad, encarnada en mil figuras, de las que cada una simboliza un dolor, o una pasión, o un vicio, o un crimen, o una debilidad, o una fuerza, o una virtud, o una gracia. Y eso tiene importancia histórica. Eso revela "el interés suscitado por él y la aplicación del espíritu al yo y a los acontecimientos interiores", que dijera el filósofo Hoffding y que, según ese filósofo, aparece en Dante y Petrarca como una manifestación precursora del Renacimiento, donde la vida individual del alma humana adquiere realidad y provoca vivo interés independientemente de las cosas que la rodean.

He ahí una de las raíces del Humanismo, que traduce —según definición de ese mismo filósofo— el interés despertado por el elemento humano, tanto como fundamento de acción, que como objeto de observación. Y tan permanente es la compenetración del hombre con el poema y tanto se oye en éste la expresión de los sentimientos del poeta, que no sólo aparece en el significado y en el vigor de las narraciones, —en el elemento épico, en la faz objetiva de "La Divina Comedia", toda impregnada de la personalidad moral y psíquica de quien la escribió, —sino, sobre todo, en aquella sombra de sí mismo, en aquel caminante extraviado, que es el poeta, y que, lejos de ser el espectador impassible e insensible o el frío mensajero de Apolo, es un hombre de carne y hueso, que se desvanece de horror y se estremece de ale-

gría, que tiembla de angustia, contagiándose de los dolores de los seres infortunados a los cuales se acerca y que, en el final de aquel famoso canto V del Infierno, viendo llorar amargamente a Paolo y Francesca, penetrado por la piedad, cae al suelo como "corpo morto cade".

Sólo en los dramas de Shakespeare hemos de encontrar tres siglos más tarde sentimientos tan fuertes como para derribar de un solo golpe, a la manera como el rayo abate las encinas. Y bien: ese poeta, que de tal modo es actor en su drama, no podía ser un simple espectador en la vida. Leyéndole en sus versos, —no ya en sus obras en prosa, donde se refleja sin alegorías su pensamiento histórico o político más o menos contingente, sino en sus versos,— se comprende y adivina que ha debido vivir intensamente en la acción y en el pensamiento, bien metido en las agitaciones de su época, bien vinculado por todos los cables de su personalidad moral a la existencia colectiva, forjando con sus puños de ciudadano la historia política de su país, al par que con su intelecto de pensador iluminaba el camino del saber para el paso de las generaciones y con su fantasía de poeta abría nuevos horizontes al alma humana, elevando su corazón, urna y vaso de su genio, como una antorcha, por encima de las inquietudes místicas de la Edad Media, para anunciar al mundo, con lenguaje moderno, la aurora intelectual, moral y artística del Renacimiento.

¿A cuál de las dos edades perteneció o, mejor dicho, a cuál de las dos edades perteneció más?

En el crepúsculo extremo de la Edad Media —dice Carducci— y en el crepúsculo matutino del Renacimiento, surge Dante. Y Bovio lo sitúa precisamente en el conflicto de esos dos tiempos o, mejor, personifica en él el conflicto de esas dos edades. Moderno en la definición del derecho, es medioeval en la definición de la fe. La lengua vulgar y el estilo mediano que eligiera, revelan al hombre nuevo; el centro al hombre de la edad media. Surgido del conflicto entre dos tiempos, no puede ser ni del todo moderno, ni del todo medieval. No se dirá —añade— que con Dante estemos encerrados en la Edad Media y no se dirá que hemos entrado en el Renacimiento. Estamos en el tránsito, en la transición y esta transición entre dos edades es choque: el choque de lo nuevo que irrumpe con lo viejo que resiste. El humanismo, de una parte, con todas las sollicitaciones de la vida, de la

belleza y del derecho, y el dogma, por otra parte, velado por los misterios de la muerte.

El ascetismo y el humanismo pugnan en su obra. Los dos términos del contenido dantesco serían, pues, según dice ese pensador italiano, la materia y el código. La materia es medioeval, el código es moderno. La materia está hecha de infierno, de purgatorio y de paraíso: es Edad Media. El Código está hecho de razón propia: es Renacimiento. Fué, pues, la síntesis de una edad superada, pero todavía sentida, y el precursor de otra.

Giovanni Bovio, hace más de treinta años, en la conferencia a que acabo de referirme, decía que Dante resurge en Italia periódicamente, por diversos motivos, por diversas necesidades y con diversos pretextos. Y he aquí que Dante resurge ahora, pero no solamente en Italia, sino en todo el mundo civilizado, para ser objeto de una especie de universal coronación en espíritu, con motivo del sexto centenario de su muerte. Su sombra se destaca de entre los grandes muertos de la humanidad y viene hacia nosotros, gozando de ese privilegio del genio, de no necesitar de las trompetas del juicio final, de que nos hablan algunos versos de la Divina Comedia, para reintegrarse a la vida imperecedera en el pensamiento y el corazón de las generaciones, cada vez que la voz del ideal resuena imperiosa en las almas como el poderoso clamor del viento en las velas errantes.

Recibamos esa sombra augusta con la propia salutación de su canto inmortal, diciéndole en su propia lengua sonora "Tu duca tu signor e tu maestro", para luego recoger la profunda enseñanza de su verbo inspirado, que debe hallar abierto y fácil el camino recóndito de nuestros corazones. Ella viene hacia nosotros, y viene —yo lo presiento y lo adivino— para gritarnos, como un profeta, con su mismo verso glorioso, anunciador del Renacimiento,

"Secol si rinnova

Torna giustizia e'l primo tempo umano".

Rafael Barradas (1)

Estamos aquí congregados en esta exquisita fiesta de arte, a la que yo tengo que poner desairadamente el imprescindible punto final, rindiendo homenaje a uno de nuestros artistas dilectos, Rafael Barradas, que hace ya aproximadamente tres lustros se fué a Europa, gallardo, fuerte, inquieto, rebosante de salud y de esperanzas, en busca de más amplios horizontes para su vocación y su talento, y vuelve ahora nimbado con la aureola del triunfo, con las manos llenas de los laureles conquistados en ambientes difíciles, donde la crítica le reconoció altos valores. Pero vuelve enfermo, físicamente quebrantado, tratando de recuperar en el contacto con el suelo nativo, las fuerzas perdidas en aquellas tierras donde fué a buscar y encontró un anticipo de gloria al caro precio de su vigor físico. Tan es así, que ni siquiera puede acompañarnos con su presencia en este acto. Es, pues, como el combatiente que vuelve vencedor y con el pecho cubierto de medallas, pero acribillado de heridas y desangrándose aún. Esto redobla nuestro deber de tenderle los brazos amigos para acogerlo en el abrazo estrecho y cálido de una solidaridad fervorosa. Pero si yo hago referencia a su estado de salud, no es, por cierto, para justificar con motivos sentimentales este homenaje ni nuestro conmovido elogio al artista y su obra; es para que se sepa y se vea cómo este pintor eximio merece tanto más la simpatía y la admiración de todos nosotros, cuanto que ha debido conquistar su lote de gloria con dolor y ha hecho su siembra de belleza luchando constantemente a brazo partido con la suerte, contrariado por la ciega conjuración obstinada de los elementos naturales, que si han podido abrumar y quebrantar el cuerpo del sembrador, no han conseguido, sin embargo, malograr su cosecha.

(1) Discurso pronunciado en el Teatro Solís, en el homenaje realizado el 15 de diciembre de 1934.

Yo, que a nada doy tanta importancia como a los valores morales, no puedo menos de recordar las tribulaciones de su vida, porque entiendo que por ellas, precisamente, los artistas, cuando llegan a ser grandes, son grandes dos veces.

Yo conocí a Rafael Barradas cuando hacía sus primeras armas como dibujante en nuestros periódicos. Era ya un caricaturista notable; le bastaban pocos rasgos, un par de trazos, para dar íntegra, palpitante la impresión inconfundible del original. Con una sobriedad asombrosa de líneas, con una inimitable simplicidad de medios, obtenía resultados verdaderamente imprevistos. Sorprendía el movimiento habitual, la pose familiar, el gesto característico; y casi sin dibujar la figura, insinuándola apenas, la hacía vivir, y hasta podría afirmarse que sacaba a luz de golpe toda la psicología del personaje. Fué el primero que entre nosotros aplicó la síntesis a la caricatura, y así no tardó en imponerse en nuestro medio. Compartió la vida de nuestros cenáculos artísticos y literarios donde era siempre acogido con cordialidad y simpatía. Participó de los resplandores postreros de una época romántica, la época de nuestro realismo romántico y también la época de nuestro neoromanticismo modernista, que ponía todavía en nuestras calles la nota familiar de algún chambergo aludo y de ciertas largas melenas, o reunía en torno a las mesas de algún café literario, cónclaves de peregrinos del ideal y del ensueño que discutían a gritos y bebían ajeno. En esa época, los poetas y los intelectuales, solían descender, generalmente por pose literaria, a las agitaciones sociales, a la arena de los movimientos de masas, y era difícil discernir y separar entre tantas posturas, el gesto sincero de la posición teatral, el paso dado con convicción honrada y con el serio propósito de realizar obra trascendente en el mundo de las luchas sociales, del paso frívolo y vanamente espectacular dado sin más propósito que el de concitar la momentánea admiración y el aplauso de las galerías. Al tiempo correspondería separar el grano de la paja.

Barradas era un acotador risueño de aquel momento de la vida montevideana, y entregado a su arte de dibujante, no militaba en andanzas ideológicas, si bien acompañaba, eso sí, con su espíritu y su simpatía de hombre moderno todos los movimientos de opinión orientados hacia el futuro. Tuvo el viril orgullo de confiar su por-

venir a su propio esfuerzo, y por sus propios medios emprendió el viaje hacia Europa para ir a explorar sus tesoros de arte, sus minas inagotables de cultura, sus selvas espirituales de enseñanzas y de sugerencias.

Iba a la patria de sus padres, de sus mayores, realizando en sentido contrario la ruta de los conquistadores de América, para reclamar de la metrópoli hispana el contributo de sus riquezas espirituales como compensación de las riquezas materiales que la conquista había venido a buscar siglos antes a estas tierras de esperanza, de leyenda y de maravilla...

(Grandes aplausos.)

Y si aquellos osados y estupendos aventureros hubieron de sufrir inenarrables vicisitudes, las tremendas penurias de sus viajes a través de bosques poblados de acechanzas y de peligros, atravesando regiones inmensas e inhospitalarias, en lucha con los indígenas, herido de muerte por la insidia de las enfermedades o por el golpe certero de las flechas indias, cayendo postrados por las fiebres tropicales, arrastrándose con los pies llagados y muertos de sed —que todo eso era el precio de la conquista del Dorado fabuloso o de la maravillosa fuente de Juvencio—, así también nuestro artista hubo de librar sus batallas y abrirse paso por entre bosques de contrariedades, sin desmayar jamás en su serena confianza en el porvenir y en el desenvolvimiento concienzudo de su labor, sostenido, eso sí, por la admirable y conmovedora adhesión de los suyos.

De su viaje, de su contacto con el alma de España y de la Europa nuevas, ha traído tesoros que yo no sabría valorar. El poeta Casal hace un rato nos decía con hermosísimas frases en qué consiste ese tesoro, cuáles son los méritos y virtudes de su obra y los principios estéticos a los cuales responde. Yo voy a limitarme a señalar tan sólo el sentido de renovación de esa obra brotada como una flor en la atmósfera y el clima de civilización sacudida y cruzada por profundas corrientes; como una flor nutrida por los jugos espirituales de una cultura y de una hora histórica que nos ofrecen el espectáculo de una inquietud oceánica con sus hondas preocupaciones de filosofía estética, sus corrientes vertiginosamente renovadoras, sus anhelos de emancipación completa de todo lo consagrado para la creación de un mundo nuevo de la forma y de los ritmos de belleza.

Barradas llegó a Europa cuando ya se desencadenaban las fuerzas de renovación desatando un vuelo de impulsos magníficos y de ansias pujantes hacia la superación de todos los confines previstos. Se impregnó del espíritu de esa hora y pintó sus cuadros con alma joven, traduciendo en síntesis estupendas la complejidad de las realidades actuales y haciendo del trazo inmóvil y del color elocuente la expresión plástica de este dinamismo formidable de la vida contemporánea. Se ha acercado a los hombres del pueblo y los ha tomado como modelo, haciéndolos vivir en fuertes rasgos de una desconcertante intención psicológica en esas evocaciones rectilíneas que son sus cuadros, donde todo adquiere un significado trascendente de realidad sugeridora. Sus tipos, esos ejemplares de la raza recogidos en la observación paciente y penetrante de las costumbres y de la vida españolas comprendidas en la zona del pueblo, en la personificación de los seres oscuros y pintorescos que se agitan en el seno poderoso de la multitud, tienen una importancia histórica de documentos humanos agregada al valor estético de cuanto significan como alarde de una técnica incomparablemente vigorosa y de una muy personal apreciación de los valores pictóricos de la verdad observada. Aquel sentido de síntesis que había apuntado precozmente en sus caricaturas aparece ahora en sus cuadros profundizado, afinado y elevado a todas las proyecciones de un sistema de expresión, de una teoría de la dicción por el pincel.

Peregrino del arte, vuelve a nosotros con su carga de belleza nueva y su reputación bien ganada, reconfortándonos en el convencimiento de que hay quienes honran el nombre del país ante los otros países con victorias menos efímeras, aunque también menos ruidosas que la victoria internacional conquistada en algún campeonato de football.

(¡Muy bien! Aplausos.)

Mientras el poeta Supervielle y el pintor Figari conquistaban en París la simpatía, el respeto y la admiración de los entendidos, Barradas conquistaba en España un sitio de excepción para sus cuadros y sus ilustraciones. Es, pues, muy valioso el don que el artista hace a su patria y así debe comprenderlo y sentirlo nuestro pueblo. Si la verdadera grandeza de los pueblos se mide por la importancia de su papel y su misión en los destinos de la cultura universal, cuidemos

nuestros valores espirituales, hagamos ambiente para la sustentación del ideal desinteresado del arte, coronemos con las flores del amor a nuestros artistas de verdad. Y cuando nos hallemos ante un ejemplo conmovedor como el de Barradas, que vuelve vacilante y enfermo a nuestras playas trayendo sobre sus débiles espaldas la carga de sus dones eximios, tendamos nuestra mano a esos dones y estrechemos largamente al artista contra nuestro corazón para que las palpitaciones del suyo repercutan hondamente en los anhelos y entusiasmos colectivos de todo un pueblo que no sólo debe sentir la sacrosanta sed de la justicia —que nos hace mejores— sino también el ansia de belleza y ensueño que pone alas en los hombros cansados de la humanidad afanosa.

(Aplausos.)

Saludamos a este hermano que retorna, empavesando nuestros espíritus con las banderas aleteantes de nuestro entusiasmo. Su barca viene repleta de tesoros y sobre ella se iza blanca y palpitante la vela que recoge los vientos, como un índice imperativo señalando la resolución de seguir, como el símbolo mismo de estas almas idealistas y migratorias, que nacieron vocadas a la inagotable milagrería de los viajes y de las expediciones. Y es que para los espíritus soñadores, para los que llegan al mundo tocados por el dedo mágico de la pasión artística, no sólo es viaje trasladarse de un punto geográfico a otro punto geográfico en la estremecida concavidad de las naves o en el ruidoso trepidar de los ferrocarriles. También lo es el emprender la marcha hacia el mundo de sus sueños y ponerse en camino hacia la penosa realización de las concepciones brotadas como estrellas en el profundo firmamento de la meditación silenciosa; lo es acaso la vida toda, por ser peregrinaje constante en prosecución del ideal, vuelo siempre tendido hacia la infinita renovación de los horizontes, agitación de alas interiores que vencen todas las distancias, atraviesan todos los mares y superan las más altas cumbres de la realidad exterior.

(Grandes aplausos.)

Barradas ha vinculado su nombre a un movimiento artístico de vastas proyecciones. Vivió en España el fervor de los renovadores europeos que en todos los campos del arte —en la poesía, en la pin-

tura, en la escultura, en la música, en el teatro— desplegaban banderas revolucionarias abriendo nuevas vías para el asalto a la inmortalidad, nuevos caminos para la verdad estética que, como ya lo había dicho el filósofo Kant, no debe confundirse con la verdad lógica. Los poetas ultraístas lo consideraron de los suyos, porque si no hace versos, hace poesía con el pincel, poesía del color y la línea, no para el viejo concepto de lo poético, sino con un sentido moderno de esa verdad estética que requiere para su percepción íntima una nueva sensibilidad. Sus ilustraciones llamaron la atención en las revistas de vanguardia. En el campo de la pintura levantó, pues, con mano firme y triunfadora su estandarte de guerra. Y habrá muchos que discrepan de sus principios estéticos y no sientan su obra. Yo no voy a pronunciarme, en estos instantes en que no tengo el derecho de reclamar por más tiempo vuestra atención, sobre sus orientaciones pictóricas, lo que no ofrecería interés para nadie, tratándose de problema que estoy muy lejos de poder abordar. Quiero, eso sí, afirmar que al incorporarse a ese movimiento de jóvenes supo hacer honor a su juventud; supo interpretar el destino de su generación, y le cabe, por tanto, la satisfacción de haber contribuido a enriquecer con resplandores de audacia conquistadora y fecunda la historia del arte, comprendiendo que los tiempos exigían renovar profundamente la vida de la humanidad en todas sus formas y manifestaciones, sacarla de los viejos canales para lanzarla al mar abierto de las sensaciones reguladas, no por el rígido cartabón de los convencionalismos imperantes sino por el libre juego del cosmos, de la naturaleza, y de la fantasía, que es, al fin y al cabo, el más completo de los productos naturales y la más poderosa y genuina de las fuerzas humanas. ¡La fantasía! Por ella los hombres llegan a igualarse a los dioses, por ella adquieren el poder de crear mundos enteros de la nada; ella les confiere el don de la ubicuidad, porque les permite trasladarse de un extremo al otro del planeta, de la tierra a los astros, llegar a todas partes sin moverse. Acaso la misma realidad no sea otra cosa que un producto de la fantasía de la naturaleza, a veces en admirable consorcio y a veces en irreductible divorcio con la fantasía del hombre. Y es por eso —y Barradas parece haberlo comprendido así— que la mejor manera de dar alas vigorosas a la fantasía humana es nutrirla con todos los jugos de la tierra, de la naturaleza, de la verdad y de

la vida siempre cambiante, sorprendente y maravillosa en el proceso infinito de la renovación universal.

(Aplausos.)

Y para terminar, señoras y señores, formemos con nuestros espíritus un arco de honor como los guerreros antiguos lo formaban con sus espadas, para que por debajo de él pase el hermano que llega a ocupar entre nosotros el sitio destacado que le corresponde en el taller todavía incipiente de la actividad artística nacional.

He dicho.

(Prolongada ovación.)

Concepción Arenal(1)

Señoras y señores:

Un viejo refrán dice: "Líbreme Dios de mis amigos, que de mis enemigos me libro yo". Puede aplicarse en este caso, porque el sentimiento amistoso del compañero Domínguez Calvo se ha prodigado en elogios tan exagerados respecto a mi modesta persona, que temo mucho hayan contribuído a crearles a Uds. una expectativa también exagerada, a la que no voy a poder responder.

Vengo con gusto a cumplir el delicado cometido, el arduo compromiso de ocupar esta prestigiosa tribuna, no tanto —lo confieso— para honrar la gran figura de Concepción Arenal, que siempre me ha inspirado la más profunda de las admiraciones, como para ponerme en contacto íntimo con este auditorio de la "Casa de Galicia", vibrando con él en una evocación —siquiera sea incidental— de esa tierra lejana y cercana; tierra de emigración, de la cual partieron miles de sus hijos en busca de más amplios horizontes económicos, llevándola muy adentro de su alma y sintiéndola en esa "morriña" que tan delicadamente cantó Rosalía de Castro y que no es sino el eco melancólico de su naturaleza de ensueño, en el corazón dolorido de los emigrados sin ventura.

Tierra de emigración, de una belleza austera en la grandiosidad un tanto huraña y sombría de sus paisajes, que con sus montañas, sus valles, sus torrentes, sus ríos, sus bosques de castaños y sus aldeas, transmite a las cántigas y a la música de su folklore un dejo único, inconfundible, de tristeza infinita y de soledoso encanto.

Tierra que es por eso la patria más adecuada para ese drama intenso y tranquilo al mismo tiempo, de la emigración, en la que vemos

(1) (Versión taquigráfica de la conferencia pronunciada en el Salón de Actos de Casa de Galicia el 25 de agosto de 1939).

como protagonistas silenciosos a las madres, que se quedan separadas de sus hijos, devorando sus lágrimas para guardar en el pecho un dolor resignado que luego brota y se comunica a los cantos, a la poesía, a la música de esa región, donde hasta las danzas tienen no sé qué ritmo de tristeza y qué estremecimiento de congoja.

El gallego es triste en el fondo de su alma, porque ha recogido en ella la tristeza natural de su ambiente nativo, con la dulce melancolía de sus alboradas y la solemnidad de sus maravillosos crepúsculos. Y yo ya he dicho algunas veces que los tristes son buenos, porque la alegría a menudo nos hace olvidarnos del dolor de los demás, mientras que la tristeza nos solidariza y nos vuelve particularmente sensibles a las desventuras ajenas.

El drama de la emigración tiene dos ramas de angustia: una es la de los padres que se quedan; otra es la de los hijos que se van. Bien es cierto que se cierne sobre ese drama la luz de la esperanza, de una victoria, la imagen dorada de la aventura emprendida en procura del vellocino de la leyenda. Pero eso que atenúa y hasta disipa en los hijos el dolor de la partida —porque ellos tienen el alma llena de ilusiones, porque la tienen llena de juventud— no obra así en los padres, que ya no son jóvenes y que a menudo saben que ya no volverán a ver más a los hijos que se dispersan por el mundo.

Yo he sentido siempre muy hondo este drama de la emigración, porque soy hijo de un emigrante, de un hombre que vino casi niño a estas tierras de América, desde una pequeña ciudad de Italia, a levantar su casa, la nuestra, cuyas paredes puede decirse estaban amasadas con el sudor de su frente y hasta también con las lágrimas de sus ojos, arrancadas en esos instantes en que la adversidad le castigaba o lo entristecía la muerte.

Cuando pudo retornar por primera vez a su patria ya habían fallecido sus padres, y yo tengo sobre mi cabeza, en mi estudio, sobre mi mesa de trabajo, el retrato de mi abuela paterna, de esa madre en la que yo personifico a todas las madres de Europa y del mundo que fueron separadas de sus hijos por un destino inexorable y tuvieron que quedarse aguardando durante años y años en sus aldeas, en sus montañas, en sus ciudades, en el corazón del continente o a las orillas del océano, el retorno de aquellos seres queridos que vieron partir, niños aún, con el morral del peregrino sobre sus hombros y el alma transida

por el dolor de abandonar la casa solariega y el instintivo temor del mañana incierto, que esconde sus secretos como una esfinge impalpable en las nieblas de la inmensa distancia y del futuro misterioso.

Y esto es, precisamente, lo que tanto me acerca a Uds., a todas estas gentes que saben de ese drama, porque lo han vivido o lo están viviendo todavía. Pero, además, ahora mi corazón y mis recuerdos se vuelven hacia Galicia porque Galicia forma parte de España, y España, toda ella, no solamente Galicia, es hoy la patria de un nueva forma de la tragedia emigratoria, ésa que se encarna en las penurias de los refugiados que el vendaval de una guerra arrojó más allá de las fronteras de su patria y para los cuales yo he reclamado —hasta ahora inútilmente— un poco de generosidad de estos países americanos, especialmente de éste mi país que tanto debe a la contribución de trabajo, de sangre, de sacrificios, de los hijos de España.

(Muchos aplausos.)

Uds. deben perdonarme que yo me haya dejado deslizar hacia ese tópico; probablemente me obsesiona. No puedo, en las actuales circunstancias, hablar de nada sin referirme, por lo menos un poco, a ello. Tiene, tal vez, poco que ver con el verdadero tema de mi disertación de esta noche; pero yo tengo la seguridad de que Concepción Arenal no habría de resentirse conmigo porque la tome como pretexto para venir aquí a desahogar ante Uds. este afán mío que fuera de aquí se estrella contra la torpe incomprensión de los unos y el fiero egoísmo de los otros.

(¡Muy bien! Aplausos.)

A mí me ocurre, probablemente, en cierto modo, lo que según propia confesión le pasaba al genial pianista y político polaco Paderevsky con respecto a la cuestión polaca, esa misma que en estos instantes, precisamente, ha vuelto a colocarse en el primer plano de las preocupaciones mundiales. Voy a relatarlo —aunque algunas veces lo he hecho ya— porque puede servir para amenizar un poco esta deshilvanada disertación:

Paderevsky, a raíz de la guerra mundial y en vísperas de ser el primer Presidente de Polonia en su segunda época, pronunciaba una conferencia en la que decía que él, en esos instantes en que estaba trabajando empeñosamente cerca de los gobernantes que elaboraban el Tratado de Paz de Versalles, él, en esos momentos, no podía me-

nos de relacionar cualquier asunto que tratase y sobre el cual debiese hablar, con la cuestión polaca: el problema de la autonomía, de la libertad, de la independencia de su país, de la resurrección de Polonia reconstruída para el mundo civilizado por la intervención de ese pacto, pese al cual la vemos otra vez al borde de la desaparición o del desmembramiento, por un conjunto de circunstancias históricas y políticas que no me corresponde en este acto comentar.

Y decía entonces Paderevsky, para explicar su psicología de conferenciante que todo lo relacionaba con esta cuestión, que cierta vez una asociación científica había resuelto reunir material de estudio sobre el elefante, y que había invitado para que tratasen el tema a hombres de diversas nacionalidades: a un inglés, a un francés, a un alemán, a un ruso y a un polaco.

El inglés, en cuanto recibió la comunicación de esa Institución Científica, lo primero que hizo fué comprarse una buena carabina, una buena provisión de balas y tomarse un pasaje en un vapor que partía para la India. Se internó en las selvas asiáticas y poco después, de vuelta de su viaje, escribía una breve monografía titulada: "De la mejor manera de cazar elefantes".

El francés recibió la comunicación y se trasladó inmediatamente al Jardín Zoológico, sobornó al cuidador de la jaula de los elefantes para que le permitiese entrar y observar de cerca las costumbres de este animalito —si se le puede aplicar el diminutivo— y después escribía un folleto en gracioso estilo, titulado: "Los amores de los elefantes".

El alemán, tan pronto como recibió la comunicación mandó buscar todos los libros que se hubiesen escrito hasta ese día en que se hablase de los elefantes, se encerró en su biblioteca y al cabo de algunos meses dió a luz un grueso volumen, titulado: "Introducción a un estudio sobre el elefante". (Risas.)

El ruso —que vive siempre en las abstracciones— se encerró en su pieza con el "samovar", ese aparato donde los rusos elaboran el té, —del que hacen un permanente consumo— y luego escribió una monografía titulada: "El elefante; existe o no? (Risas.)

En cuanto al polaco, dice Paderevsky, se sentó inmediatamente ante su mesa de trabajo, se puso a escribir con gran frenesí, y algunas semanas después daba a luz un extenso ensayo titulado: "El elefante y la cuestión polaca". (Risas.)

A mí me pasa también algo de lo mismo; si me solicitasen una conferencia sobre el elefante en estos momentos, no sería difícil que me expidiera hablando de: "El elefante y los refugiados españoles". (1)

No puede extrañarles a Uds. que yo haya asociado esta cuestión a propósito de una ilustre y admirable mujer, cuyo corazón era tan grande como su inteligencia y que si viviese estaría escribiendo profundas reflexiones sobre los horrores que desgarran la carne y el espíritu del admirable y sufrido pueblo de su patria.

Pero ya es tiempo de que empecemos a hablar un poco más concretamente de Concepción Arenal, alta gloria intelectual, de la que pueden sentirse orgullosos los gallegos y a la que yo he rendido siempre —como antes les decía—una fervorosa admiración.

Nació allá por el año 1820, casi a principios del siglo XIX, en El Ferrol. Ya desde muy joven demostró facultades intelectuales extraordinarias y una enorme laboriosidad. De joven escribía artículos de fondo en un periódico titulado "La Iberia", que llamaban la atención por la profundidad de sus conceptos, la conciencia honda, el conocimiento de los problemas que planteaba, las conclusiones a que llegaba con toda valentía, sentando principios nuevos y en realidad salvadores en diversas direcciones del pensamiento humano.

Ya a los 30 años gozaba de verdadera celebridad, sólida, científica. Le había valido sobre todo una notoriedad envidiable, la Memoria enviada a la Academia de Ciencias Morales y Políticas, sobre uno de los temas en los que más ha profundizado a través de varias de sus obras: "La beneficencia, la filantropía y la caridad".

Pero poco después daba a luz un nuevo libro que adquirió resonancia mundial, éste que traigo yo aquí: el "Manual del visitador del preso", cuyo título no deja siquiera vislumbrar el contenido profundo, rico de sentimientos, de pensamientos, de reflexiones, de geniales atisbos sobre muchos problemas en materia de Ciencia Penitenciaria y hasta de Derecho Penal.

Por cualquier lado que se abra este libro se encuentran en sus páginas conceptos bien madurados y luminosas sugerencias que am-

(1) Alude a su intento de obtener de la Cámara de Diputados la aprobación de un proyecto suyo para dar entrada en el país a cinco mil refugiados españoles, a raíz del derrumbe de la República Española.

plían los horizontes del espíritu, que contribuyen inmediatamente a aclarar muchas de las cuestiones que se han planteado los sabios y que Concepción Arenal muchas veces resolvía a golpes de intuición genial, adelantándose a las escuelas científicas modernas en el campo de la Criminología.

Y como me agrada acompañar mis afirmaciones, de pruebas al canto, han de bastarme breves lecturas para que Uds. comprendan de inmediato que no exagero en mi entusiasmo. El capítulo segundo se titula: "¿Qué es el delito?", y dice así:

"El delito es, en último análisis, un acto de egoísmo en que el delincuente persigue o quiere el daño de otro por su provecho o por su gusto, por cálculo exacto o errado, o cediendo al ímpetu de algún desordenado apetito. La poca sensibilidad, compañera inseparable, o una de las bases del egoísmo, se gradúa como él, y con él hace duros y crueles. El delito es, pues, egoísmo y dureza."

No puede darse una definición más precisa y más exacta. Más adelante dice:

"Hay quien se admira del egoísmo de los presos; nosotros nos admiramos de que no sea mayor. Todo el mundo sabe que los enfermos son egoístas, y no se les hace un cargo porque lo sean."

Y más abajo añade:

"Con saber que en último análisis es egoísmo el delito, no tenemos de él sino un conocimiento parcial, insuficiente para la práctica, porque en acción, lejos de ser simple, es compuesto y consta de elementos varios que según su naturaleza y modo de combinarse, le dan mayor gravedad y pertinacia."

Ya ven Uds. como en estos párrafos se diseña (ella escribió esto a principios del siglo XX) el concepto moderno de que el delincuente no es, en definitiva, otra cosa sino un enfermo. Pero —y aquí viene una de las grandes rectificaciones de Concepción Arenal a un concepto científico que en su tiempo se estaba exagerando— un enfermo curable en la inmensa mayoría de los casos. Porque ella venía precisamente en este libro, a reaccionar contra las exageraciones de la corriente científica en boga, que empezaba a desarrollar el concepto del hombre delincuente por razones antropológicas.

Esta teoría hizo gran camino, porque parte de una base cierta; han podido descubrirse en realidad en muchos delincuentes taras espe-

ciales ingénitas, orgánicas, características, que definen al criminal como un ser de excepción en el conjunto de los seres humanos, como un hombre con impulsos naturales y tendencias morbosas a cometer actos antisociales, perniciosos, delictuosos.

La teoría antropológica, cuyo gran representante fué Lombroso, el ilustre criminalista italiano, abre nuevos horizontes a la ciencia penal y construye también conceptos de una solidez indestructible; pero se deja llevar a conclusiones extremas, contra las cuales supo ponerse a cubierto Concepción Arenal, señalando que no puede admitirse, de ninguna manera, que el delincuente fuese siempre un enfermo o un degenerado irredimible por la acción de la educación o por la influencia del medio.

Ella sostuvo que, por el contrario, en ese enfermo, en el delincuente, por enfermo que fuese, había que ver por regla general un sujeto capaz de mejoramiento, de redención y de cura.

Y en esto se adelantaba ella a ramas surgidas de la Escuela Antropológica que vinieron a completarla, sentándola y poniéndola más de acuerdo con las enseñanzas de la realidad, al admitir que si bien era cierto el tipo patológico del "Uomo delinquente" y del criminal nato de que hablaba Lombroso, no podía prescindirse en cuanto a la producción del delito, de la influencia del medio dentro del cual el hombre se educa, de las injusticias sociales y la miseria, de los contagios morales, que le arrastran hacia la corrupción y hacia el crimen.

Ella fué en este sentido una precursora de los que vinieron a rectificar las exageraciones de Lombroso y que sobre todo con la Escuela de la tendencia representada por Ferri dieron una importancia capital a esa influencia del medio en la preparación del hombre delincuente y en la preparación del delito. Son elocuentes las palabras con que Concepción Arenal protesta contra la tendencia demasiado pesimista a no ver en el delincuente sino un ser patológico y un enfermo incurable al que, incluso, la sociedad lo único que podía hacer con él era eliminarlo.

Algunos de los representantes de la Escuela que exageraban lo que podemos llamar la "fatalidad del factor antropológico", entendieron que había que continuar admitiendo la pena de muerte como un medio de librar a la sociedad del peso muerto de hombres que no podían ser nunca redimidos ni útiles para el conjunto social, y que no

siendo accesibles a ningún mejoramiento moral ni psíquico, lo mejor que podía hacerse con ellos era suprimirlos.

Garófalo se constituyó en abogado científico de la pena de muerte, pero otros de esa escuela sostuvieron que la pena de muerte, aun admitiéndose que se trate de criminales irredimibles o de enfermos incurables, constituía siempre un remedio mucho peor que la enfermedad.

Y frente a esta pena, ya en su tiempo (piensen Uds. que hablaba en los comienzos del siglo XIX), se alza la voz elocuente, inspirada y sabia de Concepción Arenal:

“Hay una escuela que tiene grandes méritos y mayores osadías, y que considera el delito como un producto NECESARIO de la organización del delincuente. En virtud de estas afirmaciones, muchos creen, o están dispuestos a creer, que el delincuente es un ser monstruoso, fácil de conocer, imposible de corregir, que ha heredado el crimen, tan inevitable para él, como una enfermedad a la que hubiera contribuido con sus imprudencias o sus excesos. Con las teorías de los maestros, las exageraciones de los discípulos y las mayores de los partidarios, que tienen opinión y a veces voto en asuntos de que no tienen idea exacta, puede formarse una atmósfera muy poco favorable para que el penado encuentre en la sociedad el apoyo que necesita si no ha de vivir en lucha constante con ella. Un arma, por cierto más cómoda que noble, se emplea a veces contra los que sostenemos que el hombre delincuente no pierde, por lo general, las cualidades esenciales del hombre: esta arma es la calificación de VISIONARIOS, calificación que, al parecer, ofende poco, pero que desacredita mucho y no obliga a probar nada”... Mientras otra cosa no se nos pruebe —que no se nos ha probado— continuaremos pensando que el delincuente, salvo excepciones patológicas probablemente, en todo caso raras, es un hombre que tiene las cualidades esenciales de tal”.

Su corazón, su sentimiento de mujer altruista y bondadosa, la ha guiado por los senderos de la verdad, ella tuvo razón frente a las razones de una ciencia que no lo fué del todo, sin duda porque no fué bastante humana. Veamos, en efecto la justeza de su posición:

“Como el éxito es deslumbrador, y la escuela antropológica encomia sus éxitos, bien será notar que, a pesar de sus teorías de ex-

“terminio y de hacer al verdugo colaborador eficaz de la perfección de la especie, la pena de muerte desaparece de unos Códigos, otros limitan los casos en que se impone, una vez impuesta se ejecuta sólo por excepción, la conciencia pública la rechaza cada vez con más fuerza, y sin ser profeta se puede vaticinar que desaparecerá: bien será hacer notar que, a pesar de la teoría del fatalismo orgánico y del desdén —por cierto muy poco científico— de que se hace objeto a la escuela CORRECCIONALISTA, en el mundo civilizado no sólo lo PENAR ha venido a ser sinónimo de CORREGIR, al menos en la mente del que hace la ley y del que la aplica; no sólo la LIBERTAD CONDICIONAL es la esperanza en la corrección del penado, esperanza que los hechos confirmaron, sino que se aplaza la ejecución de la pena, esperando que sin ella y con sólo la amenaza, se corrija al culpable, y hasta no se le sentencia a pena alguna, y en vez de llevarle al tribunal, se le pone bajo la protección de una autoridad tutelar, que procura, y según parece consigue las más veces, que no vuelva a infringir las leyes”.

Y cierra estos párrafos con la siguiente afirmación cuya verdad “científica” nadie osaría desconocer:

“Son miles, muchos miles en cada país, los que por delitos leves sufren la corrupción y la infamia de la prisión, y los que al salir de ella hallan dificultad o la imposibilidad de vivir honradamente, y que los empuja a la reincidencia; ellos son el plantel de donde, por una especie de FATALIDAD SOCIAL, sale la más de las veces el delincuente que se presenta como prueba de la fatalidad orgánica”.

Ella sostiene también con respecto a las características del delincuente, otra posición que fué un adelanto en las orientaciones científicas de su tiempo. Sostiene que se debe estudiar a cada delincuente por separado, analizándolo; que no es posible tratarlos a todos por igual y medirlos con el mismo rasero, que era precisamente el gran defecto de la Escuela Penal Clásica, la cual sobre el principio de la imputabilidad construía sus normas rígidas, de carácter general, aplicables igualmente para todos aquellos que hubiesen cometido los mismos delitos, sin detenerse a considerar en cada caso especial las circunstancias personales distintas, las reacciones físicas y morales diferentes, las diversas capacidades para defenderse del contagio exterior, para vencerlo, para ahuyentarlo o para librarse de él. He aquí sus palabras:

“El que ha de combatirlo —al delito— tiene que analizarle; mas “ANALIZAR para el que hace el análisis, no es SIMPLIFICAR, “sino PENETRAR en el laberinto de la conciencia humana extraviada, de la razón insuficiente o cómplice del apetito, y ver la ramificación de los impulsos y la aplicación de sus consecuencias. Las identidades que la ley supone, y ordena simétricamente la disciplina, “hay que repetirlo, son las más veces ilusorias, y el visitador procurará partir de la realidad; de que el delito, como toda acción humana, es complejo, y para combatirlo hay que conocerle, a fin de apropiarse en lo posible los medios de corrección a las causas de la culpa”.

Y en otra parte del libro agrega este concepto que sintetiza el principio de la individualización de la pena, hoy impuesto en la doctrina penal corriente:

“Partiendo del supuesto —que creemos conforme a la verdad— “de que los delincuentes se diferencian entre sí, más que los hombres “honrados, en la prisión hay que individualizar más que en el mundo”.

Y en esta posición aparece Concepción Arenal embarcada en la corriente de la doctrina correccionalista, cuyo gran representante en Alemania afué Roeder, precisamente aquél que, admirando los trabajos de Concepción Arenal inspirados en una posición semejante a la suya, dijo que esos trabajos de la ilustre gallega sobre materia penitencia eran de los mejores que se hubiesen escrito en la Europa contemporánea.

Ella, en efecto, coincide con el concepto teórico de Roeder, para el cual el derecho penal debe empezar a construirse sobre principios distintos a los de la Escuela Clásica, empleando una noción antropológica con la tendencia a ver el hombre más que el delito, señalando así la orientación que da nacimiento a la Escuela Antropológica de rigurosa base experimental, lo que la distingue fundamentalmente de las especulaciones poco científicas y demasiado románticas del correccionalismo.

Pero en la Escuela de Roeder, ya hubo elementos aprovechables que reaparecen ahora en las nuevas orientaciones penales; desde luego esa idea de que hay que estudiar preferentemente al autor del delito antes que al delito mismo.

Más adelante, Franz von Litz ha de decirnos que el Derecho Penal lo que debe tener en cuenta no es el acto, sino el actor; y un cri-

minologista norteamericano, Spaldin, ha de decir: “Al delincuente hay que encarcelarlo, no por lo que hizo, sino por lo que es”.

Esto enseña que se debe estudiar la psicología del delincuente, que se debe analizarle, como decía Concepción Arenal, para rodearle entonces de las seguridades correspondientes de acuerdo con la mayor o menor temibilidad que pueda ofrecer para sus semejantes, en virtud de sus impulsos dañosos, deteniéndose ante él como actor más que ante el acto que haya podido realizar. Lo importante no es el hecho en sí, sino quien ha cometido el hecho.

Este puede ser muy grave, pero si ha sido cometido en circunstancias tales que nos permiten suponer que su autor no es un hombre permanentemente temible, sino que, bajo el impulso de factores extraños, ha llegado a incurrir en ese crimen, no tiene por qué alarmarse tanto la sociedad como cuando se encuentra frente a un delincuente que ha cometido un delito menor, pero en circunstancias que nos permiten convencernos de que ese hombre encierra en la potencialidad de sus inclinaciones al mal, una mayor peligrosidad.

Es así como surge, en el desenvolvimiento de las ideas criminalistas, el principio del “estado peligroso”. Se va a empezar a legislar entonces teniendo en cuenta dicho estado. Y las nuevas leyes van a fundarse en la existencia de ese grado de peligrosidad como justificativo de la pena, que vendrá a ser así tan sólo la medida de seguridad adoptada para que el hombre dotado de esas malas inclinaciones no pueda cometer daño y quede sometido a las restricciones penales en la medida de su temibilidad y mientras se le presuma temible.

Todo esto significa una orientación en el sentido de ir preparando a las cárceles para que estén en condiciones de reeducar a los delincuentes, curándolos de su peligrosidad; de reducirles poco a poco esos elementos de temibilidad para la convivencia social que caracterizan al delincuente, ya sea el delincuente nato o el accidental, ése que es más que nada obra y producto de las condiciones sociales y de las circunstancias históricas de carácter colectivo. Todo ello viene a dar razón a los correccionalistas.

Y en Concepción Arenal encontramos una fe ardiente en la obra de regeneración del preso por el buen ejemplo y el amor. Ella ha profundizado mucho en toda materia relacionada con lo que deben ser las cárceles, con el tratamiento que debe dárseles a los infelices que en

ellas se encuentran, en quienes veía hermanos caídos en la abyección o en la desgracia.

En sus páginas abundan los elementos con los cuales han de irse construyendo las tendencias que actualmente están triunfando, y la verdaderamente sorprendente es que Concepción Arenal llega a todas estas conclusiones de una base tan indiscutiblemente científica, en cierto modo desdeñando la inclinación a transformar el tratamiento de los delincuentes en una cosa de la ciencia y para la ciencia.

Ella entiende que lo que hay que poner sobre todo es corazón, bondad, fraternidad, cordialidad; ese sentimiento de filantropía y de caridad que ella quiere que se identifique con el sentido de la justicia. Por un impulso profundo de un esencial sentido humano ella encuentra el camino que la ciencia luego ha de reconocer como el mejor, el indicado; en una palabra, el más científico.

Se diría que toda su ciencia se la ha ido dictando el corazón; que le ha brotado de su fuente de bondad; que le ha bastado poner en esta materia unas reflexiones inspiradas por sus sentimientos humanitarios para hallar la clave de las soluciones y llegar al mismo fin a que habrán de llegar otros sabios por caminos distintos. Todo este libro es una prueba de que en los problemas humano las mejores razones suelen ser las del corazón. El generoso romanticismo de esta mujer admirable ha triunfado, más de una vez, de la frialdad de ciertos análisis aparentemente científicos.

Para darles a Uds. algunos datos más del trabajo realizado por esta fecunda pensadora, quiero recordar tan sólo aquí las "Cartas a los delincuentes", "La pena de deportación", "Las Colonias Penales", libros todos que merecieron los mayores elogios de las más altas autoridades en la materia.

Al Congreso de Estocolmo envió un informe, en el que planteaba los puntos que se habían de tratar en el Congreso, y allí llamó la atención hasta el punto de que el gran criminalista inglés Vines tradujo con vivos elogios su obra. Además colaboraba en el "Bulletin de la Société Générale des Prisons".

Escribió después "La instrucción del pueblo", "Cartas a un obrero", "La mujer del porvenir", un estudio de las condiciones sociales de la mujer en España, un trabajo interesantísimo sobre los niños abandonados, y muchísimas obras más.

Todo esto nos permite afirmar que fué una de las primeras mujeres que no sólo en España, sino en el mundo, penetraron en la zona tenebrosa de la delincuencia, para iluminarla con la luz serena de serias reflexiones y de una sabiduría que no era solamente aprendida en los libros, de una filosofía impregnada de un gran sentido de solidaridad humana.

Ella insistió mucho en eso: en que lo que se debe llevar al preso, a su mundo sombrío para aclararlo y para encontrar la salida hacia los campos de la redención, es un sentimiento de conmiseración y ternura y el acercamiento espiritual hacia todos los hombres, por bajos que ellos queden, o por delincuentes que hayan llegado a ser.

Con su intuición genial, repito, llegó a adelantarse a muchas orientaciones de las escuelas criminalistas modernas. Además, fué también una de las primeras mujeres que en España tuvieron el sentido de la "mujer social", de sus derechos y sus deberes, por lo menos equivalentes a los de los hombres.

El feminismo puede reivindicarla como una de sus glorias, porque ella orientó también en gran parte el pensamiento feminista, no siendo óbice a ello su opinión de que la mujer tiene en el hogar una vasta misión que cumplir y que es el horizonte de su casa el que más le conviene, hasta para el desarrollo de los fines humanos.

Pero puede además el movimiento feminista presentarla como una demostración acabada de la falsedad de todos aquellos conceptos pseudo científicos con los cuales Moebius y otros quisieron demostrar la inferioridad mental de la mujer, porque Concepción Arenal, por la fuerza de su inteligencia, por su capacidad intelectual, por su vasta ilustración, por la belleza de su estilo, por la aptitud para penetrar bien hondo en los problemas que se planteaba, por su sagacidad para descubrir nuevos horizontes, nuevos caminos, no tiene nada que envidiar al más potente y claro de los cerebros masculinos de su época.

Y ahora, en momentos que se alza el espectro fatídico de la guerra sobre los horizontes de la civilización, y los cuatro jinetes del apocalipsis parecen prontos otra vez a emprender su carrera desenfadada, debemos nosotros elevar nuestro pensamiento, nuestro corazón y nuestros recuerdos, hacia esos grandes espíritus femeninos que nos ofrecen para la salvación futura de las generaciones humanas una esperanza, en el recurso lógico de darles en el destino de esas generaciones,

la debida participación a las mujeres de talento, a las madres —y todas las mujeres lo son, por su psicología, aunque sean doncellas—; porque si las mujeres y las madres tuviesen más intervención en la dirección de los negocios públicos, ellas habrían sin duda de impedir que los pueblos fuesen conducidos a las matanzas horrendas, pues sabrían inculcarles, para la convivencia pacífica de todas las naciones, leyes de justicia internacional y sentimientos de fraternidad indelebles.

Honremos a estas mujeres admirables; recojamos sus enseñanzas; ellas nos han dejado una lección perdurable: la de Concepción Arenal es una lección altísima que queda grabada en el corazón de los tiempos con palabras que resuenan hablándonos del mejoramiento del hombre por el mejoramiento social, y del perfeccionamiento colectivo, por la elevación del hombre, por el triunfo de los sentimientos de fraternidad y de amor, que son ley constante de la convivencia humana, sin la cual los pueblos se hunden en los abismos sangrientos de la barbarie y arriesgan en la locura frenética de un solo día la maravillosa cosecha de muchos siglos de cultura y progreso universales. (Muchos aplausos).

En estos momentos nosotros estamos congregados aquí sintiendo gravitar sobre nuestros espíritus la sombra angustiosa de una actualidad política internacional preñada de terribles posibilidades. Y eso nos hace advertir la profunda diferencia que existe entre estas vidas venerables, consagradas a remediar los males del prójimo, a curar las liagas de la Sociedad, a levantar de la abyección a los hombres que por los despeñaderos de la vida han ido cayendo, con esas potestades siniestras que decretan de pronto las más horrendas hecatombes, que obligan a ir a la guerra a millones de hombres, que hacen perecer aplastados, triturados, a millares de seres humanos, bajo las pesadas ruedas de sus máquinas de exterminio y que desatan sobre el mundo el azote de las más inauditas calamidades.

Pero no desesperemos. A la larga, en el destino de las generaciones, los que han de triunfar no son esos feroces demiurgos del mundo político, que pasan por encima de todos los principios y destruyen, en su locura frenética, las más preciosas conquistas de la civilización, de la cultura y del progreso.

A la larga, los que han de triunfar son los esfuerzos continuados,

pacientes, obstinados, a menudo oscuros y silenciosos, de estos sabios y de estos pensadores. (Muchos aplausos).

Un gran novelista francés, Emilio Zola, describía en una de sus mejores novelas, "La débacle", el cuadro de un campesino que va labrando sus tierras, arándolas, preparándolas para las cosechas del mañana, a pocos metros del campo de batalla donde truena el cañón y los hombres se destruyen los unos a los otros.

Bien, estos sabios son como ese campesino: imperturbablemente ellos van sembrando y van construyendo el mundo de mañana, que es el porvenir indestructible, a pesar de todos los horrores del presente.

Zola nos presentaba en ese campesino el símbolo de los destinos de la vida de la Humanidad, que cumple siempre sus fines, a pesar y por encima de todo, al borde mismo de la vorágine donde los hombres se destrozan entre sí.

Concepción Arenal, la ilustre gallega, fué también como ese campesino: labró su campo, lo preparó para las cosechas futuras, a fin de darles a los hombres el pan de la bondad, de la ciencia, de la fraternidad y del amor.

Fué ella también uno de esos pensadores que con esfuerzo constante y heroico van prodigando a los hombres, para el presente y para el porvenir, los dones preciosos del saber, de la bondad, de la ciencia y del arte, que son dones constructivos, que fecundan y prolongan la vida por encima y más allá de todos los designios de la muerte.

Ella cumplió heroicamente con ese deber, y por eso, con ese gesto y con esa obra, vive en el corazón de las generaciones y ha pasado a la Historia como uno de los símbolos más claros y cabales de la mujer fuerte, fortaleza que no reside tan sólo en su genio, sino en su corazón y en su bondad.

Hay un pensamiento de Concepción Arenal, que es sin duda perdurable. Dice: "Se nos llama visionarios porque nosotros esperamos con la más incontrastable esperanza que ha de llegar el día en que a la Caridad se le llame Justicia".

Nosotros podemos subscribir ese pensamiento, a pesar de no creer como ella en la existencia de un Dios de verdad y de bien y de amor; pero creemos, eso sí, en que el amor y la bondad han de implantar un día en la tierra, entre los hombres, el verdadero rei-

nado de Dios, que no ha de ser sino el reinado de los hombres mismos, confraternizando entre sí, reconciliados profundamente en un gran abrazo hecho posible por el triunfo de la justicia y la solidaridad verdadera. (Muchos aplausos).

Salvador Díaz Mirón (1)

Si Salvador Díaz Mirón no hubiera sido más que un gran poeta yo tal vez no hubiera asumido la difícil responsabilidad de tomar parte en este Acto. Pero Díaz Mirón ha sido algo más que un gran poeta. Perteneció a una estirpe de grandes poetas que me place elogiar. Era un hombre de recia contextura moral, cuyo carácter altivo, inflexible, rígido, hasta huraño y hosco, casi insociable, difícil de tratar por sus durezas y sus sinceridades, constituía por sí solo un valor de excepción; y fué, además, un poeta mejicano, hasta eminentemente mejicano, porque se vinculó activamente a las manifestaciones características de la vida nacional. Todo lo cual nos

(1) Discurso pronunciado en el Salón de la Universidad en el acto celebrado con motivo de su fallecimiento. (1928). (Versión Taquigráfica).

La revista "La Pluma" —dirigida por Alberto Zum Felde— acompañó la publicación del presente discurso con la siguiente crónica:

Se realizó en el Salón de Actos de la Universidad, un amplio y magnífico homenaje a la memoria de Salvador Díaz Mirón, poeta y ciudadano en la más amplia acepción del vocablo.

Como encarnación del patriota que no claudicó en las horas sombrías del despotismo de Porfirio Díaz, el Comité ha tomado a su cargo la noble tarea de defender los principios de la revolución mexicana, en lo que ellos encarnan de aspiración democrática, tributó su homenaje en forma cálida y eficazísima. Abrió el acto, con el discurso que insertamos más abajo, el estudiante José P. Heguy Velazco, que se inicia en forma brillante en las actividades literarias, en nombre del Comité; habló luego magistralmente, en una pieza oratoria que fué lección de humanidad y de civismo, el Dr. Emilio Frugoni. El poeta y estudiante de nuestra Redacción, Roberto Ibáñez, y el Dr. Casillas Vargas completaron con sus discursos, cálido el del primero, y meditado el segundo, el acto justiciero que obtuvo un éxito total.

Con el homenaje a Alfonso Reyes, del que dimos noticia en nuestro número anterior, con el homenaje a Díaz Mirón, con las conferencias de Luisa Luisi sobre "Sor Juana Inés de la Cruz" y de Emilio Frugoni sobre "La lección de México", primeras de un ciclo que se va desarrollando con todo éxito, el Comité realiza una labor de sano americanismo.

"La Pluma" al insertar los discursos de Heguy Velazco y de Emilio Frugoni se adhiere en esta forma a la plausible y desinteresada labor del Comité "Uruguay - México".

permite ver en él, un símbolo para agitar en esta hora, ante la conciencia de América y del Mundo como si agitáramos con él la misma bandera mejicana en lo que tiene de más significativo para la historia nacional y política de los pueblos del continente.

México es en cierto sentido toda una lección para las naciones americanas. Es un esforzado adalid de la causa de la independencia económica y de la independencia política frente al avance siniestro y sistemático del imperialismo yanqui; es un pionero que trata de rescatar para la civilización, la cultura, el progreso y la justicia social, tierras hasta hoy reservadas al atraso, a la incultura, casi a la barbarie y a la explotación capitalista en sus formas peores. Es un país que ha hecho y está haciendo su Revolución para suprimir la supervivencia de las formas feudales; para abatir el poderío funesto de la iglesia católica, para asentar sobre bases inmovibles la soberanía nacional, y para poner a cubierto del zarpazo del imperialismo económico las fuentes naturales de la riqueza pública. Es un país que trata de construir su propia economía nacional, no por el aislamiento infecundo y retardatario, sino poniendo en manos del pueblo la tierra de los antiguos latifundios, abiertos por la ley que los parcela, a la ocupación de las familias indígenas, para que el indio encuentre, al fin, en el suelo mejicano la patria, de la que hasta ahora ha vivido proscrito y alejado, por más que en ella habitara, pues en ella habitaba tan sólo como un paria explotado, esquilado y escarnecido. Por eso, hacia México se vuelve la atención de todos los hombres nuevos de América, de todos los que ansian ver implantados cuanto antes, en el Nuevo Mundo, los principios de reparación y justicia que se levantan como metas luminosas, como cumbres besadas por el sol, ante los ojos ávidos de las muchedumbres oprimidas.

Por eso nos interesan vivamente sus cosas y sus hombres. Frente a éstos, cuando dirigimos nuestra mirada hacia éstos, debemos verlos envueltos en una atmósfera social y civil que les forma un fondo y un marco de tempestad y de lucha, donde los relámpagos trazan su cárdena cifra de fuego para escribir en el firmamento el fatídico Mane Thessel Fhares, que anuncia el derrumbe de muchos despotismos en el banquete de los privilegiados. Precisamente Díaz Mirón, frente al despotismo oprobioso de una dictadura de treinta años, fué uno de los pocos intelectuales mejicanos, acaso el único poeta de Méjico, que

abría el puño olímpico de su inspiración para lanzar los rayos fulminadores que encendían en el horizonte de su patria, como una aurora de reivindicaciones, la admonición tremenda y la inexorable profecía.

Fué un poeta que tuvo rugidos de león para los déspotas; llamaradas de volcán para encender de heroísmo y de sagrada cólera los corazones y trinos de ruiseñor para la mujer amada.

Blanco Fombona, que también sabe de altiveces ante las tiranías, porque es un alto espíritu de artista ciudadano, nos ha trazado en una página magistral la figura de Díaz Mirón erguida en magnífica actitud de desafío ante el dictador que aplastaba el espíritu público de su país bajo una pesada lápida de ignominia y de oprobio. El poeta hacía restallar los apóstrofes de su lira y los fustazos de su pluma de periodista, en medio al silencio cómplice, a la sumisión estipendiada y a la cobardía universal.

Los acólitos del dictador aparentaban no dar importancia a sus ataques, y para desprestigiarlo ante la opinión le tildaban de loco; pero el loco cantaba hermosamente a la libertad y se batía por ella. Tuvo duelos mortales con su adversario político y en uno de esos duelos recibió la herida que le inutilizó un brazo. Esgrimía su pluma de polemista temible y subía a las tribunas políticas para descargar desde ellas todo su odio sobre los opresores y su desprecio sobre los sometidos. Sufrió persecuciones y cárcel; en una de sus poesías nos narra cómo hallándose en prisión, murió su padre y fué conducido por brevés instantes, entre dos guardianes, a darle al cadáver de su progenitor la despedida postrera. Hizo de su lira un arma de combate; ponía en sus cantos su ardiente corazón ciudadano de luchador indómito. El poeta y el hombre formaban una entidad indestructible, una totalidad indisoluble; eran una mente sola, un solo corazón, un solo espíritu, que lanzado a esa ardiente batalla contra la dictadura vendida al oro del extranjero y contra la corrupción que la rodeaba, salvaba a un tiempo mismo la dignidad de todo un pueblo y la dignidad moral de la poesía.

Cantaba a los héroes de la libertad, a los enemigos de la tiranía, a los libertadores: a Hugo, a Byron, a Bruto, a Cronwell, a Hidalgo, a Guillermo Tell, a Bolívar. Pero, no los cantaba en un vano juego retórico y para simple desfogue de su temperamento lírico y romántico, sino jugándose una partida arriesgada, frente a frente, cara a

cara con la dictadura a la que trataba como de potencia a potencia. Blanco Fombona dice que pocos hombres han tomado tan en serio la poesía como Díaz Mirón. Para él la poesía era lucha sagrada en pro de un ideal. Tenía del canto el concepto de que se trataba de una conjunción de heroísmos; "tres heroísmos en conjunción:

"El heroísmo del pensamiento.

"El heroísmo del sentimiento.

"Y el heroísmo de la expresión".

Reconforta y alienta el ejemplo de este poeta gallardamente masculino, fuertemente viril, que parece desmentir con su robusta voz la profecía de Renán, según el cual llegaría una época en que solamente las mujeres escribirían versos.

Ustedes habrán advertido que en la gama de la poesía caben todos los tonos y todos los timbres; hay versos que suenan como el cristal, con un sonido claro, sutil y quebradizo; hay versos que suenan como el bronce: unos son violines o flautas, otros son órganos de catedral, orquestas, o vendavales. Los de Díaz Mirón eran campanas de esas que tocan a rebato, que promueven los grandes movimientos populares y que merecen bien la inscripción famosa del inmortal poema de Schiller: **Vivos voco, mortus plango, fulgura infra-**go. (Convoco a los vivos, lloro a los muertos y quiebro a la centella).

Fué un poeta que no se olvidaba de ser hombre. Fué un varón que descendía a la arena del combate sin el temor de que sus alas de arcángel lírico se estropearan en la refriega. Me place hacerlo resaltar ahora que está de moda en ciertos sectores de la poesía desarraigarse de la vida civil, perder contacto con el plano más agitado y candente del mundo terreno, para envolverse en la atmósfera de una incontaminada abstracción espiritual o simplemente literaria, ajena a las corrientes tumultuosas e impuras de las preocupaciones colectivas. Abundan, sobre todo en estas regiones del Río de la Plata, los que hacen de la literatura un refugio de eunuca neutralidad civil para sus cobardías morales. Escuelas que deshumanizan el arte, según la consabida fórmula, y tratan de crear "una frivolidad nueva en un mundo viejo", apartan al poeta de las actitudes de héroe cívico, lo separan de las agitaciones de la ciudadanía militantes y lo desvinculan de la multitud, hasta como espectáculo.

Cuando Díaz Mirón era joven, cuando escribía la parte más romántica y resonante de su obra poética, el poeta era un espectáculo para el pueblo, una voz para muchos, un ademán rector ante la admiración de las multitudes. Las escuelas de ahora hacen del poeta una expresión para los cenáculos literarios, una voz para pocos, que sólo vive o encuentra eco entre los iniciados, o los entendidos y en las páginas literarias de la revistas más o menos tendenciosas. El poeta de antes gozaba de popularidad en el ambiente abierto de la plaza pública; el de ahora sólo es popular entre los literatos y los intelectuales. Porque aquél hablaba para todos, decía cosas que a todos llagaban, que todos entendían y que a todos, poco o mucho, podían interesar. Yo no digo que esto sea mejor o peor para los destinos del arte. Puedo admitir que tengan razón los que quieren que el poeta en su obra, se mantenga en una altura de absoluta pureza estética, en un ambiente ideal de indiferencia para las solicitudes vulgares del problema cotidiano, donde la poesía viva con y por sus propios elementos intrínsecos.

Lo que hago resaltar, entonces, es que ello nos obliga más que nunca a establecer una diferencia profunda entre el poeta y el hombre; diferencia que acrece la responsabilidad del hombre que inevitablemente hay en el poeta, ante los deberes para con la convivencia social. Que el poeta se encierre si quiere, como tal, en la torre de marfil de su estetismo; que sólo mire al mundo desde un punto de vista estético, en cuanto sólo ha de tomarlo como espectáculo o tema para sus concepciones artísticas, pero que el hombre cumpla, entonces, dignamente con su deber humano en el seno de la sociedad contemporánea donde los más altos y generosos ideales reclaman el concurso decidido de todas las energías fecundas. Y no toleremos que mientras el poeta se mantiene en su altura de pureza estética, proscribiendo de sus versos el soplo de aspiración colectiva, de toda la preocupación social o política en el alto sentido de la palabra, el hombre descienda a contaminarse con las impurezas cotidianas en el plano más bajo y abyecto de la servidumbre política, o transija cobardemente con la impostura organizada y el convencionalismo preponderante, con tal de no poner en peligro la serenidad olímpica del poeta o su aptitud espiritual para dedicarse a la creación despreocupada de la bagatela o la frivolidad literaria. El roman-

ticismo fué la escuela que creó más poetas de aquel género, con algo de oradores, por el modo de decir, por esa su manera de expresión poética en alta voz, en franca comunicación al aire libre con todo un pueblo de corazones.

Díaz Mirón tuvo dos maneras; se hizo famoso por la primera, gozó de celebridad en todos los países americanos de habla española y tuvo grandes y ardientes admiradores en España misma, cuando daba rienda suelta a los impulsos de su temperamento, en los versos de poesías como "Gloria", a ratos rípidos, pero característicos por la fuerza de la expresión y la fulgurante pujanza de las imágenes y conceptos, donde parecía tallar a golpes de cincel en la piedra de la palabra viva, su propia estatua espiritual, la imagen de su carácter diamantino: "No intentes convencerme de torpeza —con los delirios de tu mente loca. —Mi espíritu es al par luz y firmeza. —Firmeza y luz como el cristal de roca".

Su personalidad y su manera se impusieron en esa época en el mundo de la poesía americana. Tuvo muchos imitadores, y grandes poetas sintieron su influencia en sus primeros vuelos. Santos Chocano y Rubén Darío fueron sus discípulos; naturalmente mucho más el primero que el segundo. Hace alrededor de treinta años su acento se notaba, poco o mucho, en toda la poesía civil del continente. Porque tuvo un acento propio y era el suyo el acento de un varón robusto, con fuerza bastante para tomar la vida por las espaldas y doblarla como a un toro bravo, entre sus puños de atleta. No era, sin embargo, un dominador de la vida. Porque más que ser un dominador, prefirió abominar de todos los dominadores, en sonoros versos románticos. Y por eso vivió siempre en el orgullo de una pobreza y de una austeridad irreductibles, sin mendigar jamás aplausos para su obra literaria; desdeñoso del laurel y del oro, sin cultivar su nombre ni su reputación artística, sin valerse jamás de esa política o diplomacia de los literatos, que consiste en provocar el elogio, elogiando y halagando por correspondencia grandes o pequeñas vanidades humanas.

Llegó un momento en que se arrepintió de su rípidos románticos. Las estrofas que más fama le habían dado, se le volvieron intolerables. El modernismo triunfante había decretado la muerte del énfasis. Rubén Darío había traído los moldes de Francia, ante cuya gracia exquisita y alada tomaban de pronto un insupportable dejo de ran-

ciudad las huecas sonoridades del modo español y las falsas efervescencias verbales del floripondio tropical. Díaz Mirón temió haber incurrido en ambos defectos, y un buen día sus antiguos admiradores vieron con estupor que daba a luz un libro, "Lascas", en cuyo prólogo renegaba de toda su obra anterior y declaraba debía tenerse por no escrita. Esto mismo revela la entereza de su carácter, pues él no trepidó en imponerse el sacrificio de desautorizar toda una obra de muchos años, que lo había cubierto de gloria, cuando creyó que había venido siguiendo hasta entonces una senda equivocada en el campo del arte. En "Lascas" aparece dominado por una preocupación profunda, por un noble afán, por un ansia insatisfecha de perfeccionamiento formal.

A raíz de su muerte, Alfonso Reyes, embajador de Méjico en la República Argentina, publicaba en un diario bonaerense una notable página asumiendo la defensa de Díaz Mirón, injustamente acusado como representante del fácil sentimentalismo tropical. En esa página nos narra Alfonso Reyes el drama de esos afanes angustiosos tras el esquivo ideal de una forma perfecta. En "Lascas", el poeta surge con una estética renovada. Alfonso Reyes le descubre cierta impotencia para llegar al poema definitivo, pero afirma que nada es menos fácilmente sentimental y tropical, que el Díaz Mirón de "Lascas", de "Triunfos", de "Araucaria" y otros poemas. "Ni cursi, ni tropical; —dice textualmente— ni imitador de decadentismo ajenos, sino ensimismado, grave, retraído, enloquecido de perfeccionamiento". Góngora mejicano, le llama; que nos ha dejado, agrega, una lección de oficio, un consejo de frenar a Pegaso; una tremenda inquietud de perfección, una aberración de solitario.

Antes ha dicho de él que era un temperamento de originalidad terrible. Terrible, sin duda, como su carácter. Nada lo pinta mejor que una anécdota que tuvo la suerte de escuchar de los labios del propio Amado Nervo, otro gran poeta mejicano, que fué nuestro huésped en los últimos días de su vida, como si hubiera querido que Montevideo fuese su último puerto de llegada y su último puerto de partida. Un alto personaje de las letras y de la magistratura, presidente de un Tribunal de Justicia, recibió cierta vez la visita de nuestro poeta. Este acababa de escribir un poema y venía a leerlo. El dueño de casa lo hizo pasar a su despacho, con todos los honores

debidos a la alta jerarquía intelectual de la visita, y la lectura comenzó. Pero el poema era largo, la lectura continuaba, y llegaba el momento en que el presidente del Tribunal debía ir a ocupar su puesto, por lo cual, pidiéndole mil disculpas, hizo saber al visitante, que con gran pesar suyo, se vería obligado a retirarse interrumpiendo la lectura, pues lo reclamaba el cumplimiento ineludible de su obligación. ¡Aquí del carácter atrabiliario y feroz de nuestro poeta! Sacó rápidamente una pistola, se la aboca al pecho de su consternado oyente y lo conmina a sentarse para escuchar hasta el fin la lectura del poema. Y la lectura continuó, conservando el poeta la pistola al alcance de su mano, sobre la mesa, para evitar cualquier intento de retirada.

Semejante temperamento no podía, por cierto, adaptarse a las blanduras de cierta poesía muy en boga hace algunos años en todos los países de habla castellana. En "Lascas", podrá haber, como dice Alfonso Reyes, "dureza, extrañeza y extravagancias", pero no hay nunca blanduras ni suavidades enfermizas. Esa poesía pudo, pues, ser considerada como una reacción saludable contra el afeminamiento de ciertos aires suaves a cuyos pausados giros danzaban las marquesas del "Triánón" o "las pastoras de Grecia", y hasta a veces resultaba preferible llenarse la boca con los ripios románticos de sus antiguos versos bravucones, empenachados de gallardía y fierezas hombrunas, a seguir desarrollando la dulzura elegíaca de cierta poesía sutilmente espiritualizada en tono menor de confianza al oído.

Finalmente, Díaz Mirón, abandonó las agitaciones políticas y la enseñanza de su cátedra de Veracruz, para dedicarse al ministerio apostólico de maestro de niños. Rodeado de niños, a los que enseñaba las primeras letras, supo apagar las brasas de su temperamento impulsivo en un remanso de su vida, bajo el claro sol de las risas infantiles, orgulloso de ser pobre y de no haber ocupado, nunca, sino puestos de lucha en el periodismo, en el Parlamento y en la poesía, —porque la poesía fué para él, durante mucho tiempo, un sitio de combate— y puestos de enseñanza en la Universidad de Veracruz, o improvisándose maestro de primeras letras para rodearse de pequeñuelos en el apacible retiro de su hogar, cuando ya la muerte empezaba a descender, poco a poco, como un crepúsculo sobre las inseguras tejas de su tejado. No fué, pues, el retórico, vano e

irredimible que pasa por el mundo sin dejar tras de sí más que el eco de sus pasos inútiles por el escenario de la espectacularidad. Fué un hombre que batalló como el mejor de los ciudadanos y un poeta que cantó como el mejor de los hombres. Altos méritos son, para merecer el homenaje de los poetas nuevos, de verdad, y de todos los hombres de corazón honrado y de voluntad levantada.

Alguna vez he escrito yo de lo que he llamado una nueva función de la intelectualidad y el Arte americanos, exhortando a los artistas y escritores del continente a prestar permanente atención a las solicitaciones profundas de la vida continental, y sosteniendo que las características de un arte genuinamente americano, no pueden ser las que se señalan como rasgos distintivos de una literatura europea, creada por la psicología de post-guerra con sus desalientos, sus incertidumbres, sus enfermedades y hasta sus aberraciones.

Ante la sombra de estos grandes muertos que llenaron con su personalidad y su voz un momento de la poesía del continente, comprometámonos a crear el Arte que realmente responda al destino de América en la historia del Mundo, buscando el espíritu y la expresión inconfundible de nuestra poesía, más aun que en las exterioridades pintorescas y en las peculiaridades geográficas, en la hondura de la realidad social y humana, que es la fuente de donde han de surgir el sentimiento y la idealidad bajo cuyo impulso los artistas americanos seremos finalmente y totalmente dignos de la misión gloriosa de darle a América una voz profunda, genuina e inmortal.

Que el recuerdo de los que, como Salvador Díaz Mirón vivieron en fervor de poesía, de belleza y de lucha, nos alumbré la senda y haga llegar hasta nuestros corazones las vibraciones de una fibra de salud y de fuerza, de sentimiento humano, de ansia del porvenir, de profundo calor vital, que ha de ser como una cuerda infaltable en todas las liras de este continente, de este mundo nuevo del que la humanidad aguarda tantas nuevas y grandes cosas, sólo posibles mediante una creación esforzada para la cual se necesitan energías con músculos, voluntades inexhaustas, corazones enteros y conciencias clarividentes.

Presentando a Indalecio Prieto

En el Ateneo de Montevideo, el 5 de febrero de 1939

El Ateneo, por mi modesto intermedio, da su bienvenida al ilustre embajador extraordinario de la República Española en estos países de América, y le agradece el haber venido a honrar su tribuna.

En medio de las angustias que sentimos en estos instantes por la suerte de España, es para nosotros algo así como un oasis de regocijo la presencia de Indalecio Prieto en esta casa, de la que bien puede decirse que es el corazón de la ciudadanía uruguaya y el alma alerta de la cultura nacional.

Estamos viviendo momentos de intensa emoción junto a Indalecio Prieto. Su poderosa elocuencia sacude nuestro espíritu y reaviva en él nuestro fervor por la gloriosa causa de la República Española...

(Aplausos.)

... que no en vano se trata de un formidable tribuno del cual puede decirse, parodiando la frase célebre, que ha coronado con nuevas almenas las torres del estilo oratorio contemporáneo. Junto a él estamos viviendo con más intensidad que nunca el drama de España. Estamos respirando su atmósfera de fuego; nos estamos sumergiendo en su candente clima espiritual porque él ha traído hasta nosotros, para tocarnos y estremecernos, un trozo vivo de la tragedia española, en la cual ha actuado y actúa como actor vigoroso y no tan sólo en la superficie de los acontecimientos visibles, sino en la trama íntima de la tragedia, en la profundidad de sus entrañas con las manos puestas sobre sus resortes vitales. Con él han llegado hasta nosotros, personificados y sintetizados en él y alentando en su elocuencia poderosa, los héroes actuales de la España inmortal, los muertos y los vivos, los que cayeron en las trincheras bajo el azote de las ametra-

lladoras y los que cayeron en las sombrías callejas bajo el azote de las persecuciones y de la venganza política; los niños también, los que han sido muertos y despedazados en los paseos públicos de las ciudades españolas por los bombardeos aéreos de los aviones asesinos, italianos y alemanes.

(Muy bien! Aplausos).

Con él nos ha llegado el alma heroica de ese pueblo que reproduce constantemente como en una especie de hábito cotidiano el gesto histórico de quemar las naves como Hernán Cortés y que, a cuatro siglos de distancia, reproduce, recoge y cumple todavía la exhortación de Francisco Pizarro a sus soldados en América: "Haced de vuestros corazones fortaleza porque no tenéis otras".

(Ovación).

Con él nos llega el alma misma de España; más todavía: el alma de la España mártir; de la España idealista; de la España inmortal, de la España eterna, esa que se está desangrando en un drama junto al cual empalidece y pierde intensidad trágica el mismo drama del calvario, porque aquí no es un hombre tan solo, casi divino, que se sacrifica crucificado para redimir al mundo; aquí es toda una nación, divina síntesis humana, la que se sacrifica en la cruz de las más horrendas torturas para salvar al mundo contemporáneo y redimir a la humanidad entera de sus culpas, de sus lacras, de sus desfallecimientos y de sus cobardías. Y que como Jesús, y más grande que Jesús por la magnitud de sus dolores físicos y morales, se sacrifica consciente, como nos lo dijera las otras noches en su magnífico discurso del Estadio el ilustre Indalecio Prieto, se sacrifica consciente de que su sacrificio constituye una ofrenda depuesta por su heroísmo admirable en los altares del derecho humano, de la democracia universal y del progreso civil y espiritual del mundo.

(Ovación).

Debo ser breve, pero no quiero abandonar esta tribuna sin antes repetiros, eminente visitante, que al entrar en esta casa habéis entrado en el hogar mismo de la democracia uruguaya (Aplausos). Porque esta Institución, — presidida por la figura prócer del doctor Eduardo Acevedo...

(Aplausos).

... un patriarca de la democracia nacional al cual le debemos la resurrección de este centro que fué durante largos años algo así como un cadáver en pie, un cuerpo de edificio vacío de calor y de espíritu — esta casa, en estos últimos años nos hace acordar bastante a aquel famoso Ateneo de Madrid, que tanta parte tuvo en la obra de preparar el espíritu español para las grandes transformaciones sociales y políticas que condujeron a España a la cumbre de sus destinos históricos.

(Aplausos).

Dentro de pocas semanas, en esta misma casa, va a celebrarse, presidido por otro gran demócrata uruguayo, el doctor Pedro Díaz...

(Aplausos).

... el Congreso Popular de la Democracia de América. Y tengo para mí que la primera resolución de ese Congreso ha de ser enviar un llamamiento angustioso a toda la conciencia pública del continente para que se refuerce la solidaridad y el apoyo a la causa del legítimo gobierno español.

(Aplausos).

Indalecio Prieto decía las otras noches en su estupenda peroración del Estadio, que ahora podría retornar a su país con la honda satisfacción de haber visto y haber sentido que los pueblos de América están de todo corazón con la gloriosa causa de la República Española. Es verdad, sin duda, pero no ocultemos que en el entusiasmo y en el fervor del pueblo uruguayo por esa causa hay una gota de amargura: la que pone nuestro remordimiento por no haber sido capaces de crear una situación política que significara una solidaridad estrecha con dicha causa o que por lo menos restableciera las relaciones diplomáticas torpemente interrumpidas...

(Grandes aplausos).

... Porque de poco ha de valer el apoyo espiritual de los pueblos de América mientras no sean capaces de obligar a sus gobiernos a ponerse, como el de Méjico, en actitud de franca y noble solidaridad con la causa de la República Española en el terrible trance en que se están decidiendo, a la faz del mundo, sus sagrados destinos.

(Prolongados aplausos).

José Batlle y Ordóñez

Pronunciado en el Ateneo, el 22 de octubre de 1936 (1)

Ciudadanas y ciudadanos:

Vengo a tomar parte en este acto como un soldado obedece una orden.

No quiero decir con esto que venga contra mi voluntad, sino que vengo a cumplir un mandato. La Comisión Directiva del Ateneo, sin consultármelo siquiera, en sesión en la que yo no me hallaba presente, resolvió arrojar sobre mí la honra de representar a esta institución en este homenaje a la memoria de José Batlle y Ordóñez.

En cualquier otro momento de la vida nacional yo hubiese rehuído o tratado de rehuir esta responsabilidad, para mí abrumadora. Pero en las presentes circunstancias acaté sin protestas, porque estos cometidos son como puestos que se nos confían en una línea de batalla, en la línea de batalla de una contienda cívica, y no podemos rehusar-nos sin mengua de nuestra propia estimación, aunque sepamos que no seremos capaces de desempeñarnos discretamente. Por otra parte, el Ateneo estaba en deuda con Batlle. Estaba en deuda en el sentido de que le debía una de esas conferencias que con motivo de su propio

(1) "En ocasión del VII aniversario de la muerte del señor José Batlle y Ordóñez, fueron numerosos y significativos los homenajes que desde diversos sectores de a libre opinión nacional se rindieron a la memoria ilustre del gran estadista.

"Especial relieve adquirió entre las ceremonias realizadas durante el pasado mes de octubre, el gran acto de homenaje a Batlle, efectuado en el Ateneo de Montevideo. En esa ocasión, el doctor Emilio Frugoni, líder del Partido Socialista pronunció una magnífica preza oratoria que tuvo la virtud de poner en tensión la fibra emocional de inmenso auditorio, tocado por la brillantez del conceptuoso discurso.

"El lector podrá preciar el contenido del discurso del doctor Frugoni que nos complacemos en publicar. — ("El Día").

cincuentenario se vienen realizando sobre personalidades de nuestro mundo intelectual o político que tuvieron contacto con la existencia de este centro de cultura. Precisamente, yo había tomado a mi cargo el compromiso de hablar de Batlle en cuanto a ateneísta, y ya había postergado una vez el cumplimiento de esa obligación debido a urgentes ocupaciones.

En eso estábamos cuando la Comisión del Ateneo se vió solicitada para hacerse representar en este acto, y por tales antecedentes creyó que debía ser yo el indicado.

He ahí por qué me tienen ustedes aquí, tratando de tender el arco con mis débiles fuerzas, aunque eso sí, con el ánimo reconfortado por la evocación de ese gran espíritu que se agiganta en la hora sobre el fondo histórico del Uruguay y de América, sobre el cual se proyecta como la imagen misma de la idealidad política que tuvo en él, entre nosotros, su más vigorosa encarnación.

(¡Muy bien!)

Una recordación de Batlle en estos instantes, en esta hora incierta y sombría de nuestras vicisitudes nacionales, ha de asumir por fuerza un significado de enseñanza y de prédica combativa y hasta de tremolar de banderas de lucha, por todo lo que él ha sido para la realidad de nuestro pasado, por todo lo que es para la fecundación de nuestro presente y por todo lo que ha de ser todavía para la orientación y alentar de las generaciones en su marcha incesante y dolorosa hacia los horizontes del porvenir.

(Aplausos.)

Y debe ser así para que este homenaje corresponda por completo, por su sentido intrínseco, a la índole espiritual y moral de su personalidad, pues sería inconcebible que tratándose de quien fué un luchador en todas las posiciones de su vida pública, que tratándose de quien recorrió el escenario de nuestra historia civil y política haciéndolo estremecerse y crujir con su recio paso de removedor de sillares de granito, nosotros pudiéramos a tan corta distancia de su desaparición, hablar con frialdad académica en acto de objetiva apreciación equidistante donde sólo hiciésemos reconocimiento de virtudes y de méritos, sin trascendencia de ataque para nadie ni de exaltación o de condenación para nada.

(¡Muy bien! Aplausos.)

Nos parecería traicionar su destino personal; volver la espalda al ademán enérgico con que su vida trazó el rasgo de su trayectoria en el panorama histórico del país, si hiciésemos de estas conmemoraciones solamente evocaciones melancólicas de su figura prócer, y no fuésemos capaces de levantar esa figura por encima de nuestras cabezas, por encima de las cabezas un tanto abatidas de nuestro pueblo, como un estandarte, bajo cuyos pliegues se congregue no una multitud de devotos para reanimar, de rodillas, la llama de su recuerdo en la serenidad litúrgica de un rito religioso, sino una multitud de ciudadanos que recojan, de pie, en su mente y en su corazón, la incitación de las enseñanzas de su vida para recuperar fuerzas en la lucha constante contra todo lo que tenemos que combatir y en pro de todo... (los aplausos impiden oír el final de la frase).

Y esto, es tanto más necesario de nuestra parte, cuanto que asistimos a una explotación indigna del nombre y de la gloria de Batlle y Ordóñez, que obliga a que estas sinceras recordaciones populares adquieran todo el viril sentido de un verdadero desagravio.

(Aplausos.)

Porque no hace aún muchas semanas se congregaban en el Sódre los delegados de un partido oficialista, y hubo allí oradores que invocaron el nombre de Batlle para arrancar con su prestigio aplausos y vivas a una concurrencia de enganchados que reproducían los más tristes y vergonzosos cuadros del atraso político en que las oligarquías sudamericanas se esfuerzan en mantener, a través del tiempo, a las ignorantes muchedumbres criollas.

(Grandes aplausos.)

¡Qué afrenta para la memoria de Batlle! ¡Qué ultraje sangriento a su nombre! Pero todavía me quedaba algo más por oír. Las otras tardes en la Cámara de Diputados, cuando se discutió esa reaccionaria ley de indeseables, que erige al Poder Ejecutivo en autor, ejecutor y juez de sus propias sentencias y a la policía en árbitro de la suerte de miles de trabajadores extranjeros, un diputado terrista creyó buena la oportunidad para proclamarse discípulo fiel de Batlle, sosteniendo que su partido era precisamente el que mejor interpretaba el espíritu de Batlle...

(Risas y aplausos.)

...arrancándome la siguiente exclamación:

—¡Cómo se estremecería en su huesa el cadáver de Batlle y Ordóñez si pudiese escuchar semejante herejía!

(Aplausos.)

Y bien: esta explotación del nombre de Batlle por quienes han destruído su obra, es una de las amargas lecciones de la historia que explica, tal vez, la razón de las principales actitudes adversas que mantuvimos en aquella larga polémica (¿por qué no recordarla ahora también?) con ese robusto forjador de patria.

Deseo explicarme. Hablo aquí ahora en nombre y representación del Ateneo y esto sólo me autoriza a intervenir en este homenaje aportando al elogio una contribución sin reticencias, y sin poner en el vino del elogio la gota de vinagre de opiniones mías demasiado personales para que puedan ser expresadas en nombre de una institución que no es mi propio partido político y no puede comprometerse con posiciones partidarias ni de ayer ni de hoy. Pero yo no sé hablar como personero impersonal y no puedo resistir a la tentación de reanudar, en el juicio póstumo ya serenado y pulido por el aire claro de la Historia, mi criterio de disidencia ante los que, en mi calidad de hombre de un partido que no era el suyo, me parecieron errores trascendentales de su orientación política.

Voy a decirlo, pues, con apreciación que podrá considerarse equivocada, pero que debe reconocerse sincera (y después de todo el gran tributo que podemos ofrendar a esos varones de Plutarco es el tributo de nuestra sinceridad); esa explotación oficialista de la gloria de Batlle, esa explotación realizada por los situacionistas colorados a título de su coloradismo, es consecuencia de no haber tenido el único coraje que a mi juicio le faltó a Batlle: el de romper abiertamente con la preocupación tradicionalista en momentos en que, de haberlo hecho, hubiera concluído probablemente con ella.

(Grandes aplausos.)

No tomen ustedes a mal que yo desentone un poco en este acto, recordando mi condición de adversario, sin renegar ni arrepentirme de ella, porque así es, precisamente, como tiene más valor mi categórica adhesión de ahora a su glorificación cívica, y no por aquello que dijo el poeta de que "el mérito es el naufrago del alma, vivo, se hunde, pero muerto, flota", sino porque lo que nos separaba en vida se redujo, en gran parte, a cenizas el mismo día de su muerte, cuando

el hombre, con sus grandezas y con sus flaquezas, con sus aciertos y con sus errores, se iba para dejar en la memoria y en las manos de las generaciones nacionales la lección fecunda de su existencia y de la realidad de su obra en todo lo que ella tuvo de encomiable y de imperecedera.

(Aplausos.)

Por otra parte, ¿qué mayor homenaje para un hombre que el reconocimiento de sus méritos por quienes le combatieron en vida y fueron combatidos por él? Y no porque éstos reconozcan tardíamente haberse equivocado, sino porque así como antes estaban dispuestos a colaborar con él desde terrenos distintos, en todo lo que les parecía plausible, ahora, hecho el balance definitivo, no tienen inconveniente en proclamar la altura de sus propósitos, la pujanza de sus ideas y la magnitud de su acción histórica en nuestro medio civil para ejemplo de todo el continente.

(Aplausos prolongados.)

Tal vez algún día explique, desde esta misma tribuna, por qué lo combatíamos los socialistas, y por qué ya lo consideramos uno de esos grandes forjadores de la nacionalidad que merecen el respeto consciente de las masas populares y de los partidos de la clase obrera.

Hoy me corresponde exaltar de su personalidad, no lo que podía unirnos a él y a nosotros, hasta cuando nos hallábamos separados y en terrenos contrarios, sino lo que a todos los que aquí estamos congregados nos une ahora a su memoria por encima de las diferencias partidarias.

En estos días se habla de la celebración de Batlle como periodista.

Es sin duda una de las facetas más interesantes de su existencia de hombre público, porque, como Sarmiento, había hecho de la pluma del periodista su principal herramienta.

Frecuentó sin duda más que la tribuna pública oral, la tribuna del periodismo, y por eso ahí está diáfano, en las columnas del diario, el reflejo vivo y poderoso de su personalidad de formidable luchador y removedor de ideas. Por eso, en Batlle periodista puede decirse que está todo Batlle, como luchador, como gobernante, como dirigente de multitudes, como caudillo civil. En Batlle periodista está todo Batlle en verbo y en acción, precisamente porque en las democracias, el verbo, por lo mismo que es espíritu, es también acción.

Pero su gran característica sintética, el rasgo de su personalidad que envuelve y encierra todas las fases de su figura moral y la concreta en una definición, que como todas las definiciones, limita al par que expresa, es su vocación política y su consagración absoluta, de todas las horas, de todos los momentos, al problema público.

Parecería que esto no es mayor elogio en un país donde suele decirse que se hace demasiada política y se padece el mal de la política. Pero se capta en seguida la calidad especial que esa definición aporta en su caso, para dar realce y categoría de apostolado a lo que en el vulgo de los políticastros no es sino actividad subalterna o inclinación frívola, y además sensualista y malsana.

La vocación política, cuando va acompañada de un fervoroso anhelo de bien público, es siempre una fuerza moral respetable y hasta admirable; y cuando, como en el caso de Batlle, llega a la devoción abnegada que impulsa a consagrarle toda una vida, a desafiar el peligro, a luchar a brazo partido esgrimiendo las propias ideas como un hacha, sin temor a recibir hachazos en la refriega, esta vocación se vuelve esforzada actitud espiritual y penetra en la zona del verdadero heroísmo civil, que es una de las formas más altas y puras del heroísmo humano.

(Grandes aplausos.)

Pero eso mismo sólo valdría como espectáculo o espejo de luchadores si no estuviese vinculado a un sentido histórico que acredita tanto esfuerzo, tanta pujante vibración de vida, tanta tensión de músculos espirituales, como una acción realmente fecunda para la suerte colectiva y una obra cuyos beneficios se vuelven patrimonio común de la nación en cuanto impulso de su progreso y jalones de su marcha ascendente por los diversos caminos de la historia.

Y eso es, precisamente, lo que más resalta en la caudalosa actividad de ese fuerte caudillo civil, de este poderoso conductor de multitudes, de este constructivo hombre de Estado, que abre rumbos nuevos en varias direcciones de la teoría y la práctica del arte de gobernar.

Pero lo que más debe interesarnos en la ocasión presente es referirnos a su amor nunca desmentido por la libertad, y a lo que él mismo llamara su fanatismo por la legalidad.

(Aplausos.)

Esas son las dos lecciones de su vida que hoy más nos corres-

ponde exhibir ante la conciencia de nuestro pueblo, esgrimiéndolas como armas de combate contra la siniestra conspiración de motineros que hasta cometen la impudicia de valerse de su nombre para enlodarlo, mientras arrebatan al pueblo sus derechos más preciosos y sus libertades más necesarias.

(Aplausos.)

En cuanto a su amor por la libertad, él, que había formado su espíritu en las corrientes ideológicas del siglo XIX, advirtió el nuevo caudal que empezaba a enriquecer desde el último tercio de dicho siglo la idea de libertad con ese aporte de derechos sociales y de reivindicaciones obreras que ponían en pie a las clases económicamente oprimidas, en organizaciones políticas y gremiales con una ideología que superaba el concepto abstracto de una libertad desconectada de las realidades del campo de la vía económica, del campo de la vida del trabajo, que es para las grandes masas productoras toda la vida social y casi toda la vida humana. (¡Muy bien!). Y, representante evolucionado de una burguesía liberal, que negaba la lucha de clases como método, pero no la desconocía como fenómeno, amplió el programa político de la política nacional, agregándole preocupaciones de orden social, reformas de mejoramiento obrero.

Desde ese punto de vista, encarnó un período de transición en la historia de nuestro desenvolvimiento político, que ahora aparece como cúspide, como punto culminante en la trayectoria de las realizaciones de gobierno, porque el golpe de marzo, haciéndonos retroceder muchos años, vino a interrumpir el proceso de la evolución y a impedir el tránsito, tal vez cercano, hacia el predominio de fuerzas políticas nuevas y renovadoras que tienden a afianzar el liberalismo político en conceptos básicos e integrales de justicia social y democracia económica.

(Grandes y prolongados aplausos.)

Y bien; su fervor por el liberalismo político, y su preocupación de reforzarlo y garantizarlo ampliando el contenido, el volumen de la idea de libertad es un derrotero que su mano señala a todos los partidos populares en esta hora de trágicas y tremendas claudicaciones.

(Aplausos.)

Su fe en las soluciones de libertad es todavía la que, sobre todo, nos hace falta para salvarnos. Su fanatismo por la legalidad, ese fana-

tismo que lo llevaba a pagarles el pasaje a dos anarquistas a quienes la policía, por error, no había dejado desembarcar en nuestro puerto (¡compárese ese gesto de liberal y demócrata con esta ley xenófoba y arbitraria que acaban de sancionar los cavernícolas que nos gobiernan!), (Aplausos) . . . ese fanatismo que le impedía sacarse de encima el obstáculo de los doce senadores que trancaban la reforma constitucional, y que no le dejó caer en la tentación de clausurar el Senado, de dar un golpe de fuerza, como lo hubieran dado algunos de esos mismos senadores al disponer de la mitad del poder de que él disponía (Grandes aplausos interrumpen al orador) . . .; ese fanatismo por la legalidad y por la ley, por la legítima y verdadera, que surge de la auténtica soberanía nacional, no la impuesta por la fuerza y por la traición de los cuartelazos; ese fanatismo saludable y honrado, formula y postula un criterio de conducta moral que ha de servirnos para condenar como delitos abominables los motines y los atentados contra la democracia —tanto en España como en el Uruguay— (¡Muy bien! Grandes aplausos) y para alentarnos en la batalla cotidiana que debemos librar, hasta vencerlos, con los que en nuestra República atropellaron el derecho para implantar el imperio afrentoso de la fuerza armada y del fraude legalizado.

(Prolongada ovación.)

(Tomado taquigráficamente por Segundo Domínguez Calvo.)

Domingo Arena (1)

La participación de representantes de diversos partidos en este acto demuestra no solamente que los acontecimientos de estos últimos tiempos han acercado a las distintas fracciones de la democracia, acentuando las afinidades y relegando a segundo plano las diferencias, sino que el hombre al cual tributamos este homenaje era una digna figura de excepción entre nosotros, a quien el adversario miraba siempre con admiración, no pocas veces con simpatía, pero nunca con aversión ni mucho menos con encono.

Esto era en vida. Ahora, cuando ya pertenece al juicio de la historia, ni siquiera como adversario podemos considerarlo quienes contendíamos con él sin dejar por eso de ser sus amigos, y a menudo coincidíamos asimismo en múltiples puntos y aspectos del criterio político y social; y junto a él finalmente nos hallaron aquellos, que esos sí, por ser enemigos desleales y traidores de las instituciones democráticas y las libertades fundamentales de nuestro pueblo fueron también sus enemigos, para quienes no guardó consideración, ni de ellos la esperaba ni la quería, porque tanto como enaltece la consideración del adversario digno, rebaja y desdora la condescendencia del adversario deshonesto. (¡Muy bien! Aplausos).

Yo no traigo, por lo demás, a este acto una emoción política. Traigo una emoción de amigo que nunca pudo ver en Domingo Arena un hombre de otras filas, sino más bien un miembro de una misma familia espiritual dispersa en diversos planos de la lucha, que al fin de cada jornada en que habían andado los componentes de esa familia bregando por caminos distantes o cercanos, se reunían en torno de la misma mesa convivial, bajo la lámpara doméstica de los reco-

(1) (Discurso pronunciado en el Ateneo, 20 de Julio de 1949. — Versión taquigráfica).

gimientos a la hora de las pláticas y confidencias fraternales, en el seno apacible de la imperturbable amistad, para contarse sus cuitas, sus ensueños, sus afaes, sus andanzas, sus esperanzas y sus desengaños.

Yo quiero que este discurso sea sobre todo un acto de recogimiento; una pura ofrenda en el altar de una amistad que se alzaba serena en las márgenes de corrientes revueltas, en las que a menudo se encontraban, para combatirse, las naves en que uno y otro navegábamos, la de él una poderosa fragata, de gran desplazamiento y amplio arboladura; la mía, un insignificante barquichelo que unos pocos impulsábamos a remo y que por momentos parecía confundirse con la pequeña embarcación del navegante solitario.

(¡Muy bien! Aplausos).

Yo no podría tampoco valerme de la memoria de Arena como pretexto para internarme en el tema político, porque ello me parecería no cumplir bastante con el deber sentimental que me he impuesto de rendir culto cabal en esta especie de solemne funeral laico a su persona querida y admirable, que era por sí sola tema sobrado para el discurso, para la conferencia y para el libro.

(¡Muy bien! Aplausos).

Nuestra amistad había nacido en torno de una mesa de redacción y mantuvo siempre ese carácter, esa tonalidad camaraderil y campechana con que se fué desarrollando en los primeros tiempos, a través de una bohemia jovial de periodistas poco disciplinados, en la que él, con algunos años más que yo y con el prestigio de sus brillantes éxitos de profesional de la pluma y destacadísimo universitario, me amaestraba sin proponérselo y sin darse cuenta siquiera de que hacía escuela en mis hábitos de muchacho lírico y soñador, que escribía muchos versos pero que era sin embargo más propenso probablemente a vivir en la literatura que a cultivarla.

Los azares de la política pudieron habernos alejado, pero en cierto modo nos acercaron, aunque nos veíamos menos, porque por encima de la refriega las antenas de nuestros espíritus encontraban el modo de hacerse llegar sus mensajes fraternales.

Los sucesos lo fueron conduciendo, en largas etapas de su vida política y de su actuación parlamentaria, a la actitud esforzada que correspondía a su talento vigoroso, formidable instrumento de acción

pública, que él debió poner al servicio de la obra y de la lucha, con voluntad sostenida, en cuanto se le volvieron enérgicas e imperiosas las sollicitaciones del deber ante las proporciones crecientes de la empresa histórica que reclamaba su concurso personal.

Su amistad con Batlle hizo del bohemio genial que había en él un hombre público de poderosa eficiencia, dotado intelectualmente para alcanzar todos los triunfos y escalar todas las posiciones, que él recibió, cuando le llegaron, con la sencilla naturalidad de quien recoge un fruto previsto, creado por sus propias manos, y él lo recogió sin envanecimiento, con desenvoltura y hasta podríamos decir con irreverencia, porque ni triunfos ni posiciones encumbradas le impusieron nunca ni siquiera la preocupación de vestirse con un poco más de aliño o de atarse un poco mejor el descuidado nudo de la corbata.

(¡Muy bien! Aplausos).

Fué entonces cuando transportando al plano de la política su talento de periodista y de abogado, —de abogado que señalaba nuevos rumbos en la doctrina jurídica, dejando de lado a los grandes maestros, que podía darse el lujo de no leer— iluminó, desde la banca parlamentaria, desde la tribuna del club, desde las columnas del diario (en las que abordara con pareja fortuna todos los géneros periodísticos, desde el editorial sesudo a la pintoresca crónica policial) y desde el sillón de Consejero de Estado, iluminó, decía, las cuestiones de legislación política, de legislación civil y de legislación social en torno de las cuales se desencadenaba el debate público del momento.

(Muy bien!)

Cuando me tocó actuar con él, en la misma Cámara, él solía abandonar su sitio habitual en la bancada respectiva para sentarse a mi lado, manteniendo conmigo largas y a veces ruidosas pláticas, que a menudo debíamos interrumpir para encarar desde nuestros respectivos puntos de vista los asuntos de orden público que reclamaban de nosotros una atención que yo les prestaba con ahinco y él, generalmente, con una despreocupación de gran señor de la inteligencia, de gran intuitivo a quien le bastaban pequeños esfuerzos para aprenderlo y comprenderlo todo.

¡La oratoria de Arena! Merece capítulo aparte. Era original y personalísima. Tenía un tono cálido e insistentemente persuasivo, que

tendía a convencer y a conmovir, con recursos de una sencillez y naturalidad tal que resultaban antípodas de la afectación y rebuscamiento, sin dejar de ser brillantes. Contribuía a esa impresión de conquistadora sencillez la naturaleza de su léxico, compuesto por lo general de palabras corrientes, que él empleaba con eficacia inédita, combinando con ellas imágenes de gran belleza, y razonamientos y argumentaciones de un vuelo mental arrebatador. La belleza formal surgía en su discurso como un aditamento espontáneo y natural, íntimamente consustanciado con el concepto, nunca como un inútil ornato retórico; tal la luz y el contorno no son sino un solo elemento; atributos inseparables y formas esenciales de un mismo ser; atributos, formas y aspectos que son al mismo tiempo sustancia y definición de la llama, porque ésta nace con ellos, y sin ellos no existe, pero ellos tampoco pueden existir sin la llama. (¡Muy bien!)

Este es acaso todo el problema del fondo y la forma en la creación artística, problema que en la oratoria de Arena aparece resuelto espontánea y prácticamente, más allá o más acá de las teorías estéticas. Su discurso era por momentos una conversación de buen sentido animada por la corriente de una elocuencia cordial que buscaba y encontraba en las más profundas galerías del sentimiento el mineral imprevisto de las más convincentes razones. Por eso sus mayores éxitos parlamentarios los obtuvo tratando los que podríamos llamar los grandes asuntos humanos: la supresión de la pena de muerte, el pan de los viejos, los derechos de los hijos naturales, el divorcio, la ley de ocho horas... Era un bello espectáculo ver agitarse las alas de su elocuencia en los aires del sentimentalismo, que eran su atmósfera vital, donde se movía como en su propio elemento, sin incurrir nunca en la cursilería, a pesar de que la cursilería anda siempre tan cerca del sentimentalismo. De ese riesgo lo defendían su seguro instinto literario y su buen gusto innato, que le permitían describir con su pluma avezada, de tan pasmosa facilidad de expresión, los cuadros más realistas con fuerza pero sin grosería y deslizar en aquellas crónicas de divulgación médica a que se dedicara por entretenimiento en sus últimos años en las columnas de "El Día", algunas intencionadas e inofensivas ocurrencias de picante sabor, con una gracia inimitable de verdadero maestro en el cultivo y frecuentación de la musa picaresca.

Porque otro de sus rasgos salientes era el sentido del humo-

rismo, la aptitud humorística, que como la bota de potro no es para todos, y que él poseía en grado insuperable, empleándola admirablemente: escribiendo, siempre, y cuando quería, hablando, hasta sin proponérselo. Su espiritualidad fina e inagotable le conquistaba de inmediato los corazones y lo metía de pronto en la confianza de los espíritus más adustos, porque el suyo era como sano chorro de jovialidad, y se asemejaba al rayo de sol, cuyo influjo y cuyo embrujo inmanentes se instalan por derecho propio y por designio de la naturaleza, y sólo se le resisten aquellas almas demasiado recelosas que cierran todas sus puertas y ventanas para replegarse sobre sí mismas. Tenía la risa fácil y el regocijo contagioso. Ese gran sentimental, cuyo espíritu estaba organizado para conmovirse hasta las lágrimas ante los dolores ajenos, tenía al lado del manantial de la ternura el manantial de la alegría, para de ese modo estar siempre pronto a prodigar, en un permanente gesto generoso y caritativo, los dos más preciados dones que un alma puede hacer a otras almas: el beso y la sonrisa... (grandes aplausos) el abrazo fraternal que conforta y sostiene, y la risa saludable, que se abre como una flor y canta como un pájaro.

(Aplausos).

Y era admirable y heroica su alegría, porque a veces en las preocupaciones y sinsabores de su existencia en medio a sus propios dolores físicos y entre sus amarguras íntimas, ella se alzaba a manera del alba que se desprende del seno de la noche, como una revancha de la luz frente a la sombra, como un triunfo de la voluntad sobre las tiranías del destino.

El signo de su psicología era la "abundancia cordis", que era en él una exuberancia de amor, de simpatía, de solidaridad para propios y extraños, para amigos y enemigos, porque no sabía odiar, y estaba siempre pronto a prestar ayuda a su peor enemigo cuando lo veía en la desgracia.

(Aplausos).

Tuvo en su vida un largo episodio que la inundó: su amistad con Batlle. Esa amistad fué su destino. Ella fué el sendero de todos sus pasos en la historia política del país. Fué el mar, el puerto y la tierra firme en la geografía de su vida pública. Desde joven estuvo junto a Batlle, prestándole con adhesión conmovedora, en la buena como en la mala fortuna el concurso de su talento robusto y de su generosa cor-

dialidad. (Aplausos). Se ha dicho con razón que algún día habrá que escribir la historia de esa amistad de dos grandes espíritus, en la que uno ocupaba el sitio de la jerarquía paternal, mientras el otro se complacía en adaptarse a la supeditación respetuosa, y admirativa, pero digna, de un hijo obediente, no siendo en realidad sino un hermano menor. Ese afecto recíproco era todo su orgullo. Colmaba su existencia. El había crecido en la fe a ese hombre, con mayúscula, a cuya obra contribuía con un fervor sólo comparable al de esos artífices geniales de la edad media que entregaban largos años de paciente labor a enriquecer e ilustrar con maravillosas obras anónimas el arte estupendo de las catedrales góticas, mucho menos interesados por su propia gloria personal que por la gloria del monumento al cual rendían ese magnífico tributo.

(Prolongados aplausos).

Su lealtad, su consecuencia y adhesión a Batlle eran la trayectoria lógica de su naturaleza moral y de su inteligencia superior. No había en su actitud de fiel discípulo de Batlle nada que pudiera empequeñecerlo. No había en ella sino el cumplimiento de un imperativo categórico de la conciencia y de la inteligencia de un espíritu elevado que reconocía en otras aptitudes y posibilidades superiores a las suyas para una determinada misión de la historia, y que viéndolo luchar con sanos propósitos en la política del país y tratar de emprender una magna tarea de renovación nacional, se pone a su lado para servirlo y prestarle el concurso de sus grandes dotes intelectuales, sin creerse nunca disminuído ante el otro; porque ha de llegar el momento en que, en la colaboración lo complementa, y en el consejo advierte y sugiere, y al interpretarlo pone algo suyo en el pensamiento de aquel político, de aquel estadista, de aquel constructor de democracia, de aquel conductor de pueblo; y sabe además que en la espontánea asociación de esfuerzos que así queda constituida, él aporta un capital de talento y de capacidades mentales que acredita un valor propio e inconfundible a su personalidad. (Prolongados aplausos).

Pero hay en la biografía de Arena otros datos más modestos que lo elevan a la jerarquía de uno de esos ejemplos con los que Samuel Smiles quiso edificar y educar el espíritu y el carácter de las nuevas generaciones. De la humildad de esos rasgos se eleva ahora la grandeza moral de los mejores modelos humanos. Además se desprende de

ellos una lección profundamente americana, de verdadero americanismo práctico, con la evocación del proceso de formación de estas nacionalidades y de la explicación objetiva de la razón por la cual la igualdad y la democracia son instintos de estos pueblos y productos autóctonos de estos países, pese a las desnaturalizaciones de esas oligarquías o de esas dictaduras destacadas que contrarían los más sanos instintos de nuestras multitudes y conspiran contra nuestro verdadero destino nacional.

(Muy bien! Prolongados aplausos).

Domingo Arena fué un inmigrante.

Vino siendo niño a la República procedente de un pequeño pueblo de la Italia meridional. Desde su temprana edad tuvo que trabajar en modestas ocupaciones para ganarse la vida. Recuerdo sus cuentos de cuando era peoncito de una pulpería en Tacuarembó. Existe una hermosa página suya donde nos narra con recuerdos de esos tiempos el apólogo del bocoy de caña que perdía el líquido por una fisura imperceptible y por ella se fué desangrando hasta quedar vacío, con gran estupor de quienes no habían prestado importancia a esa gotera microscópica, a esa diminuta pero ininterrumpida evasión. Después fué empleado y estudiante de farmacia y hasta llegó a recibirse de farmacéutico; luego estudió derecho y se dedicó al periodismo; se recibió de abogado y brilló en nuestro foro como brillara en nuestra prensa. Y actuó en política, donde llegó a ser la figura descollante cuya desaparición congrega esta tarde a representantes de los sectores de la parte más pura de la ciudadanía y de la opinión nacional (Aplausos).

Pero yo no puedo terminar sin recordar antes que lo llamábamos "el gringo Arena". Así lo llamábamos sus amigos con alarde de cariñosa confianza; otros lo llamaban así con la intención de mortificarlo; pero a él no le molestaba el mote, sino que por el contrario se enorgullecía de merecerlo (Aplausos).

Porque le recordaba su origen, del cual por cierto no se avergonzaba, y era como el título público de su nobleza insuperable, esa que no finca en pergaminos sino en los méritos y en las virtudes; que es nobleza por definición moral y no por herencia de blasones, es decir, la única que podemos reconocer entre nosotros; la única posible y acatable en las democracias americanas. (Prolongados aplausos).

Y la lección de verdad democrática que así se desprende de su vida, la enseñanza de confraternidad internacional que ella ostenta ante el alma de este país, que era su patria de elección, debemos recogerla como oro en polvo, entre las inquietudes angustiosas de esta hora del mundo, para construir con ella la doctrina salvadora de un americanismo humanitario e internacionalista, como reacción contra esos nacionalismos estrechos y furiosos que están conduciendo el universo civilizado hacia una nueva y espantosa catástrofe.

(Prolongada ovación. Numerosas personas felicitan al orador).

Presentación de León Felipe (1)

Señoras y señores:

Vengo a hacerme cargo de una misión para mí sumamente difícil, aunque grata. Se me ha encomendado que hable en nombre y representación del Comité Patrocinador de este acto. Trataré, pues, de expresar lo mejor que pueda, la idea que nos ha congregado a los componentes de este Comité, y nos ha movido a reunirnos en torno al gran poeta León Felipe, en ocasión de este acto que, por encima de su sentido de beneficencia, de ayuda a los niños españoles refugiados en Francia, cobra el carácter y el significado de un gesto de solidaridad profunda con la causa de la República Española y la emancipación de España, de esa España trágica e inmortal cuyo genio impercedero tiene, en un poeta como León Felipe, con su potente lirismo sin deshumanización, su fuerte personalidad y su espíritu caudaloso, una de las más auténticas y seductoras encarnaciones contemporáneas.

El poeta va esta noche, probablemente, a culminar con una de sus más elocuentes conferencias y uno de sus temas más fundamentales, ese estupendo ciclo de recitales y de conferencias que está desarrollando en nuestro país y a través de nuestro país; y ésta es, por lo tanto, la hora en que podemos decirle cómo y cuánto le agradecemos su pasaje por el Uruguay, y sobre todo, ese estremecimiento, esa onda, esa ráfaga, ese vendaval de lirismo y de emoción que ha desatado en nuestro ambiente al volar por su cielo con sus dilatadas y sonoras alas de arcángel o de bondadoso e insobornable ángel rebelde. (Acaso él preferiría decir ángel maldito).

(1) Teatro Solís. Montevideo, Agosto 22 de 1947. Acto presidido por un comité de poetas y escritores, a beneficio de los niños españoles refugiados en Francia. Versión Taquigráfica de Mario Jaunarena.

Nosotros le acompañamos y le rodeamos esta noche como a un verdadero caudillo lírico, porque cada una de sus jornadas, cada uno de sus mensajes es una batalla verbal pero sangrienta, librada por la lanza fulgurante de su estro todo poderoso en el claro y ancho campo abierto de la poesía, sin salirse de la poesía, sino; por el contrario, metiéndose bien adentro en sus entrañas y en sus destinos; una batalla librada por la verdad, por la justicia, por el bien, por la libertad, por el amor y por la luz.

Precisamente por eso le rodeamos, por ser una encarnación heroica y consciente del quijotismo en los campos de la poesía y de la palabra en acción; y la acción de la poesía es en muchos momentos tan efectiva como la de las armas o como la de las herramientas, y en todo tiempo más trascendental y perdurable.

Le acompañamos porque es un poeta que emplea su maravilloso don de expresarse en exhortarnos y enseñarnos a ganar la luz, para decirnos que así como es válido y tiene vigencia eterna el precepto bíblico según el cual "ganarás el pan con el sudor de tu frente", también es válido su mandato lírico de que "ganarás la luz con el sudor de tu frente y con la sangre de tus venas"!

(Muy bien! Grandes aplausos).

Por eso le acompañamos y le rodeamos, y yo, el más modesto y oscuro de sus acompañantes, asumo la carga, la pesada responsabilidad de precederle en esta jornada lírica que también será épica por eso que acabo de decir, porque ha de ser una de esas batallas que él libra con sus mensajes líricos, con sus conferencias o con sus poemas, que son siempre, al mismo tiempo, canto de confesión y de combate, de amargura y de sarcasmo, de cólera y de júbilo, de desengaño y de fe, de esperanza y de desesperanza, de protesta y de castigo; algo así como un desnudarse del alma para aplicarse los cilicios de la disconformidad y hacerse sangrar el cuerpo y el espíritu en versos que son, hasta cuando resplandecen de optimismo, como cristales de angustia o como lágrimas que cantan.

(Grandes aplausos).

Y si yo le precedo en este acto no es, como podría suponerse, precisamente para hacerle a ustedes su presentación, que sería tan redundante y superflua como si tontamente se me ocurriese en uno de nuestros claros días presentar el sol o el viento a los paseantes que se

reúnen en nuestros parques o que transitan por nuestras calles. Porque León Felipe era uno de los poetas españoles más conocidos entre nosotros desde mucho antes de su llegada, y apenas llegó, inundó —por así decirlo— todo el territorio moral del país con la presencia flúida y resonante de su espíritu. Y no queda a estas horas entre nosotros persona medianamente culta que no sepa de León Felipe por lo menos todo lo que él quiso que se supiese el día mismo que, para ponerse por primera vez en contacto con nuestro público, pronunció una conferencia titulada: "Quién soy yo".

No cabría, pues, que yo les dijese a ustedes quién es él, cuando él lo ha dicho con ése su lenguaje puro y castizo, pero de su propia y exclusiva invención, con una fuerza tan expresiva, con tal novedad de imágenes, con un lirismo tan exaltado, tan divinamente exaltado, y a veces podríamos decir, tan exasperado, que nos arrebatara a cuántos le escuchamos y nos iza hasta las más remotas regiones siderales para que se nos llene el espíritu de estrellas, mientras nos arroja al rostro el vaho ardiente de los volcanes de su alma. (Aplausos).

Pero si él nos ha dicho en una clarividente autopresentación quién es él según él se ve a sí mismo, cabe acaso que nosotros, a nuestra vez, en lugar de hacer la representación de su personalidad ante ustedes, le presentemos a él la imagen y la idea que nosotros mismos hemos podido forjarnos a través de sus versos, de sus discursos, de sus mensajes, de su palabra, y de lo que sabemos de su vida. Y en este plano, creo poder afirmar que le corresponden perfectamente aquellas tres denominaciones que otro formidable español, Don Miguel de Unamuno, se aplicaba en una carta a José Bergamín, donde le decía que él era un agonista, un protagonista y un antagonista.

León Felipe, como protagonista, recorre el mundo llevando y cantando su propio drama, como un romero según él mismo lo ha dicho, un romero que anda siempre, siempre por caminos nuevos; como agonista, lleva a todas partes su lucha, su agonía, en el sentido etimológico de la palabra, que para el poeta dice don de magia, de ultravivencia y de supervivencia; y como antagonista (antagonista del mal, de la mentira, de la impostura, de la cobardía, del miedo, de la vileza y de la tiranía), como antagonista de todo eso es un demoleedor de torres siniestras. Y embarcado en sus antagonismos, intransigente e irreductible, se lanza a viajes azarosos y se arroja al asalto de las

naves piratas que surcan los mares de la vida cargadas con su carga de infamias y de sombras, o las persigue con el huracán implacable de sus versos, sin arriar nunca su bandera de combate, que se despliega clamorosa con los aletazos del viento y se ilumina cárdenamente con las estocadas del rayo.

(Ovación).

Por eso le acompañamos, sobre todo esta noche, en que nos asocia a la emoción y al drama de su España mártir. Y nos acerca y nos pone en las manos el corazón de su pueblo, sangriento y sacrificado pero inapagable, para que lo sintamos latir con sus latidos profundos y cósmicos de verdadero astro humano; y para que nos comunique ese su sagrado fervor de orgullo, de dignidad, de valor, de heroicidad, de martirio, por el cual y gracias al cual el pueblo español vive en la muerte sin fin, y cuando muere, muere en la vida inmortal!

(Prolongados aplausos).

Ismael Cortinas (1)

Cuando hace un año golpeaba nuestro corazón, como lúgubre aldabonazo, la sorpresa dolorosa de la muerte de Ismael Cortinas, los que como amigos suyos hablamos ante su tumba llevábamos al acto de la inhumación de sus restos, una palabra que era sobre todo la expresión de un sentimiento fraternal desgarrado.

Esa emoción predominaba en nuestro pensamiento, y nuestro discurso pudo parecer, fué sin duda, más que un juicio objetivo y sereno de la personalidad y de la obra del muerto, un recuerdo cordial de sus méritos y virtudes; algo así como un relámpago de justicia histórica resplandeciendo fugaz sobre un fondo de íntima congoja; y no, por lo mismo, una apreciación académica de los valores enunciados.

Tampoco va a serlo el discurso que a un año de su muerte tócame pronunciar en esta casa tan llena para mí de recuerdos inolvidables.

No he logrado someter mi espíritu a la disciplina previa de un estudio metódico de las diversas facetas de la múltiple personalidad de ese gran amigo que se apagó en la muerte cuando más brillaba en la vida.

No he de decir, sin embargo, nada que no sea exacto en elogio de su memoria.

A un año de su muerte es ya la voz de la historia, más que la voz de nuestros sentimientos personales, la que se deja oír en las apologías.

No porque nuestros sentimientos hayan cambiado, sino porque a través de sus ondas aquietadas por la distancia, se abre paso ahora

(1) Discurso pronunciado en el Salón de Actos de la Universidad el 2 de abril de 1941. (Versión taquigráfica).

con mayor serenidad y firmeza, la verdad definitiva, espíritu inmortal que flota sobre las aguas.

No faltarán quienes piensen que es demasiado pronto aún para que hable la historia.

A esta altura sólo pueden hablar —pensarán ellos— la simpatía personal, el afecto, el amor, la amistad, si es que las pasiones contrarias han enmudecido ante el sellado silencio de la tumba.

A esta altura —digo yo— la historia dispone de elementos preciosos para dar su fallo; y error grande es que ella necesita siempre dejar acumular las cenizas sobre los despojos y tenderse el olvido sobre el pasado, para entrar recién a pronunciarse, tras la tarea arqueológica de remover escombros, de entre los cuales suelen no salir sino espectros o fantasmas deformados de una realidad pretérita en vez de una verdadera resurrección de la realidad enterrada bajo las capas del tiempo.

Cuando la historia quiera dar su fallo completo hará bien en recoger un poco del calor de estos juicios contemporáneos buscando en ese calor una corriente conductora hacia la más profunda penetración del pasado que evoca.

Nuestro juicio es un documento humano. Está amasado con el cariño del amigo, pero también con la percepción clara de sus perfiles morales e intelectuales; con la admiración consciente ante los dones de su inteligencia y el respeto por las cualidades de su carácter.

Nuestra amistad se cimentaba en esas condiciones de excepción del amigo, ante cuya memoria vengo a rendir homenaje en este acto no sólo en nombre de esa larga amistad, sino en nombre de mi devoción a los sentimientos cívicos que tuvieron en él a un cultor consecuente y esforzado.

(Aplausos.)

Triple tema ofrece la personalidad del inolvidable amigo a la recordación histórica: el dramaturgo, el periodista, el político.

Los que estuvimos cerca de él en los años de su juventud tenemos que deternos ante aquellos dos aspectos primeros de su personalidad, porque a ellos pertenecen las inquietudes cuya vibración llegaba desde el fondo mismo de su espíritu hasta las antenas de nuestra camaradería cuando éramos mozos y la pluma, que luego se nos fué trocando en arma de beligerantes o en herramienta de tosca arte-

sanía civil, se nos antojaba todavía varilla mágica de hacer milagros en los rituales sagrados del templo del arte, donde penetrábamos con la cabeza descubierta y temblorosos de emoción.

(Aplausos.)

Ismael Cortinas se reveló, de pronto, en un concurso de obras teatrales en un acto; el primer concurso en el que yo también quise probar suerte, con escasa o ninguna fortuna.

Su comedia, "El credo", alcanzó el primer premio.

Nadie discutió la justicia del fallo.

El público le había preferido sin discrepancias, coincidiendo con el anterior del jurado.

La crítica fué unánime en reconocer la superioridad de "El credo" sobre las demás piezas del concurso y en considerarle como la auspiciosa revelación de un ingenio fresco y vigoroso.

Con gallardía y firmeza entraba, pues, en la historia del teatro nacional ese jovencuelo de San José; y yo que le había pronosticado el triunfo en cuanto leí los originales de su comedia, participé de la alegría de su éxito, porque en el episodio me había tocado desdoblarme en autor de una pieza devorada por los bostezos del público y en crítico teatral que se criticaba a sí mismo.

Su producción teatral le valió, desde entonces, nuevas satisfacciones; pero quedó interrumpida por obra de las actividades políticas que lo apartaron del cultivo de su vocación literaria.

Yo recordé ante su sepulcro, en la mañana en que nos despedimos de él para siempre, la confesión que formulara en Buenos Aires cuando el Penn Club nos dedicó a nosotros dos, a Gustavo Gallinal y al crítico chileno Torres Rioseco, una de sus cenas mensuales.

Había en las palabras de su confidencia la amargura de quien desvió sus pasos del huerto de paz en que hubiera podido recoger a brazadas las flores y los frutos de una fecunda comunión continua con el arte, para marchar por los ásperos caminos de la militancia política, honrada y responsable en que se llagan nuestros pies y no tenemos tiempo para calmar las angustias de nuestro corazón con el sonido, que apaga los gritos del combate, de nuestras más dulces voces interiores.

(Aplausos.)

El político se había sobrepuesto al escritor teatral en las inquie-

tudes y solicitudes de su vida, y hoy al hacer el balance de sus años fecundos, debemos trazar una línea divisoria entre aquellos de la juventud en que la musa literaria alternaba con las agitaciones de la lucha civil, porque Ismael Cortinas se lanzó desde muy muchacho al campo de la militancia política, y aquellos de la madurez que el hombre público se consagra a la escena candente de los acontecimientos políticos de su país.

Fué de los jóvenes de su generación que no rehuían derramar su sangre en aras de sus convicciones políticas.

Era casi un adolescente cuando lo hirieron de gravedad en las cuchillas del terruño, allá por el 1904.

¡Gallarda juventud, sin duda, esa que, equivocada o no, se jugaba la vida por una pasión civil!

Vinieron años de paz, y en ellos la pluma del periodista se agilitaba en el campo esgrimístico de las polémicas cotidianas desde las columnas de "Diario del Plata" o de la "Democracia"; mientras su vena de autor teatral enriquecía el teatro rioplatense con obras en que las aptitudes reveladas en "El credo" se afirmaban y se desenvolvían.

Pero poco a poco los compromisos crecientes de la vida pública lo obligaron a resplegar su nervioso dinamismo en la actividad política ejercida desde puestos de responsabilidad siempre mayor.

En uno de ellos —nada menos que en el de miembro del Consejo Nacional de Administración— lo sorprendió el golpe de Marzo.

Le tocaba, pues, directamente el atraco alevoso, pero no era por eso que le llegaba al alma y se la encendía de santa indignación, sino por lo que aquello significaba de afrentoso para la dignidad nacional y de sombrío para la suerte de los derechos y libertades de nuestro pueblo.

(Aplausos.)

Ayer tuve ocasión de leer, precisamente, un relato en que el doctor Luis Bonavita, notable cronista de nuestro pasado, y de nuestro presente histórico, narra los últimos momentos de Baltasar Brum, ese mártir venerado que supo abrirse de un balazo las puertas de la inmortalidad.

(Grandes aplausos.)

En ese relato se transcriben las líneas dejadas de puño y letra de Brum, en unos apuntes donde dice que el 8 de abril montaría

guardia ante la Constitución en la sede del Consejo N. de Administración, que era el Cabildo, "cuna de nuestras libertades", añade: de ese relato se desprende que se habían comprometido a hacer guardia, por ser los dos únicos consejeros que no tenían hijos, Brum y Cortinas.

Se comprende que se trataba de esperar y contener revólver en mano, vendiendo cara la vida a la horda de forajidos que ese día habían de echarse a la calle en manifestación de las "ranas pidiendo rey", o sea pidiéndole a Terra que se declarara dictador.

Los sucesos no ocurrieron como Brum lo había previsto.

Ese mitin que se había venido anunciando para el 8 de abril, no se efectuó, porque los autores del golpe resolvieron adelantar los acontecimientos y abatieron las instituciones el 31 de marzo.

A eso se debió que el destino de Cortinas, frente a ese vergonzoso episodio de nuestra historia, no haya sido el mismo de Baltasar Brum.

En la situación creada por ese derrumbe, su espíritu de luchador vibra como un acero esgrimido por colérica mano en la tensión del ataque frente a un enemigo receloso que vigila todos los movimientos y penetra hasta las intenciones ocultas de sus adversarios. Cortinas es de los que no descansan. Es de los que quieren derrocar el gobierno de fuerza con un levantamiento en armas y sueña con poder lanzarse a las cuchillas como guiando una gran columna de conciencias ciudadanas en marcha a la conquista de la liberación política del país.

Creía que en cuanto un puñado de hombres decididos lograra asentar sus plantas victoriosas en el más apartado villorrio de la República haciendo flamear la bandera de la Revolución, el pueblo se levantaría en masa, en todos lados y el gobierno apenas hallaría de su parte unas cuantas unidades militares o policiales desconcertadas, mal dispuestas a intentar una débil defensa.

El levantamiento, acaso tardío, y al mismo tiempo precipitado, del mes de enero de 1935, demostró que no se equivocaba en cuanto confiaba mucho en la incapacidad del oficialismo para defenderse, pues luego se supo que en los primeros días había reinado en las esferas oficiales, en las jefaturas de campaña, en el propio ejército, un desorden y una nerviosidad capaces de haber dado por sí solos tiempo al enemigo, si éste hubiera obedecido a un plan de ataque bien estudiado y mejor dispuesto para obtener auxilio bélico y ayuda efectiva por parte de la población del país.

Aquel puñado de valientes no encontró el clima de fervor cívico y de espíritu de sacrificio que pudo creerse existía para sostenerlos en su demanda.

Cuando uno ve ahora cómo la República va saliendo ya, lentamente, pero va saliendo, de aquella situación oprobiosa sin haberse incendiado en la hoguera de una gran revuelta, que acaso hubiese ahondado, si fracasaba en su intento, las raíces de la subversión entronizada en el poder, uno se pregunta si no había en aquella apatía para la acción guerrera que dominaba a nuestras multitudes, llenas, sin embargo, de desprecio y odio por los usurpadores, el secreto instinto, la misteriosa adivinación de que existía un camino menos accidentado para llegar, tal vez antes, a la reparación de lo perdido.

Pero estaba en juego la dignidad de la ciudadanía nacional, y toda actitud de apaciguamiento del fervor combativo frente a los asaltantes de la democracia, era renunciación a la virilidad y a la honra.

Podía discreparse en cuanto al género de acción adecuada a la circunstancia; podía desecharse una u otra forma de acción por imposible, o por contraproducente; pero era obligatorio accionar donde se pudiese y como se pudiese para que el espíritu público afirmase, por la expresión de los que algo hacían, la verdad insobornable de su juicio lapidario y de su repudio absoluto contra los indignos detentadores del poder.

(Aplausos.)

Por eso Cortinas, en el destierro y después del destierro, conspiraba.

Su partido había proclamado una y otra vez la abstención ante las urnas, y él no podía admitir que abstención significase inactividad.

Se hallaba en Porto Alegre cuando se produjo el alzamiento de Enero y como se apagó pronto el fuego de la insurrección, no llegó a tiempo para incorporarse a las breves filas revolucionarias.

Su participación en esos sucesos le valió un nuevo destierro.

Y así pagaba su tributo a la inquietud cívica esforzada, que buscaba para su pueblo las más prontas salidas del impasse de arbitrariedad y opresión en que había caído.

A mi me tocó saludar y estimular desde la Cámara —en plena Asamblea General el gesto de los valerosos ciudadanos que se arrojaron a los campos a desafiar las armas de un gobierno ilegítimo, para

que un senador, ya fallecido, me interrumpiese diciéndome que “esperaba entonces verme ensillar mi caballito para incorporarme a la revolución”, a lo cual contesté que por el momento mi obligación consistía en hacer equitación en esas Cámaras de la “3ª República” donde también era necesario jinetear en pelo. (Risas).

(Grandes aplausos.)

En esas ansiedades, en ese dinamismo, en ese noble afán por apresurar la vuelta a la moralidad institucional estaba todo Cortinas, con su corazón impetuoso y su mente serena.

Nadie encarnaba más y mejor que él, el tipo de político idealista que en esas horas de prueba moral daba al pueblo una lección heroica de entereza y pureza de conducta.

Y cuando empeñado en llevar al pueblo a una acción armada chocaba con el escepticismo de gentes entregadas y sanchescas que acaso sospechaban en los políticos desalojados el móvil pequeño de recuperar para sí las posiciones perdidas —sin querer advertir que a cualquiera de ellos les bastaba silenciar tan sólo sus protestas para verse colmados de favores— hubiera podido evocar el recuerdo de aquél episodio de la política francesa narrado por Víctor Hugo: Era en momentos en que un golpe de Estado, el de Napoleón “el pequeño” acababa de disolver el Parlamento, provocando una sublevación de los partidarios de éste, que habían levantado barricadas en algunas de las calles de París,

Esos parlamentarios recibían una indemnización diaria de 25 francos.

Un diputado, que con un puñado de amigos defiende una barricada, al ver pasar un ciudadano a cierta distancia lo exhorta a ocupar un puesto a su lado, pero el ciudadano le responde con sarcasmo: Defiende tú tus 25 francos.

Y el diputado entonces le contesta: —Pues ven a ver como se muere por 25 francos.

Y tomando un fusil se encarama sobre la barricada y hace fuego, para caer de inmediato acribillado por las balas del enemigo.

Un gesto parecido, salvada la diferencia de escenarios y de acción, era el de este hombre que soñaba con levantar barricadas del pueblo frente a los soldados del régimen, sacrificando su comodidad, su salud y hubiera sacrificado su vida, (algunos la sacrificaron,

en efecto) en el ansia de no dejar sin castigo la usurpación arbitraria y de ver abiertas cuanto antes las vías salvadoras de la legalidad democrática.

Ismael Cortinas murió cuando comenzaba a clarear en la política del país —todavía ahora bastante nublada— y cuando ya el mundo había penetrado en este ciclo de muerte y de horror en que se juegan los destinos de la humanidad.

Tuvo tiempo para ocupar su puesto en la línea espiritual de combate del lado de la libertad y de la dignidad del hombre.

Uno de sus últimos discursos fué para exaltar la causa de la democracia y de sus gloriosos defensores en el continente europeo.

Aun nos parece verle y oírle en la noche memorable del Ateneo, levantando entre sus manos estremecidas la presencia invisible de su corazón... (Aplausos).

Que las nuevas generaciones uruguayas —señoras y señores— sepan inspirarse en el ejemplo de Cortinas y conservar en sus almas un sitio para el recuerdo de su noble figura de luchador que fué siempre joven, porque no lo alcanzó la ancianidad en el camino de su vida fecunda, y porque su espíritu era de los que se mantienen enhiestos, aunque pasen los años, y recogen para la incesante renovación de sus días, por un milagro de su capacidad de idealismo y de fe, la claridad jugosa de todas las mañanas y el florecimiento magnífico de todas las primaveras. (Prolongados aplausos).

Carlos Vaz Ferreira

Acto de Homenaje realizado en el Salón de Actos Públicos de la Facultad de Medicina de Montevideo. - Julio 19 de 1935.

(Traducción taquigráfica de Frutos F. Santini).

Siento la necesidad, como en otras ocasiones semejantes, de advertir que no podré ser un orador académico. Mi comentario no puede desprenderse del acento político y debo dejar previa constancia de que la responsabilidad de cuánto digo ha de correr pura y exclusivamente de mi cuenta, pues no recabo la solidaridad moral de nadie para el alcance político de mis apreciaciones.

Como Presidente de la Asamblea del Claustro me ha cabido la íntima satisfacción personal de poder comunicarle al Consejo Central Universitario la grata nueva de que en la elección celebrada por dicha Asamblea, había resultado electo como su candidato al Rectorado de la Universidad, por unanimidad de sufragios, el Dr. Vaz Ferreira. Y pareja satisfacción a la mía deben haber experimentado al enterarse todos aquellos que siendo admiradores del primer pensador uruguayo, tienen al mismo tiempo de los destinos de nuestra Universidad el concepto de que ella va inseparablemente unida a las ideas de libertad y a las aspiraciones de progreso civil de nuestra república.

Desde ese momento, como lo decía muy bien el Sr. Emilio Oribe hace un instante, Vaz Ferreira fué moralmente nuestro Rector; para que lo fuese no se necesitaba ninguna instancia más.

El significado histórico de esa elección está a la vista de todo el mundo. Todos los que votamos por él pusimos en nuestro voto un sentido que va más allá del radio de la simple preocupación por la suerte técnica del Instituto, del radio de los problemas de la vida y del movimiento universitario para proyectarse en más vastos hori-

zontes de la realidad nacional y en planos todavía más fundamentales de las preocupaciones colectivas.

Nosotros rodeamos el nombre de Vaz Ferreira como a una bandera, la más prestigiosa que podíamos elegir, para marchar tras ella en una afirmación rotunda de dignidad cívica, frente a las fuerzas oscuras que se aprestaban a traer una nueva carga a fondo a los fueros tradicionales de la autonomía universitaria.

(Prolongados aplausos).

Vaz Ferreira, con su indiscutida autoridad de Maestro, por su gloria de pensador y filósofo, con la elevación y profundidad de su espíritu, con la austeridad de su vida, representa todo cuanto nuestra Universidad puede ofrecer de más encumbrado, de más valioso, de más puro, de más respetable, de más venerable a la conciencia y al corazón de nuestro pueblo. Y a él le correspondía, pues, asumir la representación, la personificación de los destinos de nuestra Universidad en la hora en que veíamos agitarse corrientes insidiosas que, tendían y tienden aún, a profanar su autonomía con la penetración prepotente y espuria de voluntades extrañas a su propia e inconfundible voluntad.

Nosotros, estamos, pues, de corazón con Vaz Ferreira, porque Vaz Ferreira está con nosotros.

Cuando se hizo esta proclamación, pudimos afirmar que estaban con ella los que constituyen la parte más consciente e insobornable de estudiantes y profesores; pero, no pueden menos de acatar esa proclamación todos, absolutamente todos, reconociendo en él, al hombre con más títulos, con más merecimientos y con más aptitudes para el cargo que ha pasado a desempeñar.

Sin embargo, de las filas del oficialismo se abrió un fuego tenaz contra su candidatura y se llegó a decir desde las columnas del propio órgano presidencial que era un intruso. El más insigne de nuestros universitarios, el más alto valor intelectual formado en el ambiente de nuestra Universidad, ¡sería un intruso en el Rectorado!, adonde quería llevarle la adhesión ilustrada y fervorosa de lo mejor del espíritu nacional.

La grotesca ocurrencia tuvo la virtud de dejar en posición tan desairada a los impugnadores de Vaz Ferreira, que posiblemente ella debe haber contribuido en mucha parte a que el gobierno, para no

aparecer solidarizándose con semejante clase de argumento, no se haya atrevido a desconocer el anhelo universitario. Y el eminente Maestro pudo así gustar en el amargo sabor de los ataques periodísticos un mezquino avatar contemporáneo de la histórica cicuta dada a beber por la injusticia de los hombres, hace muchos siglos, al más grande filósofo de la antigüedad.

Pero qué digo: "el amargo sabor". Los ataques de cierto periodismo no son nunca amargos para los hombres de bien; amargura hubiera sido para Vaz Ferreira verse agraciado con el elogio espontáneo de ese periodismo...

(Prolongados aplausos).

...y si lo hubieran elogiado ciertas plumas, hubiera tenido que poner acaso la misma cara que según Collot d'Herbois había puesto Vergniaud una tarde en que a Marat se le ocurrió elogiarlo en la Convención Francesa. Y que la sombra de Marat me perdone este inverosímil paralelo con los escribas de la prensa oficialista!

(Aplausos).

Para su más pura gloria, el Maestro ha pasado a ocupar su puesto, su cargo de Rector, después de recibir esa descarga de flechas indias que, como en el milagro del santo, volvían a clavarse en las carnes de los que las arrojaban. Y ahora lo rodea la juventud estudiantil, que lo venera, que ve en él una lección viva del espíritu para el espíritu.

Nadie podrá disputarle su título glorioso de Maestro de la juventud.

¿Qué es un maestro de la juventud? Puede serlo un hombre que enseña a luchar, pero lo es asimismo, y tal vez a más justo título, quien enseña a los jóvenes a pensar —como alguna otra vez lo he dicho. Vaz Ferreira enseña a los jóvenes y a los viejos a pensar verticalmente, en profundidad, como quería Max Scheller, y esto sin duda resulta inapreciable en un país donde abundan tanto los horizontales.

(Hilaridad, y aplausos).

Pocos meses antes de aquel 31 de Marzo de lamentabilísima memoria, se le rendía al Dr. Vaz Ferreira, con motivo de su reintegración al Rectorado, un gran homenaje, en el que me tocó también hacer uso de la palabra; y entonces dije que Vaz Ferreira no era como algunos pretenden el filósofo de la indecisión, sino el filósofo de la

absoluta probidad intelectual y del perfecto equilibrio lógico. Porque si él, al plantearse un problema o al encarar una tesis, mira y remira concienzudamente todas las facetas de la cuestión, es precisamente, porque asume integralmente la responsabilidad, la grave responsabilidad moral de un Maestro de espíritus que, antes de indicar o aconsejar un camino, quiere cerciorarse de cuál puede ser el camino mejor. Y si no siempre logra la certeza buscada, la culpa no es suya, sino de que a menudo no es posible saber a dónde conduce un camino sino después de haberlo recorrido. Y añadía: los políticos tenemos la obligación de emprender la marcha, porque acaso la política no sea otra cosa que el arte de emprender caminos o de trazarlos, si se quiere; pero los políticos no podrían marcar rumbos, ni la política podría llegar a ser nunca el arte de decidir orientaciones en la vida de los pueblos y en la conducta civil de los ciudadanos, si no hubiese filósofos que estudiaran —aun sin moverse— cuál y cómo debe ser el movimiento de los demás. Pero añadía todavía otra cosa que bien vale la pena de recordar en esta ocasión. Yo decía que Vaz Ferreira si no es el afirmativo sistemático que algunos desearían, no es por cierto un indefinido, que está muy lejos de serlo quien contrae compromisos espirituales tan claros, categóricos e inequívocos, como aquél que expresa y traduce su profesión de fe democrática y humanitaria, manifestada en tan sólo dos palabras eternas: “tengo fe, sobre todo, en las soluciones de libertad y de libertad”. Y pocos meses después de realizado ese homenaje y de pronunciadas esas palabras, se diseñaba en el horizonte político de la República, visiblemente amenazadoras, las nubes del golpe de estado. Ante la inminencia de la catástrofe, el Maestro de Conferencias, el Maestro de la juventud, lanzó su mensaje, que leímos y comentamos en un acto memorable en el Salón de Actos Públicos de la Universidad, siendo yo Decano de la Facultad de Derecho. Ese mensaje era el de un espíritu claro y sereno que reafirmaba sin vacilaciones, en la grave hora de las responsabilidades históricas, su fe de siempre, segura, inquebrantable en las soluciones de libertad ostentándola como un desafío al avance siniestro de las soluciones de despotismo y dictadura, que ya veíamos adelantarse, sobre el campo de las instituciones liberales, en actitud amenazadora y con las banderas desplegadas.

(Grandes aplausos).

El Maestro de la Juventud se había erguido en toda la dignidad de su misión. Pronunció la palabra que esperábamos de él. Levantó su talla moral a la altura de las circunstancias; y su pensamiento no ha traicionado esa palabra, sino que se mantiene fiel a ella en una comunión íntima con las palpitaciones civiles del corazón ciudadano, que odia la tiranía y anhela días de claridad democrática bajo el sol de las libertades públicas, hoy eclipsadas, y bajo un cielo de perspectivas históricas abiertas definitivamente hacia un porvenir de progreso indefinido, de libertades políticas perdurables y de reparadora justicia social.

Vivimos una hora del mundo en que la acción supera al verbo o en la que acaso éste no sea sino un aspecto de la acción. Fué precisamente la democracia quien haciendo de la palabra, su herramienta, dió al verbo ese sentido dinámicamente creador con que se nos aparece en el Génesis, en el cual, según el Evangelio de San Juan, al principio de todo era el verbo. Pero la acción del verbo, que es espíritu, se opone a la acción de la fuerza, que es materia.

Los adversarios, los enemigos de la democracia pretenderían que tiene razón Goethe en su Fausto contra San Juan, cuando dice que al principio no era el verbo, sino la acción. Porque para ellos (no para Goethe) lo que vale no es la acción que se desprende del verbo, en cuanto espíritu, sino la acción que se desprende de la fuerza material divorciada del espíritu en absoluto. Pero sólo la acción del verbo traducida en fuerza es lo que podrá darle al mundo el equilibrio duradero. Vaz Ferreira lo sabe, y por eso no es un filósofo de la inacción, sino un filósofo de la acción inspirada en el espíritu, en el verbo, que en cuanto es ese principio esencial, resulta, precisamente, la acción por antonomasia.

La palabra fecunda prolifera en ideas. Y las ideas son las semillas de los actos. De ahí que Vaz Ferreira haya sembrado toda su vida de pensador con iniciativas y planes constructivos, que podrán ser discutibles, que podrán ser rechazados, que podrán ser negados; pero, que por lo menos demuestran que el filósofo quiere dar manos a la palabra, quiere completar la acción del verbo con la de los hechos. No se podrá aplicarle a él aquel verso del cantar del Mio Cid: “Lengua sin manos ¿cómo osas hablar?”.

Su principio social del mínimum de tierra de ocupación; su plan, su magnífico plan de “Parques Escolares”; su sistema de Exonera-

ción Universitaria; sus métodos pedagógicos; su fórmula sumamente práctica, de "El divorcio por la sola voluntad de la mujer", que hizo factible en nuestra legislación uno de nuestros mayores progresos civiles; todo eso, demuestra que no es un pensador hamletiano, que se debate en una invencible inhibición de hacer, en fuerza de pensar todo. Hay en él, por el contrario, una extraordinaria aptitud para trazar caminos sobre la tierra, no para perderse en devaneos irreales marcando senderos más o menos ilusorios a través de las nubes metafísicas.

Ahora, desde su cargo de Rector, su acción no podrá ser, —porque las facultades legales del cargo, después de todo no dan para mucho— sino la de un gran consejero en materia de orientaciones fundamentales de la vida universitaria.

Pero, ¿quién podría serlo con más autoridad y más sabiduría que él? Es indudable que desde allí su índice va a resultar más visible a los ojos de la juventud universitaria, y yo espero, y todos esperamos que haga valer en la ruta su prudencia de Ulises, pero sin dejar, en la ocasión obligada, de enseñar a la juventud, a las generaciones estudiantiles, la lección de las actitudes salvadoras, aunque deba para ello afrontar ataques periodísticos, más o menos enconados, diatribas más o menos calumniosas, que sólo han de servir para añadir grandezas a su figura resplandeciente y para permitirle exclamar como otro noble filósofo de nuestros días, don Miguel de Unamuno: "¡Qué hermoso es llegar al puerto empapado en aguas de tempestad!".

(Prolongada salva de aplausos).

Nicolás Repetto (1)

Con una intensa emoción de discípulo devoto y de amigo fiel he venido a darle un abrazo muy hondo, con toda el alma, al doctor Repetto, por mi cuenta y razón desde luego, pero también en representación de los socialistas del Uruguay, que se asocian con veneración fervorosa a la celebración de su magnífico arribo a los 80 años.

Una vida tan fecunda y noble como la de nuestro grande amigo es siempre un soberbio espectáculo. Con los ojos del espíritu lo contemplamos en un día como éste, conmovidos y reconfortados, dejándonos penetrar por la belleza moral que despliega y la enseñanza profunda con que nos alecciona y nos levanta a las alturas desde donde se abarcan los más amplios horizontes y se respira el aire puro de los más generosos ideales humanos.

Llegar a viejo y vivir muchos años no es, por sí solo, un mérito ni significa otro triunfo que el relativo y precario del organismo contra el tiempo. Mérito y grande es, en cambio, llegar a viejo con la antorcha de la juventud espiritual encendida, después de haberla mantenido siempre alta en el puño indoblegable, y vivir ochenta años densos, preñados de trabajos y obras, en el curso fluvial de una existencia que ha sido toda una ininterrumpida labranza y siembra, toda una incesante y esforzada prodigalidad de esfuerzos renovadores y constructivos, creadores de civilización y de cultura, en campos ganados por el golpe

(1) Este discurso fué escrito para ser leído en Buenos Aires, en un acto público que no se celebró, pero su autor tuvo el gusto de leerlo ante los funcionarios policiales de la "Dirección de Orden Político de aquella ciudad, la noche de su detención, previa a su expulsión del país por mandato del Presidente Perón. Los originales habían sido hallados en un bolsillo del sobretodo que la policía revisó al allanar la pieza del hotel, y como se le preguntara qué decían esos originales, el autor aprovechó para leerlos ante la atención silenciosa de tan extraño auditorio. El hecho fué muy comentado en su oportunidad en ambas márgenes del Plata.

metódico y tesonero de las nuevas ideas, de las verdades fecundas, de la razón esclarecedora, al mar de la barbarie, del atraso, del engaño, del prejuicio, del sórdido interés de clase y del injusto privilegio personal.

Como las montañas

Suele decirse que los grandes hombres son como las montañas, que sólo mirándolas desde lejos nos entregan la percepción cabal de sus dimensiones topográficas y la impresión poderosa de su verdadera magnitud. Pero tratándose de un hombre como nuestro recio, formidable y al mismo tiempo bondadoso y afectivo don Nicolás, uno recuerda esas montañas tan sabiamente descritas por Eliseo Reclus en un libro clásico, cubiertas de espléndida vegetación, cargadas de bellos paisajes imprevistos, con grutas recoletas, con torrentes bulliciosos y fuentes murmurantes que corren alegres hacia el plácido valle, con sorpresas de maravilla, con escondidos lagos transparentes y tendidos de espaldas hacia el cielo, en el corazón de selvas hospitalarias, y que el viajero descubre de pronto con asombro.

La austera fisonomía del luchador inflexible en la tensión permanente de su carácter y de su personalidad "de una pieza" frente a la corrupción, a la impostura, a la cobardía moral, a la ambición mezquina, al cinismo disolvente, y en su batalla de todos los días contra los políticos sin escrúpulos y los gobernantes que deshonran su nación esclavizando y humillando a su pueblo, queda presente pero como retirada en un plano de reserva, cuando nos acercamos a él confidencialmente, sobre todo cuando podemos penetrar en la sencilla intimidad de su vida, tan pura, en la que entre infinitas preocupación y cotidianos trabajos de la mente, entre las actividades portentosas de su militancia pública, halla sitio holgado para las solicitudes de su ternura familiar, cultivando conmovedoramente su vocación de abuelo y su inagotable cariño fraternal junto al hermano enfermo.

Artesanía del alma

Ese modo de ser, esa capacidad para labrar su persona con cuidados de artesanía del alma en el perfecto equilibrio de todas sus facultades y de todos sus sentimientos, es acaso lo que le ha deparado esta gloria de llegar a los ochenta años en plena juventud.

Doble juventud, sin duda, porque se expresa en el entero vigor simultáneamente físico y espiritual, con el cual se mueve, a sus años, por la vida, con gallardía y arrestos de joven, tanto más eficiente en el ejercicio de sus energías cuanto que éstas son ahora alas de una insuperable madurez de la inteligencia, dotada así de un sexto sentido que reúne los otros cinco y les agrega la virtud de regirse certeramente a través de lo que todavía no es, y hacia un fin que está más allá y por encima de su propia persona.

Y es que su recalcitrante juventud es doble, precisamente, porque se afianza y enraiza en el ideal; porque su confianza en el ideal y en el porvenir, lejos de haberse desgastado con el andar del tiempo y con los contratiempos de la historia en esta última década, más que mantenerse incólume, se ha robustecido.

La misma lucha que sostiene en torno de la llama del Socialismo en su país para que se conserve y crezca en medio de las voluntades y fuerzas que se proponen apagarla, fortalece en su corazón la adhesión impertérrita a las ideas socialistas y al Partido glorioso que las encarna y propugna.

Y mientras el fervor de su contienda lo adhiere con el tributo de sus manos y de sus palabras, que son hechos, al mástil de ese ideal, también intensifica en su cerebro la claridad de la razón en que se basa, y le hace ver hasta el fondo de la convulsionada realidad histórica donde navega insumergible, como el Arca de la leyenda bíblica. Porque ese ideal es hijo de los diluvios y ha nacido para superar todos los oleajes y conducir la humanidad, aunque surja la tormenta y fulgure el rayo, a los montes donde florece el árbol de la paz bajo el Arco Iris de la eternamente renovada esperanza.

El mensaje de estos hombres

Por eso hombres como él deben vivir y tienen que vivir muchos años. No sólo los necesita el Partido Socialista y la Democracia de su país; los necesitan los de todos los países del mundo, sobre todo de América. Los necesita la juventud de la Argentina y la del Río de la Plata y la de todo el continente americano y la del mundo entero. Porque si las juventudes de estos tiempos traen en algunos mensajes que no siempre son, al menos por sus proyecciones inmediatas,

de justicia y de libertad, estos altos maestros de sano realismo y de idealismo auténtico —que no son incompatibles— renuevan todos los días con su palabra vigorosa un mensaje de libertad y de justicia.

En un artículo, que el Dr. Repetto escribió en Montevideo cuando estuvo exilado el año 1945, decía:

“Confiamos en la Juventud”. Y terminaba con las siguientes palabras:

“La experiencia que he recogido en cuarenta años de actuación en el escenario público argentino, me ha conducido a esta conclusión: en política ocurre siempre lo que, por malo, considerábamos imposible. Esto no supone ni implica un empeoramiento fatalmente progresivo de la política; tal vez dependa de que las realizaciones, por progresistas que sean, están siempre muy por debajo de nuestras concepciones teóricas.

“La ciudadanía, guiada por los hombres de sana experiencia, y movilizadora por el entusiasmo generoso y el ímpetu de la juventud, debe decidirse a una acción tesonera y constante. Es preciso infundir en la masa alguna pasión generosa que la dignifique y eleve a la capacidad de un esfuerzo supremo. La ponzoña nacionalista y clerical se ha difundido demasiado, penetrando a insospechada profundidad, para que el país pueda sentirse libre de estas plagas por la obra de fuerzas extrañas a sí mismo. “Es la hora de la militancia política vibrante y apasionada, es decir, es la hora de la juventud”.

Una anécdota

Y él, cuya vida y cuya obra es una enseñanza palpitante a quienes están en edad de recogerla, para dar ejemplo a los jóvenes actuó incansablemente, sin desmayo; recorrió el país, subió muchas veces a la tribuna pública, dictó medulares conferencias haciendo el análisis documentado e implacable de la situación política y de la marcha del gobierno. Por no haber cejado en su campaña admirable, fué reducido a prisión, lo mismo que otros destacados compañeros de ideas y de luchas. Se les mantuvo seis días incomunicados y se les encarceló sin darles ninguna explicación. El ilustre anciano fué enfermo a la penitenciaría, atacado de gripe y con un molesto resfrío. Soportó con

emocionante estoicismo el duro régimen carcelario de la penitenciaría, y mientras pudo creerse que esa desconsideración policial le resultaba una penosa contrariedad, nos enteramos de que él, que, por otra parte, no era novicio en tales azares, pues había sufrido prisión de muchos meses bajo la dictadura de Uriburu, y algunos otros en diversas ocasiones, no pensó jamás en quejarse. La única noticia que dió de cómo lo pasara en la cárcel fué la de que el silencio y la tranquilidad de la celda le curaron de su gripe y de su constipado...

Con hombres así no pueden los dictadores.

Esa es la más reciente lección que don Nicolás nos ha dado a todos, pero especialmente a los jóvenes, en quienes confía y a quienes espera a su lado, compartiendo sus afanes de porvenir.

Porque si los paganos creían que el porvenir descansaba en las rodillas de los dioses, nosotros sabemos que descansa en las rodillas, en las manos y en el espíritu esclarecido de los jóvenes dignos y conscientes de su misión en el curso histórico de las generaciones.

La tragedia de “nuestra América”

Estos son tiempos en que, como dijera otro gran maestro de la juventud, Américo Ghioldi, y yo lo cito simbolizando en él todo el drama que vive esta república tan entrañablemente hermana de la nuestra, “la confusión reina en las cabezas”, y los corazones se encogen ante el temor y el terror infundido al hombre por la presencia, en varios sitios, de la guerra, y la amenaza de la guerra en todas partes.

En Latinoamérica ese general estado de ánimo queda como adormecido y relegado a un segundo término por la gravitación del problema político nacional, que se complica en relación de causa a efecto, o de efecto a causa, con los problemas sociales y económicos, en la mayoría de los países. La tragedia de “nuestra América” consiste en que cuando Europa se desangraba en una horrenda batalla de siete años, que dió por resultado el derrumbe del nazismo y del fascismo, con el aniquilamiento de su ominoso poderío, en tierras americanas permanecían al acecho asociados y discípulos de esos sombríos sistemas de opresión. Y esas corrientes nazis y fascistas, aplastadas, desalojadas y dispersas pudieron hallar más que refugio, campo de operaciones en territorios de nuestro continente.

No puede desconocerse que Hispanoamérica continúa padeciendo en casi toda su extensión geográfica una propensión orgánica hacia las dictaduras, que comenzó siendo hereditaria de los famosos "pronunciamientos" españoles, los cuales en suelo americano, bajo su denominación de "cuartelazos" alternaban hasta hace poco con las revueltas campesinas o gauchas en su tarea de desgarrar estos países, condenados, como la propia madre patria, a una pertinaz inmadurez política.

Una mala lección importada

La universalización de la vida contemporánea, a favor de los medios de comunicación entre todos los pueblos de la tierra, ha permitido que esa propensión militarista que adhiere el ejército, desnaturalizándolo, a una función política bastarda, se sintiese estimulada y reforzada por la experiencia fascista y nazi.

La lección llegaba de Europa y del seno de naciones saturadas de civilización y cultura.

No podían menos de recogerla presurosos militares criollos que ya no eran de formación espontánea llevada a cabo en el empirismo sin letras de una acción indisciplinada que, en el fondo, técnicamente, y si no en el espíritu, en la manera casi los igualaba al guerrillero de las montañas gauchas o de las indiadas levantiscas.

Eran, ahora, de preparación más de cuartel que de campamento, y también de escuela, que los volvía más accesibles a esas enseñanzas y ejemplos prestigiados a sus ojos por un atuendo ideológico y doctrinario, con sus pujos de filosofía política y social, y hasta de filosofía moral y metafísica y una sistematización aparatosa de principios fundamentales de acción. Verdad es que el militar criollo no se detuvo a descifrar esa filosofía, sino que se dejó impresionar, si era propenso al militarismo, por la elemental exaltación que ella hace, por el ejemplo práctico, de la preponderancia de la fuerza como expeditiva y pretensa solución política para los problemas del mundo.

Derrotada esa corriente en el viejo mundo y desbaratado todo el férreo armazón de su poderío abominable, había de encontrar en el nuevo, en esos militares y civiles penetrados por su influencia, en su mentalidad y psicología, puntos de apoyo y puentes para trasladar a

nuestro continente lo más fácilmente adaptable del sistema a las necesidades de la acción en un medio como el americano: sus métodos de opresión y tiranía.

Debemos consignar, eso sí, que contaron en su favor con la existencia de masas indígenas sumidas en el mayor atraso y la más espantosa indigencia, que pudieron atraer a su causa para rodearse de una popularidad inconsciente, al menos de primera hora.

Una apelación del Dr. Repetto

Contra esas situaciones de totalitarismo criollo, el Dr. Repetto, en otro artículo escrito también en Montevideo, hace una apelación a las armas civiles.

Esas son las armas que se tiene siempre el derecho de emplear en la vida de las democracias. Su uso y la forma en que puede ejercerse es una piedra de toque para saber si un país vive, de verdad, en la democracia o si sufre una dictadura.

Las dictaduras prohíben esas armas porque la oposición saca de su empleo peligrosos provechos legítimos. Y con sus armas militares suprimen el derecho de emplear las otras por temor a que éstas les hagan caer aquéllas de las manos.

Lo más trágico es que las dictaduras actuales no sólo monopolizan las armas civiles: la tribuna, la prensa, la radio, el parlamento, cuyo uso aplican excluyendo al adversario; y entonces el duelo entre unas y otras armas se vuelve imposible en el área interna del espíritu nacional.

Pero ningún país puede cerrar por completo los resquicios de su sensibilidad pública a los aires de libertad, que recorren el planeta. Ni es posible, felizmente, a esta altura de la historia, que una nación del continente americano se enclaustre a piedra y lodo en un aislacionismo inexpugnable, porque ninguna de ellas está en condiciones de bastarse a sí misma, y todas, poco o mucho, se ven obligadas a dejar entrar, en una u otra forma, vientos del espíritu que a menudo acompañan, aunque no lo veamos, a las mismas cosas materiales e inertes.

Y es el espíritu, y con él las ansias de libertad, quien va a decir, después de todo, en esta contienda de la fuerza bruta con la razón libertadora, la última y decisiva palabra.

Compañeros y ciudadanos:

Para un hombre de mi sensibilidad venir en estos momentos a Buenos Aires es toda una ritualidad religiosa. Los peregrinos que van a la Meca no experimentan mayor emoción que la mía. Porque vengo a ponerme bajo el techo de la Casa del Pueblo, templo laico del Socialismo, donde el recuerdo y la imagen de Juan B. Justo, de Del Valle Iberlucea, de Mario Bravo, de Angel V. Giménez, de Alejandro Castiñeira, de Francisco Cúneo y de muchos otros constructores de esta patria espiritual que es para nosotros el Partido Socialista, presiden como númenes las fervorosas asambleas y los abnegados trabajos. Y porque vengo a ponerme en contacto con el cuerpo y el alma de este grande y glorioso partido de los trabajadores argentinos, y a dar mi abrazo fraternal a ilustres maestros de la Democracia y del Socialismo que sostienen una brega heroica en defensa de nuestros ideales comunes. Porque vengo a echar de menos en el ámbito de sus actividades a compañeros eminentes que andan prófugos, y vengo a ver si puedo acercarme a estrechar la mano, a través de las rejas, a Jacinto Oddone, elevado con toda una vida de trabajo, de lucha y de estudio, en que el obrero manual había desembocado en el intelectual de fuste, autor de notables libros de investigación y exégesis histórica y sociológica, elevado por la dictadura a la categoría de símbolo y paradigma del trabajador ciudadano que defiende en el sindicato obrero los fueros de la independencia contra las ingerencias del poder. Y porque vengo a estrechar asimismo las manos de cuantos camaradas comparten su suerte de procesados por una misma causa.

Ante ese panorama de tristezas y amarguras don Nicolás llega a sus ochenta años fuerte y confiado en el desenlace de "la lucha final".

Alienta a todos y a todos nos da ejemplo.

Con mirada avizora aguarda el porvenir que todos los días contribuye a engendrar sembrando, infatigable sembrador, semillas de redención y de luz en el alma de su pueblo.

Tres Momentos del Teatro Nacional (1)

Una aclaración, ante todo, señoras y señores.

Mi disertación de esta tarde no va a ser, pese a lo que anuncian los programas, precisamente una conferencia; no podría serlo; será simplemente una conversación casi familiar, una charla insubstancial, superficialísima, diríase en tono menor, a la que el dictado de conferencia le quedaría demasiado grande porque haría esperar un contenido de ideas, de reflexiones y de conocimientos que me impondrían una responsabilidad desproporcionada a mis escasos medios e inadecuada a mis deseos, a mis vehementes deseos de no ser fastidioso ni largo, por esta vez al menos. Quiero hacer todo lo posible por no olvidar que no estoy en la Cámara, (hilaridad) de donde acaban de arrancarme los organizadores de este acto.

Cábeme la honra de intervenir en la parte oratoria de este primer lunes literario de la Sociedad de Autores, y no dejo de comprender que mi temeridad al afrontar tan delicado cometido, sólo puede encontrar una excusa en la amable insistencia de quienes han querido que yo abriera la marcha.

Heme, pues, aquí ante Uds., tratando de recordar, en cierto modo, aquellos buenos tiempos en que me tocaba platicar diariamente con el público, de cosas de teatro desde las columnas periodísticas. Aquello era más fácil y más cómodo, porque el que escribe no le ve la cara a su público, mientras que el que se encuentra, como yo ahora, cara a cara con su auditorio, puede ir descubriendo en el semblante de sus oyentes los signos inequívocos de las más diversas expresiones: desde la sonrisa compasiva, mordaz, sarcástica, "cachadora" (hilaridad) —como decimos hoy los puristas del americanismo— de quien nos mira

(1) En el Teatro Solís, el 13 de Octubre de 1930. En la inauguración de la Asociación de Autores.

y caritativamente nos protege al vernos metidos en un trance infeliz, hasta el rotundo bostezo de quien se aburre como una ostra y es tan poco caritativo, que ni se toma la molestia de disimularlo.

Estoy aquí, más que nada, a título de representante de una generación que ha visto nacer —así, como suena: que ha visto nacer— el teatro nacional. Naturalmente que si me atrevo a hacer esta declaración en una sala tan poblada de señoras, es porque se trata de algo que pertenece a una época relativamente cercana.

Yo no soy de los que ocultan su edad; por otra parte, ¿de qué me serviría; cómo podría disimularla? y a menudo me consuelo de mis cuarenta y pico de años —quedan permitidas todas las suposiciones respecto a la extensión de ese pico— (hilaridad) pensando que antes, en tiempos de nuestros abuelos, cuando estaban en auge el romanticismo, el pesimismo y el sentimentalismo, los jóvenes nacían viejos, mientras que hoy los viejos mueren jóvenes. En aquellos tiempos, por obra de las costumbres predominantes y de la manera de ser y sentir colectivo, los jóvenes a los veinticinco años se presentaban ya como señores con toda la barba —como que la usaban abundante, cubriéndoles a veces casi todo el rostro; a veces larga hasta aquí...—; lo cual les imponía una indumentaria en consonancia, de levita cruzada y chistera, cosas que los avejentaban antes de tiempo, mientras que hoy, como dice un amigo mío, cualquier muchacho tiene sus cincuenta años. (Hilaridad).

Pero, en fin, dejando de lado estas disquisiciones sobre la edad —que siempre son tan inoportunas—, insisto en que yo estoy aquí, más que nada, como representante de una generación que ha visto nacer el teatro nacional. Y tengo para mí que es título bastante para recabar la atención de un público tan distinguido, el haber sido testigo presencial de un acontecimiento de tanta importancia. Claro está que, como generalmente ocurre, quienes lo presenciábamos no nos dábamos cuenta exacta de su significación en la historia. Muchos aun lo contemplábamos desde las gradas del circo de los Podestá, y no sospechábamos siquiera que aquello que veíamos ahí, debatiéndose ante nuestros ojos entre un gran revuelo de facones y de sables y un frecuente retumbar de trabucazos, era nada menos que el vástago de una verdadera y duradera institución de arte, cuyos primeros vagidos extremaban un poco, eso sí, su estridencia.

Bien puede decirse que nuestro teatro nació entre el fragor de la pólvora y el choque de los aceros, como que sus primeros pasos los dió por las patas de los fletes en que Moreira o Juan Cuello se llevaba a una china en ancas, y de los matungos de la partida policial que esos héroes desbarataban a mandobles de audacia, golpeándose de tanto en tanto la boca en son de burla, entre el relámpago de un trabucazo y el rayo de una puñalada.

Todos sabemos que nació humildemente; tan humildemente como Jesús, que, según la leyenda, nació entre un asno y un burro. Su cuna fué el picadero del circo de lona, y sus primeros prestigios le vinieron de la intervención de los elementos esenciales de la vida del gaucho trasladados, casi al natural, a ese escenario primitivo: el caballo, moviéndose en la pista como en un pedacito de campo; el rancho inconfundible; la pulpería de reja; con su enramada claudicante, el fogón de verdad, rojo y palpitante corazón de la rueda del mate amargo, la carreta auténtica, y los perros, infaltables, amaestrados, para ladrar a tiempo.

¡Cómo nos seducía todo aquel realismo teatral que ponía ante nuestros asombrados ojos de adolescentes los elementos vivos del campo, para mayor colorido y propiedad exterior de las escenas!

¿Pero es que antes no había habido floraciones de arte dramático en el país y en el Río de la Plata? Sí; las había habido, pero esporádicas y sin vitalidad duradera; piedras sueltas sobre las cuales no era posible construir nada porque no alcanzaban a formar un cimiento, ni había tampoco entonces manos bastantes para recogerlas y organizarlas a fin de edificar sobre ellas una casa habitable y permanente. Algunos dramas históricos en verso, algunas comedias también generalmente en verso, ciertas manifestaciones cultas que surgían a luz de tanto en tanto, sobre todo con motivo de la permanencia más o menos prolongada de una compañía extranjera... Y entre esas manifestaciones merecen recordarse las comedias de Samuel Blixen, verdadero fundador de nuestra crítica teatral, que, desde este mismo escenario, en una noche memorable, tal como hoy el doctor Pérez Petit inaugura los lunes de la Sociedad de Autores, inauguraba con un discurso magistral la Sociedad del Teatro Uruguayo, que había de funcionar en el antiguo teatro San Felipe con una compañía compuesta en su mayor parte de cómicos españoles... Sociedad que contribuí

un poco a desmoronar con mis críticas acerbas a las últimas piezas de su repertorio, quedando así demostrado, una vez más, que es mucho más fácil destruir que construir.

Aquellas manifestaciones precursoras pasaban y se perdían en la indiferencia general, porque no se vinculaban bastante, —ni por su índole ni por el órgano que las daba a conocer— al interés del pueblo, al alma de las masas de nuestro pueblo; y sabido es que arte alguno necesita tanto como el teatro del calor popular y del ambiente público para poder levantar erguida su lláma, sobre todo en sus comienzos y en medios sociales tan poco diferenciados como era el nuestro en aquel entonces.

Fueron los dramas gauchescos los que abrieron la vía; los que acercaron, los que metieron el teatro nacional en el corazón de las multitudes; los que incorporaron, ante su atención y su emoción ingenuas, una planta viva, destinada a crecer, porque nacía al aire libre de las impresiones primarias de las muchedumbres, y no en la tibieza artificial de una clausura de invernáculo, donde sólo pueden aclimatarse los excitismos.

Después, cuando el teatro nuestro ascendió del picadero a las tablas —ascenso en el doble sentido material y moral de la palabra— vinieron las obras de ambiente urbano que, por razones escénicas fáciles de comprender, eran incompatibles con el picadero del circo.

El drama criollo era sobre todo un drama "a caballo"; y fué, por tanto, lógico que naciera en el picadero de una carpa de lona, porque allí el caballo podía moverse con cierta libertad: entrar y salir al galope, volverse, caracolear, encabritarse como en el campo verdadero... Y no deja de ser digno de mención el hecho de que hasta en eso se vea el caballo estrechamente vinculado a nuestro destino, como factor de la vida americana en sus más diversas manifestaciones! En ancas del caballo nos vino el teatro nacional, como en ancas del caballo nos vino la independencia y la patria toda, en cuanto ésta no es tan sólo libertad política, sino también trabajo y riqueza para cuantos hombres habitan el territorio emancipado.

(Grandes aplausos).

Diríase que sus patas trillaron el camino por donde echó a andar nuestro teatro, el teatro rioplatense; y cuando llegó el momento de pegar el salto, éste fué más bien cosa del jinete solo, que se adaptó a

nuevos ambientes escénicos y adoptó nuevas formas cuidadas. El caballo, actor mudo pero accionante, imponía formas de presentación escénica rudimentarias, que excluían, desde luego, el apuntador y las bambalinas.

Por eso los primeros dramas gauchescos ofrecen la peculiaridad distintiva de las llamadas comedias "d' arte" italianas, en que los actores improvisaban el diálogo sobre un esquema, sobre el caneavá de la acción y del argumento. Juan Moreira, por ejemplo, pasó así del novelón de Gutiérrez a la acción dramática, y su dialogado se fué formando a base de lo que se les ocurría decir a los actores en las diversas situaciones del drama. Después de esos primeros planes dramáticos de dialogado espontáneo, diríamoslo así, vinieron obras escritas que, naturalmente, imponían desde el primer momento a los intérpretes la obligación de aprenderse una letra; pero el movimiento continuaba siendo más externo que interno —casi exclusivamente externo; es decir, con más dinamismo en el movimiento de las escenas que en el conflicto de las almas— y ese movimiento no era, en definitiva, sino una sucesión más o menos pintoresca de cuadros de la vida campera presentados con cierto amaneramiento o convencionalismo ingenuo.

Pero en torno de esas representaciones se iba concentrando el interés de nuestro público, se iba despertando el entusiasmo de las masas, que se aficionaban a esa clase de espectáculos, los cuales adquirieron una boga creciente, hasta el punto de desalojar por completo de la pista del circo, y del circo mismo, a los acróbatas y a los funámbulos. Se había encontrado una nueva aplicación para aquel escenario de aserrían; la tradicional pantomima de los payasos se había ido agrandando, se había ido transformando, cambiaba sus trajes y sus personajes para dejar el sitio a seres más reales; se desplazaba con sus asuntos grotescos y risueños, para dar lugar a argumentos y tópicos de la vida dramática.

Los muchachos de aquellos días —los muchachos auténticos, no estos de pega de ahora que suelen tener cincuenta años—, pudieron ver cómo "Pepino el 88", el famoso y popularísimo "Pepino el 88", que con el rostro enharinado cantaba sus coplas festivas, se reencarnaba en Juan Moreira, en Juan Soldado o en Julián Giménez, personajes de melodrama, y cómo el payaso desaparecía al fin definiti-

vamente bajo el chiripá y el calzoncillo "cribao" de la consabida indumentaria criolla.

Eso demostraba que el teatro nacional podía ser, podía tener existencia propia, por sí mismo, sin necesidad de introducirse hasta el interés del público tras los números de variedades de un espectáculo circense. Sólo faltaba ahora independizarlo del picadero, donde no podía libertarse, despojarse de los viejos moldes y modos para adquirir formas de expresión escénica más refinadas, más cultas y artísticas, y donde los actores deberían conservar cierta familiaridad con el arte ecuestre, lo que conspiraba contra la selección de los elencos interpretativos. Porque no bastaba con ser un buen actor; era necesario ser, por lo menos, un mediano jinete, pues no se concebiría un Martín Fierro maturrango...

Pero al pegar el salto de que ya he hablado, el teatro criollo se despojaba de elementos vistosos, de mucho ascendiente todavía sobre el espíritu simplista de las muchedumbres espectadoras; y era forzoso que allí, en el estrecho marco del tinglado escénico, languideciera si no se contaba para darle vida con más recursos que el escaso interés de sus argumentos elementales y de su desarrollo balbuciente.

Y he ahí que aparece Florencio Sánchez, con su "M'hijo el dotor", como clavando el estandarte del teatro nacional en señal de conquista sobre ese territorio hasta entonces casi inaccesible. Y obsérvese bien que esa obra marca perfectamente el instante en que nuestro teatro pega el salto: adquiere un nuevo decoro de arte, ascendiendo, no tan sólo en su plataforma material, sino también en su alcuña artística, para continuar siendo teatro de cosas nuestras, y sobre todo de cosas del campo todavía; pero ya con un sentido de universalidad por la índole humana, no simplemente localista, de los problemas y conflictos que humanamente aborda y plantea. Los balbuceos dramáticos de la carpa de lona, llegan a ser ya la voz firme y clara de un arte que acusa un desarrollo orgánico que es prenda segura de vitalidad imperecedera.

En ese instante puede decirse que comienza la historia del teatro nacional: antes había sido tan sólo la prehistoria. Desde ese instante el alma nacional cuenta con un acento más para expresarse; con un nuevo mar para comunicarse con el mundo; algo así como otro idioma para traducirse ante el alma de los otros pueblos de la tierra. Y

en ese idioma han de resonar, después de Florencio Sánchez, otras voces también firmes y claras.

Mucho me agradecería poderles hablar a Vds. esta noche de dos de esas voces: Ernesto Herrera y José Pedro Bellán; dos voces que llegan perennemente hasta nosotros por encima del océano de silencio de la muerte, porque la muerte no las puede extinguir... Pero sería irreverencia intentar enfrascarse en ese tema ahora, en estos pocos minutos de que deseo disponer.

Les había prometido a Vds. —mejor dicho: les habían prometido los programas, que han prometido muchas cosas que no me será posible cumplir—, les había prometido que hablaría sobre tres momentos del teatro nacional; sólo he podido hablarles hasta ahora de dos: del de su gestación, en la era que podríamos denominar de la prehistoria, y del de su afirmación cuando aparece ya como destinado a alternar con los géneros análogos de los otros pueblos en el estrado clásico, que está colocado unos metros más arriba, material y espiritualmente, que el picadero del circo.

Para no defraudarles por completo, voy a hablarles de un momento crítico que me toca muy de cerca.

Allá por el año 1907 o 1908, no recuerdo ahora bien la fecha, se realizó, organizado por una compañía dramática rioplatense, un concurso de piezas en un acto para autores uruguayos. Era el concurso "Labardén". Ese certamen se desarrollaba en este mismo teatro, donde una compañía dirigida por Enrique Arellano era la encargada de ir representando las obras.

Yo también quise tentar la suerte y eché mi cuarto a espadas. El primer premio en ese concurso correspondió, con una justicia unánimemente reconocida, al bello dramita de Ismael Cortinas, titulado "El Credo". Yo no saqué premio alguno;... justicia fué hecha. Claro está que la noche del estreno fué para mí un instante dramático. Felizmente no me silbaron, si no tendría que referirles a Uds. ahora que aquel había sido un momento... musical.

(Hilaridad).

Pero, con todo, esa comedia tuvo consecuencias imprevistas; porque, a pesar de que yo he hecho todo lo posible por sepultar en el panteón del olvido ese mal paso... de comedia, hay quienes se empeñan en recordármelo constantemente, como si para mi delito no

pudiera haber prescripción. (Hilaridad). Quienes se empeñan en eso son, —¿quiénes habían de ser?...— naturalmente, los autores nacionales, como afanosos de demostrar que nadie está libre de pecado y que nadie puede arrojar la primera piedra, señalándome así a la desconsideración pública que, acaso, al enterarse, me aplicará el comentario populachero y socarrón de un: “Sos bueno vos también!...”.

(Hilaridad. — Aplausos).

El hecho es que por haber pegado entonces aquel tropezón ellos se han empeñado en que soy su colega, y a ese título me sacan al medio en este escenario para departir con Uds., de manera tal que esa comedia me persigue a mí del mismo modo que el ojo de dios o el ojo del remordimiento perseguía a Caín por todas partes.

(Hilaridad).

A ella le deben Uds. esta disertación deshilvanada; como el Cid, continúa haciendo estragos hasta después de muerta.

(Hilaridad).

Fué, pues, el de su estreno, un momento de nuestro teatro, cuyas remotas consecuencias inesperadas habrían de ser, como Uds. lo han visto, verdaderamente deplorables.

(Aplausos prolongados).

Montevideo, Octubre 16 de 1930.

Por la Liberación de Italia (1)

Señoras y señores; señores Delegados; señor Embajador de Estados Unidos, señor Ministro de Bélgica:

Cúmpleme el altísimo honor de pronunciar en nombre de Italia Libre del Uruguay —como acaba de anunciarlo en sus benévolas frases el amigo Cilla— las palabras inaugurales de esta Conferencia que serán al mismo tiempo de saludo y bienvenida para los delegados que han de tomar parte en ella y para todos los que le aportan el concurso de su presencia o de su adhesión espiritual. Alta honra, sin duda, a la que ha querido acoplársele la inesperada para mí, de presidir la sesión inicial en carácter naturalmente provisorio.

Asumo este doble encargo con la emoción profunda de quien siente gravitar sobre su espíritu toda la trascendencia y el significado histórico de un acto como éste que nos toca abrir, en una atmósfera caldeada de santo fervor civil, en la que alientan nobles y generosos ideales y resplandece la más pura esperanza.

Hombres unidos, y más que unidos, hermanados por el lazo de una obligación poderosa, se congregan en esta casa ilustre ante los altares de la patria lejana que, sin embargo, viene con ellos y palpita con ellos en el latido profundo de sus corazones, aunque más allá de los mares haya quedado su expresión tangible con el territorio sagrado por donde vagan las sombras de los muertos gloriosos, con el pueblo cargado de cadenas que sufre miseria y hambre, privaciones y humillaciones, mientras se desangra en una guerra que lo diezma, lo aniquila y lo cubre de oprobio; y con el armatoste carcomido y vacilante de una tiranía grotesca en cuyas garras se torna miserable y oscuro el magnífico y maravilloso destino de la Italia inmortal. (Aplausos).

(1) Discurso de apertura pronunciado en la Conferencia Panamericana de Italia Libre. Agosto de 1941.

—Estos hombres son, así, el alma misma de Italia, que la ha perdido en la península para recuperarla en estas tierras de América. (Muy bien! — Grandes aplausos).

—Estos hombres se reúnen como los representantes genuinos de la nación, exilados el día mismo en que sobre su territorio se instaló ese régimen sanguinario y retrógrado que venía a negarlos en su esencia, a traicionarlos en su espíritu, a martirizarlos en su cuerpo, a pisotearlos en sus sentimientos más típicos y en sus más características virtudes. Ese régimen ponía sobre su rostro ensangrentado la máscara de una histriónica fiereza, de un teatral poderío guerrero que habría de caer hecho pedazos al primer choque con las realidades de la historia y al empuje íntimo del espíritu auténtico de un pueblo que ha nacido para vivir en la civilización y para morir, si acaso, por la libertad y por la justicia y que, por lo tanto, no puede y no quiere hacerse matar al servicio de la barbarie, de la iniquidad y del despojo. (Aplausos).

—Vienen estos hombres a asumir la representación natural de Italia, ante la conciencia democrática del mundo, para colocar sobre el terreno de los hechos auspiciosos y para dar un impulso eficiente a la empresa realizadora del anhelo de rescatar a su país de las manos criminales de los usurpadores.

Ellos traen un concepto amplio, humanitario, constructivo y pacífico de la patria, que la quieren libre, igualitaria y justa; que la quieren consustanciada con la libertad, con la democracia y con la justicia; fuerte, con la fortaleza de la razón y del derecho; grande por las dimensiones morales de su espíritu inmarcesible y no envilecida y empuñada por la esclavitud de sus hijos ni por los delirios cesaristas de sus tiranos ni por la sumisión a despotismos extranjeros que la arrastran encadenada a su carro de guerra para que sirva a la misión de sojuzgar y aplastar pueblos que quieren vivir libres y ser dueños de sus propios destinos. (Aplausos).

—Y estos hombres se yerguen desde aquí, frente a los siniestros sueños imperialistas de Mussolini, como nobles agentes de otro género de imperialismo —si así puede llamarse— el único legítimo y admisible, porque es pacífico, ennoblecedor y fecundo: el imperialismo del espíritu y del trabajo, el único que no humilla al que lo acepta y que no deshonra al que lo ejerce. (Prolongados aplausos).

—Porque no consiste en una conquista realizada por medio de la fuerza y de las armas, sino por el acercamiento fraternal de los corazones para la labranza solidaria de una suerte común. La verdadera italianidad no significa expansión territorial a base de prepotencia y de agresión a pueblos débiles: significa extensión de la influencia lícita y luminosa del genio italiano sobre la vida y la suerte de otros pueblos para elevarlos en los planos de la civilización, de la cultura y del progreso. (Muy bien! — Aplausos).

—El pueblo italiano, precisamente a impulsos en parte de la necesidad y en parte de una especie de vocación congénita, desplegó durante toda la segunda mitad del siglo XIX y los comienzos del siglo XX, una política exterior y extraoficial —porque no era cosa de los gobiernos, sino del pueblo mismo— que hizo de él uno de los pueblos más colonizadores del mundo contemporáneo, al esparcirse por toda la tierra en tren de ir a luchar a brazo partido con las dificultades y las resistencias naturales, en medios extraños, haciendo llegar hasta ellos las maravillosas, las estupendas virtudes creadoras de su laboriosidad y de su inteligencia.

(¡Muy bien! — Aplausos.)

—La nación italiana llegó a contar así —no por obra de sus generales ni de sus diplomáticos, sino por obra de la acción privada, de la dedicación, de la decisión y del instinto civilizador y colonizador de sus hijos más modestos— con una especie de imperio colonial al margen de las potestades políticas italianas, pero bien metido en el corazón de las realidades biológicas, económicas y sociales de casi todos los países del nuevo mundo. (Aplausos).

—En el Río de la Plata, en el Brasil, en muchos otros países del Continente, había y hay ciudades en las que barrios enteros y a veces toda la ciudad, podían ser en cierto modo considerados colonia italiana, sin que estas expresiones de un intenso cosmopolitismo conspirasen contra la unidad fundamental del espíritu de las nacionalidades donde ese fenómeno se producía, porque estas colonias y estos colonizadores italianos aman entrañablemente la tierra donde viven y trabajan; la amaban entrañablemente, la siguen amando, ven en ella una nueva patria, no excluyente, sino complementaria de la suya de origen; una nueva patria para la cual desean ardientemente —y a ello contribuyen con su abnegado esfuerzo cotidiano— prosperidad, progreso, en-

grandecimiento y los más brillantes destinos que puedan alcanzar las naciones en el goce pleno y tranquilo de sus derechos inalienables.

Y a sus hijos no los apartan de los sentimientos naturales de amor y lealtad para con la patria americana donde abrieron sus ojos a la luz. Yo soy precisamente, uno de esos hijos... (Aplausos)... corre por mis venas sangre italiana, de la que me siento orgulloso. (Aplausos).

—Y yo he aprendido en mi hogar, por las enseñanzas de mis mayores, a sentirme solidario con las vicisitudes del pueblo italiano, a sentir el drama del pueblo itálico como si fuese un drama de mi propia nación. Yo he aprendido así, a amar a las cosas y a las gentes de Italia, a admirarla en su grandeza legítima y en su belleza inefable, a entusiasmarme con las manifestaciones magníficas de su genio artístico o de su pensamiento político, filosófico, social y científico y de todo su espíritu resplandeciente que dió al mundo la civilización de la antigua Roma, con la fuerza expansiva del genio latino; la civilización deslumbradora del Renacimiento, con todo lo que ella ha significado para la suerte intelectual y espiritual de la humanidad entera; y le quedaron todavía reservas, energías bastantes, para encender en pleno siglo XIX la antorcha del "Risorgimento" en cuya llama fulguraba el fervor de almas italianas tan esclarecidas como la de José Mazzini y la de José Garibaldi que es también un héroe nuestro, (Aplausos)... bajo cuya advocación y cuya égida queremos poner ésta conferencia que deberá dirigir también su pensamiento hacia la memoria y la sombra augusta de Giacomo Matteotti... (Aplausos)... de Roselli y de todos los mártires inmolados en los altares de la libertad italiana por la cobarde ferocidad fascista. (Muy bien! — Prolongados aplausos).

Estos hombres que aquí se reúnen, piensan sin duda y con razón, que a eso, a esa circunstancia tan personalísima a que acabo de aludir, se debe que Italia Libre del Uruguay haya descargado sobre mis hombros el compromiso delicado, pero también altamente honroso, de pronunciar estas palabras de salutación y de apertura que son como un ademán espiritual con el que salgo al encuentro de todos los italianos demócratas que llegan hasta Montevideo desde diversas regiones de nuestro Continente a afirmar y a solemnizar el propósito

sacrosanto de hacerse presentes en la iniciación de la marcha hacia la liberación de Italia de la esclavitud que la afrenta.

(Muy bien! — Aplausos).

—Y estos hombres que vienen estremecidos por el anhelo de servir con eficacia los propósitos de redimir a Italia, que tienen sus ojos fijos como en una especie de patriótica obsesión en la solución —de acuerdo con sus ideas y sus sentimientos— del problema italiano, estos hombres al mismo tiempo consecuentes con ésa su tradición de colonos y colonizadores italianos que no se desentienden nunca de sus deberes de solidaridad para con la tierra donde viven y trabajan, vienen también dispuestos a declarar que han de acompañar con todas sus energías, con toda la eficacia que esté al alcance de sus medios, a estas naciones del continente americano en la defensa de sus libertades institucionales, de su soberanía y de su independencia si las viesen amenazadas.

(Aplausos).

—Yo me congratulo ardientemente de este doble propósito que palpita unido, confundido, en el corazón de cada uno de estos italianos demócratas y libres. Yo me congratulo de ello como nieto de Italia y como hijo de América.

(Muy bien! — Aplausos).

—Y encabezando esta columna de voluntades que aquí vienen a formar filas para emprender o continuar una marcha ordenada hacia aquellos tan elevados objetivos, esa columna cuenta con un abandonado ilustre, cuya jerarquía intelectual y moral, por lo que representa en las esferas del pensamiento y de la política democrática contemporánea, constituye la más completa garantía del mejor éxito de esta empresa a la que debemos entregarnos con todo nuestro entusiasmo y sin la más mínima sombra de vacilación o desfallecimiento.

(Aplausos).

Aludo, como ya lo han comprendido todos ustedes, a Carlos Sforza...

(Aplausos).

—... que desgraciadamente —como se nos acaba de anunciar— no podrá llegar a tiempo para sentarse y sentirse entre nosotros en las deliberaciones de esta Conferencia; a Carlos Sforza, cuyo título nobiliario (por otra parte, a estas horas, puramente nominal) no le

es indispensable por cierto, para que su espíritu y su carácter se hallen revestidos de la más pura e intransferible nobleza.

(Aplausos).

—Demócrata y republicano es él, el líder, el jefe civil de esta cruzada, y con él vendrá también, probablemente, un héroe de la acción, el hombre que representa la espada puesta al servicio militante de la razón y del derecho, de los ideales de libertad y de la conciencia civil: PACCIARDI...

—... que será jefe de la Legión de Voluntarios, después de haber sido jefe del Batallón de Garibaldi...

(Aplausos).

—... en la heroica defensa de la gloriosa República Española!...

(Muy bien! — Bravo! — Aplausos).

—... donde se caracterizó como el héroe de Guadalajara, donde demostró a la conciencia del mundo entero que los italianos que huyen en los campos de batalla no huyen porque sean italianos, sino porque son fascistas o esclavos de sus amos nazis...

(Muy bien! — Prolongados aplausos).

—Porque cuando los italianos luchan por la libertad o por la justicia, saben hacerse dignos de la memoria y del ejemplo de sus grandes héroes y de sus grandes mártires!

(Aplausos).

—Ellos dos, con todos los que les siguen en el Estado Mayor o en las filas de este movimiento de voluntades y de conciencias, reúnen prestigio, aptitud y todo cuanto hace falta para conducir a buen puerto esta expedición de los ideales de libertad que zarpará un día de playas de América para que el alma libre de Italia llegue a la península con el fin de hacerse dueña de sus propios destinos encarnados en millares de italianos demócratas reintegrados a su hogar histórico y a sus antiguos lares, para encender en las cenizas de la tiranía derrocada la llama esplendorosa de la democracia triunfante.

(Aplausos).

—Ellos instalarán en el cielo político de su patria y del mundo todo, la nueva estrella de la Italia futura; y esos hombres al pisar tierra itálica, con el propósito de redimirla de su esclavitud, de ganarla para la libertad, podrán, desde luego, repetir esa estrofa del himno que hemos escuchado hace un instante:

“Va fuori d'Italia, va fuori stranier.”

(Grandes aplausos).

—Pero, también podrán recordar y repetir aquel verso del Dante dirigido a Catón en uno de los pasajes de la Divina Comedia:

“Libertá vo cercano ch'è sí cara

Come sa chi per lei vita rifiuta.”

(Muy bien! — Prolongados aplausos).

Lorenzo Mérola

No acostumbro a hablar en los banquetes sino cuando debo ofrecerlos, o cuando se reclama mi palabra con porfiada insistencia. Lo primero me ocurre muy de tarde en tarde; lo segundo —como es natural— casi nunca. Pocas veces siento —fuera del debate de las ideas— la necesidad de pronunciarme en público, porque soy por naturaleza taciturno y creo como Carlyle en las altas virtudes del silencio, cielo profundo donde resplandecen astros maravillosos y suenan voces inefables que se oyen con los invisibles oídos del alma. Pero esta noche siento esa necesidad, y no haría falta este pedido de que hable, para que dejase oír mi voz obedeciendo a un impulso íntimo del ánimo. Yo también quiero deshojar mi flor de la amistad sobre la cabeza del compañero que triunfa; yo también quiero levantarme ante él irradiando la satisfacción y el orgullo de que su triunfo nos enciende, y quiero sobre todo decirle que sus amigos íntimos le agradecemos su triunfo, le agradecemos el que lo haya merecido y conquistado porque por él nos sentimos como acrecidos en nuestros propios modestos valores personales. Y por él podemos paladear ahora el intenso goce de haber tenido razón cuando ante su reputación naciente, y aún antes de que su reputación hubiese nacido, creíamos con fe de fanáticos en el talento, en la capacidad, en la ciencia y en el porvenir de nuestro amigo. Nosotros los que hemos hecho cerca de él, a su lado, gran parte del trayecto de la vida; los que fuimos estudiantes cuando él lo era; los que le hemos visto abrirse camino blandiendo, como un hacha en la salva, su voluntad de avanzar incessantemente; los que alguna vez le confortamos en esos instantes de inevitable desaliento que asaltan el ánimo de todo luchador, y fuimos a nuestra vez confortados por él y sostenidos por el ejemplo de su exaltada energía, lo rodeamos en este homenaje con emoción fraternal, compartimos su alegría como hemos compartido sus tristezas y

sentimos que esta solidaridad de nuestros corazones nos fortalece mutuamente para las vicisitudes de mañana.

Le conocemos tanto, leemos tan claro en su espíritu transparente como el cristal, que sabemos a dónde vuela de pronto su pensamiento, alejándose de estas luces y de esta fiesta para ir a llevar su propio laurel a las frentes queridas que yacen bajo el polvo y por las cuales y para las cuales estudió, trabajó, luchó y venció en una constante y enternecedora devoción de cariño filial. Y yo quiero recordar el amor de Mérola por sus padres porque constituye uno de los más bellos aspectos de su personalidad moral, que acaso algún día un educador de espíritus recoja en un ejemplario escolar para las generaciones infantiles contándoles cómo este hombre a quien muchos han de creer insensibilizado, endurecido por su familiaridad con el dolor humano, no iba ninguna noche a recogerse sin antes pasar por la casa de una viejecita para golpearle los vidrios de la ventana, como si fuese un novio, y oír el saludo jubiloso y enternecido que la viejecita le enviaba desde su lecho.

Pero comprendo que no tengo el derecho de empañar con el velo de evocaciones sentimentales el carácter regocijado de esta demostración, que debe ser un acto de alegría, de optimismo y de exultación cordial. Lo que hay es que si otros pueden hablar con mucha más conocimiento que yo, del talento profesional de Mérola, de su pericia como cirujano, de su ciencia como profesor, de su penetración y originalidad como descubridor de procedimientos quirúrgicos y explorador audaz de la anatomía humana, nadie podrá considerarse más habilitado para hablar del gran corazón que late bajo su pecho robusto llenando su vida toda de una onda rítmicamente renovada de ternura —ternura de hijo, de amigo, de padre— bajo su contextura física y moral de varón fuerte que pisa, con recio y seguro paso, la arena de sus contiendas cotidianas y silenciosas con la enfermedad, o con la muerte misma. Armado del bisturí que corta para salvar, nadie entra con más unción científica a esa lucha de todos los días, afrontando los misteriosos designios de la naturaleza, que trata de descubrir con la luz de su saber teórico, su experiencia y su intuición —los tres ángeles tutelares de todo buen cirujano— para erigirse en un verdadero artífice de la salud, capaz de rehacer, como si fuese un

mago, la misma naturaleza, para permitirle al enfermo continuar su viaje por la vida.

Mérola, que como hombre de ciencia ha merecido ya hasta el altísimo honor de ser plagiado por notabilidades francesas, como operador es sin duda insuperable en ese arte de alejar a la muerte a mandobles de bisturí; pero permítanme ustedes confesarles que yo, que cierta vez estuve a punto de ser salvado mediante uno de esos primorosos tajitos que nuestro amigo hace con tanta maestría, me siento muy feliz de haber podido continuar mi viaje sin necesidad de dejar ninguna achura personal en el camino... Gracias a eso puedo levantar ahora mi copa para brindar por su salud, no en carácter de operado agradecido, sino en mi carácter de amigo y admirador ferviente que, aunque casi convencido de que dejarse operar por él es una verdadera delicia (y si no que lo diga Amador Sánchez que cultiva el deporte de hacerse operar por Mérola), no desea tener que probar nunca el acierto de su bisturí.

Bromas aparte, felicitémonos de que se le haya dado a Mérola el puesto donde podrá trabajar con tanto provecho por el adelanto de la ciencia quirúrgica en el país y desplegar en la cumbre las alas poderosas de su personalidad de maestro y apóstol de la cirugía. Apostol he dicho y me place haber encontrado la palabra, porque Mérola abraza la cirugía y su enseñanza con fervor de apostolado, animado por el deseo vehemente y altruista de hacer prosélitos, de dejar discípulos, de atraer muchas jóvenes inteligencias al radio de la que ha sido siempre la gran vocación y la casi sagrada actividad de su vida.

Felicitémonos de que se le haya premiado haciéndosele justicia, porque cuando se premia con justicia se restablece la armonía y la lógica relación de los valores humanos y se hace siembra fecunda de confianza en el porvenir.

Juan B. Justo (1)

Todo conspira en una ocasión como ésta para empequeñecer al orador, pequeño de por sí: el grandioso marco cuya suntuosidad deslumbra; el auditorio tan numeroso, que impone y sobrecoge; la solemne significación de estos funerales cívicos, y más que ninguna otra cosa, la grandeza moral e intelectual del hombre a quien rendimos este homenaje póstumo.

Hace pocas semanas acompañábamos sus restos con el corazón acongojado, traspasado de estupor doloroso, con ese estado de ánimo que sigue a las tremendas desgracias imprevistas, en el cual se mezcla una obstinada sensación de pesadilla a la amarga certeza de lo irreparable. Nuestros espíritus se abatían como si la muerte, que acababa de arrebatarnos al mejor de entre todos nosotros, soplara sobre ellos a manera de un viento de tempestad para despojarlos de flores y doblarlos un instante sobre las tumbas. Llegamos a la ciudad de los muertos al caer la noche, bajo la lluvia, mientras el viento tironeaba las altas ramas de los árboles y gemía lúgubrementemente asociándose al duelo. Perdonadme que evoque aquí aquella tarde y aquella escena para mí inolvidables. El mismo asombro con que penetraba por primera vez en aquel inmenso cementerio bonaerense; la impresión que me causaba esa enorme necrópolis con sus innumerables sepulcros alineados, como casitas, sobre veredas de calles urbanas que a trechos desembocan en plazas y por las cuales circulan los vehículos dándoles aspecto de simples prolongaciones de las arterias de esta ciudad de los vivos; la extrañeza que me asaltaba al irme internando en esa vasta metrópoli de la muerte, contribuía a grabar más hondo en mi corazón el recuerdo de esa tarde invernal en pleno estío. A un monte-

(1) En el funeral cívico realizado en el Teatro Colón de Buenos Aires la noche del 15 de febrero de 1928. (Versión taquigráfica).

videano el espectáculo de aquel cementerio no puede menos de resultarle impresionante. Nuestras necrópolis son menos adustas y no se arrojan como ésa, con todo el peso de su fría inmensidad sepulcral, sobre el alma del pasajero. Pese al empeño con que la tradición y el culto católico a las cosas de la muerte siembra de fúnebras atributos los sitios del último reposo; pese a las proporciones y formas que la vanidad humana, estimulada por ciertos prejuicios religiosos, da allá como aquí a las moradas postreras, nuestros cementerios no consiguen despojarse de la fisonomía risueña que les impone su naturaleza de parques o jardines. En uno de ellos el mar azul cierra la perspectiva de los amplios caminos y parece pronto a ofrecerles a los que allí llegan embarcados en su ataúd, la oportunidad fantástica de un nuevo viaje, también sin retorno...

Era ya entrada la noche cuando, acompañados por la poderosa sinfonía de la lluvia y del viento que pulsaba las arpas de los copudos árboles y entonaba así el más formidable y penetrante de los misereres, dábamos nuestro último saludo al querido maestro, en tanto que el fuego reducía a un puñado de cenizas sus despojos.

El había querido que su cuerpo no pesase inútil sobre la tierra cuando la vida huyese de él, sino que volatilizado por el fuego se incorporase a la atmósfera y sólo dejase en el regazo de la vida transitoria y cambiante un poco de polvo perenne depositado —¡sagrado depósito!— en el fondo de una urna de hierro. Allí vimos esa urna, no mucho más grande que una copa. Pero por encima de la urna, en torno de ella, cubriéndola, ocultándola, seguía viviendo la imagen del maestro y amigo que todos llevábamos grabada en la retina de nuestro corazón y alentando en el aire íntimo de nuestras almas. De esa urna parecía surgir y levantarse una aurora. De esas cenizas brotaba para nuestros ojos la intesa llama de un espíritu: el mismo que preside este acto, llena este coliseo, palpita en nuestros corazones, nos acompaña en nuestras luchas, vive en el pensamiento de la masa obrera consciente del Río de la Plata, anima el pensamiento socialista de estos países, se expande por la conciencia del pueblo argentino y se remonta como un astro sobre el horizonte de la historia para iluminar un trecho cada vez más grande de la mentalidad pública del continente. De él llegaba y llega hasta nosotros, penetrándonos como

un soplo de inmortalidad, la imperativa exhortación de Goethe: "Adelante, sobre las tumbas!"

Juan B. Justo es todo un trayecto de la historia argentina. Era en sus días el más grande representante de un linaje de hombres públicos que se entregaron a la obra de crear una civilización nacional y forjar el cuerpo y el alma de un país poniendo en la empresa intelectualidad preclara al mismo tiempo que dinamismo militante. Los nombres de Sarmiento, de Rivadavia, de Alberdi, de Mitre, también de Esteban Etcheverría, el abanderado de la Asociación de Mayo, con su saintsimoniano "Dogma Socialista", vienen a los labios cuando se buscan en el pasado argentino los altos hermanos espirituales de este fuerte varón.

Organizó, dió vida en esta república a la fuerza renovadora del socialismo internacional, lo que significa haber dado a una parte de la clase trabajadora de su país, la conciencia de su misión histórica, al par que enseñarla a erigirse en factor vivo de la historia social y política de la nación al amparo de ideas generales que guían su pensamiento hacia el norte da la solidaridad humana.

Levantar en estas regiones la fábrica de una organización de los trabajadores para la lucha por el socialismo, no es, como se ha pretendido tantas veces, trasplantar una ideología europea para que aliente con su exotismo de invernáculo entre los elementos naturales de la vida criolla.

Desde luego, siempre me ha parecido pueril el reparo opuesto por ciertos adversarios chauvinistas del socialismo a su calidad de cosa extranjera, importada, que no habría podido, según ellos, nacer espontáneamente en estas tierras de América. Porque el socialismo en cuanto movimiento y acción de la clase trabajadora hacia la conquista de condiciones sociales que respondan a las necesidades materiales y morales del proletariado, si bien no fué por cierto invención argentina ni americana, es efecto y producto natural, inevitable, de condiciones históricas que aquí existían y existen como en las sociedades del viejo mundo. El movimiento socialista es un fenómeno correlativo al desarrollo histórico de las sociedades capitalistas. Y cuando decimos que el doctor Justo es el padre del movimiento socialista en la Argentina no decimos con ello que el socialismo de aquí ha

salido armado de todas armas, de su cabeza, como Minerva de la cabeza de Júpiter; no negamos ni desconocemos que aun sin él hubiese surgido ese movimiento, aunque más tarde y sin duda con menos fuerza de expansión y un sentido menos profundo de las realidades ambientes. Recordemos, por de pronto, que había un germen de organización en aquel grupo de trabajadores en su mayoría o en su totalidad extranjeros, al cual se acercó Justo para transformarlo en plantel y punto de arranque del Partido Socialista. Había, pues, nacido el embrión del movimiento en el país antes que Justo se lanzase a la lucha por el socialismo. El germen ideológico había venido de Europa en los libros y en el espíritu de los obreros alemanes e italianos que integraban ese grupo; pero ese germen pudo desarrollarse porque aquí existían los elementos y las modalidades sociales que, como factor de realizaciones necesarias a la suerte del pueblo obrero, daban razón de ser a su materialización en actos y la reclamaban y a los destinos de la nación. El doctor Justo, que conocía a fondo el ideario y el método socialistas, encontró en esos asalariados los primeros auxiliares para una obra que él tuvo la gloria de llevar a cabo y que sin él no hubiese podido realizarse entonces, obra que consiste en dotar al pueblo productor de una doctrina y un método para esclarecerlo y guiarlo en sus luchas con el capital, pero que también consiste en dotarlo de fuerza para esa lucha mediante la organización en el terreno político y en el terreno económico.

En cuanto a la doctrina y al ideario, sus elementos fundamentales el socialismo argentino no los halló, seguramente, en los libros nacionales ni pudo pretender haberlos creado, y de esto se ha querido hacer un argumento para desprestigiarlo tildándolo de fenómeno artificial y manifestación de reflejo. ¡Como si los principios esenciales de la filosofía política en que se nutrieron los autores de la nacionalidad no hubieran sido cosa aprendida en los textos y en los ejemplos de afuera! ¡Como si la Revolución de Mayo no fuese hija de la Revolución Americana del Norte y de la Revolución Francesa! ¡Como si las instituciones republicanas, los códigos políticos y civiles, las reformas educacionales, las normas administrativas en estas naciones de América no fuesen copia —a veces mala copia— de lo que en otras partes se ha hecho o se ha legislado! ¡Como si la organiza-

ción económica y social de estos países no fuese una prolongación de la europea, con sus injusticias, sus iniquidades y sus defectos, ante los cuales la faz crítica del socialismo como idea y la faz positiva del socialismo como acción, hallan la misma razón de ser que en los países donde por primera vez una y otra se unieron en la síntesis fecunda de pensamiento y acción, de movimiento e ideal, que contribuye y caracteriza este gran impulso universal del proletariado consciente!

Por otra parte, si la doctrina y la teoría al principio vinieron de afuera, como de afuera, después de todo, nos vino la civilización y nos vino la cultura, ello no basta a viciarlas de exotismo, porque no es exótico lo que aquí encuentra atmósfera apropiada, lo que aquí viene a satisfacer necesidades naturales, lo que aquí se naturaliza aclimatándose e incorporándose como elemento indispensable a la existencia nacional. Nada es más argentino, más rioplatense, más americano, que el caballo, ese atributo vivo de la personalidad del gaucho, ese complemento esencial del centauro de vuestras llanuras y de nuestras cuchillas, ese colaborador imprescindible del criollo en las campañas de la independencia y en las lides pacíficas del trabajo rural. Y el caballo no es hijo de América. Es extranjero. Fué importado por los españoles; lo que no impidió que haya tenido y tenga en los destinos de nuestras nacionalidades y en todos los azares de nuestra vida colectiva, tanto en la paz como en la guerra, una misión importantísima de factor de patria y de riqueza, un papel histórico de símbolo de la libertad y herramienta viva en las manos del paisanaje.

Finalmente, la misma población humana de estas naciones cosmopolitas, esa que pulula por nuestras ciudades, llena nuestros talleres, labra nuestros campos, cuida nuestros ganados, recoge nuestras cosechas, ha venido y viene de otras regiones; y hasta los mismos que tenemos por aborígenes acaso vinieron de otro continente, porque la ciencia no se ha puesto de acuerdo todavía sobre si el indio americano es autóctono o no lo es...

Así también el socialismo halla aquí zonas que no sólo necesitan

imperiosamente sino que le ofrecen un campo de acción casi virgen donde puede abrir anchos caminos en todas las direcciones de su idealidad y su previsión. Aquí encuentra un continente donde la afluencia de los pueblos del mundo y la fusión de las razas, le proporcionan una tierra fértil y laborable para su siembra de sentimientos e ideas internacionalistas; donde la ausencia de ancestrales prejuicios étnicos deja relativamente libre el espacio al verbo de confraternidad. Un continente donde la costra de la tradición y de los intereses creados es menos dura que en el otro hemisferio, y resiste menos tenazmente a las reformas o transformaciones institucionales. Un continente donde algunas fuentes naturales de riqueza no han caído todavía en manos de un capitalismo privado que esté formidablemente pertrechado en los fueros de su explotación. Aquí llega a tiempo para someter el desenvolvimiento de las fuerzas creadoras de un mundo económico en formación a normas y leyes reguladoras, inspiradas en un espíritu de humanidad y justicia. Aquí puede presidir con su mirada vigilante, que ampara por un lado la suerte de los trabajadores y por otro el patrimonio material y moral de la nación, el proceso del desarrollo de una sociedad donde las potencias económicas bien aplicadas y sabiamente conducidas podrían expandirse sin producir estragos, fecundando sin arrasar, para que el capitalismo cumpliera su misión histórica —porque no pueden quemarse ciertas etapas de la historia— pero la cumpliera en lo que ella tiene de necesario y en la forma menos perjudicial a la condición de sus servidores.

.....

Por lo demás, América sólo podrá cumplir su destino histórico de verdadero Nuevo Mundo, levantando una construcción social que sea un amplio templo para acoger a la humanidad reconciliada en la armonía de los pueblos, libre de los antagonismos de clase, sin la sombra funesta y perturbadora de los privilegios económicos. El porvenir de América, es, por fuerza, el Socialismo.

.....

“Comprendemos el Socialismo —dijo precisamente el doctor Justo en cierta oportunidad— como un método de acción histórica para elevar al pueblo trabajador, sobre todo por el esfuerzo del pueblo trabajador mismo, método de acción adaptable a cualesquiera condiciones”. Y la organización de los trabajadores para emprender la

lucha de clases con sentido y finalidad socialista, halla aquí su razón de ser no sólo en los problemas propios de las sociedades de tipo capitalista, sino en problemas locales —como el del latifundio, por ejemplo— que no serán resueltos mientras la política nacional no se forje en la fragua de las aspiraciones populares con el martillo de la conciencia proletaria capacitada para la clara comprensión de los verdaderos y supremos intereses del pueblo. Y como en estos medios hay mucho todavía por hacer en todos los órdenes, sin excluir naturalmente el de las instituciones y costumbres políticas, al socialismo le incumbe una tarea de desbrozamiento del campo de la democracia, de educación cívica, de preparación de los espíritus y las mentalidades para la adopción de buenos hábitos políticos, tarea que agrega a sus preocupaciones específicas otras que pueden ser comunes a distintos partidos de ideas, pero que no por eso son menos vitales para su suerte presente y futura. De ahí que adquiera un sentido de fuerza regeneradora y depuradora en el manejo de la cosa pública y en la conciencia moral de la ciudadanía, que añade a su acción característica la faceta de una función democrática que sólo él llena de veras y a fondo. Llena asimismo la función de ocupar, desbordándolo, el sitio que en el terreno de las modernas reivindicaciones civiles ocupan los partidos radicales de la burguesía en otras partes, donde el radicalismo tiene una acepción política muy distinta de la que tiene entre ustedes. Las nuevas razones de ser del socialismo en estos países sirvieron, precisamente, para que un famoso sociólogo y criminalista italiano a quien vimos iniciar en su viaje a la Argentina la extraña evolución que había de conducirlo a poner su ciencia y su dignidad a los pies de Mussolini, le negase aquí al Partido Socialista toda razón de ser. En una polémica inolvidable con el Dr. Justo, éste con su típica mordacidad, hizo ver lo ridículo de esa posición “científica” del sabio que negaba la existencia del único partido orgánico existente, y que en vez de admirar —como decía Justo— en el desarrollo de ese partido “la fecundidad de la idea socialista, capaz de inspirar una acción buena e inteligente bajo todos los climas y en condiciones históricas diversas”, declaraba que aquí no puede haber socialismo porque no hay todavía un gran proletariado industrial. Y a reglón seguido, con esa su penetrante lucidez mental que alumbraba hasta el último rincón de los asuntos enfocados, el doctor Justo explica el

problema nuevo que se planteaba para la clase gobernante al expandirse, en el siglo pasado, el capital junto con la población europea, hacia vastas tierras vírgenes como las de Australia: el de crear en las colonias la clase asalariada sin la cual no es posible la explotación capitalista; y cómo lo resolvió teórica y prácticamente con la "colonización sistemática" o sea la implantación sistemática de la sociedad capitalista. Nos explica cómo, desde un principio, a raíz de la conquista, mediante la exclusión de los indígenas y mestizos de la propiedad del suelo, adjudicada por decreto real a los señores, se formó en las colonias latino-americanas una clase proletaria; y cómo después se fué acreciendo esa clase impidiendo a los trabajadores criollos y extranjeros, el acceso a la tierra por el procedimiento de ponerle un precio para ellos inasequible. Demostró así cómo el sociólogo Ferri debió haber modificado su concepto del socialismo ante la comprobación y la influencia de lo que aquí pensaban y hacían los socialistas enfrentando a una clase gobernante que instintivamente, sin teoría, sin más criterio que el de sus apetitos de rápido enriquecimiento, realiza la "colonización sistemática", descripta por Marx.

De suerte que vemos ampliarse la significación teórica y el alcance práctico de la doctrina al naturalizarse en este medio con el sello de americanidad —digámoslo así— que le imponen los aportes científicos de la poderosa intelectualidad de Justo y la contribución experimental del movimiento social y político, del movimiento de muchedumbres, que salió de sus manos.

El doctor Justo no se limitó, por cierto, a recoger en los libros una teoría elaborada en Europa para hacer de ella el armazón de un edificio que habría de levantarse en suelo americano. Su disciplina científica le proporcionaba un concepto vital y práctico de la teoría, que no permite adopciones artificiales, adaptaciones no sometidas al contralor permanente de la realidad. "No creo conducente y genuina —escribió en "Teoría y práctica de la historia"— sino la teoría que surge espontánea de los hechos". Con otras palabras es lo que más tarde habría de decir Ortega y Gasset cuando dijo: "No hay más teoría que una teoría de una práctica, y una teoría que no es esto, es simplemente una ineptia". Con la fuerza positiva de ese su criterio ca a la acción socialista guías mentales seguras que corresponden a

las peculiaridades del medio; soluciones concretas, prácticas y eficaces para los problemas del "hoy y aquí", una de sus felices fórmulas verbales. Pero tuvo asimismo la visión de las soluciones llamadas a proporcionar al pensamiento y a los programas de acción del socialismo internacional, virtudes realizadoras que significan encarnar prácticamente en hechos los postulados ideales. Conocedor profundo de la obra de Carlos Marx, tomó de ella para la dirección de su pensamiento, la parte viva y universal, que combinó admirablemente con las sugerencias de Henry George para los problemas de la propiedad del suelo y de la política impositiva, sin desdeñar las inspiraciones aprovechables de los grandes economistas ortodoxos, que también estudió concienzudamente. Y he ahí que sus ideas propias, su concepción original de la teoría y práctica del socialismo penetran en la mentalidad socialista del mundo y la enriquecen con conceptos fecundos, de alta virtualidad renovadora.

El lleva con sus libros, con sus artículos, con sus discursos, a los órganos de relación de la acción del proletariado militante, esas ideas que marcan rumbos precisos al movimiento, esas sugerencias de hacer que ponen en manos del ideal la herramienta eficiente o lo hacen descender de las nubes de la especulación filosófica al terreno de los hechos en las solicitudes urgentes de la vida colectiva.

El informe presentado al Comité del Partido Socialista como delegado a las Conferencias de Berna y Amsterdam es todo él una magnífica afirmación del criterio sólido y clarividente con que encaraba la labor del socialismo para el cumplimiento de sus fines. Leyéndolo se ve cómo ese criterio señala direcciones nuevas en los postulados activos de la doctrina y del programa. En Berna y en Amsterdam sostuvo y ganó batallas en pro del librecambio, que él, sin duda, con su ciencia y su tesón impuso como norma de política económica en la política de las secciones de la Internacional, después de haberlo hecho agitar como bandera de combate por el Partido argentino. Y al ver ahora en la Conferencia Panamericana que se celebra en Cuba, al delegado del gobierno argentino quebrar lanzas por que se dé a la política de confraternidad una expresión concreta y real en declaraciones o actos de política anti-proteccionista, no puedo menos de pensar que las ideas de Justo no sólo han penetrado en la mente y el espíritu del socialismo internacional,

sino que también han influido en cierta medida en la mentalidad de los gobernantes de su país.

Felicitémonos de ello, y hagamos votos fervientes por que las ideas de Justo ganen terreno en las filas de nuestros propios adversarios.

Es también suyo, dentro del ideario socialista mundial, el punto de vista de que debe abolirse la propiedad de la tierra como fuente de renta privada antes que su apropiación individual como medio de producción, porque la nacionalización del suelo será en todas partes y por largo tiempo, incompatible con las formas efectivas del trabajo agrícola, mientras que esa reforma, proyectada por Henry George, es inmediata y gradualmente realizable por el impuesto. De esa manera conciliaba la necesidad por él proclamada de propiciar en países como éste una "nueva y grande clase de propietarios rurales", con el principio salvador de la propiedad colectiva del suelo, al quitarle a la propiedad individual —por obra del impuesto que socializa la renta— el carácter de fuente de privilegio, y dejando o poniendo en manos del campesino, la tierra tan sólo en cuanto medio de producción y de trabajo.

Que América debe ser consagrada a las construcciones sociales de democracia integral construídas para el amparo de todos los derechos humanos en el ambiente civil de la igualdad y la armonía de intereses, es la idea que brilla en la frente de grandes figuras de la historia argentina: Rivadavia, con sus leyes agrarias; Echeverría, con su Dogma Socialista. Entre ellos y Justo está Alberdi, con su incommovible buen sentido y su liberalismo económico de discípulo americano de Adam Smith. Se ha comparado a Justo con Alberdi. Justo, que también se llama Juan Bautista, tiene, sin duda, como Alberdi la visión realista y el gusto por los estudios económicos, que profundizó más que aquél; lo recuerda en la elegancia y sobriedad, tan llena de eficacia, de su estilo personalísimo sin retórica; pero en su pensamiento, el socialismo, que echó por tierra el liberalismo económico, es una superación perfeccionadora del liberalismo político. Además, Justo no se limitó a teorizar, a escribir, y a criticar la obra ajena, sino que fué un hombre de acción, un político militante activo y un realizador. Hay también en Justo mayor vuelo de idealidad. Si desdeñaba la retórica, no negaba las virtudes del arte como elemento de civilización, y acaso ni siquiera en tiempos de Alberdi hubiera suscripto aquella máxima de "que vale más para

la civilización de América un cuero salado o un barril de sebo que el mejor de los poemas o de las novelas". Toda su obra, toda su vida no fué en definitiva otra cosa que un esfuerzo abnegado por espiritualizar el mundo de la política, el mundo del trabajo, el mundo de la economía. Escribió "Teoría y Práctica de la Historia" para enseñar al pueblo "a modelar a conciencia su propio porvenir, en vez de entrar con dolor en los moldes que la ciega fatalidad le dé". Veía en la técnica de la producción la conjunción de la naturaleza y el hombre, la síntesis de la materia y el espíritu, y terminaba uno de sus informes como delegado a un congreso internacional diciendo que "necesitamos y debemos ser a la vez prácticos e idealistas".

Dió vida a la organización política de los trabajadores para que trajese a las luchas de la democracia argentina un soplo de idealidad, un contenido de ideas e ideales, una aspiración de elevar progresivamente la situación material, moral e intelectual de las masas, un sentido de rectitud cívica y de moralidad pública; en una palabra: un espíritu de civilización y de cultura política. Y esa organización llegó a ser por su iniciativa, su consejo y su propia actividad personal, una gran escuela del pueblo para el pueblo, con sus bibliotecas, sus tribunas de propaganda, su periodismo de ideas, sus centros, sus instituciones culturales, sus cooperativas, todos ellos talleres en que se forja el espíritu de las muchedumbres para la formación de un alma colectiva y el genio de una nacionalidad. Tratándose de una nación que crece en el cosmopolitismo, su genio ha de ser universalista, y el sentimiento nacional por excelencia ha de ser en ella el internacionalismo. El destino de toda América es abrirse a las corrientes del mundo y albergar en su corazón, como en su territorio, a todas las razas y a todos los pueblos de la tierra. Las ideas internacionalistas deben, pues, informar, en estas regiones más que en parte alguna, un nacionalismo sano. A ese nacionalismo sano consagró su vida de pensador y luchador, para que esta vasta región donde, según sus palabras, va a realizarse un buen pedazo del porvenir, llegue a ser cuanto antes una patria para la justicia social y un abrazo de fraternidad para todos los hombres que a ella lleguen con la virtud del trabajo en las manos y la estrella de la buena voluntad en el alma.

¡Figura erguida y recia la de este sabio activo que pensaba, estudiaba y luchaba! Nadie ha ejercido en estos últimos años, en nuestro continente, "la profesión de hombre" que dijera Guyau, con tan alto y profundo sentido de sus responsabilidades. Sirvió un ideal con abnegación, y lo que es todavía más importante, con eficacia. Y si lo sirvió con espíritu eminentemente práctico y positivo, fué para acercarlo lo más posible al trance fecundo de la realización; que esa es la mejor manera de tener ideales y de ser idealista.

Su fórmula "Somos el partido del ideal; pero no somos el partido de la ilusión", es toda una máxima de salud para la conducta humana, pues ella nos enseña que debemos evitar que la ilusión nos extravíe con sus mirajes en el camino del ideal y nos aleje de su ruta; que debemos ponernos en guardia contra la ilusión en beneficio del ideal.

Su vida fué una parte de su obra. En lo que escribió y dijo para enseñanza de los estudiosos y de las multitudes; en lo que levantó con su trabajo de organizador incansable, está vivo el ejemplo de su existencia pura y austera, que es toda ella una sucesión ininterrumpida de verdades valientes, de afirmaciones de carácter, de manifestaciones de conciencia viril. Cada palabra suya fué un acto de entereza, de honradez y de sinceridad, tanto en la tribuna periodística, como en la callejera, como en la parlamentaria. En todo momento surgía, prodigando enseñanzas, el maestro de rectitud y de honestidad. Por lo que fué y por lo que hizo; por el ejemplo que ofrecía a las generaciones y por las potencias populares de renovación y saneamiento moral que creó o vivificó con su aliento, tuvo el significado de una llamada de purificación nacional.

Baja a la tumba cuando en su país se desatan, al influjo de la proximidad electoral, las fuerzas caóticas de la que él denominara con otra de sus frases insustituibles, "política criolla", y en el hervor de la enconada lucha de apetitos frenéticos, se presencia el desenfreno de logrerismo a que se entregan tantos jóvenes que reniegan de la misión gloriosa de la juventud y venden su alma al diablo del caudillismo dádivo.

Alguien ha dicho que todo español lleva dentro de sí un hombre muerto, un hombre que pudo nacer y no nació, y que vendrá un día en que todos esos hombres muertos escogerán una hora para levantarse. Eso ocurre, sin duda, no solamente a los españoles, sino a todos los hombres del mundo. La misión de Justo en la Argentina, en el Río de la Plata, fué precisamente la de un gran despertador de ese hombre muerto, y más todavía, la de un animador de ese hombre que en muchos no ha nacido aún. A su influjo, millares de ciudadanos han sentido brotar de sí ese otro hombre, despertarse en su conciencia esa nueva conciencia. ¡Auguremos que siga aumentando en progresión vertiginosa, el número de los hombres nuevos, llamados a enterrar para siempre el cadáver de la tradición o a desalojar del espíritu individual y colectivo a aquel otro hombre que, a semejanza del ganado en el pastoreo, no levanta la frente por no perder de vista el alimento!...

¡Cuánta falta hace en medio de tanta corrupción y atraso como se manifiestan en esta hora, la palabra severa, sarcástica, quemante como un cauterio, cortante como el bisturí de sus proezas de eximio cirujano —cuyo elogio acaba de hacernos magistralmente con toda la autoridad de su ciencia, el doctor Gutiérrez—, la palabra aleccionadora y sabia que nunca escatimó en las grandes crisis de la vida pública de su país, el inolvidable maestro a quien tributamos este homenaje al cual yo he traído la adhesión conmovida del Partido Socialista del Uruguay!

Luis Companys (1)

Las elocuentes palabras de los oradores que me han precedido en este homenaje tan justo a la memoria veneranda de Luis Companys, nos han hecho vivir, en la emocionante evocación de hombres y cosas de la República Española, toda la trágica realidad del destino de un pueblo al cual nos ligan los lazos de la sangre, pero más todavía los lazos del espíritu.

Nada muestra tan cabal y tan tremendamente el abismo de horror en que cayó España al caer en manos de los asesinos que derribaron a la República con la traición y con la felonía, como el crimen de que fué víctima Luis Companys: por lo que él era, por lo que él significaba y por las circunstancias en que fué inmolado. De lo que era, de lo que fué para la historia política de Cataluña y de España, de lo que le debe la causa republicana en su región y en la península, de lo que hizo por sus ideales federalistas y democráticos, de sus virtudes de luchador entregado al más fervoroso heroísmo civil y a la más abnegada vocación de ser útil a su pueblo y a sus propias convicciones, nos han hablado ya con certera palabra los oradores que me precedieron, a quienes hemos escuchado con intensa atención y con entusiasmo hemos aplaudido.

Bajo la advocación de esa memoria gloriosa, bajo la advocación de la sombra augusta de Luis Companys que es la sombra de la inmortalidad, porque es la sombra de un mártir, ellos han tendido ante nuestros ojos la visión de la España sacrificada que es todo un panorama histórico ante el cual es forzoso detenerse con el corazón desgarrado.

Conducidos de la mano por esa sombra podríamos descender hacia ese mundo de tinieblas, tal como si ella fuera la de Virgilio, que

(1) En el Ateneo, el 18 de octubre de 1945. (Versión taquigráfica).

en el poema del Dante conduce al viajero a través de los círculos infernales donde los crímenes y los pecados de los hombres se presentan con su expresión eterna en la tortura dramática de la condena inexorable.

Y desde luego habríamos de recordar cómo el magnífico pueblo de Cataluña —pueblo de varones esforzados, viril en la paz y viril en la guerra, admirablemente laborioso e inteligente y constructivo, y no menos admirablemente celoso de sus fueros y de sus libertades—, cómo el magnífico pueblo catalán llegó a adueñarse de su propio destino para labranza de una nueva grandeza histórica a través de la lucha a que fuera conducido y guiado por hombres de la talla del apóstol Maciá y del mártir Companys.

Dueño de su suerte política, asumiendo ya la responsabilidad histórica de regirse a sí mismo en las instituciones políticas de la República Española, el pueblo catalán fué sorprendido por el levantamiento de los generales traidores que sofocó ese pueblo con estupendo denuedo en las calles y en los cuarteles de Barcelona. Allí sufrió su primer fracaso ese levantamiento que habría de desgarrar a la patria española, que habría de derramar torrentes de sangre por su territorio sagrado, y que habría de abrir las puertas de su territorio a los ejércitos invasores del nazi-fascismo, que transformó a España —como hace unos instantes lo recordaba con conmovida frase Mario Bordoní— en un laboratorio de la muerte para experimentar en su población indefensa, en sus mujeres, en sus niños y en sus ancianos, el poderío destructor de sus elementos mortíferos.

Y ¿qué podía esperarse del gobierno instaurado por hombres que sacrificaban así los más sagrados intereses nacionales y los más sagrados sentimientos humanos a su ambición de mando y a sus rencores cavernícolas, a su odio tenebroso a las ideas de libertad y a los principios de justicia?

La inmolación de Luis Companys, por la forma en que se produjo, es la más completa definición de ese régimen: nada pone tan en evidencia la psicología y la catadura moral de ese régimen, ante el concepto del mundo civilizado.

Luis Companys, el hombre de quien nos trazó una biografía tan completa el Dr. Bergós Ribalta era una llama de pureza en el cielo de España. Había salido ya de España, se había refugiado en

Francia, y mucho tiempo después fué aprehendido por los sicarios de la dictadura y entregado al gobierno español. Y éste, en vez de abrir su espíritu a las voces de la concordia —que eran también, en ese caso, las voces de la justicia humana— se deja llevar por el más cerril, el más salvaje, el más bárbaro de los impulsos; y lo condena a muerte, sin darse cuenta de que la sangre de ese mártir ha de caer sobre su cabeza de manera tan fatal que al cabo de algunos años esa sangre servirá para ahogar a sus propios verdugos.

Esta es, en definitiva, la suerte que cabe a quienes no saben obrar en la vida inspirados por altos sentimientos, y se dejan llevar a esas expresiones de la más brutal persecución política, que llegó a los más altos extremos del frío rencor y de la implacable venganza.

Hace bien el Casal Catalá en no dejar pasar los aniversarios de esta muerte sin recordarla, para el espíritu de las generaciones españolas y para el espíritu de las generaciones uruguayas. Nosotros debemos recordar estas muertes; debemos evocar en estos momentos el recuerdo de esos mártires gloriosos que han entrado en la inmortalidad por las puertas de oro y de sangre del sacrificio humano. Debemos recordarlos, no en silencio, como parecía aconsejarlo hace un instante en la brillantísima página que nos ha leído el Dr. Luis Jordano: estos funerales laicos no deben celebrarse en silencio, con la concentración conmovida de quien está rezando; nosotros no podemos recordar a nuestros muertos rezando o llorándolos; tenemos que recordarlos para levantarlos sobre nuestras cabezas como una bandera de agitación y de combate.

Yo sé que al expresarme en esta forma rindo el mejor homenaje que podríamos tributar a la memoria de un luchador como Companys; yo sé que si él pudiera escucharnos desde las alturas de su inmortalidad nos alentaría a continuar en este tono aunque estropeáramos un poco la solemnidad de este acto.

Entiendo que hacen bien —repito— los catalanes del Uruguay en recordarnos todos los años para esta fecha, lo que fué Companys, lo que significó Companys y lo que se hizo con Companys.

Hay que recordarlo, porque su memoria debe mantenerse encendida en el espíritu y en el corazón de las generaciones españolas dispersas por todo el territorio americano; porque día llegará en que

ellas tendrán que preparar desde aquí el rescate de la patria usurpada, y ese día tendrán que salir grandes columnas de voluntades y de conciencias libres y emancipadoras; y a la cabeza de los libertadores irá la sombra de los mártires como Companys, transformada en una enseña luminosa y magnífica, para encender en el cielo español hoy entenebrecido, la aurora de una nueva edad.

Miguel de Unamuno (1)

Unamuno es en la hora presente un ejemplo de civismo y una viva lección de carácter. Lección y ejemplo que deben ser recogidos entre nosotros para escuela de espíritu, ya que atravesamos por una verdadera crisis del carácter, valor depreciado en el afán absorbente de vivir la vida sin ideales, bajo el temor enfermizo a las amarguras de la lucha sin éxito.

Frente al desmán airado de una dictadura española que asocia lo pintoresco a lo arbitrario, afirmemos los principios eternos de la vida en la libertad, como bases y condiciones de la convivencia de todos los hombres en la dignidad y el respeto de la persona moral de cada uno. Y levantemos la personalidad de Unamuno como símbolo del pensamiento democrático en estos tiempos perturbados por extravíos y vacilaciones que han oscurecido en el fondo de muchos espíritus la fe en el ideal de la soberanía del pueblo y han puesto en peligro nuevamente los destinos de la democracia en el mundo.

Recordemos que no han faltado en estas repúblicas —sectores de un continente que ha de ser por designio de la historia ancha patria adoptiva de la idea de libertad— quienes creyeron llegado el momento de renegar de los caminos de la voluntad de ser libres para poner sus ojos en los atajos de la fuerza opresora que sólo conducen al humillante despotismo. No faltaron voces apologéticas de los gobiernos que sacrifican las más sagradas libertades al dogma del orden por el orden mismo, que no es, en definitiva, sino el desorden profundo, porque desbarata o deshace las normas racionales y humanas que reglan y garantizan las mejores posibilidades del progreso en la convivencia social.

(1) Con motivo de su confinamiento en la isla de Fuerteventura por el dictador Primo de Rivera, en el año 1923. (Versión taquigráfica).

Abundaron quienes creyeron que las dictaduras reaccionarias eran las llamadas a arrojar la capa de aceite de las tiranías providenciales sobre el oleaje de las inquietudes azarosas del presente histórico. Y si el fascismo italiano con su dictadura oprobiosa puso de moda los golpes de mano oligárquicos, sirviendo de ejemplo e inspiración a la casta militar y a la monarquía españolas, que recogieron la lección a su modo, intelectuales hubo en estos países de Sudamérica que ante el original y la copia, se sintieron movidos a pedir para su nación desquiciada la sin par ventura de análogo remedio, peor que cualquiera de las enfermedades.

Proclamaron la bancarrota de la democracia y pusieron sus esperanzas en la reacción nacionalista y militarista como único piloto y comando capaz de sortear los escollos financieros, de imponer la cordura en el gobierno de la nación, de enderezar el rumbo de la vida nacional hacia la solución de los problemas económicos, aquietar el descontento de las masas populares y devolver la tranquilidad a los espíritus.

No vieron, o no quisieron ver, que lo que había quebrado no era precisamente el concepto ideal y sustantivo de la democracia, concebida, naturalmente, como el gobierno del pueblo por y para el pueblo —según la clásica fórmula de Lincoln— sino las falsificaciones de la democracia, las modalidades del oligarquismo disfrazado de apariencias democráticas que priva en los países sometidos, sean cuales fueren sus formas de gobierno, a un régimen de política de clase consagrado a conservar los fundamentos de una ordenación social a la que son inherentes las desigualdades reales del punto de partida, el privilegio y la opresión económica.

La democracia como fin, si se la entiende en su verdadero sentido, o sea en el que le asignamos quienes no queremos limitarla a su simple expresión política sino que la ampliamos y completamos hasta hacerle adquirir una acepción social, no ha dejado nunca de ser la más alta aspiración de los pueblos conscientes y la más clara meta de renovación hacia donde se encamina por el momento la historia.

En cuanto a los procedimientos de realización por los cuales se manifiesta en los hechos la idea democrática, es decir en cuanto a la

democracia como conjunto de formas e instituciones políticas, o jurídicas de derecho público, que conducen a las de un derecho privado basado en principios de igualdad o de equidad sustancial, sólo fracasa en las manos de aquellos que la bastardean y la disfrazan con los tradicionales simulacros.

La democracia política es un camino práctico por el cual se puede llegar a etapas de elevación y justicia social incesantemente superados. Y con todas sus deficiencias e imperfecciones, con todos los accidentes y baches que deterioran a menudo ese camino, sobre todo a causa de fuerzas contrarias y perturbadoras de las que no logra defenderse o prevenirse con bastante eficacia, siempre es mil veces mejor que los sistemas de gobierno sin control ni responsabilidad inmediata y permanente.

Eso es lo que había comprendido muy bien Unamuno, y fué para mí satisfacción muy honda ver que en conceptos como los que dejo expresados abundaba, con la fuerza mágica de su lenguaje tan característico y suyo, en su reciente conferencia de la Casa del Pueblo de Bilbao, que fué una de las más memorables de la vida pública de ese hombre admirable, en el cual, para que nada faltase a su gloria, hinca su diente envenenado la diatriba reaccionaria sin advertir que ciertos escupitajos quedan brillando como estrellas en el blanco jubón de las reputaciones cristalinas.

Con esas convicciones se irguió desde el primer instante, con su temple de hombre enérgico y su recia tosudez vizcaína, frente al famoso "suspensorio", que con el pretexto de organizar a España vino a apuntalar momentáneamente a la monarquía desprestigiada y tambaleante, a impedir la efectividad de las responsabilidades exigidas por el pueblo español a los culpables de los desastres y vergüenzas de Marruecos, a poner sobre el cuerpo de la nación la bota del militarismo prepotente, y a levantar por encima de todo legítimo derecho, la ley del sable.

Y contrasta su gallarda actitud, digna del Quijote, que tuvo en él su más genial comentarista, con la de otros ingenios españoles contemporáneos, sobre todo con la de don Jacinto Benavente, a quien el "suspensorio" militar cubría de honores (mientras confinaba a don Miguel de Unamuno en una isla inhóspita) para demostrar al mundo

que la dictadura no es enemiga de la intelectualidad, siempre que la intelectualidad se arrastre a los pies del trono o se castre con el mutismo prudente (grandes aplausos) . . . cuando la dignidad de todo un pueblo exige a las mentalidades privilegiadas gritar bien alto la valentía del pensamiento y hacer de la propia conciencia rebelde una antorcha desmelenada, sacudida por un puño de atleta en el hueco de sombras de la noche civil.

Benavente se empequeñeció hasta la adulación genuflecta, en ese acto de sumisión a la monarquía, a costa del pensador ilustre que con tanta justicia la zahiriera. Y fué condecorado, más que por el mérito de su labor literaria, por su graciosa mansedumbre de galgo decorativo de la grande y vieja casa de esa España dinástica y tradicionalista de la que hoy tienen la superintendencia unos cuantos militares sin cultura, menos hábiles en ganar batallas coloniales que decididos a atropellar principios de libertad y justicia.

El directorio quiso oponer el nombre de Benavente al de Unamuno, pero, como alguien dijera, no advirtió que al buscar en Benavente al hombre para oponer a Unamuno sólo habría de encontrar al Crispín de "Los intereses creados".

Y la sombra de Crispín es demasiado pequeña para eclipsar la silueta de noble bizarría moral y de espiritualidad arrogante del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha. Pero Don Quijote no ha estado solo en su aventura. Allí está, para honra de España, el gesto de esos valientes catedráticos, como Luis Giménez de Azúa y Fernando de los Ríos que protestaron desde sus cátedras por el atropello.

Y he ahí como una vez más se ponen frente a frente la España del pasado, la de ayer, y la España nueva, la que abre en el presente un ancho ventanal sobre el horizonte de la historia para que entre por él, con los renovadores vientos del espíritu universal, el alma misma del futuro.

Unamuno es una encarnación de esa España que surge. El destierro lo agranda y le brinda como pedestal de su estatua futura nada menos que una isla, desde hoy hermanada en la historia de las tiranías ridículas, a aquella de Jersey, famosa porque desde ella el dios Hugo hizo restallar sobre la cabeza de Napoleón "el pequeño" el látigo de llamas de Les Châtiments.

Y yo —que me perdone Unamuno—, yo no lamento su destierro, porque él ha servido para desprestigiar universalmente un gobierno y más que un gobierno, un sistema de gobierno que se nos quería presentar como una solución insuperable para las tremendas crisis de post-guerra en que se debaten, poco más o menos, todas las naciones del globo.

Unamuno amordazado hablará desde la isla de su confinamiento a la conciencia de los pueblos libres el lenguaje inmortal de los monumentos simbólicos. El seguirá repitiendo con su mutismo forzoso la lección de energía y altivez que enseña a los hombres a amar hasta el sacrificio la libertad y la dignidad del pensamiento.

El seguirá repitiendo con soberbia y hasta rabiosa obstinación su prédica de libertad y de honradez del espíritu, porque para él parecen haber sido escritas las palabras del célebre filósofo danés: "Quien repite fríamente, es un autómatas o un insincero; quien se jacta de no repetirse nunca es un frívolo; sólo quien repite con calor, con entusiasmo, con obstinación encarnizada, es un hombre honrado".

Una gran figura de la España democrática y liberal, bello tipo de apóstol que conjugó un día la veneración y el respeto de las generaciones hispanas ávidas de sacudir el yugo de la tradición y del pasado, Joaquín Costa, exclamaba en una ocasión memorable: "España no está muerta; sólo está dormida".

Verdad, mucha verdad sin duda. De despertarla se encargan los que como Unamuno se adelantan a dar en el rostro de las tiranías el sonoro bofetón de su indignación romántica. Y acaso no está lejano el día en que presenciemos el triunfo de la España nueva, que entona en lo más profundo de su corazón generoso himnos de liberación y de vida, sobre la España caduca, tambaleante, decrepita de los generales palaciegos, de los reyes tilingos y del clero oscurantista y dominador.

José Ingenieros (1)

La conmemoración de José Ingenieros en esta hora no puede menos de revestir un significado que trasciende del simple sentido reverencial de los actos recordatorios.

Hay muertos que salen de la tumba moviendo guerra. Hay muertos que cuando reaparecen entre nosotros, traídos por el conjuro solemne de una evocación colectiva, vienen agitando banderas de vida para conducir los vivos al combate.

Ingenieros es de esos muertos. Pero en ningún momento de la historia de este país y del mundo ha podido, como en este momento, adquirir su reaparición en el alma de una asamblea de jóvenes universitarios, el alcance profundo de incitación espiritual que caracteriza su obra toda de pensador y de incansable sembrador de ideas. Los jóvenes lo han citado para tenerlo cerca de su corazón y de su mente haciendo del homenaje que se le tributa una oportunidad feliz para fecundarse con el contacto de su pensamiento y del resplandor inextinguible de su figura moral. (Muy bien! Aplausos).

El homenaje de la juventud no puede ser una ceremonia académica para internarnos en el pasado y dialogar con las sombras como Virgilio en los Campos Eliseos con el alma de los grandes poetas y filósofos de la antigüedad en el poema del Dante.

La juventud no teme perturbar la paz de los sepulcros, y cuando se vuelve hacia las sombras inmortales, no es para inclinar su frente en actitudes de adoración extática sino para bañarla en el fulgor de esas almas superiores y levantarlas como antorchas sobre las multitudes actuales a fin de alumbrar con esa luz el camino y la marcha de las nuevas generaciones (Aplausos).

(1) En el homenaje (año 1933) de la Federación Universitaria Argentina, conmemorando un aniversario de su muerte.

Si ello sirve para encender entusiasmos, para despertar energías, para agitar las aguas de la vida pública con la corriente de pensamientos y de espíritu renovador que fluye de esa fuente perenne: ¡mejor! Que cuando el maestro recordado, cuando el númen invocado es José Ingenieros, recibe así el homenaje que más corresponde a la índole de su personalidad y al signo de su vida consagrada al amor de la ciencia, pero regida por las inquietudes civiles y militantes de su temperamento combativo en el plano de las ideas donde nunca rehuía sino que buscaba la controversia y la pugna. (Aplausos).

¡Cordial maestro de juventudes! Encarnación insuperable de la eterna juventud del espíritu, gustábale dirigirse a los jóvenes, rodearse de ellos, contar con ellos para sus empresas de idealismo, exhortarlos, adoctrinarlos, pertrecharlos de ideales, suscitarles el gusto por las ideas y educarlos en el amor a lo justo, a lo bueno y a lo bello.

Herederó de los filósofos griegos en esa actitud de preceptor peripatético, con la vida por avenida y el mundo todo por Jardín de Academia, heredó también de aquéllos la clara visión del mundo moral y la noble inclinación a hacer de la filosofía y de la ciencia, no un esfuerzo individual y aislado, en que el espíritu del sabio se desintegra de las vastas corrientes humanas para consagrarse en la abstracción a finalidades sin fin o fines sin finalidad, sino una colaboración constante y profunda con la vida, un báculo para el peregrinaje del hombre a lo largo de los caminos por donde lo lleva la necesidad de vivir, siempre seria y apremiante, como que es asimismo la necesidad de navegar, tomando la palabra con una acepción de azaroso empeño, aún más amplia que la del lema latino. (Aplausos).

Tenía de ellos también la preocupación de conciliar, de unir, bajo una ley de armonía inmanente, el mundo físico con el moral, buscando para la conducta del hombre el tutelaje de la naturaleza cuyos signos y cuya voz exigen ser interpretados fielmente por los actos humanos, so pena de hundir la vida del espíritu en el abismo de una contradicción que desarticula el ser y lo inutiliza para sus más altos destinos.

Maestro afirmativo, si como todo filósofo tuvo en el instrumental de su dialéctica, para la orientación de su pensamiento en los problemas trascendentales de la filosofía, la defensiva y racionalista duda metódica de Descartes, no fué nunca dubitativo en su pragmática para la acción, porque su sistema de moral no era, por cierto, un laberinto

de indecisiones sino un plano de calles rectas y claras en donde el criterio no podía extraviarse.

Por su amor a las afirmaciones comprobables fué positivista, y como gustaba de esforzarse en las normas seguras del método experimental, su filosofía era científica y no se aventuraba en zonas de irrealidad metafísica ni de abstracción lógica en que la razón saca exclusivamente de sí misma las razones en vez de argumentar con los datos de la investigación y de la experiencia.

La psicología, la criminología y la sociología le ofrecieron el campo más apropiado a las inclinaciones de su mente, y su criterio positivista halló en esas ramas del saber moderno caminos que recorrió ágilmente y por los cuales se elevó a alturas científicas desde las que pudo dominar panoramas amplísimos.

Fué uno de los primeros y más sabios representantes de la escuela criminalista positiva en América; fué el primero que trajo a los estudios psicológicos y psiquiátricos en la Argentina las concepciones del positivismo experimental; fué en sociología un marxista que interpretó la realidad argentina y americana con el concepto del materialismo histórico. Pero fué, por encima de todo eso, un enamorado de la ciencia y de la cultura; un creyente fervoroso en el porvenir de la humanidad guiada por la ciencia y el saber; un convencido de que la historia va paso a paso dando la razón al genio humano, hasta el punto de que pudo hacer suyas las siempre recordadas palabras de Anatole France en su discurso a Palas Atenea.

Predicó una moral sin dogmas. Hizo cura laica de almas y difundió como el mejor tratamiento para la salud del espíritu el optimismo de una fuerte filosofía de la acción, que aspiraba a transformar en un bien de todos y para todos la alegría de vivir sobre la base del reconocimiento completo de los derechos humanos y el cumplimiento espontáneo de los más altos y solidarios deberes sociales. (Aplausos).

Un grande, un irreductible idealista, eso es lo que era, en definitiva, ese pensador que se entregaba a la búsqueda de la verdad en un "laboratorio" cuyas ventanas daban a la plaza pública por los cuales el sabio se asomaba a refrescar su frente con el aire de las agitaciones colectivas y por las cuales le llegaba el llamamiento de las necesidades sociales y de las inquietudes históricas con las que a menudo descendía a mezclarse.

Su destino de maestro de la juventud, de animador de almas y despertador de vocaciones, se ejerció, sin que él lo supiese, en mi propio destino personal. Traeré a colación un recuerdo. Era allá por el año 1898 ó 1899. Yo tenía a la sazón unos 18 ó 19 años. Cursaba estudios secundarios. Se celebraba en Montevideo un Congreso Científico Panamericano. En él figuraban dos jóvenes intelectuales argentinos: Leopoldo Lugones y José Ingenieros. Tras el brillo deslumbrante de aquellos dos jóvenes excepcionales fueron los pasos de nuestra curiosidad juvenil. Así se despertó mi curiosidad por el Socialismo; así empecé a sentir en el fondo de mi conciencia el aleteo de un pájaro recién nacido que, desde la oscuridad de un desconocimiento casi total de las nuevas corrientes políticas mundiales, pugnaba por romper la cáscara de los prejuicios, de los preconceptos, de las ideas hechas que, por demasiado familiares, se aceptan sin examen, sobre todo cuando aún no se ha comenzado realmente a vivir y a razonar por cuenta propia.

El era entonces un socialista militante. Cuando dejó de militar no perdió por eso su fe en el Socialismo y estuvo siempre de corazón con la causa de los trabajadores. Quiso que su posición de espíritu ante los problemas sociales y la situación de las clases fuese la de todos los universitarios, la de la Universidad misma; y por eso en la campaña por la Reforma ocupa un sitio de combate como orientador desde la cumbre, definiendo la función social de las universidades y dando expresión elocuente al sentido histórico de esa batalla intelectual por la emancipación de la cultura. (Grandes aplausos).

Por eso también, la evocación de su figura en esta hora en que vemos a la reacción encastillada en algunas universidades argentinas, adquiere una significación de protesta o de tremolar de banderas de juventud incitando a emprender la marcha en columna cerrada hacia las Bastillas que todavía no cayeron o que volvieron a levantarse. (Aplausos).

Pero lo que más pone en esta rememoración de Ingenieros un sentido de exhortación a la brega por el ideal, es el hecho de que los que fueron grandes amores de su vida están siendo escarnecidos con saña implacable en algunas partes del mundo civilizado, para vergüenza y castigo de la civilización.

Este fenómeno de los fascismos que cunden como una peste moral, o mejor dicho: inmoral, con sus derivaciones hacia inconcebibles

persecuciones de raza, hubiera herido y desgarrado su sensibilidad de férvido amante de la libertad y de la dignidad humana.. Y si ya había tenido oportunidad de inflamarse de indignación ante el advenimiento de Mussolini; cuánto mayor no sería la exasperación de sus sentimientos democráticos ante el fascismo hitlerista, y sobre todo, sin duda, ante presentes irrupciones de fascismo criollo que no son sino recrudescimientos de la barbarie política americana, como el fascismo o nazismo europeos no es sino la reaparición de los más brutales desbordos de instintos atávicos nunca extinguidos en la psicología de algunos pueblos de Europa. Porque en el fascismo criollo hay un entroncamiento de elementos importados, de cosa de incitación, con una inclinación nativa a poner en juego la violencia como factor político decisivo, que es propia de épocas americanas atrasadas.

La barbarie civil reaparece en estos países alentada por el ejemplo de afuera y disfrazada con trajes y teorías que son un remedo de la moda que tratan de imponer en el viejo mundo fuerzas oscuras de opresión y retroceso.

El había querido salvar a América de ese peligro intentando la formación de un alma continental inspirada en su propio amor a la libertad y a la justicia, que fuese al mismo tiempo imán de atracción para todas las razas del mundo en el abrazo de la confraternidad humana, impulso hacia un porvenir de igualdad económica y fuerza de contención y defensa ante el avance avasallador de imperialismos que obran como aplanadoras de soberanías nacionales. (Aplausos).

Para eso fundó la Liga Latinoamericana, que fué en sus manos una bandera prestigiada por la adhesión de las más espontáneas esperanzas juveniles de nuestro continente.

Ella surgía en prevención de peligros ante los cuales nada resulta ahora tan oportuno como buscar en el recuerdo del pensamiento y la lección de maestros como José Ingenieros, el aliento y la inspiración para afrontarlos decididamente sin desmayos. He dicho. (Se ovaciona largamente al orador).

Angel Ossorio y Gallardo (1)

Nos sentimos felices y orgullosos de reunirnos en torno del ilustre embajador de la República Española, don Angel Ossorio y Gallardo, que continúa invistiendo para nosotros su representación oficial. Porque para nosotros la República Española no ha muerto sino que vive, con obstinada vida de símbolo y de ideal imperecedero —dramáticamente perdurable por encima de los hechos de la realidad exterior — en la realidad íntima y afectiva de nuestros corazones democráticos.

Con este sentimiento rodeamos en esta bella fiesta cordial la figura prócer de este insigne maestro, gloria del foro hispano y representante auténtico de la intelectualidad de la “madre patria”, que ahora, en tierras de América está, con el vigor de su pensamiento, la elocuencia de su palabra y el brillo de su pluma, tomándose desquite luminoso y ennoblecedor contra los bárbaros que acaban de triunfar en España al grito de “Viva la muerte y abajo la inteligencia”. (Grandes aplausos).

Nosotros vemos en él encarnada toda la tragedia del espíritu libre e insobornable del heroico pueblo español, en las altas esferas intelectuales.

Las otras noches, cuando le oíamos hacer, con estupenda elocuencia su profesión de fe liberal y democrática, revalorando con robusto acento los principios eternos del liberalismo político concebido como el Arca Santa en que han de salvarse los destinos de la humanidad por encima de la inundación de sangre que amenaza sumergir las conquistas de la cultura y de la civilización contemporánea, nosotros veíamos en él sobre todo a uno de los protagonistas del tremendo dra-

(1) A pedido del público en un banquete popular. (Versión taquigráfica).

ma español, que nos hacía escuchar la voz de una dolorosa experiencia y de una heroica esperanza inmarcesible. (Grandes aplausos).

Y del fondo de nuestro corazón de americanos nos prometíamos levantar —frente a las aspiraciones ambiciosas de los triunfadores, que sueñan con reconstruir el viejo imperio hispánico para arrojar a los pueblos de este continente en la órbita de las tiranías— una doctrina de confraternidad indestructible que una y confunda dentro de una misma ciudadanía a los “americanos” nacidos en España con los “españoles” que nacimos en América. (Muy bien! Aplausos).

Pero, claro está, que sólo hemos de poder hermanarnos y confundirnos en esa ciudadanía, mediante, por una parte, el espíritu de una auténtica americanidad, que quiere decir impulso de juventud y sentimiento del porvenir, — y por otra parte, de un generoso espíritu de verdadera hispanidad, que significa fanatismo de la libertad y quijotismo en la abnegada caballería andante por el amor a la justicia y al derecho. (Aplausos).

De ahí que como embajador de la República Española seáis para nosotros un compatriota; y cuando retornéis a vuestro país, reconquistado para la libertad y la democracia, llevaréis nuestra representación espiritual que no necesita, felizmente, para acreditarse, de los trámites y protocolos de ninguna cancillería. (Prolongados aplausos).

Baltasar Brum (1)

Ciudadanas y ciudadanos:

Otros han hablado hoy, con palabra inflamada de tocante elocuencia, de la vida de Baltasar Brum. Yo voy a limitarme a hablar, pura y exclusivamente, de su muerte, porque en esta hora no puede haber tema que tenga más profundo y más vasto sentido.

Bien está que en este día, aniversario de aquel otro glorioso en que América del Sur desplegaba ante el mundo su voluntad de ser independiente y autónoma, se hayan congregado para rendir homenaje a la memoria de Baltasar Brum, junto con nosotros (muchos de los cuales deponemos, como ante un altar, nuestras armas de combatientes para juntar nuestras manos con las de nuestros adversarios de ayer en el gesto de una ofrenda común) bien está, repito, que se hayan congregado junto con nosotros, ilustres hombres llegados de la otra margen del Río de la Plata, cuya palabra nos trae, lo mismo que el mensaje de otras altas figuras del continente americano, un acento profundo de nuestra América, para significar que el recuerdo del mártir no vive sólo en el corazón del pueblo uruguayo sino que vive, asimismo, en la conciencia civil e histórica de todo el continente.

(¡Muy bien! Aplausos.)

Porque el gesto de voluntaria inmolación con que Brum pasó heroicamente a la historia, es un episodio de esa lucha enconada, encarnizada, entre el amor a la libertad y la fiebre vesánica de la tiranía, que tiene por escenario, no solamente el territorio y el ambiente de una nación determinada, sino todo un Continente, mejor dicho, el mundo entero, sobre todo en esta hora en que la humanidad se va disponiendo, con frentes populares o sin frentes populares, por abajo

(1) Discurso pronunciado en representación del Partido Socialista del Uruguay en el homenaje del 25 de mayo de 1936.

o por encima de toda fórmula táctica o de acción, en dos grandes líneas de batalla, en dos grandes bandos militantes: el de los defensores de la libertad y el de los defensores del orden impuesto por el despotismo.

¡Orden y despotismo! ¿Pero es que acaso estas dos palabras no constituyen una fórmula política que lleva en sus entrañas la más irreductible de las contradicciones?... Porque el orden que no surge y se afianza en la libertad es tan sólo una negación de sí mismo. Podrá ser un ordenamiento, desde luego un ordenamiento institucional o jurídico impuesto por la fuerza e inspirado solamente por la fuerza, pero no podrá ser nunca un orden verdadero, un orden natural y perdurable porque choca abierta y violentamente con el sentimiento republicano del pueblo, y desgarrá, con su sola presencia, las fibras más hondas y más sanas del espíritu público.

(¡Muy bien! Aplausos.)

Cuando ante el anuncio, y más que el anuncio, ante la evidencia de una conmoción revolucionaria, el Poder Ejecutivo se presentaba ante la Asamblea General, ante esa misma Asamblea General en la que tuve cierto día el inmenso placer de decirle al doctor Terra que sus juramentos no valían...

(¡Muy bien! Aplausos.)

... cuando se presentaba, pidiendo pro forma autorización o aquiescencia para medidas de protección tendientes a mantener el orden público, nosotros dijimos que no podíamos reconocerle a un régimen creado por la violencia y sostenido por la violencia, el derecho de defenderse con la fuerza contra el pueblo que trata de derrocarlo. Porque esas medidas para cuya aprobación se solicitaba el asentimiento de la Asamblea General, pro forma, repito, no eran ciertamente con el objeto de mantener el orden público, sino de mantener la estabilidad de un régimen político e institucional que constituía, él sí, la violación permanente y profunda del verdadero orden público en su propia esencia.

(¡Muy bien! Aplausos.)

Esta es la doctrina reivindicadora de los fueros del derecho frente a los abusos de la violencia y ante la falsa legitimidad del hecho consumado. El destino de la libertad y de la democracia en el mundo, dependen del valor que los pueblos tengan para asumir

todo el alcance de esa doctrina, quebrando con ella —en una aplicación efectiva de su sentido, de su verdadero sentido reparador— el funesto imperio de los factores de perturbación, que a pretexto de crear el orden y de tranquilizar la vida de las sociedades, realmente la desquician, deshaciendo y triturando los sostenes morales de todo verdadero orden institucional, que es lo mismo que matar el alma sin la cual el cuerpo queda privado de toda verdadera razón de ser o de existir.

(¡Muy bien! Aplausos.)

Seguramente cuando Baltasar Brum resolvió eliminarse ante el derrumbe de nuestras instituciones republicanas, fué porque creyó que su muerte era necesaria para hacerle sentir a nuestro pueblo toda la magnitud de la desgracia que descendía sobre él en forma de uno de los más inicuos cuartelazos que registra la historia política de nuestro país...

(aplausos)

la historia política de nuestro país, repito, donde la democracia había comenzado a echar raíces en la tranquilidad de nuevos hábitos ciudadanos y en la sensación general de que ella constituía un camino firme para avanzar con paso seguro hacia fecundas y salvadoras renovaciones jurídicas y sociales. El, como alguna vez se ha dicho, quiso regar con su sangre generosa las raíces del árbol de la libertad, que acababa de ser tronchado por el rayo de un motín cuartelero como por el tajo de un machete, y así rubricaba con un gesto de desesperación patriótica, al precio de su vida y para la inmortalidad, aquella sentencia del filósofo de "Así habló Zaratustra", "la sangre es espíritu".

(¡Muy bien! Aplausos.)

Y ese espíritu, como en el milagro de una resurrección, se levanta ahora ante nosotros desde el silencio de la muerte y desde la trágica majestad de su tremendo sacrificio, para exhortarnos a valorar hasta la exaltación fanática, si es necesario, el dogma de la libertad como fin en sí misma, o como principio básico esencial del progreso de las sociedades contemporáneas, (si el progreso ha de entenderse no solamente como una incesante extensión del dominio material del hombre, maravilloso creador de cosas) sino asimismo como una conquista permanente de bienes espirituales.

Esa lección nos enseña que en América, más que en parte alguna, debemos repudiar con viril indignación la violencia ejercida desde el poder a pretexto de restablecer el equilibrio económico y mejorar la suerte y el porvenir del pueblo a condición de que renuncie a las libertades públicas y a sus derechos personales. Los que ofrecen al pueblo la bienaventuranza a condición de que se deje gobernar fuera de las garantías elementales de la democracia política, esos no cumplen lo que prometen y no devuelven nunca de buen grado lo que por la fuerza arrebatan.

(¡Muy bien! Aplausos.)

Ciudadanas y ciudadanos: Levantemos nuestro corazón a la altura de la enseñanza de heroísmo que se desprende del tremendo ademán con que Baltasar Brum se abrió violentamente las puertas de la eternidad para no sobrevivir al derrumbe de las instituciones políticas basadas en el sufragio libre y en la soberanía de la nación, únicas fuentes de gobierno compatibles con la dignidad y la conciencia de los pueblos civilizados.

La verdad es que nuestro pueblo tiene en los luminares de su historia, muchas lecciones para aprender a marchar por el camino de la dignidad cívica. Tiene aquella máxima que recordaba en su mensaje, leído hace un instante, Haya de la Torre, del Gran Artigas: "Con libertad no ofendo ni temo".

(¡Muy bien! Aplausos.)

Tiene un Himno que habla del castigo a los tiranos, y tiene, finalmente, el gesto inmortal de Baltasar Brum, que enseña a los hombres a sacrificarlo todo, hasta la propia vida, por una idea o por un ideal.

(¡Muy bien! Prolongados aplausos.)

Inauguración de la Temporada de la Comedia Nacional (1)

Señoras y señores:

Mi buen amigo el poeta Ovidio Fernández Ríos, que preside, con todo su prestigio intelectual La Casa del Teatro, me ha encomendado la honrosa misión de representarla en este instante, y de asociarla, con mi modesta palabra, al acontecimiento auspicioso que celebramos esta noche. Por su parte, también la Comisión de Teatros Municipales me ha conferido el altísimo honor de representarla, de lo que resulta mi palabra doblemente autorizada, aunque no por ello, desgraciadamente, más brillante, en el intento de expresar la profunda satisfacción, y hasta podría decir, el legítimo alborozo que colma el corazón de todos aquellos que se sienten vinculados o solidarizados a la empresa de arte y de espíritu que esta noche se inicia con el presente espectáculo.

Bien pueden creermé ustedes si les digo que me siento dominado por intensa emoción al encontrarme aquí en este escenario, asistiendo a lo que podría decirse es la botadura de una nave, una nave que zarpa por primera vez hacia las ondas del juicio público, y cuyas amarras vemos desatar por fin entre nuestros más ardientes y jubilosos augurios de buen viaje y feliz arribo a todos los puertos de su glorioso itinerario. Porque la inauguración de esta temporada de Comedia Nacional constituye un suceso de enorme trascendencia para los destinos de nuestra cultura artística, para la historia misma de nuestra cultura y de la vida del espíritu de nuestro país, que por ser pequeño de cuerpo tiene la obligación de esforzarse más que otros en ser y hacerse caía vez más grande de alma. (Aplausos.)

(1) Discurso pronunciado en el Teatro Solís el 2 de octubre de 1947.
Versión taquigráfica de Mario Jaunarena.

Bien saben todos ustedes cuánto significa la existencia de un Teatro nacional como exponente de la capacidad creadora del genio artístico de un pueblo. Hoy por hoy puede decirse que no existe cultura completa y verdadera, que aspire a pronunciarse con rasgos de individualización, con espíritu propio que la distinga y la califique en el mapa espiritual del mundo, sin la presencia y la prestancia de un teatro que por sus formas y por sus esencias valga como una síntesis viva y expresiva del alma múltiple y compleja de la Nación, de las diversas modalidades de su vida, de su manera de ser y de hacer, de sus modos de sentir y de hacerse sentir.

Porque ese trozo, ese pedazo de humanidad y de destino histórico que se encierra en el seno de cada nación, se manifiesta o suele manifestarse con pronunciamientos autóctonos, con palpitaciones o florecimientos más o menos diferenciales, pese a la universalidad de la civilización contemporánea.

Y nada dice contra la universalidad del arte el sentimiento de afirmación nacional (que no quiere decir nacionalista, porque no es exclusivo ni excluyente en el campo de las manifestaciones artísticas) para que cada pueblo intervenga y cante con la propia voz que tenga —y ha de ser muy extraordinario que no la tenga o no la encuentre alguna vez— en el coro universal y en la selva inconfínada de las creaciones del arte.

Y el Uruguay que tiene —gracias al estro de sus numerosos y grandes poetas— una voz de eximia calidad en la poesía lírica, como en la novela y el cuento, y una voz encumbrada y de serena resonancia continental en el ensayo, y hasta podría agregar en las expresiones más intelectuales y literarias de la ciencia jurídica, de la ciencia médica y de la ciencia social, y agréguese todavía la variada y abundante voz de su literatura política, de su oratoria y de su periodismo, halla en el teatro —y acaso más en el teatro que en muchas otras partes— una voz y una personalidad destacada que se levanta en el continente, por encima de las fronteras nacionales.

(¡Muy bien! Aplausos.)

Esa voz y esa personalidad lograron, desde los tiempos de Florencio Sánchez, izar victorioso el estandarte del teatro uruguayo, que no era solamente uruguayo, sino más bien rioplatense, porque los dos países del Río de la Plata, por un conjunto de circunstancias sobra-

damente conocidas, constituyeron una conjunción, una especie de asociación artística en la que el Uruguay ponía autores y algunos intérpretes, y la Argentina ponía, además de autores, conjuntos teatrales más o menos permanentes, salas de espectáculos de frecuente funcionamiento, y masas de espectadores. Con la natural gravitación de los elementos, sobre todo de orden material, que actuaban en la otra margen del Río de la Plata, creció, especialmente ante el exterior, el prestigio del Teatro argentino, que absorbía el del rioplatense como si fuese su representante epónimo. Y autores e intérpretes uruguayos, muchos de los cuales residían en la Argentina, pasaron a quedar incorporados como elementos uruguayos al teatro argentino, hasta el punto que llegó a decirse con cierta traviesa malignidad, aquello tan repetido de que los mejores autores teatrales argentinos eran uruguayos. (Hilaridad). La frase, a simple vista, parecía halagadora para nosotros; sin embargo, encerraba una verdad que era una advertencia. Encerraba la verdad de que los argentinos habían podido levantar un teatro propio, del cual los uruguayos pasábamos a ser tributarios; y conste que no estoy haciendo una pequeña cuestión, que sería tonta, de reivindicaciones nacionales o nacionalistas.

Yo estoy planeando una cuestión de simple sentido común, porque: o queremos tener teatro nacional, o no queremos tenerlo. Si queremos tenerlo debemos tratar de rodearlo de todas las condiciones imprescindibles para que pueda cumplir su elevada e intransferible misión histórica. Para tener un teatro nacional no basta contar con autores e intérpretes en el país, que para mostrarse y hacerse conocer o vivir de su arte, tienen que irse del país; es necesario que se cuente, además, con un organismo teatral constante y permanente, con una institución que recoja las aptitudes y las vocaciones, que las ordene, que las coordine, que las prepare, que las estimule, que les permita desenvolver todas sus posibilidades. En fin, es necesario tener una estructura de orden material, si se quiere; todo eso que constituye, en todas partes, el hogar nacional del espíritu del teatro, la casa propia del Teatro, en cuanto a espíritu, en cuanto a producción, en cuanto a manifestación de arte. La casa propia en la que pueda presentarse el teatro, vivir en ella, trabajar en ella, desenvolver en ella todas sus aptitudes, encontrarse dentro de ella; una casa donde podamos ofrecerle a nuestros autores y a nuestros intérpretes escenarios

en que unos puedan dedicarse a crear y los otros a representar, sin pagar tributo a ninguna aduana extranjera.

(¡Muy bien! Aplausos.)

Conste que el Teatro nacional no dejará de ser nacional si acoge y da hospitalidad a valores foráneos, porque si se cierra a la incorporación de valores foráneos, se transformaría en nacionalista, que no es lo mismo. Puede ser perfectamente nacional y dar hospitalidad en su seno a los valores, sobre todo rioplatenses y de la América hispana y de habla española, y aún también de otros idiomas, traducidos al español. Lo que hay que hacer es darle a esta especie de patria judía del Teatro nacional, a esta especie de nacionalidad sin territorio que es nuestro teatro, un hogar nacional, un hogar propio, tal como los judíos quieren hacer con su patria espiritual y moral, a la que le quieren dar un hogar nacional, un estado político, un territorio propio y autónomo, retornando, como en los tiempos de Moisés, a Palestina, a Israel, a la tierra prometida.

(¡Muy bien! Sostenidos aplausos.)

Y bien: yo abrigo la firme esperanza, ¡qué digo la firme esperanza!, la convicción, de que nuestro teatro, por la obra de la Comisión de Teatro Municipal ha encontrado por fin en este escenario y en este ambiente del Solís, su verdadera y permanente tierra prometida.

(Aplausos.)

Es una vieja aspiración, acariciada por todos nuestros escritores teatrales o nuestros críticos o nuestros artistas, y por nuestros aficionados, que han realizado en nuestro país ya varias tentativas en ese sentido.

La primera creo que se remonta nada menos que al año 1903, por iniciativa y por impulso de uno de los más grandes escritores nuestros de todos los tiempos, el padre de nuestra crítica teatral, autor, asimismo, de finas comedias: Samuel Blixen. Yo guardo fresco el recuerdo en mi memoria de aquél entonces, porque fué en aquel año cuando hice mis primeras armas como cronista teatral en un diario que dirigía Don Antonio Bachini, y a mí me tocó contribuir en forma casi decisiva a poner término a aquella experiencia que resultó desgraciada, porque por deficiencias fundamentales de dirección, de administración o de lo que fuere, aquella temporada se arrastró en sus últimas semanas en medio de la absoluta indiferencia general. No se

renovaban las carteleras, la compañía que actuaba en el antiguo teatro de San Felipe, continuaba encarnizada con un par de dramas que no interesaban en absoluto al público, y los espectáculos se daban con teatro completamente desierto. Hubo, pues, que poner fin a aquella tentativa, no sin que antes se produjese un incidente un tanto pintoresco, hasta con cambio de padrinos y todo, porque uno de los autores, no conforme con haber dado muerte a seis de sus personajes, quería agregar a la lista el cadáver del cronista que le había reprochado esa truculenta demasia.

(Hilaridad.)

Ahora, felizmente, estoy tranquilo. Ya hace muchos años que no ejerzo la crítica teatral; pero ahora, en una noche como ésta, me siento jubiloso porque comprendo que ahora la cosa va de veras; esta experiencia está destinada a triunfar, porque está en manos de hombres que entienden lo que tienen entre manos, hombres a cuyo frente se halla uno de nuestros más altos valores intelectuales: el ilustre novelista y dramaturgo nacional Justino Zavala Muniz...

(Sostenidos aplausos.)

... que es una garantía absoluta de éxito. Si él fracasa habremos fracasado todos con él, porque yo no sé de otro que entienda más que él de estas cosas entre nosotros, al menos por ahora. Y no habrá nadie que pueda superarlo en energía y en firmeza de propósitos para llevar adelante una empresa de esta índole.

Y bien: ya está armado, pues, el nuevo carro de Tespis. Este no tiene ruedas como el antiguo para recorrer los caminos polvorientos, pero como el antiguo ha de ser andariego por los caminos de la fantasía y del arte, donde los progresos se miden no por el número de leguas recorridas, sino por la porción, por la cantidad de porvenir y de perennidad que los autores y los intérpretes son capaces de infundir, día a día, en cada minuto del tiempo que pasa.

(Aplausos.)

Ahora, señoras y señores, dispongámonos a presenciar cómo los distinguidos componentes del nuevo conjunto teatral, infunden nueva vida a una de las obras más características y perdurables del Teatro Nacional: "El León Ciego", de Ernesto Herrera. Merecido homenaje. Bien está que esta empresa que hoy comienza —y de la que esperamos tanto para el porvenir de nuestro prestigio cultural y literario

en los planos de la creación y de la realización teatral— empiece poniendo en contacto a las generaciones de ahora con la llama viva del brillante ingenio de uno de los que nos dejó —para gloria imperecedera de nuestro teatro— el legado precioso de sus afanes creadores, encarnados en sustancia de arte y de inmortalidad.

(¡Muy bien! Sostenidos aplausos.)

Mario Bravo (1)

Dadas las condiciones actuales de mi salud no vengo a tomar parte en este homenaje sino como un amigo y admirador de Mario Bravo que se concreta a expedirse en los modestos términos de un simple cronista de sus propios sentimientos íntimos.

No voy a asumir compromisos de orador, que me resultarían demasiado arduos sobre todo después de haber escuchado la magistral pieza oratoria del doctor Palacios, gran tribuno, que es una de las más puras y altas glorias de la intelectualidad y de la política del Continente. Yo he vuelto a escuchar aquí con emoción inefable en la recitación perfecta de la señorita Jauffret la voz de ese gran poeta que era Mario Bravo y que había quedado un poco relegada, apartada, como sofocada bajo el ajetreo de su vida de acción, de lucha y de pensamiento y bajo los imperativos ineludibles de la prosa urgente del vivir cotidiano. Yo he vuelto a gustar, con deleite mezclado de tristeza, esos versos suyos tan puros, tan humanos, tan dulcemente estremecidos por los vientos del corazón como las hojas de los árboles por las ligeras ráfagas primaverales en los montes de nuestros ríos chúcaros y silvestres. Yo he vuelto a admirar en ellos la finura de la expresión verbal y la espontaneidad de la invención poética cuando nos daban la nota acendrada de su lirismo íntimo; y la fuerte y gallarda elegancia de la frase rítmica, y el acierto de la imagen oportuna cuando nos daban el acento robusto de sus cantos civiles. Yo era un devoto gustador de esos versos suyos que no nos entregaron, sin embargo, desgraciadamente, sino un eco reducido de su caudal lírico, de la vena de su inspiración, toda ella brotada con espontaneidad de la mina ardiente de su corazón de hombre activo, inquieto, humano, profundamente humano y profundamente sensitivo.

(1) Homenaje en el tercer aniversario de su muerte, realizado en el "Princiep. George" de Buenos Aires. Abril de 1947.

Entre las muchas cosas que nos acercaban estaban sus versos, y ahora quedan ellos entre él y yo; y ellos vienen de tanto en tanto a revolotear en torno de mi frente, como mariposas, cada vez que su espíritu, como en este instante, se me aposenta en el corazón.

Yo me hallaba en Moscú, hace tres años, cuando a poco de llegar recibí por correo, en carta de un amigo del Uruguay, la noticia de la muerte de Bravo. Tuve en ese instante la impresión de que la enorme distancia geográfica que me separaba de estas tierras, se había aumentado de golpe, en su inmensidad desmesurada, con la magnitud del nuevo vacío espiritual abierto en mi vida al desaparecer ese amigo del alma y ese gran compañero de ideales.

Y mi desconsuelo no tuvo límites al pensar que yo me había despedido de él para siempre sin saberlo, cuando pocas semanas antes de mi partida lo abracé aquí, en Buenos Aires, en aquella su hospitalaria casa de la calle Paraná, que había sido para mí, en los días de mi destierro político —debería decir de mi obligado y amable refugio— mi verdadero hogar argentino, en cuya intimidad yo había aprendido a quererlo como se quiere a un hermano menor y a admirarlo como a un hermano mayor.

Yo he dicho, y quiero repetirlo, que el socialismo americano tenía en Mario Bravo una figura de excepción que era hasta un símbolo. Era el hombre integral de América. Lo era por los rasgos de su fisonomía; por sus caracteres étnicos de buen criollo descendiente de indios y españoles, con la hermosa fealdad del tipo representativo que encarnaba, con esa su interesante cabeza característica que los años habían concluído por ennoblecer extrañamente con una expresión de austeridad y de simpática serenidad. Pero lo era más todavía por la alianza profunda que en su espíritu de criollo había concertado su amor a América, la patria continental, y a la Argentina, la patria natural y política, con las ideas de justicia y de fraternidad humanas que constituyen el alma sin fronteras del socialismo internacional, que es al mismo tiempo internacionalista y patriota en el mejor sentido de la palabra. Lo era por esa alianza de su apego al terruño, a las cosas y tradiciones de su país y de su provincia, con una ideología que hermana a todos los hombres y pueblos de la tierra y se cierne, como un abrazo, por encima de todas sus particularidades y diferencias regionales, que él no miraba como contradictorias porque sabía que eran

complementarias, del mismo modo que las más distintas plantas del bosque sirven, en un mismo destino de fecundidad, a los fines universales y al esplendor cósmico de la naturaleza.

Fué mucho lo que dió a la causa del Partido Socialista —esta gallarda realidad política de su país,— en que se concentran tantas esperanzas de mejores días para el pueblo argentino; este noble pueblo que después de tres años vuelvo a encontrar en un momento de su historia que trae a mis labios, como obligada expresión de mis más hondos sentimientos civiles, aquel verso inmortal de su himno patrio: “¡Al gran pueblo argentino, salud!”. Salud de libertad y de democracia; salud de cuerpo y espíritu en la tranquilidad de una vida dignificada por la posesión y el goce de todos los derechos del hombre; salud inmarcesible de organismo vigoroso fortificado en el aire puro de las libertades ciudadanas.

Esa es la salud que al pueblo argentino le desea un modesto ciudadano uruguayo que hace catorce años llegaba a estas playas expulsado por la mano de una dictadura para tener, eso sí, la dicha de vivir en contacto cotidiano con el corazón y el espíritu de los hombres que, como Mario Bravo, sostenían una lucha constante, tesonera, esforzada, admirable y heroica por librar a la Argentina y a todo el continente de la ola siniestra de la reacción totalitaria: por librar a su república de la amenaza de un militarismo desorbitado y del peligro constante de un clericalismo empeñado en adueñarse del espíritu y la mentalidad de las nuevas generaciones.

Fué mucho lo que dió a la causa de la democracia en general, por la que sufrió días de cárcel bajo las sombras de una dictadura. Y mucho sería, desde luego, lo que daría hoy para una y otra causa — que en el fondo son una misma— si estuviera ahora todavía entre nosotros, marchando él, como siempre, a la cabeza de todo movimiento de avance hacia la luz y hacia la libertad.

El era de los que no perdían el rumbo. En los últimos años de vida, en medio de las tinieblas, las incertidumbres, las trágicas perturbaciones de una época convulsionada y volcánica en que la humanidad se veía arrastrada por el vértigo y la vorágine del más terrible cataclismo bélico que hayan presenciado los siglos, él sintió redoblar su ardiente fe en las soluciones salvadoras de la Democracia Social,

que concebía como una realización integral de la justicia económica y de la libertad política.

El pensaba, como nosotros, que la justicia social y la democracia política (ésta en cuanto conjunto de las libertades públicas y los derechos del ciudadano: la libertad de opinión, de palabra, de imprenta, de reunión, de agremiación, de sufragio, de pensamiento y de conciencia) son las dos alas del progreso de una nación. Imprescindibles las dos para que sea posible el vuelo tranquilo de un pueblo en los espacios de la historia; los dos remos de la embarcación de la suerte colectiva, que de hoy en más han de ser hundidos al mismo tiempo y con la misma fuerza en las aguas de las vicisitudes de un pueblo para que el progreso se realice y la nave adelante, con perfecto equilibrio, a través de las corrientes de la vida social.

El Partido Socialista de la Argentina (1)

Estoy aquí, participando de la intensa vibración ciudadana que circula en el ambiente espiritual de este acto, como socialista, desde luego, que trae la adhesión y el saludo del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista uruguayo cuya secretaría general desempeño; como colaborador de "La Vanguardia", de cuya redacción tuve la honra y la dicha de formar parte cuando estuve desterrado en Buenos Aires y a la que he continuado vinculado siempre por las actividades de mi pluma; como presidente del Círculo de la Prensa que envía por mi intermedio la solidaridad periodística que corresponde; y como vicepresidente de la Junta Americana de Defensa de la Democracia, cuya mesa central ha puesto en mis manos su mensaje.

Se han reunido, pues, en mi modesta persona, por designio de las circunstancias, varias representaciones cuyos significados trascendentes confluyen en una expresión fraternal de compañerismo partidario, con su doble sentido de homenaje y de protesta, con que se hace presente el socialismo del Uruguay; y en una serena y responsable adhesión moral con que acude el periodismo democrático uruguayo; y en una afirmación de solidaridad continental con que se asocia la mesa ejecutiva de la Junta Americana de la Democracia, el organismo surgido para promover en todo el continente una campaña de salvaguardia y salvamento, o de recuperación, de los bienes espirituales y civiles que se desmedran y se pierden cuando se clausuran por la fuerza, visible o disimulada, diarios independientes y cultos solamente porque son opositores.

Estas representaciones que traigo son como otras tantas ofrendas florales que depongo con mi emoción de socialista y de colaborador

(1) Discurso leído en el acto de homenaje a "La Vanguardia" efectuado el sábado 27 de agosto en la Casa del Pueblo, de Buenos Aires.

y amigo de "La Vanguardia" en la lápida simbólica que se ha empeñado en colocar, sobre el cuerpo del diario materialmente soterrado, un gobierno temeroso de su honrada y valiente palabra, sin poder impedir que siga viviendo en espíritu y aun circulando e irradiando su luz en las tinieblas, si no como diario autorizado y público, como periódico que debe disimular la circulación de su vida legítima para que no se la arrebate, como al diario, el manotón artero de la arbitrariedad.

Día ha de venir, y tal vez no lejano, en que esa lápida se levante y este Lázaro resucite, porque no es posible que en América se perpetúe un espectáculo como el que nos ofrece este estrangulamiento de la libertad de imprenta y de opinión en la persona moral y jurídica de un diario que es órgano y vocero de un movimiento político e ideológico que hace honor a la civilización y a la cultura de su país y de todo el continente.

El Partido Socialista de la Argentina es, en efecto, un paradigma de partidos políticos que reúne en su historia, en su acción, en su conducta de todos los días, en su espíritu, en su idealidad, en su caudal de ideas e ideales, en su dinamismo impulsado por los más trascendentales fines, o para decirlo todo de una vez, en su cuerpo y en su alma, los valores y las esencias que mejor pueden calificar a una fuerza cívica de ideas, no sólo en un medio como el argentino, sino en todo el escenario histórico de nuestro continente, y aún, hoy por hoy, de todo el mundo civilizado.

Es una admirable escuela de ciudadanía, en la que vive alerta e insomne el gran espíritu de Juan B. Justo, que echó sus cimientos y levantó en ella, o mejor dicho, hizo de ella, de toda ella una cátedra viva y efectiva de idealismo moral, de honradez cívica, de pureza de intenciones, de elevación de propósitos, de valor civil para luchar contra el error, la rutina, la mentira y los inveterados vicios de lo que él llamara "la política criolla", contra las malas prácticas de gobierno, contra el abuso de la fuerza y del mando despreciativo de la ley o legalizador del despotismo, contra la corrupción oficial, contra los pésimos hábitos políticos y administrativos, contra el fraude y la demagogía, contra la venalidad y el peculado, porque él le asignó una función histórica de salubridad e higiene morales en la vida política nacional.

El pudo con justicia enorgullecerse de ello desde los escaños del Congreso Argentino cuando dijo: "He sido uno de los que han introducido en los hospitales de mi país, la asepsia y la antisepsia, y continuó en otros campos: en el de los procedimientos de la política"...

He ahí encerrada en la síntesis de una clara definición la prédica de lo que el doctor Palacios, recordándole, llamara "la política de las manos limpias y de las uñas cortas", que se actualiza siempre como una reclamación desesperada frente al auge desaforado de la política de las manos sucias y de las uñas largas.

Y mientras cumplía esa misión de saneamiento moral, el Partido se caracterizaba como una fuerza organizada de los trabajadores para hacer triunfar las legítimas aspiraciones obreras frente a la obstinada resistencia del afán de lucro y enriquecimiento galopante del capital o las tendencias antisociales inmanentes del capitalismo monopolista o espurio y del latifundismo oligárquico, abriendo camino a la idea renovadora de una justicia social auténtica, que no puede confundirse con la dádiva corruptora y efímera que desciende de las alturas de una falsa generosidad oficial a las manos de los trabajadores, a cambio del sometimiento servil y la renuncia suicida a su dignidad y a su conciencia de clase.

Porque ningún socialista olvida nunca que Carlos Marx no sólo dijo que "la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos", sino que también escribió: "El proletariado tiene necesidad de su coraje, de su dignidad, de su orgullo y de su sentido de independencia, más que del pan".

Es un partido del que yo hice muchas veces, más que como correligionario del exterior, como observador con aficiones de sociólogo, el elogio encendido en discursos, artículos y hasta en las páginas de un libro, pero del que valdría la pena escribir una historia detallada y minuciosa cuya densa sustancia daría para muchos volúmenes donde, como en una enorme biografía animada y candente, se viese y se sintiese vivir el alma toda de la parte más esclarecida y más profundamente obrera del pueblo trabajador argentino, que es sin duda el alma misma, compleja y pujante, de la nación en marcha.

No hay, probablemente, en ninguna nación del mundo un partido que como éste ejerza tal función de estímulo y adiestramiento

para la lucha y la docencia cívica, para lo cual cuenta en sus filas con una legión de grandes figuras de dimensiones nacionales, en proporción numérica rara vez igualada por los otros partidos.

Y es que, como en los hogares presididos por el alto ejemplo, la contagiosa moral y la activa cultura de los mayores, la atmósfera espiritual que en él se respira parece poseer algo así como un poder telúrico de capacitación para el cultivo de las personalidades aptas en la continuidad del esfuerzo sostenido y abnegado; algo así como un manantial de vitaminas del espíritu y para el espíritu que vigorizan el sentido del deber e intensifican el sentimiento de la responsabilidad histórica en todos sus hombres, para hacer de los mejores, cumbres radiantes de actividad inexhausta en su función de darse enteros a la causa del bien público y a la lucha siempre azarosa por el ideal.

Yo puedo decirles con qué acendrado sentimiento de veneración contemplamos desde el Uruguay el austero y heroico despliegue de una vida de pensamiento y de acción como la del Dr. Nicolás Repetto, cuya personalidad de infatigable e insobornable luchador se agiganta, estos días, a sus años, en la prolongada batalla que mantiene abrazado al mástil de la bandera gloriosa de su partido.

Yo puedo hablarles de la admiración y el respeto con que nuestro pueblo abre sus brazos a la gallardía moral y física de Alfredo Palacios, paladín sin miedo y sin tacha de las causas más nobles, que desde la tribuna pública, la cátedra, el Parlamento, el libro, viene marcando a los pueblos de América, con abnegación y desinterés ejemplares, sin sacarle nunca el cuerpo a la lucha tesonera que a menudo conduce a la cárcel o expone al peligro personal bajo la sombra de las dictaduras, el rumbo hacia las claras alturas de la idealidad donde se levantan los sillares del porvenir.

Yo puedo testimoniar el prestigio de que goza entre nosotros, donde nos está haciendo el regalo magnífico y fecundo de unas forzadas vacaciones políticas, Américo Ghioldi, verdadera maravilla humana de actividad intelectual en las inquietudes desordenadas de la acción y la lucha incesantes, raro exponente de talento verbal, de dinamismo, de ponderación de criterio, de bondad y de energía de carácter; realizador, si se quiere, del viejo lema latino: *suaviter in modo, fortiter in res*, suave en los modos de la vida corriente, fuerte

en la sustancia de sus golpes en el terreno de la cosa pública; forjador del milagro de detener en su físico y en su semblante el frescor de la juventud para que su mente adquiriera, sin perder ni una hoja de su verdor, la madurez que dan los años cuando se llega al medio siglo.

Yo puedo transmitirles, o intentar transmitirles, el fervor de amistad admirativa con que los socialistas de mi país rodean a Juan Antonio Solari, otro brillante luchador incansable, también él joven inmarcesible, que no deja reposar la bien cortada pluma ni el elocuente verbo tribunicio, y que nos contagia de optimismo y de confianza con las emanaciones radioactivas de su fértil espíritu cuando va a ponerlo en contacto con nuestras inquietudes y afanes.

Puedo recordarles, todavía, el envidiable prestigio intelectual de que goza, en todos los ambientes y sobre todo en el universitario, más allá del círculo de reverente devoción y cordial amistad con que lo acompaña la adhesión de los socialistas (que lo tuvimos conviviendo con nosotros en los días de su largo destierro cuando la dictadura de Uriburo), ese original talento jurídico y parlamentario, ese conferencista eximio y conspicuo tratadista de derecho público, que es Carlos Sánchez Viamonte. Y recordar asimismo a Manuel Palacín, y a Dardo Cúneo, y a Guillermo Korn, y al doctor David Tieffemberg, y a Rómulo Bogliolo, y a Jacinto Oddone y a Esteban Rondanina y a Julio González Iramain, con quienes hemos compartido muchos momentos de actividad partidaria y cuya palabra más de una vez aplaudieron embelesadas o enfervorizadas muchedumbres montevideanas congregadas al pie de nuestras tribunas; sin detenerme —para no fatigar— sino en el recuerdo de aquellos que han solido poner, y continuarán poniendo de tanto en tanto, a latir su corazón en nuestro modesto hogar socialista del otro lado del Río de la Plata, para ayudarnos en nuestras campañas y colaborar en nuestra siembra.

No puedo, sin embargo, excluir de este recordatorio a los que se fueron para siempre, ni a Mario Bravo, ni a Francisco Cúneo, ni al Dr. Del Valle Iberlucea, ni a Alejandro Castiñemas, ni a Angel M. Giménez, que vivieron muchas horas a nuestro lado en el ejercicio pródigo e inolvidable de una confraternidad verdadera que jun-

taba sus manos con las nuestras en la tarea humilde y premiosa de levantar piedra a piedra, los muros de nuestra casa.

Pero si hablo de los muertos no es porque haya terminado ya con mi evocación de los vivos. No debo olvidar —y las he dejado expofeso para lo último— a otras dos figuras ilustres: Alicia Moreau de Justo que lleva sobre sus hombros, con soltura y dignidad admirables, la responsabilidad intelectual y cívica de haber sido esposa de Juan B. Justo, que es como andar por el mundo portando su memoria para honrarla constantemente con la actitud y la palabra en la consagración esforzada del carácter y la inteligencia al culto de los generosos ideales que ambos enseñaron y defendieron juntos. Y Enrique Dickmann, que ha entregado toda una vida tan ejemplar y edificante como cualquiera de las que Smiles evoca, a este Partido que lo vió nacer a la vida cívica como ciudadano naturalizado, en cuyas asambleas forjó argentinidad auténtica, y sigue forjándola cuando con su sola y silenciosa presencia de luchador venerable, pone a flamear una bandera de combate por la justicia, el derecho y la libertad allí donde se encuentre, o donde no se encuentre sino representado por el sitio que ocupa en el corazón de todos sus compañeros de ideas y de todos los ciudadanos conscientes reunidos, como esta tarde, para officiar un rito laico en los altares civiles de un derecho conculcado y de una libertad suprimida.

Y es a una organización política que ha dado a la cultura cívica de su país todo ese formidable aporte de esclarecimiento intelectual y de impulso ascendente hacia la dignificación de las costumbres ciudadanas, a la que se le niega la facultad constitucional de intervenir "con toda la voz que tiene" en el debate público de los criterios de gobierno y en la controversia donde se ventilan los intereses del pueblo y las cuestiones que atañen a su suerte.

Nuestro pueblo experimenta un sentimiento de estupor ante la comprobación de ese hecho. Yo no me siento inhibido de comentarlo ante ustedes, y no podrá pretenderse que me entremeto en asuntos de un país que no es el mío, porque se trata de una peripecia de la vida del periodismo que no es sólo de este país sino de todos, por aquello de que, cuando se comete una arbitrariedad o un atropello, la víctima se vuelve parte de cada uno de nosotros.

Desde la otra margen del Plata observamos con asombro la lucha que aquí se ha entablado entre ciertos órganos administrativos y la prensa. La ofensiva es contra toda la prensa, porque va dirigida contra lo esencial de su vida, de la vida de su espíritu: la libertad. La ofensiva continua, y es precisamente más sangrienta, en el caso de la prensa que se pone al servicio de las opiniones del gobierno cuando se la ha comprado para ello, pues entonces se ha matado la libertad de su espíritu, y el diario que así queda atado al carro del vencedor, no es sino un cadáver al que se le arrastra por el lodo y al que, paradójicamente, se le vuelve a matar todos los días.

En todo caso, el diario seguirá viviendo, pero en él ha muerto ya lo que constituye el signo existencial de la prensa, su elemento esencial a los ojos del pueblo consciente en los países que se habían acostumbrado a pensar en términos de democracia política aunque fuese todavía inorgánica.

El duelo entre aquellos órganos y la prensa libre, que aquí se desenvuelve con estrépito continental nada grato para los oídos de un pueblo como el vuestro, es perturbador para la sensibilidad cívica de América. El empeño fanático en abatir órganos que honran a la cultura argentina y constituyen verdaderas instituciones nacionales de que todo ciudadano amante de la república debe sentirse orgulloso, porque son cumbres del periodismo mundial por su jerarquía intelectual, su riqueza informativa, la pulcritud de su forma, la enjundia de su contenido, la seriedad de sus juicios, la independencia de sus opiniones, nos retrotrae a épocas sombrías en que la barbarie y la incultura desataban su odio contra todo lo que significase civilización y progreso.

Yo deseo saludar desde aquí a los periodistas dignos, que, por serlo, han debido relegarse al silencio antes que prestarse a escribir contra sus convicciones, y a los que debieron expatriarse para continuar desde afuera una contienda que no podían ya sostener desde adentro; y a los que siguen todavía en la brecha dando vida a "La Vanguardia", que no pudo ser vencida aunque sí bloqueada por toda clase de trabas y dificultades; y a los que en las columnas de los dos grandes cotidianos argentinos cumplen impertérritos el difícil deber de afrontar las iras sectarias ejerciendo con altura, pero con energía, su facultad de crítica, dignidad suprema del periodismo libre.

En medio de tantos derrumbes ellos permanecen erguidos, levantando su frente sobre las espaldas curvadas, y dando una muestra de sereno valor civil que constituye una de las grandes lecciones morales de la hora.

Acepten ellos el homenaje que, en nombre del periodismo democrático del Uruguay, expresamente facultado para ello por el Círculo de la Prensa, cuya representación invisto, quiero rendirles esta noche, bajo la advocación de "La Vanguardia" con sencillas palabras donde he volcado sin reticencias mi pensamiento y mi emoción.

La Gloria de Artigas (1)

En el primer centenario de la muerte de Artigas el pueblo uruguayo ofrece el espectáculo reconfortante de una perfecta unidad nacional de espíritu y de sentimiento en torno a un héroe de su historia.

Cuando hace treinta y ocho años llegaba a nuestras playas el gran Jaurés, con la antorcha de su verbo encendida y los ojos de su espíritu afanados en penetrar la entraña viva de la realidad puesta a su alcance, no tardaba en advertir, con asombro y agrado, que en el Uruguay se veneraba la memoria de un hombre con unanimidad conmovedora por encima de las diferencias de parcialidades políticas, de posiciones filosóficas, de ideologías y de condiciones sociales.

El fenómeno no es único en nuestro continente: pero en nuestro país adquiere una significación tanto más extraordinaria cuanto que ha existido siempre, y continúa, una dicotomía de la historia nacional, que divide la apreciación de los personajes históricos según el "color del cristal" de tradicionalismo político con que se les mira. Y eso ocurre con héroes de los primeros tiempos de la nacionalidad en que todavía no se había pronunciado mayormente la diversificación social, que trae aparejados motivos cada vez más profundos de oposición entre los criterios en el enjuiciamiento de los hombres y sucesos históricos.

Pero Artigas, que hoy goza del glorioso privilegio de ocupar un sitio de honor indisputado en el corazón de todos los orientales, fué también —y lo era aún en los días del arribo de Jaurés— objeto de una controversia apasionada que dividía a los historiadores de su vida y acción en detractores encarnizados y en apologistas fervientes.

Aún vivían y se oían hasta más acá del fin de la segunda década

(1) En el ciclo radial de "El Espectador", en homenaje a Artigas. Setiembre de 1950.

del siglo actual, voces contrarias a la gloria del fundador de nuestra nacionalidad, no sólo en la otra margen del Río de la Plata sino en el mismo Uruguay, donde se iba apagando la existencia de aquel combativo e ilustre compatriota cuya inquina antiartiguista era tan enconada que había encontrado la manera de inclinar su ánimo de inflexible anticatólico en una imprevista inflexión de amabilidad en favor de un prelado de la iglesia romana, a juzgar por aquella anécdota que hace aparecer a don Luis Melián Lafinur, tan agrio por lo general para con los curas, prorrumpiendo ante la noticia de que uno de éstos poseía y comentaba un documento nada favorable al prócer, en la siguiente pregunta:

—¿Quién es ese “virtuoso” sacerdote?...

La contienda de los historiadores ha terminado ya con el triunfo completo y fulgurante de la gloria de Artigas, que hoy resplandece a la plena luz de una investigación paciente, metódica, exhaustiva, que ha permitido reconstruir paso a paso su vida, su gesta, su figura, y el panorama de los hechos en que se moviera con su caudal de nobles pensamientos, de erguidos propósitos, de voluntad abnegada y de entrañable amor a su pueblo, que había querido libertar para siempre.

Se había cumplido con él, como sujeto del juicio histórico, luego que la adversidad lo obligó a confinarse envuelto en un sayal de silencio enigmático en la silvestre campiña paraguaya, el “*Vae Victis*” de Breno y la dura sentencia proverbial que desciende inexorable sobre la frente y el recuerdo de los que cayeron derrotados: “Los vencidos no tienen historia”.

Pero él la tuvo, al fin, no escrita solamente por sus enemigos, sino esta vez por quienes no sentían la pasión de la venganza póstuma, que se propone prolongar en la muerte moral la muerte física del adversario o se encarniza en apuñalearlo su cadáver. Porque su derrota no lo había derrotado sino como combatiente con las armas en la mano y no había podido abolir la verdad histórica de su sacrificio por un ideal ni de sus imperecederas realizaciones espirituales en el destino de un pueblo al que marcó rumbos de emancipación en la nebulosa de donde, conforme fuesen adquiriendo solidez y volumen las aspiraciones al principio instintivas de organización institucional, tenía que ir brotando, poco a poco, entre convulsiones san-

grientas, el astro de la patria naciene. A la proscripción voluntaria había seguido una proscripción impuesta por los historiadores para alejarlo del respeto y la veneración de las generaciones nacionales y americanas. Si bien no le faltaron nunca juicios favorables y admirativos —tan enfáticos como el de Adams en el Congreso de Estados Unidos, tan rotundos como el de Robertson en el relato de su visita al héroe en el rancho de Purificación, tan comprensivos como el de Juan Bautista Alberdi, tan ditirámico como el de su contemporáneo e informado corresponsal anónimo del diario norteamericano “*Baltimore Patriot*”, hubo un momento en que una especie de rencor póstumo velaba con su sombra el nombre de nuestro prócer, máximo manteniéndolo apartado del índice de los grandes libertadores de América y hasta discutido en su propia nación por ilustrados compatriotas. Pero ha vuelto desde hace varias décadas a la fervorosa veneración de su pueblo, terminado para siempre aquel doble exilio y aquella especie de ostracismo moral decretado contra él, de consuno, por la impostura y por la ignorancia históricas. Y el primer centenario de su muerte le encuentra filialmente repatriado, con todos los honores, en el corazón de los orientales, y consagrado a la inmortalidad y a la gloria en el alma eterna de la patria reconocida.

El destierro moral de su reputación como héroe de la Revolución de Mayo, que en gran parte obedecía a una falsa interpretación de su federalismo —que era una reflexiva, profunda y genuina convicción republicana— y de su condición de conductor de multitudes gauchas había dado paso a la comprensión histórica, y con ésta, a la gloria indiscutida. Porque se vió a un Artigas, el verdadero, completamente ajeno al provincialismo estrecho y reaccionario de donde brotaron los Facundos y los Rosas, y se le reconoció como expresión esclarecida de un caudillismo emancipador que él quiso, además, constructivo. Y se le admiró, finalmente, colocado por encima de las disenciones políticas, de cintillo y golilla, que desgarraban la nación, manteniéndose voluntariamente confinado en tierra extraña y rechazando los requerimientos de retornar, para no descender al terreno de las querellas civiles y no tener que mezclarse en la pugna de los bandos personalistas ni tomar las armas contra sus propios hermanos.

El culto de su memoria honra hoy al pueblo que sin discrepancias lo mantiene, más todavía que como una espontánea manifes-

tación de solidaridad del espíritu nacional con el pasado glorioso, como un compromiso de labrar el presente y el futuro en forma digna de la fuerza de idealidad y de progreso civil republicano que Artigas encarnaba con más intenso e inextinguible fervor, con más austera y señera fidelidad, que ningún otro caudillo o forjador de patria de su tiempo, bajo el cielo de América.

“Ariel” en el Momento de su Aparición (1)

Es un compromiso tan honroso como excesivo para mis escasos merecimientos el que me ha conferido el Instituto Histórico y Geográfico al invitarme a disertar desde su tribuna en acto de homenaje a José Enrique Rodó con motivo del cincuentenario de la aparición de su *Ariel*.

Debo al más grande de nuestros escritores no sólo mi participación en ese sentimiento colectivo de reconocimiento patriótico en que coincidimos los hijos del Uruguay por los auténticos y encumbrados valores literarios de su obra, que levantan el nombre de nuestro país en el concepto del mundo y contribuyen sustancialmente al prestigio continental de su cultura. Le debo asimismo mi agradecimiento profundo porque en la modestia de mi pequeño destino personal me deparó una honra que el tiempo ha venido agrandando conforme su gloria ha venido creciendo, y hoy me conmueve cada día como un regalo precioso cotidianamente renovado.

El, en efecto, patrocinó mi primera colección de poesías con un prólogo de insuperable belleza que figura entre las páginas magistrales de su “Mirador de Próspero”; y para que el espaldarazo resultara aún más extraordinario, yo he sido el único poeta joven de mi país prologado por su pluma.

Con la emoción de todos los recuerdos que agolpa en mi espíritu esa invalorable prueba de amistad y de estima, retorno a la época en que como un joven discípulo me acercaba al resplandor sereno de su llama para bañar en él mi frente y platicar y hasta discutir, animado por la imprudente osadía de la juventud, con aquel “dulce y suave maestro, todo luz y armonía”, como dije de él cuando me

(1) Homenaje a Rodó en el Cincuentenario de “Ariel”. Sesión pública del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, celebrada el 19 de Marzo de 1950, presidida por el historiador A. González que hizo la presentación del conferenciante.

tocó tributarle, a raíz de su muerte, en las páginas de una revista bonaerense, mi espontáneo homenaje lírico.

Poco antes, no mucho más de un año antes de la publicación de mis versos, había aparecido *Ariel*, el libro que tras su labor de *La Revista Nacional* y sus ensayos "El que vendrá" y "La Novela Nueva", que ya habían atraído la atención de la crítica continental, lo consagraba definitivamente como uno de los más altos valores nuevos de las letras de Hispanoamérica.

Como mi disertación de esta tarde, para que mejor responda al carácter del Instituto que la patrocina, ha de tener más que un sentido de apreciación literaria un sentido histórico de rememoración personal, recordaré que hace cuatro años me cupo el honor, al mismo tiempo insigne y extraño, de hacer la "Presentación de Rodó y su *Ariel* en Moscú", en ejercicio de una de las funciones que me parecía más esenciales a la naturaleza de mi cargo de Ministro del Uruguay en la Unión Soviética.

Me van a permitir ustedes que intercale la lectura del pasaje de mi conferencia de entonces en que me refiero al libro cuyo cincuentenario conmemoramos ahora.

Adviertan mis distinguidos oyentes, que es esta la explicación en síntesis, la sinopsis de un libro para la comprensión de un público que por primera vez oía hablar de él, porque si bien yo hablaba ante un auditorio compuesto en gran parte de españoles no creo que estos estuviesen enterados de la obra ni de la existencia de Rodó, como acaso tampoco los rusos hispanistas, algunos de ellos escritores distinguidos que me escuchaban con deferencia al igual de varios diplomáticos de diversos países. (1)

Y bien: ese libro encantador puede ser considerado un himno en prosa, en magnífica prosa clásicamente estilizada y musicalmente labrada en la sonoridad suntuosa de nuestro idioma, que por momentos adquiere, bajo la magia de ese estilo, la virtud del mármol pétreo cuando se transforma en carne de estatuas eternamente vivas.

¿Un himno a qué? Pues acabamos de decirlo: al idealismo en la conducta moral del hombre, al desinterés, a la generosidad, a la belleza y al arte como alas de las más puras energías del espíritu...

(1) Intercala la lectura del fragmento de la conferencia de Moscú relativo a "Ariel" (Pág. 213).

Rodó había sentido la necesidad de entonar ese himno para ofrendarlo como una lámpara votiva, como una ondulante llama de amor filial ante los altares del alma y del genio hispánicos, en el momento de la historia en que sobre el eclipse casi total de los últimos restos del un día imperialismo colonial español, se extendía como una marea de prestigio sajón que amenazaba "deslatinizar" a las nuevas generaciones de Hispanoamérica.

Lo curioso es que el entusiasmo por Estados Unidos había prendido en el corazón de los jóvenes hispanoamericanos, no por el ascendiente de la grandeza material y el influjo de una filosofía de positivismo y pragmatismo que emanaba de toda aquella formidable fábrica de progreso material y de fuerza económica, con su religión de la actividad productora y su culto de la energía física, sino por virtud del ademán de paladín de los derechos de un pueblo oprimido y de un sueño de independencia nacional, que la poderosa república del Norte había desplegado cuando hizo suya la gloriosa causa de "Cuba Libre" y se encaró con la monarquía española para hacer triunfar las sagradas aspiraciones de los valientes "filibusteros" cubanos.

Nuestra generación espectadora y testigo de ese acontecimiento, ardió de entusiasmo ante la actitud generosa de una potencia americana que para nuestras mentes juveniles actuaba no con la dura y sórdida decisión egoísta de Calibán sino, precisamente, con la inspiración alada y luminosa de *Ariel*.

Yo conservo vivo el recuerdo de nuestra fervorosa adhesión a la causa que encarnaban luchadores de la talla de un Máximo Gómez, de un Maceo, de un Calixto García, y sobre todo de un José Martí, cuya radiante aureola de escritor y pensador genial se confundía con la del mártir para la veneración de toda América en la inmortalidad de su gloria.

Ninguno de los que tienen mi edad puede haber olvidado sucesos de tanta resonancia en la vida montevideana como el de aquella conferencia de un orador cubano, Agüero, patrocinada por los estudiantes en un local de la plaza Cagancha, y que un grupo de españoles exaltados quiso interrumpir asaltando el local y dando origen a un descomunal tumulto con abundancia de silletazos, estacazos y no pocos balazos, sin que hubiese felizmente sino leves lesiones personales que lamentar.

El orador, que venía en jira de propaganda por estos países del continente, trazaba con arrebatadora elocuencia el cuadro de la lucha sostenida por los revolucionarios de Cuba contra las autoridades españolas, cuya opresión y crueldad represivas, que alcanzaran un grado máximo bajo la gobernación del famoso general Weyler, pintaba en forma semejante a la de los artículos de notables publicistas de su patria, entre ellos y sobre todo el conceptuoso Rafael Merchán.

En una polemica mantenida por ese ilustre cubano con un doctor Uribe, defensor de la denominación española en Cuba y adversario acérrimo de los Estados Unidos por su política en favor de los anhelos de libertad e independencia del pueblo cubano, hallamos el acento y los relatos con que el elocuente propagandista de la revolución emancipadora pintaba el terror y las crueldades del dominio español en la isla, y el heroísmo y sacrificio de los revolucionarios.

La defensa y el elogio que aquel notable periodista cubano tejía, en memorables artículos de polémica, de la conducta de los Estados Unidos; y la simpatía que por la gran república del Norte, por el espíritu de sus instituciones y por el carácter de la nación y del pueblo yanqui se desprende de ese alegato, era la tónica dominante en la posición de nuestro espíritu de partidarios ardientes de la revolución cubana.

Fué después, al apagarse el resplandor de esa gloriosa gesta en que finalmente brillaban juntos, ante el entusiasmo de la juventud americana, las hogueras del idealismo de la revolución redentora con los fogonazos de los cañones de la marina yanqui, cuando resurgieron y se difundieron los recelos que inspiraba el poderío económico de la patria del dólar y se intensificó con virulencia justiciera el resentimiento por los métodos de brutal explotación que aplicaba su capitalismo avasallador sobre algunas masas indígenas del continente. Y como la misma política internacional estadounidense viró bajo la presión de los intereses del formidable capitalismo financiero, que tenía su centro y metrópoli en Wall Street, hacia antipáticas formas de preponderancia e ingerencia en las soberanías latinoamericanas, enarbolando por el puño de Teodoro Roosevelt "la ley del garrote" como presunta garantía de la tranquilidad de la gran potencia ante los disturbios interiores de los países limítrofes o cercanos, pero como agente real del predominio de las empresas capitalistas y mo-

nopolistas yanquis, surgió y creció por toda América Latina el sentimiento antiimperialista yanqui. Esta es una corriente en la cual se mezclan diversas intenciones, pero cuya razón de ser reconocieron un día tendencias políticas que llegaron a ser gubernamentales en la misma gran república e implantaron, bajo la inspiración y la guía de Franklin Delano Roosevelt, la "política de buena vecindad".

"Ariel" había aparecido en la víspera y casi en los prolegómenos de dicho movimiento. En ese libro lo que se pronuncia es aquel estado de ánimo de prevención, contra la influencia espiritual anglosajona, que fué siempre una preocupación del alma latina, sobre todo en Europa.

Diez años después de escrito ese mensaje, Rodó en estupendas páginas de un ensayo dedicado al libro "Idola Fori", del escritor colombiano Carlos Arturo Torres, retoma en gran parte la plática del Próspero de su "Ariel" e insiste en su prédica, deteniéndose además a definirse en cuanto a su posición filosófica en forma que completa admirablemente su profesión de fe neo-idealista, como el mismo la llama.

Allí nos dice que "uno de los rasgos fisonómicos del pensamiento hispanoamericano" era en su hora "el sentido idealista de la vida; la permanente presencia, en lo que se piensa y escribe, de fines espirituales; el interés consagrado a la faz no material ni utilitaria de la civilización".

Si un libro hay que revele ese rasgo y seductoramente lo encarne y tienda a propagarlo en la inclinación y actitud de la joven mentalidad latinoamericana, ese libro es Ariel.

Según Rodó esa "nota de nuestra vida mental" correspondía "al fondo común de sentimientos e ideas" por las cuales su tiempo se caracterizaba en el mundo. Y puesto a señalar de dónde proviene el impulso de lo que es a su juicio "revolución universal del pensamiento" encuentra su causa, "en parte como reacción y en parte como ampliación", en las postrimeras manifestaciones de la tendencia netamente positivista que ejerció el imperio de las ideas durante casi toda la segunda mitad del siglo XIX.

Con seguro trazo alude a la acción y el influjo del positivismo en la ciencia, donde condujo a corroborar y extender el método experimental; en la literatura y el arte, donde llevó al naturalismo

realista; en el plano de la "pura filosofía", donde vino "a abatir idealismos agotados y estériles"; en la realidad política y social, "donde tendió a introducir el criterio utilitario, la subordinación de todo propósito y actividad al único o supremo objetivo del interés común".

No deja de reconocer que el espíritu positivista captado en las cumbres, es decir, en los más altos representantes del positivismo, (y cita a Conte, Spencer, Taine, Renán), aparece aliado a una tal calidad de pensamiento y alteza del punto de mira que "infunden un sentimiento de estoica idealidad, exaltador de las más nobles facultades y aspiraciones". Pero deja constancia de que el positivismo, en grado y manera que no se detiene a considerar, "degeneró y se estrechó en la conciencia europea, como teoría y como aplicación", para mirar entonces a nuestros pueblos y declarar que esa revolución de las ideas fué, por lo general, entre nosotros, "pobremente interpretada en la doctrina y bastardeada en la práctica".

Degeneró en un empirismo utilitarista de muy bajo vuelo, que "en lo tocante a la acción y al gobierno de la vida llevaba a una exclusiva consideración de los intereses materiales; a un concepto rebajado y mísero del destino humano al menosprecio, o la falsa comprensión de toda actividad desinteresada y libre; a la indiferencia por todo cuanto ultrapasara los límites de la finalidad inmediata que se resume en los términos de lo práctico y lo útil".

Con esos, y otros muchos conceptos más que debo dejar al margen para no rebasar demasiado los límites de mi disertación, nos ilustra sobre el panorama mental de una época inmediatamente anterior a la suya, para referirse en seguida a las nuevas generaciones que llegaban y ponían el oído a "las primeras manifestaciones de una transformación del pensamiento en los pueblos maestros de la civilización". Y así abre el camino a su profesión de fe filosófica, que encierra en una sola página del bellísimo ensayo que vengo glosando.

Declara allí que el positivismo, que es la piedra angular de su formación intelectual, no es ya la cúpula que la remata y la corona. Desde luego no satisface a las inquietudes de su espíritu la actitud del positivismo ante el misterio, que no puede ser sometido a la "indagación positivista", y sin confundirse con los materialistas racionalistas que creen que todo misterio puede ser penetrado o disipado

por la ilimitable razón científica, rechaza el muro de lo incognoscible, porque no quiere renunciar a "la sublime terquedad del anhelo que excita a la criatura humana a encararse con lo fundamental del misterio que la envuelve". Proclama a las "ideas" como norma y objeto de los humanos propósitos. Pero su idealismo, dice "no se parece al de nuestros abuelos, los espiritualistas y románticos de 1800, los revolucionarios y utopistas de 1842. Se interpone, entre ambos caracteres de idealidad, el positivismo de nuestros padres..."

"La iniciación positivista dejó en nosotros, agrega, para lo especulativo como para lo de la práctica y la acción, su potente sentido de la relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia e intención del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas; el respeto de las condiciones de tiempo y lugar; la cuidadosa adaptación de los medios a los fines; el reconocimiento del valor del hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de obra; el desdén de la intención ilusa, del arrebató estéril, de la vana anticipación. Somos los neo-idealistas, o procuramos ser, como el nauta que yendo, desplegadas las velas mar adentro, tiene confiado el timón a brazo firme y muy a menudo la carta de marear, y a su gente muy disciplinada y sobreaviso contra los engaños de la vida".

Lo que en esas frases nos entrega es, en realidad, más todavía que su profesión de fe filosófica, su retrato moral, la efigie ideal, el de su temperamento y de su carácter; sin duda también el tono y la calidad de su inteligencia.

Allí ha consignado la norma de pensamiento y de vida a que quiso ceñirse por considerarla la más adecuada al mejor cumplimiento de los destinos de la persona humana en los diversos planos de la vida. Más que la expresión de una verdadera profesión de fe filosófica es un criterio de sabiduría personal para el pensamiento y la acción.

Rodó, no siempre pudo —y eso nos pasa a todos— aplicar exactamente tales máximas rectoras de la conducta mental a la realidad cotidiana de su existencia. Pero, tal vez, los hombres revelamos más y mejor nuestra propia esencia íntima por lo que hemos querido ser o hacer que por lo que hemos podido llegar a ser o a hacer en cada etapa de nuestro viaje. Lo innegable es que él ha seguido, en sus

líneas más definidoras, ese camino de elevación y de ecuanimidad con las armoniosas alas de su sereno espíritu. Y toda la pura excel-situd de su obra de escritor resplandece de esa actitud de su ánimo para andar por el mundo y para juzgarlo desde ese mirador de Prós-pero, que era su propia conciencia, en el silencioso ejercicio de la meditación y el comercio fecundo de las ideas.

Ahí, en esos párrafos que acabo de recordarles, está todo Rodó. A quien para definirlo cabalmente hay, sin duda, que imaginárselo como una perfecta encarnación de Ariel.

Presentación del "Ariel" de José Enrique Rodó en Moscú

Ciudadanas y ciudadanos:

Con una emoción casi rayana en el sobrecogimiento, ocupó por vez primera en la URSS una tribuna. Creo ser el primer uruguayo que se presenta en este país en actitud de dirigir la palabra al público.

Lamento no poder hacerlo en lengua rusa, que es uno de los más ricos instrumentos de comunicación humana, y lo lamento con la mortificación de quien debe confesar ante todos su propia culpa, pues siento que era mi deber expresarme en el bello idioma de Pushkin, de Tolstoy, de Gorki, para rendir de ese modo un homenaje implícito al alma de este pueblo admirable entre el cual me encuentro y al cual me vinculan ya tantos lazos irrompibles de afecto y comprensión. Si la incapacidad puede servir de circunstancia atenuante, apelo a mi irremisible ineptitud para aprender idiomas y a mi invencible timidez para lanzarme a pronunciar, ante un auditorio selecto, palabras de una lengua que me impone un respeto sagrado, porque a semejanza de un río fabuloso sobre cuyas aguas insondables navegasen naves de maravilla y de encanto, ella conduce sobre el oleaje sonoro de sus vocablos y expresiones, la insubmersible flota, gloriosamente empavesada a través de los siglos, de su formidable literatura.

Estas palabras que pronuncio en mi propio idioma: el español, tienen por objeto acompañar un donativo de libros uruguayos a la Biblioteca Central de Literatura Extranjera, que me ha concedido la hospitalidad de esta sala para que yo pudiese en ella explicarme ante ustedes.

Sólo muy pocos, poquísimos libros, constituyen mi donación por ahora. No pude traer conmigo sino muy pocas obras literarias

del Uruguay. En mis visitas a las principales y por cierto estupendas bibliotecas de Moscú, he podido advertir que la literatura uruguaya, al igual que toda la hispanoamericana, está apenas representada.

Cuando por primera vez visité la Biblioteca de Lenin quise saber si figuraba entre sus diez millones de volúmenes, alguno del más grande prosista de mi país, y uno de los más grandes del habla española, Don José Enrique Rodó.

Con asombro y amargura comprobé que no había ninguna obra del insigne escritor uruguayo, uno de los más claros valores de la América toda. ¡Qué relativa es la inmortalidad de los escritores y cuán limitada es su gloria! pensé... Millones de lectores, de personas cultas y hasta de intelectuales eruditos ignoran en la URSS, y sin duda en todos los países de lengua eslava, que ha existido Rodó.

Había traído en mi valija un único ejemplar de sus obras. Ese pequeño gran libro que es *Ariel*, (muchos son los libros célebres de reducidas proporciones gráficas) y se me ocurrió ofrecérselo a la biblioteca de Moscú. Esta, la de Literaturas Extranjeras, en cuyo fichero no hallé su nombre, me pareció la más indicada para recibir mi obsequio, al que he agregado unos tomos de otros autores uruguayos.

Es una pequeña vanguardia. Arreglaré las cosas de modo que otros libros vengan periódicamente de mi país. Hoy quiero dedicar mi conversación con ustedes a comunicarles una ligera idea de la obra de José Enrique Rodó, y en particular, de *Ariel*, el libro, con el cual lo presento a los lectores de la Biblioteca Internacional de Moscú.

Antes debo, sin embargo, decirles algo del Uruguay en el terreno de su producción literaria.

Es la nuestra una de las repúblicas de América en que la base de su cultura se ha formado con el mayor aporte de diversas culturas, pese a predominar en sus costumbres, en las características y en la idiosincracia de su pueblo los rasgos propios de su ascendencia hispana.

Siendo uno de los países más españoles del continente por el modo de ser de su gente y la preponderancia del elemento español en la composición étnica de su pueblo, es asimismo a causa de su posición geográfica de puerta abierta hacia el Atlántico —por el

que arriban hasta sus playas todas las corrientes de Europa— una de las más cosmopolitas.

Su espíritu es eminentemente latino, y como su población es toda de descendientes de europeos, no existiendo en ella ni indios ni descendientes puros de indios, ni casi tampoco negros, no hay en toda América Latina un país tan europeo.

Los uruguayos no pretendemos conservar intacto el heredado tesoro de la lengua de Cervantes con el celo de casticistas sacerdotes de su pureza, pero tampoco nos complacemos en desfigurarla con el acarreo de voces extrañas y el abuso de torpes neologismos reñidos con el verdadero genio de la lengua, que suelen no ser sino derivaciones groseras de palabras exóticas.

No cultivamos sistemáticamente el americanismo, si bien no nos negamos a admitirlo y aun a crearlo, como un elemento de enriquecimiento del idioma, cuando casa bien con su estructura fundamental y su fonética inconfundible, y trae algo vivo y útil a la mejor expresividad y flexibilidad de la lengua madre.

Ni puristas de academia ni desafortunados corruptores del idioma. No rechazamos con horror el galicismo ni el italianismo, ni el criollismo de los medios rurales, pero tampoco les abrimos con ostentación de par en par las puertas de nuestro léxico para que se instalen en él con desenfado y monarquía. Los usamos, los utilizamos como auxiliares humildes que contribuyen, a veces insustituiblemente, a la economía o a la espontaneidad de la expresión en medios donde sólo por la afectación culterana se puede ser absolutamente castizo en el hablar.

Todos los géneros literarios han florecido con fortuna en la tierra uruguaya. De ella ha brotado el mejor poema épico americano en que se inmortaliza al indio, el *Tabaré* de Zorrilla de San Martín, escrito en un español armonioso y correcto entre el cual suenan como flauta los términos guaraníes con que el poeta hace hablar a sus héroes charúas en el laconicismo salvaje de sus escasos medios de expresión.

Uruguayo fué el fundador del teatro rioplatense, teatro que vive con lozana vida en los escenarios de Buenos Aires, la populosa capital argentina, y de Montevideo, la atrayente capital uruguaya, Florencio Sánchez, quien tuvo en el Uruguay continuadores tan vigorosos como Ernesto Herrera, J. P. Bellán, Imhof, Cortinas. En el espléndido despertar lírico que le depuró al continente latinoamericano el modernis-

mo poético, un uruguayo figuró entre los gloriosos paladines de esa renovación, Julio Herrera y Reissig, que ha merecido todavía hace poco la honrosa exaltación de un juicio concienzudamente encomiástico de uno de los más autorizados críticos de la España de nuestros días, Guillermo de Torre.

Fueron y son uruguayas las voces femeninas más persistentes y originales que en los actuales tiempos resonaron en la lengua de Santa Teresa y de Sor Juana de la Cruz: Delmira Agustini y Juana de Ibarbourou, que un día los poetas jóvenes de las 18 repúblicas hispano-americanas decidieron llamar "Juana de América".

Justo es agregar todavía los nombres de María Eugenia Vaz Ferreira, hermana de nuestro filósofo Carlos Vaz Ferreira; Luisa Luisi, ambas extintas, y Sara Ibáñez, que Pablo Neruda, proclamó no hace mucho, con acierto, la mejor poetisa nueva de habla castellana.

Uruguayos fueron Acevedo Díaz, autor de novelas que después de *Tierra Purpúrea* —novela uruguaya escrita en lengua de Shakespeare por Hudson, célebre escritor inglés nacido en la Argentina— eran las que mejor expresaban las características psíquicas y sociales de un medio histórico sudamericano; Javier de Viana, gran pintor de la vida, tipos y costumbres del campo criollo; y Horacio Quiroga, proclamado por la crítica extranjera "El más grande cuentista iberoamericano", como dice textualmente el profesor de la Universidad de California Jhon Croov, prologuista del volumen "Sus mejores cuentos", publicado por la Editorial Cultura de México en la colección de Clásicos de América.

El Uruguay, tan modesto en su relativa pequeñez material, cuenta también entre sus glorias intelectuales la de haber dado a Francia — que es decir el mundo— tres escritores famosos. Uno de ellos es conocido bajo el nombre de Conde de Lautreamont, que dejó en páginas de una extraña belleza la estampa de una de las personalidades literarias más raras y audaces del siglo XIX. El otro es Julio Laforgue, poeta que encabezó con Verlaine, Baudelaire, Rimbaud y Mallarmé, — compartiendo con ellos una gloria casi pareja— el movimiento de los simbolistas.

Ambos nacieron y pasaron gran parte de su vida en el Uruguay pero escribieron en Francia y sólo en francés.

El otro, el tercero cronológicamente, es Jules Supervielle, una de las más escuchadas voces líricas de Francia de estos últimos quince

años. Todas sus obras en verso y en prosa hasta su drama *Simón Bolívar* —han sido escritas en francés, y muchas de ellas traducidas en el Uruguay al español por amigos y admiradores suyos. Pero no vive alejado de su patria natal. Yo lo dejé en ella cuando me embarqué hace cosa de dos años para la URSS, participando de las inquietudes de la intelectualidad uruguaya y recibiendo de ella el homenaje de su más alto respeto y la unánime admiración. También de su pueblo, pues por esos días se estrenó en un teatro de Montevideo, con mucho éxito de crítica y de público una interesante y novedosa comedia suya, en español.

Ellos tres han vivido y producido en el corazón de la Francia literaria y artística, conviviendo con sus más preclaros representantes, y han podido encender sus espíritus en la llama inmortal del genio francés; pero lo que es más importante, han logrado contribuir en alguna medida, con los propios fulgores de su ingenio creador, al esplendor inmenso y cenital de ese genio magnífico.

Pero muchos otros ha habido que han alcanzado renombre honrando las letras americanas en el idioma que nos legó España "la madre patria" para que fuese un lazo de unión y de compenetración recíproca palpitante y eterno, entre las naciones brotadas de sus entrañas bajo el cielo de América.

No cabe, por razones obvias, en esta conferencia citarlos a todos ni siquiera en una escueta nómina, donde probablemente me olvidaría con injusticia de algunos.

Entre ellos, como insuperable maestro de la prosa, sobresale José Enrique Rodó. Los géneros en que desplegó la magia de su estilo fueron la crítica y el ensayo.

Como estilista entró a competir en el medio uruguayo, desde sus primeros trabajos, con los más encumbrados, entre los cuales, para no citar sino a los muertos, el crítico y comediógrafo Samuel Blixen y el novelista y también ensayista Carlos Reyles, serio rival del argentino Larreta como autor de varias novelas de ambiente nacional pero famoso sobre todo por haber escrito una novela de ambiente sevillano, *El Embrujo de Sevilla*, que según Don Miguel de Unamuno es la novela que mejor penetra en el alma de la ciudad andaluza y en la psicología de

su gente apasionada y frívola, alegre y dramática, escéptica y religiosa, desesperada y optimista...

Nació en 1872 y murió joven, a los 45 años, en 1917. Cuando siendo muy joven se dió a conocer en "La Revista Nacional" de la que fué uno de los redactores con Víctor Pérez Petit, notable escritor y crítico de la escuela naturalista, uno de cuyos libros felizmente he traído, y los hermanos Daniel y Carlos Martínez Vigil, que eran intelectuales destacados, dominaba ya su elevado oficio.

No hizo, como otros, su aprendizaje a la vista del público. Al aparecer, —como se ha dicho— era ya maestro. Sus estudios y artículos, en "La Revista Nacional", que se erigió en alta tribuna intelectual del continente, lo impusieron en seguida a la atención de la intelectualidad americana. Sus primeros libros, dos opúsculos, titulado, uno *La novela nueva* y titulado el otro *El que vendrá*, fueron acogidos con elogio por la crítica del continente y de España.

Luego vino *Ariel*, que le valió el homenaje de los más señeros espíritus de la literatura hispana, o mejor latina, pues no sólo en España y naciones de hispanoamérica, sino en Brasil, Portugal y sobre todo en Francia, suscitó muy favorables comentarios.

Ejerció con brillo y a plena conciencia la cátedra de literatura en la Sección de Enseñanza Secundaria de la Universidad de Montevideo. Tomó parte en la vida política de su patria y pasó por el Parlamento Nacional, durante un período de tres años, pronunciando allí algunos memorables discursos tan profundos de concepto como bellos de forma, pues todas las manifestaciones de su intelecto lucen un eximio decoro formal. Y luego dió la luz *Motivos de Proteo*, que nos lo mostró en toda la plenitud y madurez de su talento de pensador y de su genio de estilista. Con esa obra se coloca en la cumbre de las letras españolas contemporáneas, alternando de igual a igual con los más conspicuos cultores del arte del buen decir y de la facultad olímpica de pensar elevadamente.

Su espíritu nutrido de los mejores frutos de la cultura universal de todos los tiempos, y su gusto formado en la escuela de los grandes modelos de la literatura española, francesa y americana, florece allí en un prodigio permanente de amor a la belleza y de capacidad para realizarla en los trabajos de la mente, en las silenciosas lides del pensamiento escrito y de la serena reflexión.

Es allí donde formula el lema "Reformarse es vivir", y todo el libro es una encantadora glosa de esa sentencia, ilustrada con apropiadas referencias históricas y bellísimas parábolas.

La vida es reforma incesante; es marcha, y por consiguiente, desplazamiento y variación. El que no se reforma, el que no cambia al compás de las mutaciones históricas de las cuales depende, queda al margen de la vida, porque no circula con ella.

Proteo es la deidad simbólica de la eterna mutabilidad del Universo y del hombre.

Tres libros más completan su bibliografía, toda ella ilustre: *El Mirador de Próspero*, grueso volumen donde recopiló algunos estudios críticos (breves ensayos, artículos, prólogos, etc.), *Liberalismo y Jacobinismo*, donde reunió los artículos de una polémica sobre tolerancia religiosa, y *El Camino de Paros*, recopilación de las correspondencias que escribió para un diario argentino durante el viaje a Europa, del cual no habría de retornar, pues falleció solo y desconocido en un hotel de Palermo, capital de Sicilia.

Ha dejado algunos ensayos históricos de excepcional valor por la profundidad de su cateo en el estudio de las épocas y medios sociales y políticos, donde se movían los personajes que trata, cuya corpulencia moral nos entrega íntegra en soberanos trazos. Ellos son la monografía sobre Juan María Gutiérrez —eminente escritor y político argentino— y el prólogo sobre Simón Bolívar, del que traza una semblanza definitiva, con toda la eficiencia creadora de un escultor dueño de su arte, cuya estatua fija en rasgos inmutables y decisivos la figura evocada, imponiendo así a los ojos de las generaciones presentes y futuras una imagen imperecedera, eternamente viva por encima de todas las discusiones.

Desde entonces nadie puede intentar darnos idea de lo que fué aquel titánico libertador de América, sin recordar las estelares páginas de ese estudio, que es clásico.

Lamento no haber traído dos obras literarias que eran recientes en mi país cuando yo me alejé de él. Son las que obtuvieron el primero y segundo premio en un concurso municipal sobre *El Ideario de Rodó*. El poeta y profesor de Literatura Roberto Ibáñez, es autor del libro que obtuvo la recompensa máxima; el filósofo Gil Salguero es el autor del otro. Son dos estudios valiosos. Con ellos en la mano podría tras-

mitirles en esta plática lo más esencial y genuino del pensamiento de ese "suave y dulce maestro, todo luz y armonía", como yo mismo dije en su alabanza lírica cuando me tocó rendirle un póstumo homenaje en las páginas recordatorias de la revista "Nosotros" de Buenos Aires.

Para mí no cabe duda que Rodó ha sido, en su tiempo y en su lengua, el más alto representante y cultor de eso que él mismo denominaba "literatura de ideas".

Fué en ese género un gran estimulador intelectual, pues su obra, como la de todos los ensayistas de buena cepa, tiene la virtud de suscitar conceptos, de incitar al gusto por la meditación, de sugerir a cada paso, a cada línea, temas de reflexión y pensamiento para **entrenamiento del espíritu**.

Tiene algo de la almáciga en que el agricultor reúne determinada cantidad de acodos, para después transportarlos a más amplio espacio a fin de que la planta adquiera todo su desarrollo y se transforme en el árbol e integre así, como viviente columna, uno de esos templos oscilantes y rumurosos que son los bosques.

Y no es que su obra sea toda ella originalidad de concepto. Su verdadera y profunda originalidad es la del artista que crea, que encuentra, en sorprendentes hallazgos, formas de expresión personales e inolvidablemente bellas.

Con una sustancia ideológica para la cual no pretendía brevet de invención, pero que era sustancia intelectual suya en cuanto era muy propia de su yo, muy esencia de sí mismo, pues respondía a las tendencias naturales de su persona íntima, a las características de su organización mental, construyó un hermosísimo monumento literario compuesto de pláticas encantadoras en las cuales se ve al pensador con alma de poeta discurrir serena y artísticamente sobre altas cuestiones, gozándose en animar las ideas bajo formas seductoras, y aún más, en identificarlas aparentemente con el atractivo formal, hasta el punto de hacer de las ideas mismas un elemento constitutivo e inseparable de la belleza de la forma.

Tan es así, tal es a este respecto su suprema maestría de escritor, que leyéndolo llega uno a imaginarse que si es bello el modo cómo dice no es sino porque lo que dice es bello.

Eso es efecto, naturalmente de su raro poder de expresión literaria, que constituye el rasgo preponderante de su personalidad.

Porque Rodó, más que un pensador, un meditativo, un hombre lleno de preocupaciones e inquietudes intelectuales, un crítico de ideas y un filósofo sin sistema, que todo ello lo fué en sumo grado, era siempre y por encima de todo un gran literato que desplegaba sus insuperables dotes artísticas en el campo de ciertos problemas morales y espirituales, que unas veces se refieren o aluden a la personalidad individual como en **Motivos de Proteo**, y otros a la personalidad colectiva de naciones enteras, como en **Ariel**.

Una de las páginas medulares de su ideología estética para la conducta personal es aquella bellísima en que nos aconseja "decir las cosas bien".

Es una de las que mejor revelan la preocupación rectora de su conciencia de escritor.

No basta tener razón ni atesorar en el cerebro ideas nobles, altas y fecundas.

Es necesario saber alumbrarlas en un lenguaje adecuado.

Del decoro de la expresión depende la suerte de lo expresado.

No es que una razón mal dicha sea una razón a medias.

Es que las propias ideas exigen, para su prestigio ante los demás, el respeto y la pleitesía de una agradable manera de exteriorizarlas.

He ahí su filosofía en materia de comunicación con los hombres.

La preocupación de hacer eximio arte no le abandona nunca. En todo lo que escribe, sea cual fuere el asunto, se ve siempre una cuidada y castigada estilización.

A veces se desearía un poco de abandono, de descuido. Un aflojamiento en la tensión severa de la bordona, una momentánea blandura en la mordiente vigilancia del cincel.

Pero nunca deja de imponerse a nuestra admiración. Nos envuelve y arrastra en la amable seducción de su estilo, y nos rinde en todo instante con los infalibles recursos de su fina retórica, de un buen gusto ejemplar entre los escritores de habla castellana.

Por lo demás, ha sido fácil a una crítica más o menos erudita rastrear en sus páginas la influencia de sus lecturas preferidas.

Pero tampoco el agricultor que forma su vivero, crea, hace, inventa, las plantas generatrices que han de servirle para nuevas reproducciones, sino que va a buscarlas en otros plantíos en plena pro-

ducción, utilizando sus semillas y a veces limitándose a arrancarles una rama o un gajo para clavarlo a su debido tiempo en la tierra fecunda.

Vivero es, pues, su obra; y bosque también, ya que toda obra literaria tiene siempre en las manifestaciones de la flora su exacto símil, porque todo libro es una floración intelectual donde la palabra luce sus colores y esparce sus perfumes.

Pero el bosque de Rodó no es la multitud desordenada y espontánea, la selva en que los árboles han ido creciendo, al azar, merced a los revoltosos impulsos del viento que arrastra las simientes, sino el parque armonioso, cuidado y limpio, donde el instinto de la simetría y la preocupación del orden, mejor dicho del buen ordenamiento, brillan estéticamente por todas partes.

Y es un bosque amable donde el viento no sopla nunca demasiado impetuosamente ni desordena la cabellera de las copas simétricas, y en el cual es posible hallar las más delicadas perspectivas para la delectación de los ojos y los más recoletos rincones para esa voluptuosidad metafísica del ensueño y de la meditación, que es algo así como un vicio solitario, pero fecundo, de los espíritus selectos.

Puede gozarse allí de la más plácida sombra al amparo de los más nobles y elevados pensamientos.

Recibe uno allí amistosas sugerencias, pudiendo dejarse acariciar por la música y la frescura de claras fuentes cuya linfa es refrigerio del alma, o arrullar por el canto de perfectas voces mientras la mente saborea los dulces y maduros frutos de una sana sabiduría revestida siempre de hermosura y bondad.

Digo de bondad, y es exacto.

Porque así como hay hombres de bien —ha dicho Rodó— hay libros de bien.

La suya es toda ella una obra de bien, porque está hecha con bondad y con sinceridad de pensamiento, que es, según él lo dijera, una virtud todavía más grande que la esperanza.

Esa sinceridad se revela en su desdén por la paradoja —ese truco del pensamiento para dar apariencia de genialidad a las vulgaridades con sólo volverlas del revés— que no se descubre nunca en sus páginas.

Está hecha su obra, y acaso sobre todo, ya lo dije, con belleza; y ya sabemos que para Rodó la belleza es casi una forma de la virtud; más aún, es una virtud en sí misma.

¡La belleza! Ella ha sido la preocupación obsesionante de su alma de escritor.

La ha amado con veneración de creyente e idolatría de fanático.

Le ha atribuido poderes mágicos como factor de elevación de los espíritus.

Y mientras Maeterlinck cree que tiene razón Plotino cuando dice: "Nunca el ojo humano hubiera visto el sol, si primero no hubiese tomado la forma del sol; así el alma no verá la belleza, si primero no es bella a su vez, y todo hombre empezará por hacerse bello y divino para obtener la vista de lo divino y bello"; y del mismo modo, Emerson cree que la percepción de lo bello sólo es sensible a los buenos, él, en cambio, sostiene que la belleza es un camino para acercarnos a la bondad.

La actitud para percibir y sentir lo bello es una de las llaves que abre en el alma de los hombres el cofre donde se encierra el sentido de lo bueno y de lo justo.

Afirma con Sócrates que el alma se cura de ciertas enfermedades por medio de ciertos encantamientos.

Y como el Rafael de Lamartine, no ama sólo la virtud por lo que tiene de santa, sino por lo que tiene de bella.

Pero si puede decirse que todo lo ha considerado desde el punto de vista de la Belleza debe advertirse asimismo, como lo ha hecho Miomandre, juzgándolo con suma penetración, que ese amor no es exclusivo ni ese punto de vista estrecho.

"Está en el extremo opuesto al diletante trivial —escribió ese crítico francés— al artista atrasado que cierra los ojos a la vida para sumirse en un ensueño artificial con un gesto de desprecio y de separación.

"El recoge, en cambio, todo lo que le propone la vida multiforme y cambiante.

"Y en vez de excluir el arte de la vida quiere infundirlo, por todas partes, como un aliento divino e inmortal".

Vinculó la ética a la estética.

En cierto modo hace de la estética más que una aliada, un elemento y un capítulo de la moral.

Toda su obra es una lección inspirada de moral, porque ésta ha sido una de sus grandes preocupaciones.

Pertenece a esa "raza de escritores a quienes preocupa la cuestión moral", como escribe, refiriéndose a Brunetiére, Francisco García de Calderón en **Maestros de idealismo**.

Y lo encantador en este alto y sereno moralista, es que aliando el sentido moral con el sentimiento de lo bello y proclamando que lejos de ser contradictorios, armonizan y se complementan, da a su preceptiva de la conducta una luminosidad humana y simpática, reñida en absoluto con la tristeza del ascetismo en que cayeron otros moralistas, así como con la ruda austeridad que él considera contraproducente al fin de proyectar en las conciencias y en los corazones el reflejo de la verdad y del bien.

"No es por cierto el buen gusto —como quería cierto dilettantismo moral— dice en *Ariel*— el único criterio para apreciar la legitimidad de las acciones humanas; pero menos debe considerársele, con el criterio de un estrecho ascetismo, una tentación de error y una vista engañosa".

Y líneas antes, se lee en ese libro esto otro:

"Dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia".

"Aquellos que exigirían que el bien y la verdad se manifestasen invariablemente en formas adustas y severas, me han parecido siempre amigos traidores del bien y de la verdad".

"La virtud es también un género de arte, un arte divino; ella sonríe maternalmente a las Gracias".

"La enseñanza que se proponga fijar en los espíritus la idea del deber como la más seria realidad, debe tender a hacerla concebir al mismo tiempo, como la más alta poesía".

Su confianza en el poder educativo del arte lo acerca a Guyau, con quien tiene tantos puntos de contacto y a quien tan a menudo cita o recuerda.

El espíritu del joven filósofo francés palpita en sus ideas sobre el alcance y el estímulo cotidiano de la belleza, que es también una especie de obsesiva superstición en Ruskin.

"El argumento del apóstol traidor —escribe en *"Ariel"*— ante el vaso de nardo derramado inútilmente sobre la Cabeza del Maestro es todavía una de los fórmulas del sentido común".

"La superioridad del arte no vale para la masa anónima los trescientos denarios".

"Si acaso la respeta es como a un culto esotérico, y, sin embargo, entre todos los elementos de educación humana que pueden contribuir a formar un amplio y noble concepto de la vida, ninguno encierra —según la tesis desenvuelta en elocuentes páginas de Schiller— la virtualidad de una cultura más extensa y completa, en el sentido de prestarse a un acordado estímulo de todas las facultades del alma".

Y más adelante agrega:

"Yo creo indudable que el que ha aprendido a distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno".

Y como todo lo que se refiere a la moral irradia proyecciones sociales, este concepto suyo de la belleza en cuanto vehículo supremo y hasta como determinante de inspiraciones e inclinaciones morales, confiere a su obra un sentido social discutible, pero innegablemente elevado.

Hay sin duda excesiva generosidad para con la virtualidad moralizadora del arte en el concepto de Rodó, porque no parece probado que la capacidad para sentir la belleza haga por sí sola más buenos a los hombres, así como la difusión del sentido de lo bello no es causa necesaria e infalible de la elevación moral de las sociedades, sino simplemente integrante de ella, pues la pureza de las costumbres y la bondad del corazón son, sí, compatibles con la capacidad para los elevados goces estéticos, pero no emanan forzosamente de esta capacidad.

Hagámosle a Rodó —eso sí— la justicia de reconocer que limita prudentemente su estetismo cuando dice:

"No le señalaremos (al buen gusto) como la senda misma del bien; sí como un camino paralelo y cercano que mantiene muy aproximados a ella el paso y la mirada del viajero".

Se diría que supone el mundo moral regido por una norma de necesidad estética y como dependiendo de la aptitud para lo bello,

hasta el punto de no concebir el progreso humano sino con un contenido de creciente capacitación espiritual para prescribir la moral con un criterio estético, y para ver y sentir la "belleza" o la "fealdad" de las acciones morales.

"A medida que la humanidad avance —dice— se concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta".

"Se huirá del mal y del error como de una disonancia; se buscará lo bueno como el placer de una armonía".

"Cuando la serenidad estoica de Kant inspira simbolizando el espíritu de su ética, las austeras palabras: "Dormía y soñé que la vida es belleza; desperté, y advertí que ella es deber", desconoce que si el deber es la realidad suprema, en ella puede hallar realidad el objeto de su sueño porque la conciencia del deber le dará, con la visión clara de lo bueno, la complacencia de lo hermoso".

Estamos en plena identificación platónica de lo bueno con lo bello.

El punto de vista de la estética domina casi su concepción del proceso moral de la vida humana, tanto en el individuo como en la sociedad.

Se diría que todo el panorama de las relaciones espirituales del mundo gira, para él, bajo una ley superior de gravitación cósmica cuyo centro es la sensibilidad estética.

No debe confundirse, sin embargo, su credo moral con el de Nietzsche, que no era, por cierto, santo de su devoción. El no reduce como el filósofo alemán la moral a la estética para someter el destino del hombre a normas ajenas a su razón y a su conciencia científica e histórica.

Y mientras el filósofo de **Así hablaba Zaratustra** funde la moral en la estética para despojar a aquélla de responsabilidades humanas ante los más nobles fines de la humanidad, Rodó hace de la estética un resorte de la moral para que la belleza y el arte queden consustanciados con esos fines, sin poder divorciarse de ellos.

El no abomina, como Nietzsche, del racionalismo de Descartes porque conduzca al imperio de la "Diosa Razón", ni de la dialéctica de Sócrates porque "debilita al contrincante", que no tiene razón...

El no quiere poner frente a la dialéctica el instinto, ni frente a la razón el Arte; y lejos de definir la "estética como filosofía aplica-

da", la eleva a la categoría de una de las más puras emociones del espíritu.

Reclama la educación integral del hombre y abre en ella ancha plaza a la cultivación del sentido de lo bello, aspirando a ver orientada la enseñanza y la cultura preferentemente en la dirección de ideales desinteresados y sentimientos generosos.

Su ración contra la educación utilitaria corresponde, por otra parte, a su actitud filosófica, moral y política contra el utilitarismo.

Poniéndonos él mismo en guardia contra los falsos extremos a que podría conducirnos la exageración de su tesis sobre la eficacia moralizadora del arte, nos recuerda que hubo épocas de la historia en que se rindió culto fervoroso a la belleza sin que esto impidiese que los actos de los hombres cultos y la relajación de las costumbres acusasen un generalizado menosprecio del bien y de los sanos principios de la conducta.

Evoca el Renacimiento. Es, naturalmente, un renacentista, y no puede ser muy severo con esa edad de oro del espíritu humano, que junto con las luces deslumbradoras a que los hombres abrieran entonces los ojos volviéndolos al encanto inmarcesible de las formas divinas exaltadas por el genio de la antigüedad clásica —y en este terreno fuerza es reconocerle a la belleza una virtud acaso más fecunda que la de inducir el ánimo a la bondad— entraban en el alma humana la duda —el gran fermento filosófico— el amor a la naturaleza y la vida —gran revolucionario de costumbres e instituciones— y el espíritu de la libertad, que habría de flamear dos siglos más tarde en las teas incendiarias de la Revolución.

Pero hablemos especialmente de **Ariel**.

Es un libro de juventud; y es también un mensaje a la juventud de América, a quien se dedica en su portada.

El título es el nombre de un personaje fantástico de Shakespeare. El autor dice en su introducción:

"**Ariel**, genio del aire, representa en el simbolismo de la obra de Shakespeare la parte noble y alada del espíritu. **Ariel** es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción; la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la

inteligencia, el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Caliban, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida”.

En ese introito nos explica que Próspero, “el viejo y venerado maestro”, a quien daban ese nombre por alusión al sabio mago de *La Tempestad* de Shakespeare, había reunido a sus discípulos para despedirse de ellos al terminar un año de tareas.

Su última lección del año fué esa alocución que es toda ella una inspirada exhortación a empinar el espíritu con toda su poesía de ensueño, de ideal, de desinterés y de esperanza, sobre la basta prosa del utilitarismo sin horizontes y del materialismo sin ideales.

La parte que dedica a exponer las ideas de su filosofía política —que son las de un republicano de tipo girondino— puede ser objetada en varios puntos.

Sus unilaterales prevenciones contra el Jacobinismo lo conducen a atribuir a la desconfianza y el desagrado que Comte, Renán, Taine, Carlyle, Nietzsche sienten ante “la invasión de las cumbres por la multitud” una función de “inspección severa del espíritu humano” para defenderlo de “la concepción de la igualdad que —son sus palabras— sugirió los delirios de la Revolución”.

Pero su verdadero anhelo en el seno de una sociedad injusta es el de “una rectificación del espíritu social que asegure a la vida de la heroicidad (en el sentido de Carlyle) y del pensamiento un ambiente más puro de dignidad y de justicia”, anhelo que él sentía vibrar por todos lados y que, vaticinaba, “constituirá uno de los fundamentales acordes que este ocaño de siglo (escribía en los postreros días del siglo XIX), propone para las armonías que ha de componer el siglo venidero”, el que estamos viviendo.

“El espíritu de la democracia —añade— es esencialmente, para nuestra civilización, un principio de vida contra el cual sería inútil rebelarse.

“Los descontentos sugeridos por las imperfecciones de la forma histórica actual han llevado a menudo a la injusticia con lo que aquel régimen tiene de definitivo y fecundo”.

Y se detiene a refutar el aristocraticismo de Renán, que condena el principio fundamental de la democracia: la igualdad de derechos,

considerándola irremisiblemente divorciada de todo posible dominio de la superioridad intelectual.

Juzga desacertado e injusto “desconocer la obra de la democracia, en lo esencial, porque, aún no terminada no ha llegado a conciliar definitivamente su empresa de igualdad con una fuerte garantía social de selección”, y concluye:

“La democracia y la ciencia son las instituciones soportes sobre las que nuestra civilización descansa”, y en vez de preconizar como Renán “la destrucción de la igualdad democrática” para alcanzar una consagración más positiva de todas las superioridades morales, él opina que “sólo cabe pensar en la educación de la democracia y su reforma”

El quiere que el pueblo adquiera, educándose, la noción de las superioridades verdaderas y practique “el culto consciente y espontáneo de todo lo que multiplica, a los ojos de la razón, la cifra del valor humano”.

Es claramente partidario de la igualdad de posibilidades, que entiende no impide acordar a las superioridades morales —a los que todos tienen el derecho de aspirar — los reconocimientos necesarios al progreso humano integral.

Coincide así con cuantos entendemos que la igualdad de derechos verdadera no se opone, sino que hace posible y garantiza la verdadera selección natural.

Aboga, finalmente, “por la concepción de una democracia noble, justa; de una democracia dirigida por la noción y el sentimiento de las reales superioridades humanas; de una democracia en la cual la supremacía de la inteligencia y la virtud —únicos límites para la equivalencia meritoria de los hombres— reciba su autoridad y su prestigio de la libertad y descienda sobre la multitud en la efusión bienhechora del amor”.

Ariel es el alegato de un filósofo de la acción idealista y del pensamiento con alas en pro de una civilización humanista y espiritual opuesta a esa otra civilización ruda y manual que, inspirándose en un enjuto concepto practicista de la vida, triunfaba sobre aquella, amenazando desalojarla por completo de las esferas directivas del espíritu de la humanidad, a empujones de un progreso mecánico sin alma (como el muñeco de la parábola de Heine) y de una absorbente preocupación crematística.

Ese libro apareció en un momento histórico que no podía menos de formarle una como caja de resonancia en el espíritu hispano.

España acababa de perder sus mejores colonias: Cuba, Filipinas, Puerto Rico en una guerra con Estados Unidos de América del Norte que había despertado en las nuevas generaciones de América y del mundo una flamante admiración por la patria de Franklin y de Jéfferson, y puso de moda las formas de la actividad yanki y el concepto de una grandeza histórica a base del predominio de los fines de utilidad práctica sobre los otros fines de la vida humana.

La derrota de España había sido interpretada por muchos como la evidencia de que nuevos valores entraban en el mundo con un sentido de realización desconocido para el quijotismo de los descendientes del Cid, cuyo sepulcro quería Joaquín Costa cerrar bajo siete llaves.

Una nación de mercaderes y de fabricantes había desalojado fácilmente de sus tierras de conquista a una nación de héroes románticos e imaginativos. Bastaba eso para que surgiese la boga de las tendencias practicistas y utilitarias en todos los órdenes de la vida colectiva, sobre todo en América hispana, que padecía el mal ancestral y crónico de la incuria heredada del indio contemplativo y del español arrogante, imbuído de un insensato desprecio por el trabajo productor.

El ánimo del pensamiento español pareció abrumado un instante por el dictamen universal que prefería ver en la derrota, más que el fracaso de una desacertada y rutinaria dirección social y política de la nación desventurada, la comprobación de que las razones de la decadencia española radicaban en la esencia misma del genio histórico ante el cual se alzaba, avasallador, el de un pueblo evolutivo y moderno como si fuese el genio propio de una nueva edad de la historia humana.

Y he ahí que en ese momento, mientras el mundo parecía encandilado por el tipo de esa civilización victoriosa que había hallado su patria más efectiva en la poderosa república del dólar —Calibania, que dijera Rubén Darío—, se escuchó con cierto asombro, pero con mayor deleite, una voz armoniosa que desde un rincón de América del Sur amonestaba al genio triunfante y levantaba, frente a él, con las pulidas frases de Próspero, el lábaro perdurable del espíritu helénico; de la acción desinteresada; del "ocio noble" de los griegos; del entu-

siasmo generoso; de la razón esclarecida y esclarecedora; del amor a la belleza y al bien por el bien y la belleza mismos.

Alarmado ante la invasión arrolladora de lo que pudo denominarse el norteamericanismo, escribe:

"Si ha podido decirse del utilitarismo, que es el verbo del espíritu inglés, los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario. Y el Evangelio de este verbo se difunde por todas partes a favor de los milagros materiales del triunfo. Hispano-América ya no es enteramente calificable, con relación a él, de tierra de gentiles. La poderosa nación va realizando entre nosotros una especie de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes, y aún más quizás, en el de las muchedumbres, fascinables para la impresión de la victoria. Y de admirarle se pasa por una transición facilísima a imitarla".

No quiere que se deslatinice a Latinoamérica. Advierte con disgusto que "la visión de una América deslatinizada por la propia voluntad, sin la extensión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchas almas sinceras interesadas por nuestro porvenir".

"Tenemos nuestra nordomanía", exclama. Y afirma: "Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consuno".

Frente a esa tendencia a una imitación que desnaturalizaría el genio propio de las nacionalidades latinoamericanas, entona un himno a la herencia espiritual de la raza latina.

No admite que se despoje a las naciones latinas de la América de los atributos más característicos de la latinidad para adaptarlos a los modos de vida y a la psicología del vigoroso pueblo de la América del Norte.

"América necesita mantener —dice— en el presente, la dualidad original de su constitución, que convierte en realidad de su historia el mito clásico de las dos águilas soltadas simultáneamente de uno y otro polo del mundo, para que llegasen a un tiempo al límite de sus dominios."

No predica una oposición, una pugna exclusivista de la influencia de una raza por otra. Lo que reclama es la "reciprocidad de sus in-

fluencias" y "el atinado concierto de los atributos en que se fundó la gloria de los dos".

Rodó no cierra los ojos ante las sólidas y altas virtudes de los americanos del Norte. "Desconocer sus defectos —dice Próspero— no me parecería tan insensato como negar sus cualidades".

Las páginas que consagra a loar esas cualidades son de las más inspiradas que brotaron de su pluma.

Aunque no les amo, exclama Próspero, después de haber cantado con bellísimas frases las glorias y los rasgos salientes de los anglo-americanos, les admiro.

"Los admiro en primer término por su formidable capacidad de querer, y me inclino ante la escuela de voluntad y de trabajo que ellos han instituido.

"Tienen el culto pagano de la salud, de la destreza, de la fuerza; templan y afinan el instrumento precioso de la voluntad, y obligados por su aspiración insaciable de dominio a cultivar las energías de todas las actividades humanas, modelan el torso del atleta para el corazón del hombre libre.

"Su genio podría definirse como el universo de los **dinamistas**, la fuerza en movimiento. Tienen ante todo y sobre todo la capacidad del entusiasmo, la vocación dichosa de la acción. La voluntad es el cincel que ha esculpido a ese pueblo en dura piedra. Sus relieves característicos son dos manifestaciones del poder de la voluntad: la originalidad y la audacia. Su historia, toda ella, es el arrebató de una actividad viril. Su personaje representativo se llama **Yo quiero...** Si algo le salva colectivamente de la vulgaridad, es ese extraordinario alarde de energías que lleva a todas partes y con el que imprime cierto carácter de épica grandeza aun a las luchas del interés y de la vida material."

Pero a continuación del amplio elogio que depones como una corona de laurel en la cabeza de ese pueblo, se pregunta:

"¿Realiza aquella sociedad o tiende a realizar, por lo menos, la idea de la conducta racional que cumple a las legítimas exigencias del espíritu, a la dignidad intelectual y moral de nuestra civilización? ¿Es en ella donde hemos de señalar la más aproximada imagen de nuestra "ciudad perfecta"? Esa febriciente inquietud que parece centuplicar en su seno el movimiento y la intensidad de la vida, ¿tiene

un objeto capaz de merecerla y un estímulo bastante para justificarla?"

Su respuesta es negativa.

"La vida norteamericana describe efectivamente ese círculo vicioso que Pascal señalaba en la anhelante persecución del bienestar cuando él no tiene su fin fuera de sí mismo. Su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer a una concepción del destino humano."

Así respondía el Próspero de Rodó a quienes en su tiempo, cegados por el esplendor de la grandeza angloamericana, la erigían en una luz de orientación y enseñanza excluyente de luces más serenas encendidas en otros horizontes.

El pensamiento español se sintió vengado. ¡Y era un descendiente de la madre Patria, un hispano de América, quien venía a tenderle la mano para que encontrase, elevándose sobre su posteración momentánea, la postura adecuada para recoger y aprovechar la lección de la historia!

Un gran escritor de la época lo reconoció así, saludando a Ariel como el heraldó de una corriente del espíritu americano que salía al encuentro del mercantilismo yanqui, como de todo otro mercantilismo, para ofrecerle combate en el alma del continente.

Leopoldo Alas, el ilustre Clarín, la más autorizada voz de la crítica literaria española de su tiempo, tributó amplios honores al libro del joven pensador uruguayo.

Ariel fué una de las primeras y más fecundas semillas ideológicas de todo aquel movimiento latinoamericano de contención de la influencia yanqui, el cual, como reacción contra la política imperialista de los gobiernos de los Estados Unidos y contra la expansión económica duramente explotadora de su capitalismo industrial y financiero manejado desde Wall Street, se concretó después en las actividades de la Liga Latinoamericana fundada por José Ingenieros, y en el antiimperialismo yanqui que antes de la guerra constituía una posición obligada de todas las fuerzas populares y avanzadas del continente.

Campaña era ésa que, por su espíritu, podía despertar —y despertaba— eco simpático en el pensamiento de muchos ciudadanos de la patria de Emerson y Walt Whitman, porque no iba contra el pueblo norteamericano —dotado de ejemplares virtudes (ésas que Rodó elocuentemente reconoce, y que le valieron el aprecio de Marx y luego

de Lenin y de Stalin)— ni contra el alma misma de su nación admirable, sino contra una corriente de su vida social y política, contra ciertas fuerzas de abrumadora gravitación sobre sus destinos.

Queda, pues, Ariel en el firmamento de la literatura americana como una estrella orientadora, una de esas estrellas cuya vibración en las remotas alturas “se asemeja, como lo dijo el maestro, al movimiento de las manos de un sembrador”.

No podía faltar, por tanto, ese libro en las bibliotecas de Moscú.

Luigi Fabbri (1)

Yo debiera, si fuese capaz de ello, levantar en esta reunión triste y silenciosa una palabra tan pura y trasparente como un rayo de sol, para que fuese digna de este espíritu toda pureza, toda luz, que acaba de extinguirse de pronto como un astro que se apaga inesperadamente en el cenit de su carrera. La extraordinaria modestia de este hombre tan bueno y tan sencillo, no toleraba en vida el énfasis de los ditirambos, y por eso sería justo que ante su muerte el elogio supiese encontrar las formas más nobles y más altas de expresión en la más perfecta sencillez, para aconsonantarse con la selección espiritual que era la característica de este amigo inolvidable.

Y he ahí que lo que debe decirse ante todo cuando se habla de Luigi Fabbri es que, pese a su modestia, a su sencillez, a su ingenuidad, a su timidez de niño grande, era por su vida y por su obra un estandarte enarbolado que tremolaba sobre nuestras cabezas señalándonos el rumbo de la superación espiritual y de los sacrificios honrosos.

Yo experimento la amarga emoción de que nuestra ciudad no haya sabido valorar todo lo que representa Luigi Fabbri como valor espiritual e intelectual; que lo haya dejado irse, escapársele de entre las manos sin aquilatarlo. Que ni siquiera haya tenido una mirada para este cortejo, este cortejo fúnebre de los amigos que traíamos sus restos mortales a esta última morada para que descansase en la infinita paz de la naturaleza, de tantos dolores, de tantas amarguras, de tantas luchas, de tantos contratiempos como soportó en la infinita guerra de la sociedad y de los hombres.

(1) Oración pronunciada el 25 de junio de 1935 en el cementerio del Buceo y tomada taquigráficamente por Avenir Rosell, y publicada en la crónica de “El Auto Uruguayo”.

Llegó hasta nosotros un buen día con una aureola intelectual envidiable, con una aureola de maestro en ciencias sociales, de reputación mundial; con la aureola de maestro reconocido y consagrado de la doctrina anarquista, que explicaba, que interpretaba, que profundizaba con la claridad de su talento, con su vasta ilustración y con su pluma de un estilo impecable. Llegó con una reputación intelectual auténtica, ganada, no en los cenáculos académicos ni en las esferas científicas del saber oficial, donde tan a menudo se nos da gato por liebre, sino ganada legítimamente en una labor tesonera y esforzada, en una siembra incesante y luminosa de ideas, esparcidas en libros, en folletos, en periódicos, al aire libre de las palpitations populares. Llegó como un pájaro extraño, como uno de esos grandes pájaros que de pronto arrastran las tormentas a nuestras playas, de regiones lejanas; y cuantos tuvimos la dicha de acercarnos a él advertimos de inmediato que de su plumaje, de blancura inmaculada, se desprendían resplandores augustos. Advertimos que pertenecía a una extraña raza de aves humanas —“rara avis”— pero que él, con su humildad ingenua e invencible, trataba de disimularlo, esforzándose en pasar inadvertido entre la turbamulta, confundiéndose con todos nosotros, codeándose con todos, dándose a todos, alzándonos a todos a la altura de su corazón cuando no podía ser a la altura de su cerebro.

Sereno, sintiendo una especie de piedad y de sincera conmiseración por todas las debilidades humanas; con una amplia tolerancia para todos los errores ajenos, con el cerebro siempre abierto a la comprensión de todas las verdades ocultas, aun de las más pequeñas, él marchaba por la vida rectamente, siguiendo su camino sin desviaciones, sin vacilaciones ni desmayos, sin apartarse un ápice, con la mirada siempre clavada en las claridades remotas del ideal. Pero no como el fanático absorbido por la abstracción, que sigue un camino teórico trazado hasta el ideal pasando por encima de las cosas reales y humanas, batiéndose a menudo como Don Quijote, contra molinos que confunde con gigantes, sino viéndolo y comprendiéndolo todo; con los ojos abiertos al espectáculo del mundo y los oídos abiertos también a las voces múltiples de la vida; comprendiéndolo y sintiéndolo todo, de tal manera que su rectitud no era un castigo, sino un ejemplo para los demás, y su superioridad no recaía sobre nosotros como una

piedra o como una sombra sino que la sentíamos vibrar sobre nuestras cabezas con la armoniosa palpitación de unas alas casi divinas.

Si fuera permitido en esta reunión de hombres, creo yo, casi todos ateos; en esta reunión de anarquistas, de socialistas, de librepensadores, de materialistas, de descreídos, emplear términos de la superstición religiosa, yo diría que Luigi Fabbri murió en olor de santidad. Pero no de esa santidad de que hablan los católicos; porque no se trata de uno de esos santos que la religión hace sentar al lado del todopoderoso o poblar los espacios del paraíso cristiano: se trata de una santidad distinta. Se trata de un santo cuya santidad consistía en luchar constantemente, de un modo sencillo, sereno, sin desplantes, sin alardes, sin “poses”, contra las injusticias, contra las desigualdades, contra el prejuicio, contra la mentira, contra la superstición; cuya santidad, por otra parte, consistía también en la austeridad de una vida de trabajo y de renunciamiento, casi y sin casi, de pobreza. De renunciamiento real a todos los bienes terrenales, a todas las riquezas con que hubiera podido llenar sus manos si en vez de haber puesto su cerebro privilegiado y su vasta ilustración al servicio de sus ideales de redención humana, hubiese puesto a la sordina sus ideas más íntimas y sus más audaces pensamientos.

Hizo de su palabra, con esa sencillez y con esa sinceridad insuperadas un ariete formidable contra la injusticia y contra el mal.

Su vida toda fué, pues, una milicia heroica y abnegada; un apostolado permanente sin gesticulaciones. Y era conmovedor, y al mismo tiempo edificante, ver con qué sinceridad, con qué modestia, con qué simplicidad, con qué bonhomía, con qué bondad imperturbable mantenía él heroicamente, fieramente su actitud de desafío contra todas las potestades de la tierra y contra todos los poderosos del mundo. Por eso sufrió miseria, sufrió destierros, sufrió persecuciones.

Sentía un amor grande y ardiente por la libertad. A nada combatía con tanta fiereza, con tanta tensión de espíritu y de conciencia como a la opresión, tanto la opresión económica como la opresión política. Era el gran enemigo de todas las tiranías y de todos los despotismos. El entendía que la libertad —más de una vez me lo había dicho— era una cuestión de dignidad humana; y entendía que cuando a los hombres o a los pueblos se les arrebatara la libertad, se hace con ellos más que mutilarlos y aun matarlos: se les denigra,

porque se les desconoce en la dignidad esencial y específica que caracteriza y distingue al hombre como ser pensante y consciente.

Con este pensamiento, con esta idea clavada en su corazón como una espina de acero, ante el espectáculo del mundo, en estos momentos en que vemos resurgir tantos despotismos históricos, y ante el propio cuadro sombrío de esta República, a la que viniera buscando un refugio en la liberalidad de sus leyes, para encontrarse de pronto con una nueva tiranía, con esa idea clavada, como una espina de acero en el corazón, cerró sus ojos el bueno, el noble, el grande Luigi Fabbri, el más puro de los hombres que yo he conocido, el más recto y tierno de los amigos, hermano en el espíritu, que no reclamó, que no pidió nunca nada para sí, y, en cambio, lo dió todo para los demás.

Dr. Pablo de María (1)

La Facultad de Derecho y Ciencias Sociales viene, por mi intermedio, a abatir sobre el féretro del Dr. Pablo De María su bandera enlutada. Con la muerte de este hombre bueno, del bondadoso y altruista Don Pablo, como familiar y cariñosamente le llamábamos todos en la Facultad, desaparece una de las figuras más representativas e ilustres de esta Casa de estudios. El personificaba en los rasgos inconfundibles de su espíritu prócer toda una escuela de preclaros maestros del Derecho y toda una "élite" de profesionales de la Abogacía. Su vida toda, como elocuentemente lo han dicho quienes desde esta tribuna han hecho su emocionado panegírico, fué una enseñanza luminosa y serena para sus contemporáneos, y un alto ejemplo ante el cual las nuevas generaciones pudieron aprender la suprema sabiduría de fecundar la existencia con las virtudes creadoras del trabajo y el resplandor de la mente ejercitada en el empeño perseverante y abnegado de ser útil, de hacer el bien, de guiarse, en la siembra y en la cosecha, por los dictados superiores del espíritu de justicia. En nuestras aulas, especialmente en el aula de Derecho Procesal, queda vivo el recuerdo de sus lecciones magistrales, y su voz resuena todavía, pese a los años transcurridos desde que abandonara la docencia; resuena todavía en la palabra y la enseñanza de los profesores actuales, que ahondan con visión personal en su misma disciplina jurídica, con espíritu ágil y con ansia de renovación propia de estos tiempos inquietos, pero sin olvidarse nunca del maestro venerable, cuyo saber y talento marcaron normas insuperadas y dieron soluciones definitivas para muchos problemas que ya no es posible volver a encarar sin la guía y la luz de su firme criterio.

Acaso nadie entre nosotros haya sentido tan cumplida y tan pro-

(1) En sus exequias, en Octubre de 1932. (Versión taquigráfica).

fundamente como él, la dignidad y la responsabilidad de su profesión, que él enalteció como pocos, haciendo de ella una verdadera milicia intelectual, un ministerio moral; más todavía que un arte, un profesorado del arte de aplicar el Derecho y de la ciencia de penetrarlo o de crearlo. Fué el Príncipe de nuestros Abogados, pero lo fué sobre todo porque elevó la Abogacía al rango de una esforzada tensión del espíritu en el duelo lógico por el triunfo de la ley y de la verdad jurídica, en el cual su talento, armado de doctrina y de sagacidad, dictaba Cátedra de Derecho, impartiendo enseñanzas que rebasaban el límite de los casos "sub-judice" y entraban, como elementos vivos, en el proceso de formación y de renovación de la conciencia jurídica nacional.

Pero la lección de su vida no queda encerrada en los muros de la Universidad ni en los estrados de la justicia ni en las páginas de las revistas de Derecho. En la vida pública, sin referirnos ya a sus brillantes campañas periodísticas, a las que otros aludieron hoy, su personalidad se alzó como un ejemplo de civismo —y allí también, fué maestro, —maestro de ciudadanía— en actitudes que pueden recordarse en todo tiempo a los jóvenes, por cuanto constituyen un insigne modelo moral. Sólo voy a recordar una en estos instantes. En ese plano, asimismo desde la Universidad, dictó en cierta ocasión una lección que nos enseñó de golpe, a todos los de mi generación, en los años de nuestra juventud, a respetarlo y venerarlo. Don Pablo, Rector por todos acatado, supo dejar de serlo cuando con su renuncia ponía una valla de rectitud de carácter y de entereza cívica ante el capricho y el favoritismo de un gobernante, levantando así por encima de todas las cabezas, el estandarte de la decencia y de la autonomía universitaria.

Con esa actitud, hizo penetrar de pronto el sentido moral y espiritual de la autonomía en el alma del pueblo y en el corazón ardiente de la juventud estudiantil. Fué esa una de sus más bellas lecciones. También por ella se advierte que el título de Maestro es el que mejor le corresponde; y yo pienso que si Don Pablo De-María no hubiese hecho en su vida otra cosa más que eso por nuestra Universidad; si no hubiese pasado por sus aulas como profesor eminente, si no la hubiese honrado con el brillo de su personalidad y no la hubiese esclarecido con la luz de sus luces, igualmente la Uni-

versidad debía haber venido a esta ceremonia a rendirle el homenaje de su profunda gratitud, recordando que en un momento crítico supo defender con su gesto honrado la gloriosa tradición cívica de la Casa, y con ella, sus fueros morales, aún antes de consagrarse en la Constitución y en las leyes los fueros civiles de que se siente tan celosa.

Los que fuimos sus discípulos lo vemos con profundo dolor partir para siempre, arrastrado por la corriente oscura que desemboca en el misterio; y es precisamente al más humilde de esos discípulos a quien le toca, por una especie de capricho del destino, traer a esta ceremonia, como Decano, la palabra conmovida de la Facultad en cuyas aulas el ilustre muerto estudiara y en cuyas aulas inolvidablemente enseñó.

Pablo Blanco Acevedo (1)

Pablo Blanco Acevedo formaba parte de un grupo de amigos íntimos que la muerte ha comenzado a diezmar antes de tiempo. Ante el compañero que prematuramente cae en el camino, los sobrevivientes nos agrupamos sintiéndonos consternados, disminuidos en nuestra propia vitalidad por la desaparición del ser querido que ha marchado durante tantos años a nuestro lado compartiendo con nosotros dolores y alegrías. En ese grupo había temperamentos distintos, aptitudes diversas, destinos contrarios. Sobre lo que cada uno de esos componentes era o es, cabían las más opuestas apreciaciones en ese cenáculo de camaradas; pero todos estábamos de acuerdo en que el más bueno de todos —por la afabilidad inalterable, la ecuanimidad perfecta, la profunda y serena bondad de su corazón— era Pablo.

Poseía como nadie el tacto de no rozar las epidermis morales, aún en los momentos en que no rehufa la discusión ni el disentiimiento firme en juicios e ideas. Era en ese sentido una constante y admirable lección de fuerza de voluntad para regir sus impulsos manteniéndose en una medida digna que se imponía como un gesto de autoridad amable, pero decidida, a todos los arrebatos, y lograba detener, desermándolos con limpieza de esgrimista dueño de sí, todas las agresividades de la controversia.

Fué así desde muy joven, y por eso le rodeó el respeto de sus compañeros en las aulas y en la vida. Y esa sencilla y espontánea dignidad de maneras no era una simple exterioridad ni una disciplina de superficie, sino que respondía a la nobleza ingénita de sus sentimientos y de su fina textura moral.

Era también una inteligencia insuperablemente equilibrada y un

(1) Palabras leídas en el sepelio. 1936.

cerebro fecundo, dotado como muy pocos en el país para el cultivo de la historia, la gran vocación de su alma desde que era niño todavía. Su obra considerable de historiador, que llevó su nombre más allá de las fronteras, le confiere un puesto destacado en la intelectualidad uruguaya. Sus libros, siempre densos de seria y luminosa información, ilustran con profundidad de concepto el drama de nuestra formación nacional desde los tiempos del coloniaje; y es en ellos admirable la pulcra claridad del estilo, tan adecuado por su difícil facilidad, a la naturaleza y espíritu de su obra. Su estilo es él, en su sencillez de maneras, en su llaneza distinguida, en su honesta des- preocupación de efectismos, en su clara conducta de hombre afectuo- so que a nadie engañaba. ¡Cuánta rectitud moral y energía íntima en esa bondadosa cordialidad que eludía los alardes, pero se hallaba en todo instante pronta a darse sin regateos, como una mano que no tiembla!

Desaparece en la plenitud de su vigor mental y en la hora en que comienza para casi todos los productores del espíritu la cosecha más sazónada; pero puede descansar en paz, porque ya había brindado a la vida frutos de selección y dejado tras su paso huellas imborrables.

Como ciudadano sintió desde muy joven la responsabilidad de la vida pública, y aunque en estos últimos años permaneció alejado de toda actividad política, prefiriendo entregarse por entero a la tarea del libro, de la cátedra y a ciertos aspectos socialmente interesantes de la filantropía, su amor por los principios democráticos y las ideas de libertad lejos de amenguarse, se retempló en la decisión de ser fiel a las enseñanzas de aquel gran tribuno del liberalismo constitucional que fué su padre, cuya sombra me parece ver acercarse ahora hasta su féretro para darle un beso en la frente.

También nosotros, tus amigos de todas las horas que en tí veíamos un hermano a quien escuchábamos con el corazón, dejamos nuestro beso conmovido en esa frente pura bajo la cual no encontró jamás albergue un mal pensamiento.

Carlos Zum Felde (1)

Nunca en la vida me ha costado tanto esfuerzo coordinar algunas palabras. Debo coordinarlas, sin embargo, aunque sólo el verbo inarticulado de los dolores lacerantes podría traducir en su lacónico patetismo la índole y el grado del sentimiento que me agobia ante esta muerte que me pone la muerte en el alma.

Debo coordinarlas y pronunciarlas, sacando fuerzas de flaqueza, mordiéndome el corazón con el dentelleo vacilante de las frases premiosas, porque Carlos Zum Felde esperaba de mí sin duda el cariñoso tributo de una despedida oral, que él a su vez no hubiese dejado de tributarme si yo lo hubiera aventajado en el viaje silencioso hacia las riberas de la sombra sin fin.

Perder un amigo, un verdadero amigo como él, es sufrir la más irreparables de las desgracias; sobre todo para quienes ya no tenemos padres y no tenemos hijos. Porque un buen amigo es para nosotros un padre y un hijo a la vez. Marcha a nuestro lado, y tan pronto está más alto que nosotros para protegernos, como más bajo para que lo protejamos; pero siempre junto a nosotros, su mano en nuestra mano.

Desde muy jóvenes, Carlos Zum Felde y yo trabamos amistad. Más de cuarenta años nos unieron en la trama de sus días y de sus horas, que nos aproximaban bajo el arco de destinos cercanos y nos arrojaban al uno en brazos del otro, a cada golpe de emoción, de alegría o de tristeza, de alborozo o de amargura, como las olas de un mismo mar juntan y emparejan dos barcos vecinos enfilados hacia un mismo horizonte por timones fraternos sobre el impulso de inquietudes comunes.

Yo sentía por él una admiración que sólo ahora —y este es mi

(1) En la inhumación de sus restos. Noviembre de 1936.

remordimiento— sé la declaro rotundamente; porque en vida, su modestia, que sabía valerse de las más sutiles artes de la chanza y de la jovialidad, no dejaba sitio a ciertas explicaciones con palabras, si bien cabían siempre —eso sí— las explicaciones inefables que suelen ser el medio frecuente de comunicación y de entendimiento perfecto entre los corazones que se quieren.

Yo admiraba en él el sencillo heroísmo de una existencia consagrada al trabajo y al cumplimiento de las más puras obligaciones morales con un sentido del deber que llegaba a la abnegación, una abnegación sin desmayos, pero sin alardes; y admiraba la frescura de su espíritu alado, que sabía coronar de rosas la dramática contradicción de sentirse vocado para las letras y tener que cultivarlas tan sólo en las treguas de la oficina absorbente.

Fué un poeta que pudo haber gozado de renombre con poco más que se hubiese dedicado a labrárselo. Conoció, pese a su despreocupación por los laureles, la satisfacción envidiable de que alguna composición suya, como "Insurrexit" alcanzase no poca boga en los círculos intelectuales revolucionarios en los años de su juventud, cuando su musa romántica ("¿Quién que es no es romántico?", gustábale exclamar repitiendo a Ruben Darío) entonaba cantos de tan excelente factura y de tan noble inspiración como ese y como aquel bello diálogo entre "Jesús y un labriego" que destaca en las páginas de un "Almanaque Anticlerical" que yo tuve la ocurrencia de publicar allá por el año 1906.

Escribió sonetos amatorios que son, en su género, verdaderos modelos de galano decir y de intensa emoción lírica. Escribió conferencias literarias, como una sobre Amado Nervo leída con memorable éxito en el paraninfo de la Universidad, que le consagraron maestro de la prosa.

Abordó con fortuna el teatro, logrando estrenar en Buenos Aires una comedia muy bien recibida por la crítica. Y fué además, durante algunos años, profesor de literatura, para mejor evidenciar su vasta cultura literaria y su justificado amor por las letras.

Y todo ello mientras atendía las exigencias de su cargo bancario sin deponer ni un sólo instante la irreprochable elegancia de su espíritu.

—“Yo no tengo” —me decía una vez, cuando le instaba a que compilase en un libro sus versos y en otro sus mejores prosas — “la pasión de la gloria”.

Pero tuvo, en todo caso, tan alta como el que más, la pasión de la libertad y de la justicia.

La llama que encendió la antorcha de su "Insurrexit", en los años mozos del rojo ideal libertario, no se apagó nunca en su corazón de ciudadano; y ardió con renovada intensidad para impulsarlo a adoptar francas actitudes de combate frente a los enemigos de la libertad y de la democracia en los días que corren.

Los discursos políticos que escribiera en esta nueva etapa, la última y más breve de su vida, quedan como páginas de candente elocuencia donde restalla el látigo de la cólera cívica manejado por la mano firme y certera de un señor del idioma.

Y ahora todo acabó! Disminuídos —porque con él se nos va una parte de nosotros mismos, ya que los amigos como él nos complementan porque apoyan en la suya, para sostenerla, nuestra personalidad— disminuídos y consternados lo vemos partir para siempre. Para siempre!, sin poder acostumbrarnos a la idea de que real y definitivamente se ha ido, porque no sé de nadie cuya compañía fuese más agradable ni más codiciada.

Sin él, a sus viejos amigos, la vida se nos torna de golpe más adusta, con serlo ya bastante.

Carlos María Prando (1)

No vengo a pronunciar un discurso decoroso, casi ni siquiera un discurso, ante el féretro de este amigo entrañable que los pronunciaba tan perfectos y magníficos, que nos hacían doblar la frente con recogimiento o levantarla con entusiasmo mientras nuestro corazón palpitaba al ritmo de sus párrafos conceptuosos.

Si quisiera y pudiese colocarme a la altura de tan solemnes y tristes circunstancias tendría que exigirle a la trivialidad retórica de mis frases un esfuerzo tal de depuración y de armonía, que luego no acertaría a encontrarme ni a sentirme a mi mismo en el sonido o el eco de mis propias palabras.

Dejo, pues, a otros el panegírico brillantemente literario para reservarme la modesta expresión de una congoja casi sin palabras con la que creo poder acercarme más a su espíritu, con la vacilante llama del mio, para caldearnos una vez más con el calor de esa larga amistad que nos unía desde los años lejanos de nuestra juventud, desde las aulas de la Facultad de Derecho, y se prolongaba a través de más de cuarenta años en una perfecta e inalterable reciprocidad de profunda estima, de comprensión sutil y de acendrado afecto.

Yo siempre consideré un raro privilegio poder gozar de la amistad de un espíritu superior como el de Carlos María Prando, que acordaba admirablemente la arrogancia de la persona, la elegancia del gesto, el señorío de la presencia y de la acción, con la gallardía del espíritu, la rectitud del carácter, la dignidad de las actitudes morales, la nobleza de la conducta y de las intenciones.

Era una de esas figuras que resaltan en el cuadro de la vida nacional y enriquecen todo un largo momento de ese cuadro con los rasgos inconfundibles de una personalidad prócer a cuya desaparición

(1) En sus exequias, en el hall de la Universidad. Enero de 1950.

no podemos acostumbrarnos. Con él se va para mí una agitada etapa de la existencia en la que juntos con otros amigos, de los que vamos quedando pocos, y en cuyo nombre también hilvano estas palabras, hacíamos arder la antorcha de nuestra juventud en el viento de la carrera olímpica conducida y animada por la llama del ideal.

Su actuación en la cátedra fué una permanente lección de buen decir y de alta docencia en la que el maestro llenaba su función con un severo sentido de responsabilidad científica aliado con un constante sentido del decoro formal. Su actuación en la política fué asimismo un ejemplo de limpieza moral y de preocupación por la línea de impecable pulcritud del espíritu y del carácter.

Prefirió, al final, refugiarse en un aislamiento cívico lleno de dignidad, por no corresponder a su concepto de la elegancia espiritual dar resonancia ruidosa a ciertas divergencias y no cuadrar a la honradez de su carácter transigir, ni aún pasivamente, con la complicidad en las desviaciones del criterio democrático.

Su anhelo de bien público se concretó desde entonces a su frecuentación de las tribunas culturales en el ejercicio de una vocación ciudadana que fué una brillante y desinteresada contribución a la cultura nacional con el aporte de sus notables dotes de orador aplicadas a la dilucidación disertada y elocuente de los más diversos temas.

Hace seis años, estando yo por emprender un viaje a lejanas tierras, me despidió públicamente con una oración memorable. Hoy me toca despedirle a mí, más anciano que él, ante el viaje sin retorno, y no era así, por cierto, como yo había soñado retribuirle su fraternal y conmovedor abrazo de aquel día, a este grande y admirado amigo que hoy se aleja para siempre, de pie en la nave que lo lleva, mirándonos en los ojos mientras se aparta de la orilla con la serenidad majestuosa que fué el rasgo saliente de su armoniosa personalidad y de su firme paso por los caminos de la vida.

El Arte y la Vida (1)

Esta disertación no es una Conferencia de adoctrinamiento estético, ni siquiera una tentativa de incursión en los dominios de la filosofía del arte. No podría serlo, desde luego, porque ello estaría fuera del alcance de mis aptitudes, ni correspondería tampoco dado el propósito de los organizadores de este acto. Se me ha pedido que hable del arte y la vida, y quienes me lo han pedido no son artistas ni intelectuales, sino jóvenes hombres de trabajo, obreros y empleados que son, al mismo tiempo, alumnos del Liceo Nocturno y han constituido como tales, con muy loable propósito y meritoria iniciativa, un centro de cultura donde asomen y converjan en forma elemental las más diversas disciplinas mentales. Se me ha pedido —repito— que habla del arte en sus relaciones con la vida. Y este tema nos coloca de golpe frente a una sucesión infinita de interrogantes. El arte es una de las manifestaciones del ingenio humano que más dependen de las condiciones generales de la vida e influyen así mismo sobre ella, tal como la llama sobre el tronco de donde brota. Observo que la comparación no es del todo exacta, porque el arte no consume la vida de donde naturalmente brota, sino que más bien la transfigura, la exalta y la renueva; a veces también como el fuego la purifica.

Pero mi deseo no es conducir esta disertación al terreno de la influencia moral del arte sobre la vida, sino al terreno de la influencia de la vida sobre el arte.

Una depende de la otra, como que es —según ya lo he dicho— uno de sus efectos y manifestaciones; pero el problema no puede reducirse a la simple afirmación perogrullesca de que ésta surge y depende de aquélla, sino que debe abordar la cuestión relativa a cuáles son las corrientes de la primera que dan nacimiento a la segunda, y

(1) Conferencia pronunciada en el Ateneo de Montevideo, el día 20 de Junio de 1922.

en qué forma y grados ambas están relacionadas. Cuestión compleja, sin duda alguna, que yo no he de permitirme abordar en todos sus aspectos en una disertación de esta naturaleza.

Solamente me propongo referirme a la repercusión que sobre el arte tienen las palpitations y los impulsos del alma colectiva. Todos sabemos que algunos filósofos evolucionistas, Spencer y Grant Allen, opinan que el arte es una forma superior del juego; como el juego, habría surgido de un exceso de energía, de un sobrante de fuerzas no aplicadas a las necesidades vitales.

Como el juego sería desinteresado, es decir, ajeno a toda idea de utilidad. Este concepto no está en pugna con la idea de que la belleza es útil a su modo, lo que es, sin duda alguna, más exacto que aquella afirmación de Guyau según la cual en toda cosa útil hay siempre, por el solo hecho de serlo, un principio o un elemento de belleza. La belleza tiene una utilidad en sí. Naturalmente que se trata de un género de utilidad muy elevado y estricto cuyo carácter imponderable como necesidad sutil, fué admirablemente descrito por un poeta francés, Sully Prudhomme en uno de sus más felices poemas. En éste el poeta nos pinta la impresión inenarrable de desagrado que experimenta un pueblo imaginario, hasta el punto de transformarse en desazón, en consternación verdadera, ante la actitud de rebeldía asumida por las flores, que un buen día resuelven, para castigar a esos hombres de un estrecho y feroz materialismo, declararse en huelga, privando durante cierto tiempo de sus perfumes y de sus matices a los parques y a la campiña toda.

Se puede relacionar, sin duda, el concepto del arte como juego con el concepto del arte como necesidad. Porque si surge como un juego en el hombre es después de haberse satisfecho las necesidades elementales, pero para satisfacer a su vez, como el juego mismo, exigencias que pueden volverse imperiosas, si no para el organismo físico, para las inquietudes de la mente y la vitalidad espiritual. Se le puede concebir asimismo como un auxiliar del trabajo, que incluso llena la función de compensar sus fatigas o sus amarguras.

En su origen o en su germen hallamos la necesidad que siente el hombre de aplicar un sobrante de energías espirituales. Aun siendo un juego es una necesidad. También el animal que juega cumple al hacerlo algo necesario y útil para la lucha por la vida, porque jugando

se "entrena" y se defiende de la modorra y de la pereza muscular que conspiran contra la agilidad, la destreza y la eficiencia de su cuerpo en el esfuerzo indispensable.

El hombre ha empezado a desarrollar sus aptitudes para el arte en el trabajo. Su desarrollo mental se opera en su función de trabajar y producir. Tal vez sería más exacto decir en su función de vivir, que va siendo cada vez más compleja conforme más vive y más se multiplican en su torno los problemas de la vida. Estos le han exigido la capacidad para nutrirse, que lo obliga a trabajar, con herramientas o con armas, y con unas y otras a la vez; y de esa capacidad surge el oficio, que lo desarrolla mentalmente. Su mismo desarrollo mental le reclama el arte. Que puede comenzar siendo un juego, pero que no es, en verdad, un arte todavía. Empieza a serlo cuando deja de ser un juego, para llegar a ser, subjetivamente, en cuanto al artista, una preocupación entrañable y obsesionante, y objetivamente, en cuanto al conjunto social, un fenómeno social, con raíces y con proyecciones en la vida colectiva. O sea, cuando adquiere categoría histórica.

Otro filósofo, Taine, nos habla de la influencia del medio ambiente natural y social sobre el arte; y Hennequin, refutándolo, nos habla de la influencia del genio artístico en general sobre su propio medio. Pero ¿cómo negar que las condiciones del medio influyen sobre las condiciones, las características, las modalidades del arte, sobre todo si se le toma en sus grandes líneas de conjunto, no en las manifestaciones individuales o aisladas, y especialmente en aquellos géneros que, como la arquitectura, el teatro, están por fuerza más supeditados a las exigencias de la realidad ambiente? Por otra parte, no puede negarse que el genio artístico influye sobre el medio en que actúa, modificando la sensibilidad, la mentalidad, el espíritu o el gusto de las generaciones de su tiempo, o de las generaciones futuras que van poniéndose en contacto con sus irradiaciones. Ningún determinismo se niega a admitir que lo que hoy es efecto de determinada causa, mañana llega a transformarse a su vez en causa de nuevos efectos. Por lo demás, el hombre ha conservado siempre la facultad de sobreponerse al medio ambiente natural y social en cierto grado, formándose una especie de ambiente artificial propio, siquiera sea envolviéndose en la nube de sus propias evocaciones y ensueños. Conforme avanzamos en el camino de la civilización, vemos que aumenta el

poder del hombre para contrarrestar la tiranía del ambiente, pues la civilización pone todos los días en sus manos nuevas armas, nuevos medios para triunfar sobre esa tiranía, ya que la civilización no es, en definitiva, sino una lucha contra los elementos naturales, para dominarlos, para neutralizarlos, para domesticarlos y hasta para hacerlos servir a las más pequeñas necesidades humanas. Y ocurre que conforme el hombre adquiere por el desarrollo de la civilización un mayor poderío para sobreponerse a la influencia del ambiente físico y natural, va siendo cada vez más supeditado a la influencia del ambiente social, muy denso y preponderante en las sociedades más adelantadas. Sin embargo, esto no impide que el hombre conserve siempre la facultad de levantar sobre el pedestal de su relativa autonomía espiritual la llama creadora de su rebelde fantasía. Y hay quienes han cultivado deliberadamente el aislamiento del espíritu y se han entregado a la voluptuosidad de forjarse un ambiente artificial, ya sea encerrándose en la atmósfera de sus fantasías y ensueños o encerrándose entre las cuatro paredes de una biblioteca, sin más amigos que los libros, imitando un poco a esos moluscos que tienen la virtud de rodearse, en medio de la agitación de las aguas, de una oscura nube de tinta. En la época del romanticismo y sus derivados, eran muchos los que creían que el artista, para realizar obra de verdadera selección, necesitaba encerrarse en una inexpugnable torre de marfil.

Hubo, a fines del siglo XIX, una escuela en poesía casi simultánea con el simbolismo, el parnasianismo, que, reaccionando contra el sentimentalismo romántico, hizo gala de impassibilidad y no dejaba alterar los pliegues de su clámide por los soplos íntimos de la pasión ni por las ráfagas de los vientos sociales: era un arte marmóreo, frío, sin calor de humanidad. Pero hoy y sobre todo en América, que es un mundo joven pletórico de energías inexplotadas e inexhaustas, el arte debe ser cosa viva y dinámica, como una emanación natural del medio y de los tiempos a que se pertenece. Un escritor francés, Epstein, ha escrito no hace mucho un libro destinado a estudiar el arte del día. El libro se titula "La poésie d'aujourd'hui: un nouveau état de l'intelligence". Leyéndolo se llega a la conclusión de que el artista representativo del momento actual es, como dice uno de sus comentaristas, un hombre impregnado, saturado de su época. Entre él y su tiempo se efectúa un intercambio permanente, algo así como una especie de

simbiosis entre su espíritu y la atmósfera que lo rodea, para permitirle entregarse a la onda de la vida contemporánea, vibrar con su propio ritmo veloz y participar de sus profundas inquietudes. Es ése un arte, sin duda alguna, desconcertante, en cuyas características más salientes el autor aludido ve las manifestaciones de lo que él mismo llama el cansancio o la fatiga civilizada. Existe una fatiga intelectual que no es esterilizadora ni enervante, sino que es más bien un estímulo o un excitante para la producción. Las características o los signos de esta fatiga llamada intelectual, suelen ser: una excesiva irritabilidad, exasperación, falta de memoria, incoherencias, alucinaciones, etc. Y es precisamente todo esto lo que parece reflejarse en esa literatura del momento. Esta fatiga intelectual no constituye precisamente una excepción: es, por el contrario, algo que está incorporado a nuestra vida civilizada, algo que le pertenece y le es inseparable; es una modalidad de que participa lo mismo el ingeniero o el mecánico que construye un puente o un nuevo motor, que el poeta que se dedica a forjar imágenes. Y como no se trata, precisamente de una excepción, no es por eso, en el concepto de Jean Epstein una enfermedad.

"¿Qué es —preguntamos— en efecto, una enfermedad que todos padecemos y de la que vive el universo?". Es ésa una salud —se contesta.

No creo en el destino de una poesía que refleje solamente la fatiga de las mentes o de los nervios; pero esa teoría interpretativa de las relaciones entre la poesía y el estado general de la inteligencia en su hora, puede demostrar que el arte tiende cada vez más a apartarse por diversos caminos de las tendencias del clasicismo del siglo XVII, de acuerdo con el cual el arte, en mérito a la forzada evocación del pasado, se apartaba con desdén de las palpaciones reales de la vida presente.

De mí sé decir que no creo, que no siento que el arte se inferiorice porque refleje las preocupaciones de su época y palpite con los sentimientos de la colectividad, forjándose al calor de los sentimientos populares y bajo la presión de las preocupaciones contemporáneas. El arte debe, por fuerza, recoger esas preocupaciones, sobre todo en épocas como la presente, en que ciertos problemas parecen obrar sobre los espíritus a la manera de esos remolinos de las corrientes que en el seno

de los océanos abren de pronto grandes conos huecos invertidos cuyo vórtice atrae todo lo que se encuentra en derredor. El arte, repito, debe reflejar los problemas, las inquietudes de su era, si quiere ser una creación de hombres para hombres y no una creación de sombras para sombras.

Esto me conduce como de la mano a internarme en otro capítulo de la misma materia que constituye el tema de mi disertación de esta noche: el capítulo referente a las relaciones del arte con el pueblo. Cuando se trata de las relaciones del arte con el pueblo no se hace en definitiva otra cosa más que encarar uno de los aspectos de la llamada cuestión social; y en realidad debo decir que lo que más ha de preocuparme en esta cuestión no es, precisamente, saber cuáles son las condiciones que ha de reunir el arte para poder penetrar en el alma del pueblo, sino cuáles son las condiciones en que ha de hallarse el pueblo para poder ponerse en contacto con el arte. La aspiración de que el arte llegue al pueblo está sin duda implícita en el esfuerzo de todo creador de belleza, si no en lo que se refiere a la comprensión inmediata de la multitud actual, a la esperanza de que las multitudes del futuro aprecien y entiendan su obra. Lo contrario sería desconocer que todo artista tiene y debe tener la legítima aspiración de que la belleza por él creada llegue a ser apreciada, percibida, sentida o comprendida por el mayor número, ya que no siendo así, habría que admitir que priva en su espíritu un egoísmo contra natura, capaz de hacerle preferir el aislamiento eterno en una especie de aristocracia cerrada, frente a la progresiva comprensión de las generaciones.

En los tiempos en que el artista creaba belleza para la multitud, era evidente el afán o la aspiración de que el arte se pusiera en contacto con el espíritu popular. Esto lo vemos en todos aquellos casos en que se trata de atar la emoción de las muchedumbres por el lazo del sentimiento estético a un sentimiento de otro orden, a una idea o a un ideal. El artista griego que construía el Partenón, que levantaba el Acrópolis o plasmaba estatuas para la adoración de las multitudes, creaba belleza, no para un pequeño grupo de iniciados, según lo hacen algunos artistas aristocráticos de los tiempos modernos, sino que la creaba para la mayoría, para las muchedumbres, ya que el pueblo todo era el llamado a extasiarse ante sus producciones, a juzgarlas y a dar en definitiva su fallo, después de haber sentido su es-

píritu impresionado por las irradiaciones de ese arte que naturalmente debía estar al alcance de su grado de percepción. En esos tiempos el arte desempeñaba una especie de función social al servicio de instituciones sociales: del estado, de la religión, la familia, obrando como vehículo y estimulante de aquellos sentimientos o ideas que se consideraban más adecuados a la consolidación y sostenimiento de esas instituciones. Era, pues, su función muy parecida a las de las Vestales encargadas de mantener encendido el fuego sagrado: ella encendía y mantenía encendido el fuego sagrado de la tradición, de las glorias o de los sentimientos nacionales.

El poeta épico que, como Homero, cantaba las fabulosas hazañas de los dioses y de los hombres, era no tan sólo una voz destinada a exaltar el sentimiento de las glorias de la nación, sino también una voz brotada del alma colectiva de donde había surgido y hacia la cual volvía por los múltiples caminos de las sensaciones individuales. Su canto estaba hecho para ser recogido por el espíritu del pueblo y conservarse allí, como un tesoro y como una llama de exaltación y de gloria. El pueblo era el encargado de transmitir ese tesoro por el vehículo de la tradición oral, pasándola de generación a generación como en los juegos píticos pasaba la antorcha de mano en mano. Era, pues, una poesía para el pueblo.

Del mismo modo, el poeta trágico que componía dramas para ser representados en solemnidades de un carácter al mismo tiempo nacional y religioso, debía tener la preocupación de que su obra, hecha para ser expuesta ante la emoción de públicos compuestos por millares de personas, poseyese la virtud de llegar al espíritu y al corazón de las muchedumbres.

Siglos más tarde el artista medieval, que levanta, para mayor gloria de la religión, la maravilla imponente de las catedrales góticas, debe también sentir la preocupación de que su arte conmueva a la multitud que ha de congregarse bajo las bóvedas de esas catedrales. Siendo instrumento de la religión, que tiende a inculcar en los espíritus el respeto y el sentimiento de la misma, claro está que cuanto mayor aptitud revele su arte para conmover al mayor número de espíritus, ha de creer que ella es en la misma medida más grata a Dios.

Después, en el Renacimiento —sobre todo en Italia—, el artista

continúa realizando obras de arte popular, no en el sentido de arte grosera, sino en el de inspirarse en sentimientos colectivos y extendidamente humanos, y, sobre todo, en el de que las ponía bajo la advocación, bajo el juicio del pueblo, llamado siempre a fallar como juez competente. Las reputaciones artísticas las consagraba el pueblo mismo, lo que sin duda respondía a una capacidad de comprensión y de sensibilidad para el arte que fué signo característico de la vida de aquellos tiempos, especialmente en las ciudades italianas. En aquella época de magnífico refloreamiento intelectual, se daba el caso de que ciudades enteras salieran a la calle en manifestación tras una obra de arte —un cuadro o una estatua— al ser trasladada, como la Virgen de Buoninsegna, desde su taller a una iglesia. Era el arte colocado en la cima de los valores; era el culto por el arte y el genio artístico reverenciados como la expresión más alta de la intelectualidad humana.

Hoy no es el pueblo el que forja las reputaciones artísticas: hoy generalmente se le dan hechas. Una verdadera "elite" intelectual, la crítica, los profesionales, los círculos de personas preparadas y cultas, dan su fallo: consagran o niegan; y así comienza la reputación de la obra de arte que muchas veces el pueblo no llega a comprender ni a admirar, porque no tiene bastante preparación del gusto para ello, o porque la obra carece de ciertas virtudes de arte indispensables para llegar a todos los espíritus.

En los tiempos modernos la clientela del artista se ha diversificado completamente, y esto, ha determinado muchas categorías de arte, y muchas zonas distintas en los gustos de una nación.

En las sociedades antiguas, menos complejas, donde las clases estaban más definidas y su separación era más neta, como cortada a pico por los privilegios jurídicos de clase, el arte pasaba por encima de esas diferencias desde que, inspirándose en sentimientos generales, ejercía una especie de ministerio social a su modo, dentro del espíritu más o menos convencional o de los prejuicios ideológicos que lo informaban, tomando por espectador al pueblo todo. Y el pueblo todo era su clientela moral, digámoslo así, aunque lo pagasen los gobernantes o los grandes señores.

En posteriores tiempos, los gustos de los grandes señores que pagaban o protegían el arte, se fueron separando del pueblo bajo co-

mo un resultado del refinamiento de las costumbres de las clases altas y de lo que podríamos llamar la concentración de la cultura, fenómeno correlativo al de la concentración de las riquezas; y comienza así el divorcio entre el arte en sus manifestaciones formales más elevadas y puras y la muchedumbre, como en Roma de la época de Scipión en adelante.

Empiezan así a destacarse dos clases de arte: una culta, de formas cuidadas, refinadas, artísticas; otra grosera, burda, incorrecta, propia para ser gustada por el paladar poco fino de multitudes ignorantes e incultas.

Al sobrevenir la Edad Media se produce un eclipse en el espíritu humano y ni entre el pueblo bajo ni entre los señores era posible hallar la cultura necesaria a un desarrollo apreciable del arte culto, sabio. Pero en cambio vamos a hallar, como en todas las épocas primitivas, como en el Oriente remoto o en la Grecia de la edad de bronce, de Hesíodo y de Homero, manifestaciones sorprendentes de un arte ingenuo, rudimentario hecho de instinto y de pasión, brotado de la entraña misma de los tiempos e impregnado de las características esenciales de la humanidad en aquel período de su historia. Es la obra de arte popular que sólo traduce los sentimientos predominantes en el alma de la multitud dominada por la ignorancia, la superstición y el fanatismo. Fué el de esta época un arte primitivo e incorrecto como que era una irradiación de espíritus sin cultura y de costumbres rudas y hasta groseras; pero, emanación al mismo tiempo de temperamentos renovados por la transfusión de las razas de costumbres viriles, se siente palpitar en él dentro de los asuntos en que se ve obligado a manifestarse, una pujanza de psicologías renovadas, fértiles en vigores de juventud.

Nada expresa mejor esas características que los productos literarios de ese tiempo: las canciones de Gesta, el poema del Cid, los romances, las crónicas, las trovas, todo ese conjunto inconfundible de manifestaciones de una poesía eminentemente popular por su forma y por su esencia, por traducir sentimientos del pueblo con expresiones del pueblo, con lenguaje del pueblo, brotada del genio anónimo y poderoso del pueblo.

Hay un poema, escrito al final de la Edad Media, colocado así en los umbrales del Renacimiento como un glorioso precursor, que pue-

de considerarse la epopeya de esa edad, su resumen, su compendio, pues la encierra toda en la solemne majestad de su grandeza al mismo tiempo luminosa y sombría, dicho sea sin intención de paradoja. Es la Divina Comedia de Dante, el más profundo y terrible poema que se haya escrito nunca; condensación atormentada y portentosa del drama de los siglos; obscuro mar donde se refleja el variado espectáculo del alma humana, con todos sus gestos, sus inquietudes y sus cambiantes infinitas. No es ya, en realidad, un producto literario típico del arte medieval: hijo de un espíritu de inmensa cultura — acaso la más vasta de su tiempo— vivió en él toda el alma de la época que canta y resume, pero el gusto artístico que lo preside no es el de los bardos primitivos que vibra de torpe modo en las consejas populares. Surge así, soberbiamente desarrollado ese sentido de belleza formal que ha de ser regla saliente del arte del Renacimiento, cuyo elemento está allí anunciando y abriendo la nueva era del espíritu universal. Porque ese poema es, al mismo tiempo, la llave de oro que cierra un ciclo en la historia de la poesía y del arte y la que abre otro ciclo de inusitado esplendor.

Y bien; el Dante no escribió su poema en latín como los poetas de su tiempo: prefirió escribirlo en idioma vulgar, en una lengua sin tradición literaria, todavía en formación; instrumento de expresión habitual en todos los actos de la vida ciudadana; y sábase que estuvo indeciso entre escribirlo en lengua italiana o en provenzal para que pudieran entenderlo los que no fueran eruditos.

El artista, el poeta, que era además un ciudadano bien metido en las agitaciones de su tiempo no rehuía el contacto con la muchedumbre sino que, por el contrario, lo buscaba. No quiso que su poema fuera para los cenáculos, sino para que lo estudiara y meditara el pueblo.

Pero detengámonos un poco a observar lo que ocurría con la literatura en ese siglo y en siglos anteriores. Durante mucho tiempo, a raíz del derrumbe de la civilización antigua y pagana, a causa de las invasiones de los bárbaros, los escasos resplandores de cultura permanecieron encerrados en el fondo de los monasterios. Ellos conservaron los restos de la cultura romana y griega en pergaminos que hubieron de sufrir a menudo la profanación del fanatismo o la ignorancia de monjes apenas un poco menos bastos que el vulgo de ese tiempo de

espeso y materialista oscurantismo. El clero monopolizó así la precaria y exigua cultura universal, reduciendo las especulaciones filosóficas al estudio de la teología y dando a las ciencias como límites infranqueables, las indiscutidas afirmaciones del dogma revelado. Las manifestaciones de esa incipiente cultura se expresaba en latín cada día más bárbaro, más alejado de las puras fuentes originarias; y entre esas manifestaciones florecieron también algunas literarias: crónicas en los primeros tiempos, después obras poéticas; literatura erudita que se fué enriqueciendo con el andar de los siglos, alcanzando en los siglos más cercanos al Renacimiento —en los siglos XII, XIII y XIV— relativa importancia. Pero, al lado de esa literatura que usaba el idioma literario, la lengua sabia, se iba formando la otra, que cantaba con la lengua torpe aún, de las multitudes ignorantes. Toda esa literatura erudita carece hoy día, salvo contadas excepciones, de importancia e interés. La otra, la que fué formando el alma de la muchedumbre, la que se nutrió con el jugo de su corazón, de acuerdo con su propio acento, reflejando su mentalidad, ésa se ha reflejado en monumentos inmortales, y ha logrado ser, por el tesoro de fuerzas vírgenes que reserva, por el vigor, la energía y la espontaneidad que traduce, el tronco robusto donde fuera siglo más tarde, en los albores del siglo XIX, a buscar sabia renovadora y fecunda la revolución literaria y artística que se denominó romanticismo.

En los tiempos modernos, en la época contemporánea, la individualidad artística a menudo se encuentra lejos de las palpaciones del alma popular. Ya en el siglo de oro francés, —uno de los más bellos ciclos de la literatura universal— el arte selecto de los eruditos, de los escritores palaciegos que formaban la corte del Rey Sol, o de aquellos que se entregaban a las huera fantasías bucólicas y al exquisito preciosismo de Palais Royal, huían con espanto de todo lo que tuviera un lejano cariz de cosa vulgar o trivial y sentían horror a la multitud incapaz de percibir el encanto de aquellas formas de artificiosa perfección.

Pero rompen esa consigna, no pudiendo refrenar en los estrechos moldes convencionales los impulsos de su genio abierto a solicitudes más hondas y verdaderas de la vida, a ratos Corneille y Racine, y sobre todo Molière, en cuya obra se nota el choque de sus propias tendencias con los cánones consagrados que debía respetar por im-

posición del gusto real basado en las pragmáticas del gran legislador literario del clasicismo: Boileau. Y aún este mismo, junto con Molière, ha de atacar en nombre del buen sentido burgués y de la naturalidad, la afectación ridícula de los preciosistas. Fué Boileau precisamente quien dijo: "Chassez le naturel, il reviendra au galop".

Del mismo modo, en Inglaterra, mientras los poetas de la corte de Isabel componían graciosas alegoría mitológicas del gusto de unos pocos refinados, poetas dramáticos de instinto y pasión como Marlowe y Shakespeare, de enorme cultura por otra parte, creaban un arte sacado de las entrañas palpitantes de la vida, lleno de humanidad y de universalidad, fuerte e impetuoso que no respetaba las formas ni las reglas clásicas, y manejaban todos los elementos de la existencia real sin sentir repugnancia ante ninguno de ellos.

Y en España, en aquel insuperado siglo de oro de su literatura, ¿cuáles son las obras que más ha preferido la gloria, si no aquellas más adentradas en el corazón de la realidad, las que mejor la reflejan en algunos de sus aspectos, las que en vez de aproximarse a la sensibilidad quintaesenciada de unos pocos seres de excepción o a la delicada percepción de belleza de unos cuantos iniciados en ciertas fórmulas de alquimia literaria, tienen acento eficaz para todos los espíritus, voz de verdad y de humanidad que todos entienden y en las cuales el pueblo reconoce una expresión inconfundible de su propia alma, y el genio de la raza su propia y acabada expresión?

Desde el teatro, en que brillan ingenios tan preclaros como Lope, Calderón y Tirso, hasta la novela de costumbres, las incomparables novelas picarescas, de donde habría de surgir dos siglos más tarde todo el naturalismo; y desde la novela picaresca hasta aquella cumbre gloriosa, el Quijote, todo dice allí que la obra del genio tiene sus raíces espirituales en el alma del pueblo y en la vida real, de donde extrae sus jugos esenciales para transformarlos en flores de perfección. El Quijote es precisamente una de esas obras eminentemente populares, porque está hecha para que el pueblo pueda regocijarse con la ingenua festividad de algunas páginas, a veces de un gusto deliberadamente poco delicado, —a la manera de Rabelais, otro gran escritor del pueblo—, o pueda deleitarse con las aventuras del hidalgo manchego y las enseñanzas que de sus comentarios se desprenden. Este

es, por lo demás, uno de los privilegios del arte superior; tiene la virtud de abarcar a un mismo tiempo todas las latitudes de la humana cultura, pudiendo gustar a los ignorantes y hacerse admirar de los sabios. Pero, entendámonos: no debe creerse por eso que el arte, para adquirir esta doble virtud, deba ser chocarrero y esforzarse en mantenerse a ras de la inferioridad mental del "vulgo necio", como lo llama Lope. De ese modo, el arte deja de ser tal; y entonces, si puede gustar a los ignorantes halagando su mal gusto, no podrá, por cierto, hacerse admirar de los entendidos ni impresionar a los espíritus cultivados. En el extremo contrario el arte se encierra en fórmulas indescifrables, como si se tratara de una ciencia esotérica, o refina los moldes de expresión hasta el punto de volverse enigmático e inaccesible.

Carducci reclamaba para la poesía las formas nobles y orgullosas de dignidad que no entrega toda su belleza de golpe, sino que exige ser conquistada poco a poco, por el asalto renovado, entregando en cada esfuerzo un encanto imprevisto. Y abominaba en versos soberbios de aquella otra forma que se entrega fácil como ramera ofrecida. Pero esto necesita ser interpretado: lo que él quería era dar a la expresión poética un contenido espiritual elevado, enriquecer a la poesía con todos los elementos estéticos y artísticos que puedan contribuir a darle un más profundo sentido y un más vasto alcance.

"La gloria de hoy es la popularidad de mañana", dice Anatole France; lo que significa que se equivocan quienes creen asegurar su gloria buscando la popularidad de hoy, que sólo tiene valor cuando la de mañana haya venido a ratificarla. Y la de mañana sólo será su ratificación cuando la obra tenga cualidades que la pongan a cubierto de las evoluciones del gusto, y haga descansar su reputación, no en las veleidades de la moda, sino en el fondo firme y permanente del sentimiento estético.

Yo diría que a la historia sólo le interesa el arte que está dentro de la historia: el que ha querido permanecer al margen de la historia y de la vida sólo ofrece un interés muy relativo, casi arqueológico o paleontológico, como ejemplar aislado. Por otra parte, no debe olvidarse que el arte más perfecto es el que logra concentrar, como el de Leonardo en pintura y el de Bach, Mozart y Beethoven en la mú-

sica, encantos de una sublime sencillez, toda la evolución de esa enorme suma de empeños realizados al través de los siglos para crear la belleza suprema; y que también se puede, como decía Emerson, expresar grandes cosas con sencillas palabras. Lo difícil es dar con las fórmulas que siendo sencillas para todos, signifiquen, sin embargo, un modo de arte verdadero, de arte noble y elevado, capaz de levantar el espíritu de cuantos se acercan a él, ya sean hombres ignorantes u hombres cultos.

Un poeta flamenco ha hecho hablar en una deliciosa alegoría a un árbol, a una torre y a una montaña. Dentro de poco saldrá el sol — dice el árbol— y él brillará sobre mi copa, porque tengo flores y hojas y doy frutos y los pájaros anidan en mis ramas. La torre por su parte dice: el sol se reflejará sobre mí, porque soy más alta que el árbol y tengo bajo mi techo nidos de pájaros. Y la montaña, a su vez, sostiene que el sol resplandecerá sobre su cima por ser más alta que los otros dos, muy pequeños al lado suyo. Luego aparece, el sol, y baña con sus rayos indistintamente a la montaña, a la torre y al árbol. Así es el gran arte: alumbra simultáneamente a los pequeños y a los elevados, a los sencillos espíritus y a los espíritus superiores. Entretanto la obra educadora del arte es vasta y profunda, aún cuando no se constituya en vehículo de ninguna ideología determinada: basta que sea arte y no falsificación de arte, o no contenga virtudes negativas o disolventes. Su acción tiene el poder de afinar los espíritus, de aguzar los sentidos espirituales, haciéndolos aptos para las más hondas y múltiples percepciones; despierta insensiblemente la conciencia moral y la deja vibrante como un arpa, para impresiones ulteriores.

A veces, un viajero a quien las fatigas de la jornada sumergen en profundo sueño, tras un largo y penoso camino, despierta en la noche en medio de la selva y permanece absorto escuchando el canto armonioso de un ave peregrina, de un ruiseñor acaso; y a poco sus oídos, atentos a la deliciosa música que lo ha despertado, empiezan a prestar atención también y a percibir uno a uno todos los rumores de la selva, desde el más caudaloso al más insignificante, desde la palpitación poderosa de los árboles seculares hasta el aleteo efímero de los invisibles insectos. El pájaro ha callado, pero su canto ha abierto en el espíritu del viajero un agujero de luz, una ventana por donde

ha entrado toda la selva como en el final del primer acto de las Walkirias de Wagner. Así también la voz del arte suele llegar a los oídos del pueblo sumergido en sus preocupaciones materiales y lo despierta para que abra su alma a otros rumores, a otras sollicitaciones y se disponga a dejar entrar en ella todo un bosque o todo un mundo de ensueños, de ideales y de esperanzas.

Clausura del Congreso Internacional de las Democracias de América

SEÑOR PRESIDENTE. — Clausurará el acto el Dr. Emilio Frugoni. (Ocupa la tribuna el Dr. Frugoni, y es calurosamente aplaudido).

SEÑOR FRUGONI. — Señoras, señores:

Cábeme el honor inmerecido de clausurar, en nombre del Comité Organizador de este Congreso Internacional de las Democracias de América, sus sesiones.

Debo, ante todo, dar mis más efusivas gracias a las delegaciones que lo han integrado, especialmente a las que han venido del exterior para imprimirle tan trascendente significación en la historia de los esfuerzos populares de América en pro de las libertades humanas y del progreso político.

Este Congreso ha sido una reunión de hombres libres en la que América se ha encontrado a sí misma en el corazón y en el pensamiento de todos los que aquí nos hemos congregado para estrecharnos en torno de ideales comunes de libertad y democracia. Ha sido una Asamblea memorable en la que hemos sentido palpitar nada menos que el alma profunda de todo el continente, encarnada en los destacados representantes de las fuerzas populares auténticas, casi todos ellos de alta significación en las luchas civiles y en la vida política y social de los diversos países del Nuevo Mundo.

Del Nuevo Mundo, amigos delegados. Nunca tanto como ahora, en este instante de angustias y desconcierto por que la humanidad atraviesa, hemos experimentado el anhelo poderoso de que América sea, realmente, un mundo nuevo. Que lo sea, no por haber surgido después que el viejo a la vida de la civilización, sino porque en estas tierras vírgenes y feraces pueda florecer y expandirse el es-

píritu invencible de una sana y lozana juventud. Para que surja y se afiance un nuevo ordenamiento humano, asentado sólidamente en sillares de armonía, de fraternidad y de justicia, incommovibles, a cubierto de las funestas y oscuras deidades que truecan actualmente ante nuestros ojos espantados, en frutos de maldición, los dones maravillosos de la cultura y del progreso material.

Este Congreso ha constituido, precisamente, un magno exponente de esa aspiración y ha surgido para dar impulso vigoroso a la obra de encarnarla en los hechos.

Hombres de todas las regiones del Continente nos hemos reunido aquí para buscar en cuatro o cinco días de intensas deliberaciones, la mejor manera de defender y salvar a la democracia, salvando con ella los más altos valores y los destinos de la cultura y de la civilización continentales, al través y por encima de las tremendas vicisitudes del momento trágico que está viviendo la humanidad civilizada.

Siniestras potencias que materializan en las más odiosas modalidades de la barbarie el instinto de opresión y de rapiña en el doble plano de la vida política interna de cada país, y de la vida política internacional, han armado su formidable máquina de avasallamiento, con la cual van arrastrando poco a poco los destinos de la humanidad a una encrucijada: a la alternativa pavorosa de elegir entre estas dos tragedias: o la tragedia de una vida civil sin derechos humanos y sin dignidad humana, sin más ley que la del látigo esgrimido por la brutal prepotencia de la tiranía, o la tragedia de una guerra monstruosa, que no sería sino una fantástica orgía de destrucción, de exterminio, de muerte, y un salto de toda la humanidad civilizada en la sombra y en el vacío.

(Muy bien; prolongados aplausos).

LOS PUEBLOS CIVILIZADOS ANHELAN LA PAZ

Asistimos al avance en Europa y en Asia, de esa formidable máquina aplanadora de soberanías nacionales y de resistencias cívicas, que avanza y cumple su misión inicua bajo el índice rígido de los dictadores, por la única y simple razón de que se consideran los más fuertes y de que especulan con la amenaza de la guerra y también la

hacen, como en China y España, mientras todos los pueblos civilizados anhelan ardientemente el mantenimiento de la paz, esa paz que se les va escapando un poco cada día de entre las manos ansiosas, que a esta hora no retienen sino una sombra de la paz verdadera.

Y en estos mismos instantes, mientras llegaban hasta aquí las delegaciones para este Congreso, y en los mismos días en que estábamos aquí reunidos deliberando para encontrar las mejores soluciones a la realización de nuestras aspiraciones democráticas, nos sentimos de pronto abofeteados en nuestra sensibilidad de demócratas, por la sorpresa que nos deparaba todavía la audacia de los usurpadores, suprimiendo en pocas horas, casi en pocos minutos, la independencia de lo que quedaba de Checoeslovaquia. Y eso mientras todavía no habíamos podido reponernos del amargo estupor que nos había producido la entrega de los territorios sudetes, y pocos días antes, la absorción inaudita de Austria por el Reich, y cuando nuestro corazón estaba sangrando copiosamente de la tremenda, de la innarrable desventura del heroico pueblo español...

(Prolongados aplausos).

...abatido y pisoteado por la bota de los generales traidores y de las tropas invasoras del fascismo internacional.

(Muy bien; aplausos).

AMERICA SE YERGUE ANTE EL PELIGRO FASCISTA

El eje Roma-Berlín-Tokio, gira, se mueve, avanza, ampliando su radio de acción, extendiendo sus tentáculos para apoderarse de nuevas extensiones territoriales; y esparce por el mundo, a favor del prestigio del éxito material los gases mefíticos de su propaganda y de su influencia doctrinaria o pseudo doctrinaria sobre ciertas mentalidades, para acrecentar cada 24 horas el peligro que esas potencias representan en la actualidad para la paz del mundo, para la libertad y la dignidad del hombre y para la independencia de todos los pueblos de la tierra.

América ante ese peligro se yergue; se yergue porque desde luego, todo lo que atenta contra la razón y el derecho la alcanza y la hiere en su espíritu de justicia, en su sentimiento de solidaridad, en el altruísmo de sus propios y generosos afanes por la suerte de todas las naciones.

América se yergue, sobre todo, en lo que ella tiene de más genuinamente americano, que es el instinto de libertad, porque tiene, (como decía muy elocuentemente el socialista argentino Américo Ghioldi), el instinto de la libertad, por más que frecuentemente esté gobernada por oligarquías que se la usurpan o se la suprimen. Tiene, además, el ansia de justicia y el sentimiento del porvenir, de un porvenir en el que todos los hombres se sientan profundamente hermanos en el goce fecundo y tranquilo de los mismos derechos, bajo el amparo de una libertad segura y efectiva, como diría Spencer: "igual para todos".

América se yergue, también, porque en virtud de su internacionalismo esencial y del cosmopolitismo que aportan los elementos estructurales de su vida social, ella es el continente predestinado para recoger en su seno y en su sensorio, la repercusión y los efectos de todo lo que ocurre en el mundo civilizado, hasta el punto de que hechos geográficamente muy lejanos la hieren en carne propia y desgarran sus entrañas morales. Como ocurre precisamente con el caso de España, donde, cuando las fuerzas fascistas entran allí conducidas por los generales traidores, para abatir la República y suprimir las libertades de todo un pueblo, esas fuerzas no golpean solamente en la carne, en el cuerpo, en el alma de ese pueblo, sino en la carne, en el cuerpo, en el alma de todos estos pueblos de América, que por algo son hijos de esa nación mártir y sacrificada, víctima propiciatoria en los altares del derecho humano y de la democracia universal.

(Muy bien; prolongados aplausos).

UNIDAD ESPIRITUAL DE AMERICA POR LA DEMOCRACIA

América se yergue hasta por una razón egoísta (legítimamente egoísta, eso sí, porque se concilia perfectamente con el amor al prójimo). Se yergue porque esas potencias no constituyen solamente una amenaza o un peligro para algunos países o pueblos sino que constituyen un peligro permanente para todos los pueblos de la tierra; y este es el instante en que todas las naciones de América deben sentir hondamente la necesidad de defenderse de este peligro.

Por eso este Congreso surge en su hora oportuna. Por eso este Congreso ha surgido para tratar de promover, desde luego, la pro-

funda unidad espiritual de toda América, de todo el continente; para promoverla por el único medio capaz de alcanzarla y asegurarla, que es la democracia en todas las regiones del Nuevo Mundo; realizarla y ponerla bien adentro en el corazón de su historia, en el caudal de los acontecimientos americanos; en la entraña misma de nuestras cosas, de nuestros hechos, de nuestros seres y de nuestra vida regular. Realizar la democracia en cada país, porque ella es la única que puede conseguir y afianzar la unidad nacional para altos y sagrados fines que el pueblo comprenda y sienta como cosa propia, que valga la pena de sacrificarse por ella; de consumir por ella, si es necesario, el sacrificio de la propia vida.

ALIANZA DE LAS AMERICAS

Por eso nosotros, que hemos encarado desde el principio el problema de la constitución de un sistema colectivo de defensa continental, y a eso responde una de las más importantes ponencias o resoluciones de este Congreso, en cuanto ha creado la "Alianza de las Américas" en todos los terrenos, en el campo popular y en el campo oficial, por eso nosotros hemos entendido siempre que no podría haber un sistema seguro de defensa colectiva si dejamos dentro de él "el caballo de Troya" de ciertas oligarquías que están siempre dispuestas a transigir con los peores intereses y a traicionar la patria para venderla al mejor postor.

Pero yo no voy a decirles a ustedes, a esta hora, que es lo que ha realizado el Congreso. Lo que puedo afirmar, y todos han de sentirlo como yo lo siento, es que podemos estar satisfechos y orgullosos de la labor que aquí hemos realizado.

Llega ahora el instante en que debemos dar por terminadas nuestras deliberaciones y no podemos menos que pronunciar las palabras rituales de despedida con profunda emoción.

Han llegado hasta nosotros los compañeros de la Argentina, los destacados representantes de fuerzas populares del vecino país que trajeron consigo en la palabra elocuente de sus delegados, el verbo de las inquietudes fecundas de ese gran pueblo cosmopolita, cuya personalidad nacional, cuyo poderoso sentimiento de nacionalidad, de argentinidad, que diría Ricardo Rojas, se vigoriza, se profundiza

y se amplía impregnado de sentir humano en su internacionalismo esencial y orgánico; y por eso mismo era de su seno de donde debía levantarse la ilustre palabra de un Saenz Peña para proclamar en la primera Conferencia Panamericana, el año 1890: "América para la Humanidad".

(Prolongados aplausos).

CHILENOS, BRASILEÑOS, MEJICANOS...

Tenemos, al lado nuestro, a los hermanos de Chile, casi todos ellos miembros del Frente Popular, que llegaron hasta aquí un tanto preocupados por la enorme responsabilidad política que las circunstancias acaban de poner sobre sus hombros, que han venido desplegando gallardamente a los cuatro vientos del espíritu de América su bandera de triunfos, que no es tan sólo la bandera de un triunfo político para Chile, sino que es una bandera de esperanza para todos los pueblos del Continente.

Los hermanos del Brasil, que trajeron a nuestras deliberaciones la palpitación, la vibración cálida de su verba magnífica y que nos han conmovido, sobre todo, cuando nos recordaban las penurias que han padecido, los sacrificios que han realizado y los que están dispuestos a realizar para impedir que esa vasta nación, que es casi un continente, y es un verdadero y maravilloso emporio de la Naturaleza, puede caer bajo la influencia de Hitler o Mussolini.

(Muy bien; aplausos).

Y han venido los Mejicanos, los hijos de la gloriosa patria de Hidalgo, de Juárez, de Madero y de Zapata, que han llegado a mostrarnos orgullosos la obra extraordinaria que se está realizando en México, bajo el ejemplar gobierno del general Lázaro Cárdenas, donde el indio, el paria indígena está conquistando gradualmente su emancipación material y espiritual y la reincorporación efectiva a la tierra que le pertenece, mientras el país entero se afirma y se yergue, otra vez, como un avanzado alerta de nuestro continente en la lucha incesante contra el adversario común, contra el avance del imperialismo económico y político.

(Muy bien; aplausos).

DELEGADOS DE PARAGUAY, VENEZUELA, CUBA Y PERU

También han venido los hermanos del Paraguay, de Venezuela, de Cuba, donde la lucha por la libertad ha sido un largo martirologio cuyos relatos nos han llenado más de una vez el alma de consternación, haciendo subir a nuestros labios el recuerdo de aquellos versos de Rubén Darío, aparentemente piadosos, pero impregnados de cierto dejo de amargo escepticismo desilusionado:

"Cristóforo Colombo, pobre Almirante,
ruega a Dios por el mundo que descubriste".

Pero podemos sentirnos reconfortados en nuestra confianza en el porvenir: en esos países hay paladines esforzados de la libertad que saben soportar todos los sacrificios y todas las persecuciones antes de arriar la bandera gloriosa de la causa a la cual están entregando sus inagotables energías.

Acaso en algunos de esos países, como en Venezuela y sobre todo en Cuba, —nos lo acaban de decir oradores elocuentísimos y eminentes—, están asomando auspiciosos atisbos de una evolución hacia la corriente democrática.

(Muy bien; aplausos).

Luego han llegado, también los hermanos, los entrañables hermanos del Perú. Han venido empuñando en sus manos aguerridas la antorcha gloriosa, inolvidable e inextinguible del Aprismo, cuyos resplandores proyectan en el cielo de América como símbolo de los abnegados impulsos del alma continental en sus esfuerzos por la superación de todos los obstáculos en esta lucha incesante por la conquista esforzada de los más altos destinos americanos, proyectan un nombre: el de Víctor Raúl Haya de la Torre.

(Muy bien; prolongados aplausos).

LA UNION CON EL PUEBLO DE LOS ESTADOS UNIDOS

Y séame permitido a pesar de lo avanzado de la hora, ya que recuerdo aquí la participación brillante que los hermanos apistas han tenido en el seno de este Congreso, que recoja para comentar, brevemente, la declaración que acaba de leer desde esta tribuna ese

alto espíritu, ese brillante talento, ese magnífico orador que es nuestro querido Manuel Seoane.

Nosotros, los representantes de un partido político de nuestro país, encontramos en ella cosas que hubiéramos podido suscribir sin la más mínima reserva, en cuanto allí se establece que debíamos preocuparnos, no tan sólo de la lucha contra el fascismo, sino también de la lucha permanente contra toda forma del imperialismo económico y del imperialismo político, porque el fascismo tal vez sea, y sin duda lo es, en la materia político-social del mundo, un fenómeno transitorio; mientras en el desenvolvimiento de los acontecimientos históricos de nuestros continentes y de todo el mundo civilizado, la existencia de ciertas potencias económicas que se organizan en forma de imperialismo simplemente económico, y también de imperialismo político en algunos casos, es cosa más perdurable.

Admitamos, pues, la preocupación de que la defensa contra ese peligro no nos haga obsesionar demasiado con uno, olvidando el otro. Debemos tenerlos a los dos presentes, si bien debemos dar preferencia para el ataque del momento, a aquel que en el momento mismo represente el mayor peligro y el más inmediato.

Aceptamos, pues, nuestra coincidencia con la primera cláusula de esa declaración pero en el final se dice en ella que la lucha contra los imperialismos, que la lucha contra el fascismo, que la lucha contra todas las amenazas que se ciernen sobre la suerte de estos pueblos, debe hacerse por la unión y la organización de las voluntades y de las conciencias de las naciones latino-americanas.

Yo no concibo que se pueda desplegar una lucha realmente eficaz contra el fascismo y contra el imperialismo en cualquiera de las dos formas, si no conseguimos la unión íntima de todos los pueblos de América, incluso de Estados Unidos, porque es indudable que hay en la poderosa República del Norte muchos millones de hombres libres, de trabajadores conscientes que mantienen una lucha constante y denodada contra las garras del imperialismo, el cual tiene allí mismo su sede, su asiento y en cierto modo su verdadera patria espiritual. Hay millones de trabajadores norteamericanos que pueden sumarse perfectamente, como por otra parte en este Congreso acaba de demostrarse, a las inquietudes y a las energías de los trabajadores del continente del Sur.

PROBLEMAS COMUNES CON EL PUEBLO NORTEAMERICANO

No creemos que podamos dar mayor eficacia a la lucha en la cual estamos empeñados, haciendo separación de pueblos que deben marchar unidos. ¿Que nuestros problemas y realidades históricas son distintos, los del sur, a las realidades históricas o problemas de la América del Norte? Pero hay, también, en la república del norte, muchos problemas que son comunes a los trabajadores de aquel país y a los trabajadores de los demás países de nuestro continente.

Hay problemas que alcanzan a todos los hombres por la posición social que ocupan, por el rol económico que desempeñan, por las dificultades dentro de las cuales tienen que debatirse, por las injusticias contra las que tienen que batirse, contra las desigualdades que les toca sufrir, contra las iniquidades que deben abolir, y en esas campañas y en esos problemas pueden estar perfectamente hermanados y confundidos los proletarios y desposeídos de la gran nación imperialista norteamericana y de las débiles y pequeñas repúblicas del continente americano, del centro o del sur.

SEÑOR SEOANE. — ¿Me permite, Dr. Frugoni?

Sin duda ninguna el lenguaje conciso y de responsabilidad con que fué redactada esa declaración, ha inducido a error, por lo que quiero aclarar.

Nos referimos allí a que consideramos como garantía permanente para el desarrollo de los pueblos de indo-América, en particular, dar a sus condiciones económicas específicas, la necesidad de su unión con otros países, para cooperar con la unión económica que se puede hacer con los Estados Unidos; pero en ningún momento, entiéndase bien, en ningún momento se nos ha ocurrido siquiera prescindir del concurso de las fuerzas populares y democráticas de Estados Unidos y nosotros apoyamos en la política de Roosevelt nuestra política anterior de acercamiento con el pueblo americano. Es en esa forma irrefutable en la que nosotros comprendemos esta elemental realidad política.

PANAMERICANISMO DE LOS PUEBLOS

SEÑOR FRUGONI. — Me complace y agradezco la aclaración del compañero Seoane, tanto más porque en realidad ha venido a reforzar la tesis que estaba exponiendo.

Ha empezado por declarar que, en efecto, en su declaración final hay una deficiencia de redacción en cuanto no aclara bastante bien que ellos no piensan que el ideal sería realizar la alianza de fuerzas populares dejando al margen las grandes multitudes oprimidas del poderoso país del norte.

Sin embargo, sea cual fuere la aclaración que quiera introducirse la verdad es que estamos aquí planteando el problema de la organización de las fuerzas populares. Este Congreso es una expresión de organización, de unión, de aglutinamiento de fuerzas populares y, entonces ¿para qué traer al seno del mismo la sugestión de que debemos unirnos los pueblos de las repúblicas latinoamericanas y dejar aparte a la gran República del Norte? Si estamos hablando aquí para pueblos, como representantes de masas populares y de organizaciones políticas y sociales de carácter eminentemente democrático, lo que nos preocupa no es la organización oficial o diplomática; no es el panamericanismo de las cancillerías. A nosotros lo que nos preocupa es crear —y permítame el señor Seoane que use esa palabra que sé que no le agrada— un panamericanismo de pueblos que marque rumbos al otro y que lo obligue a no traicionar los intereses de las grandes masas populares; y para ello lo más eficaz no puede ser, por cierto, reducir la visión y el alcance territorial de este panamericanismo de pueblos; lo más eficaz tiene que ser, por el contrario, constituir una gran unidad, una gran unión de los pueblos de todos los países del continente comprendidos los del sur, los del centro y los de Norte América.

Pero yo no pretendía, de ninguna manera, polemizar esta noche...

SEÑOR SEOANE. — Sobrè todo por que yo no puedo contestar.

SEÑOR FRUGONI. — ...y hasta me resulta incómodo y desagradable que este discurso de despedida aparezca un tanto desnaturalizado por este choque de puntos de vista con delegados a quienes tanto apreciamos y tanto queremos. Bien sabe el señor Seoane que en el fondo de nuestro corazón, en lo que respecta a esta lucha

que estamos librando en favor de la Democracia, entre él y yo no puede haber ninguna discrepancia porque en lo íntimo de nuestros espíritus tenemos que estar profundamente de acuerdo. Esta es, después de todo, una pequeña incidencia de carácter puramente técnico, en lo que se relaciona al criterio práctico para encarar la lucha en defensa de la Democracia.

Fuera de ahí, el amigo Seoane me perdonará que yo entienda que esta incidencia no debe pasar de aquí. El podría refutar-me, —lo sé de sobra, —con argumntos impresionantes. Es un gran dialéctico, un orador brillantísimo y podría apabullarme con cuatro frases y dejarme sin asunto en esta tribuna para que tuviera que retirarme completamente derrotado por el foro. Pero él ha hecho su declaración y yo no había formulado ninguna, y esa declaración ponía, en cierto modo en compromiso a los representantes de algunas organizaciones políticas que hemos actuado en este Congreso, y que recién en esta última noche, en éstos últimos momentos, nos hemos enterado de que alguna delegación hacía, por su parte, esa manifestación por entender que la gran organización americana para la lucha por la libertad y la democracia no debe ser de todo el Continente sino solamente Latino o Indo Americana.

Sr. SEOANE. — Al señor Frugoni le consta que en la Comisión de Coordinación a la que él asistió yo fundé esa declaración, y no quise fundarla en la Asamblea, porque no esperaba que en los discursos de despedida hubiera disidencias y, después, porque considero y tengo la responsabilidad política de declarar que nosotros, en Asambleas públicas, debemos dar ejemplo y pruebas de unidad, razón por la cual, y en homenaje a este deber no voy a contestar al Dr. Frugoni.

AMERICA DEPOSITA SU CONFIANZA EN ROOSEVELT

Sr. FRUGONI. — Lamento que el compañero Seoane se empeñe en acentuar el carácter polémico de esta incidencia.

El, a último instante, en la Comisión de Coordinación, hizo conocer su declaración e inmediatamente yo hice, también en el seno de esa Comisión la defensa de mi posición personal y política. Si el asunto hubiese terminado ahí, terminado estaba; pero el compañero Seoane no se conformó con el derecho de formular esa declaración para

defensa de su responsabilidad política y de su posición personal, sino que vino luego a la sesión plenaria a reproducir esa declaración, y yo creo tener un pequeño derecho a reproducir la mía.

Yo no he sido quien ha traído la incidencia que desgraciadamente se va extendiendo demasiado, aunque reconozco que el principal culpable acaso sea yo en virtud de que a mí me corresponde una misión de cortesía a la que estoy faltando, transformando este discurso que debe ser de emocionada despedida en un discurso de controversia.

Pido disculpas a la Asamblea, y pido disculpa a los amigos peruanos; no he querido molestarlos; solamente he querido dejar constancia en público de algo que estaba obligado a decir para salvar mi responsabilidad como representante de un grupo político de mi nación.

Y ahora voy a continuar.

He dejado para el último a los compañeros Americanos del Norte. Los he dejado para el último, no por aquello de que los últimos serán los primeros, porque en nuestro Congreso no hay jerarquías ni hay sitios de preferencia. Los he dejado para el último porque todo el mundo comprenderá la enorme importancia que tiene para un Congreso de esta índole, —y esta misma discusión que acabamos de sostener sobre puntos de vista, desde luego, con la mayor amistad con el compañero Seoane es una demostración de lo que digo— todo el mundo comprobará la importancia que tiene para un Congreso de esta índole que hayan llegado hasta él representantes de fuerzas populares de esa poderosa nación que es la patria del imperialismo yanqui y la patria de los formidables capitalistas de Wall Street. La presencia de estos delegados en esta Asamblea ¿qué nos dice y qué significa? Que hay allí ya muchos millones de hombres libres, de hombres profundamente democráticos, que vienen a buscar contacto permanente con las conciencias libres de todo el Continente Americano, que vienen a buscarlo para referirlo a su propio país, a sus propias afirmaciones frente a ese imperialismo funesto, del cual ellos pueden ser las primeras víctimas.

Sr. SEOANE. — Y lo son.

Sr. FRUGONI. — ... Y son las primeras víctimas dice el amigo Seoane, y como las primeras víctimas debemos acogerlas en nuestro seno, aunque vengan de la poderosa república del norte, entendiéndolo que son hermanos, para mejor ilustrarlos en el estudio de los proble-

mas que tanto nos preocupan. Ellos retornarán a su país y al hacerlo, yo les digo que vayan a decirle a su ilustre Presidente Franklin Roosevelt que han sentido que todos los pueblos americanos depositan en él su confianza, que cuenta con la confianza en estos momentos históricos, de todos los pueblos, de todos los hombres libres y conscientes del Continente Americano; y acaso de ese modo le hagan sentir de una manera tal vez más profunda, la enorme responsabilidad que significa para un gobernante saberse depositario de la confianza y de la esperanza de todos los hombres libres y conscientes del mundo.

(Muy bien; prolongados aplausos.)

Y debo terminar. Dentro de breves instantes nos habremos dispersado para llevar cada uno de nosotros al seno de nuestros respectivos pueblos toda esta cosecha de emociones y enseñanzas que hemos recogido a lo largo de las deliberaciones y resoluciones de este Congreso. Hemos estado aquí manteniendo una inolvidable convivencia espiritual; durante 4, 5 ó 6 días hemos vivido intensa, íntimamente instantes de entusiasmo y de viva cordialidad; los compañeros, los hermanos, los delegados que se van podrán llevar en sus manos el calor de nuestros afectos, pero podrán tener también la seguridad de que dejan en nuestros corazones grabado con caracteres indelebles el recuerdo de su presencia, para que podamos continuar llamándonos hermanos a través del espacio y del tiempo en los afanes, en las vicisitudes y también en las rudas batallas que seguramente todavía nos quedan por librar.

(Muy bien; prolongados aplausos.)

Sr. PRESIDENTE. — Queda terminado el acto.

SEGUNDA PARTE

ARTICULOS Y ENSAYOS

Jaurés en Montevideo (1)

El pasaje de Jaurés por el Río de la Plata cuéntase entre los más señalados episodios de la vida intelectual de estos países por todo lo que esa electrizante cruzada significó para el espíritu de ciudades en las que su personalidad encontraba una atmósfera propicia a la resonancia y propagación de su verbo inspirado.

En Montevideo su permanencia fué breve. Acaso su misma brevedad ha contribuido a que el recuerdo de su paso asumiera en nosotros la imagen de un relámpago intenso en cuyo deslumbrante fulgor se unían la llamarada del genio verbal, la honda claridad del pensamiento reflexivo y maduro, síntesis expresiva de un vasto caudal de cultura, y una maravillosa luz de bondad, de espontánea afabilidad de dulce abuelo, regalo permanente de su corazón grande y heroico.

Nos parece verle aún cuando descendía en el puerto del barco que le traía de Río de Janeiro, con su sombrero de paja, anacronismo tropical en el invierno montevideano, su levita de maestro de escuela europeo y su grueso paraguas, iluminado el rostro por su abierta sonrisa encuadrada en el marco de una barba recortada y canosa.

Era una mañana algo fría. Los socialistas nos habíamos congregado en el muelle donde formábamos un grupo sin duda más notable por sus gritos de entusiasmo que por sus proporciones. Habían también concurrido a esperarle algunos representantes del mundo oficial. El presidente de la República, que lo era a la sazón el señor José Batlle y Ordoñez, le había enviado un edecán y el coche de la presidencia para que lo condujese hasta el hotel.

Rodeado por los camaradas y muchos, que sin serlo, habían venido atraídos por los vivas de la salutación y se asociaban a ésta, en gran

(1) Publicado el año 1933 en "La Vanguardia" de Buenos Aires.

parte obreros de la zona portuaria, Jaurés agradeció la atención oficial, pero prefirió hacer el camino a pie entre sus compañeros de ideas.

No era una multitud la que lo seguía en su marcha por las calles centrales, pero era, en cabio, una falange ruidosa que se multiplicaba en su empeño de llenar todo el ambiente de la urbe con el nombre del huésped glorioso. Era relativamente temprano y apenas comenzaba el tránsito en las calles que recorriamos. Las gentes que pasaban en dirección a sus ocupaciones nos miraban con aire de extrañeza, ignorantes la mayor parte del motivo de ese conato de manifestación callejera. Sus miradas se detenían con mayor curiosidad en aquel hombre de sombrero de paja y paraguas, que iba a la cabeza del grupo, entre dos de nosotros, con quienes empezaba a hacer sus primeros ejercicios prácticos de castellano, mientras creían estarle hablando en francés.

El gobierno de Batlle, en plan de nuevas ideas y de orientaciones democráticas, se esforzó en serle grato a Jaurés.

Uno de los agasajos consistió en un paseo a Piriápolis. Nos trasladamos en un tren especial y almorzamos en el hotel de Piria. Quien esto escribe, diputado socialista en esa época, también formaba parte de la comitiva porque Jaurés no hubiese aceptado la invitación ministerial, así me lo dijo, si el representante del socialismo en el parlamento uruguayo no iba con él. Su preocupación de mantenerse en contacto con los socialistas por encima de las atenciones de que le hacia objeto el gobierno, con muy buen acuerdo, sin duda, porque así daba una plausible muestra de cultura política y de sentimientos democráticos, se revelaba hasta en los menores detalles. La noche del día en que se realizaba esa excursión, Jaurés debía visitar un Centro Socialista, según compromiso contraído con anterioridad. Y como el paseo se prolongara más de lo calculado, era de ver al caer la tarde cómo el formidable tribuno se sentía inquieto, nervioso, ante el temor de retornar a la ciudad en hora tan avanzada de la noche que ya no le fuese posible cumplir con los compañeros que estarían aguardándole impacientes en el estrecho local de uno de nuestros Centros modestísimos... A sus instancias hubo que telegrafiar desde una estación al secretario del Centro advirtiéndole que la visita de Jaurés no podría ser para la hora anunciada. Y de vuelta a la ciudad, siendo cerca de

las once de la noche, desde la estación del Central y sin siquiera sacudirse el polvo del camino —nunca tan apropiada la socorrida expresión— aquel anciano vigoroso e incansable, se dirigió al local donde se le esperaba y pronunció ante no más de cien oyentes, uno de sus discursos magistrales que entendían con el corazón hasta los que no comprendían el francés. Porque al lenguaje de las palabras sabía agregar el de los ojos, el de las manos, el de la expresión fisonómica, el del gesto y más aun, el de la música de una dicción rotunda y fluida, de una voz que era clarín y trueno y campana y ola de emoción, con la cual envolvía los espíritus para transportarlos a todas las zonas del sentimiento o elevarlos a las más diáfanas y vertiginosas alturas de la idea.

Le faltó tiempo esa noche para desprenderse de las amabilidades oficiales e ir a estrechar las manos y sacudir el corazón de sus desconocidos camaradas reunidos en una pequeña salita que cuando él hablaba parecía querer agrandarse para dar cabida entre sus desnudas paredes a aquella su enorme voz llena de espíritu.

Otro número de los agasajos oficiales lo constituyó un banquete ofrecido por el ministro del Interior en el Club Uruguay. El banquete era en traje de etiqueta y Jaurés concurrió de frac, pero no sin haberse puesto de acuerdo conmigo para vestir ambos esa prenda protocolar en las reuniones de gala de la burguesía. Venía en sus baúles el traje de frac, ni elegante ni nuevo, naturalmente, como cuadra a todo intelectual francés que se respeta, pero venía. Lo que quiere decir que no era la primera vez que lo usaba ni le tomaba de sorpresa el usarlo. No faltaron, sin embargo, al día siguiente ligeros comentarios relacionados con esa para algunos "claudicación" de indumentaria... Tal vez en otro ambiente a nadie hubiese llamado la atención el detalle. Allí, en cambio, donde el socialismo apenas había salido de los sectores obreros, donde se batía a brazo partido con el predominio de los anarquistas, podía resultar sorprendente y discutible. Los socialistas de frac en un banquete dado en el club Uruguay —nuestro club del Progreso— constituían tema obligado para ciertas tertulias de café, para chirigotas de croniquilla y para discusiones de centros avanzados. No se hizo, con todo, mayor hincapié en la cosa. ¿Quién podía, en efecto, reprocharle a ese luchador ilustre y abnegado el haber querido ceñirse a las

reglas de la buena educación respondiendo a la cortesía burguesa con sus mismas palabras, con sus mismos "hábitos"? ¿Qué importaba, después de todo, ese detalle, cuando él no le había impedido agradecer la demostración con un discurso del más claro, inequívoco y puro corte socialista, en el que tuvo frases inextinguibles para hablar de la fuerza del trabajo —"vieja como el mundo y nueva como la aurora"— destinada a concluir con el reinado económico de la burguesía para imponer un régimen de verdadera democracia social?

El frac de Jaurés, que por su antigüedad ya pertenecía a la historia la noche que entre nosotros se lo puso, ha pasado después de la muerte de su dueño ilustre definitivamente a la historia como rasgo pintoresco de una amable ocurrencia personal que tal vez los biógrafos del gran orador recojan como oro en polvo para su abundante anecdotario.

Nunca supe cuáles fueron los cargos que de vuelta de su jira por el Brasil, Uruguay y la Argentina se le formularon al glorioso mártir del socialismo internacional. Acaso críticos exigentes, sin razón en la minuciosidad de cuenta gotas de sus criterios infundibuliformes, le reprochasen esos contactos con los elementos gubernamentales y esa exhumación de una prenda de vestir que corresponde al más alto escalón de la escala jerárquica de la vestimenta masculina. Sólo sé que a poco de llegar a Francia nos escribió pidiéndonos le remitiésemos constancia de cuál había sido entre nosotros su comportamiento como socialista. Ocioso es decir que nos apresuramos a enviarle la más explícita constancia de nuestro profundo reconocimiento por haberle visto en todo instante proceder y pronunciarse como el más sincero y valiente de los socialistas. Porque la gran lección de Jaurés en estos países de América consistió, precisamente, en haber paseado por todos los sitios la antorcha del pensamiento socialista con una gallardía de modos y una profundidad de conceptos que rendía todas las voluntades e imponía respetuosa admiración a los más acérrimos adversarios. Vino a colaborar con su robusto ademán de sembrador en la siembra del socialismo que en estas tierras efectuaban grandes y pequeños obreros del ideal. No los estorbó en su tarea, sino que se puso modestamente a su lado y contribuyó con ellos a hacer subir los valores morales e intelectuales de la prédica socialista. No dejó nunca de expresar todo el fondo de su pensamiento, y en todos los temas hallaba la manera

de exhibir la posición fundamental de su espíritu que así como la aguja inmantada apunta siempre al norte aparecía constantemente orientado hacia las ideas cardinales del socialismo cualquiera fuese el campo de meditación o de divagación contemplativa por donde moviese el sonoro paso de su discurso.

En un Libro de Carlos Sánchez Viamonte (1)

¿Un prólogo? No, por cierto, al menos en el sentido corriente de la palabra. Apenas si las circunstancias en que me toca escribir estas líneas han de permitirme preceder con una breve nota preliminar este enjundioso libro que aparece tan en su hora. Materialmente sumergido en el ajeteo de las actividades políticas, no puedo dedicarme a glosar con serenidad y detenimiento este profundo trabajo de crítica y exégesis constitucional en que Carlos Sánchez Viamonte—uno de los más positivos valores de las nuevas generaciones universitarias de América— pone de manifiesto, como en otros libros suyos, una rara penetración jurídica y una original y al mismo tiempo firme posición de espíritu frente a los problemas institucionales de su país.

Debo confesar que la impresión inicial que me produjo la lectura de las primeras páginas de esta obra, al apreciarlas con ese sentido pragmático que inevitablemente suelo aplicar cuando encaro problemas de la índole de los que aquí se dilucidan, fué la de un bello esfuerzo dialéctico un tanto bizantino en cuanto parecía entablar polémica doctrinaria con un gobierno de "facto" que, ejerciendo el derecho de la fuerza, desprecia y desconoce la fuerza del derecho.

Discutir la constitucionalidad de los actos de un gobierno que realmente no reconoce otra ley sino su exclusiva voluntad, y se define a sí mismo como régimen provisional de hecho, habría sido sin duda ocioso e ingenuo. A tal tarea no se hubiera dedicado el autor de esta obra, talento ponderado y serio como el que más.

Y a poco de internarse uno en la lectura de sus páginas, aquella primera impresión se desvanece al advertir que el debate no se plantea

(1) "La Ley Marcial y El Estado de Sitio". Montevideo, 1931.

entre el profesor de derecho constitucional y el dictador que sólo se rige por las normas de su capricho, sino entre intérpretes de la Constitución Argentina. ¿Que es inútil empeñarse en interpretarla cuando permanece en interdicto y sufre un eclipse impuesto por la nube, más o menos pasajera, de una situación anormal? También puede creerlo el lector poco al tanto de las peculiaridades del gobierno del general Uriburu. Pero se comprende la razón de ser de la polémica, apenas se reconoce que los profesores constitucionalistas impugnados pretenden justificar con sus doctrinas los atropellos a la legalidad fundamental cometidos por un gobierno que, aunque de fuerza, se jacta de mostrarse respetuoso —¡extraña jactancia!— de los principios constitucionales.

Todo es curioso en la presente situación gubernamental argentina. Pero nada lo es tanto como esas invocaciones al espíritu y aún a la letra de la constitución por parte de quienes han debido ponerse al margen de la misma para adueñarse del poder y para conservarlo. La teoría de esa situación es la constitucionalidad, pero su práctica es el agravio permanente a la constitución. Uriburu no adopta en sus proclamas la filosofía política de Mussolini, aunque la practique. No niega, teóricamente, la democracia, el principio de libertad y el derecho constitucional. Surgió como paladín de la Constitución escarnecida y prometiendo restablecer cuanto antes su imperio, sin tomarse más tiempo en los caminos de la anormalidad, que el necesario para preparar el terreno donde pudiera asentarse sólidamente la soberanía del pueblo. Y su gesto histórico es el de una continua y renovada contradicción entre lo que anuncia y lo que realiza. Llama a elecciones para demostrar su anhelo de restauración democrática, pero las anula porque no le convienen sus resultados; deja a los jueces aplicar los procedimientos legales y fallar de acuerdo con los códigos o la constitución; pero los exonera si cumplen con su conciencia y con su deber...

Este libro —tan alto y sereno en su ambiente de científica discusión— subraya magistralmente esa peculiaridad entre cómica y dramática y pone al desnudo la torpe insinceridad de ese fascismo de forma y sustancia que pretende ampararse en el constitucionalismo.

Al hacerlo, realiza una obra mucho más durable que el régimen

contra cuyos actos esgrime poderosos argumentos jurídicos. Porque está construída con conceptos que no sólo sirven y se refieren a la Argentina y su actual momento político, sino a todos los pueblos del mundo y a cualquier época de la historia. Siempre serán de actualidad y en todas partes tienen aplicación las ideas de Sánchez Viamonte sobre los derechos individuales —por ejemplo— o sobre el concepto jurídico de la libertad y la libertad y patrimonio. Si esto que escribo pudiese ser algo más que una rápida acotación sin ánimo crítico, sería imperdonable no me detuviese a explicar el alcance de estas ideas y su fecunda importancia para el esclarecimiento del espíritu público en esta hora de profundas renovaciones históricas. La diferenciación que el autor establece entre libertad y derecho patrimonial, desarrollando una teoría cuyos elementos componentes es posible hallar en otras obras suyas, y en la que aquí insiste con mucha oportunidad, abre claras vías al pensamiento jurídico y pone en manos del legislador moderno un arma doctrinaria poderosa para la orientación de los sistemas legales de reparación y de justicia social. “Se dice indistintamente “derecho de trabajar” o “libertad de trabajar”, “derecho de transitar” o “libertad de transitar”. Pero no es posible esa sinonimia si se trata de la propiedad. No se puede decir “derecho de propiedad” o “libertad de propiedad”... Cualquiera de los derechos individuales verdaderos, amplía la personalidad de cada uno de los individuos en particular, al mismo tiempo que la de todos en general... más aún, jamás podrá haber conflicto entre dos individuos respecto a un verdadero derecho individual... Por el contrario, las cosas o bienes objeto del derecho de propiedad dan lugar al conflicto de interés, porque no pertenecen a todos por igual”.

Las conclusiones de este apartamiento de cosas y nociones que suelen confundirse en el razonamiento vulgar y en el científico, las saca el autor. Pero basta enunciar el problema tal como Sánchez Viamonte lo enfoca y localiza, para comprender que su concepto descubre de golpe un aspecto de la teoría de la libertad ante el cual se tienden grandes perspectivas en el campo del derecho constitucional y civil.

Eso sólo bastaría para consagrar esta obra como un elevado valor bibliográfico en la literatura jurídica contemporánea.

Le deberemos a la dictadura de Uriburu este don que no le per-

tenece... El don de este libro escrito en el destierro por un digno sucesor de aquellos ilustres pensadores compatriotas suyos, que en los duros tiempos de otra dictadura legaban desde aquí, al espíritu y a la conciencia de su nación y de América toda, páginas donde, como en éstas, vibraba y resplandecía el alma insobornable de los nuevos tiempos.

Enrique del Valle Iberlucea (1)

Cuando recuerdo a uno de estos desaparecidos ilustres que fueron cumbre en la topografía moral del socialismo, dentro y fuera de su país, no puedo menos de evocarlo en medio a los acontecimientos actuales. Y me place imaginar —entregándome a un inofensivo juego de la mente— cuál sería su posición espiritual y cuáles sus actitudes ante problemas planteados por hechos sobrevenidos desués de su muerte. Tal me ocurre con Enrique Del Valle Iberlucea, de quien fuí muy amigo y a quien admiraba por la pujanza de su cerebro y por su inmarcesible entusiasmo para la acción. Fué, de las grandes figuras del socialismo argentino, una de las que más frecuente contacto tuvieron con los socialistas uruguayos, a quienes a menudo iba a pres-
tarles el concurso de su robusta elocuencia. Estuvo con nosotros cuando la campaña electoral que nos permitió llevar por primera vez un diputado socialista al parlamento uruguayo —allá por fines del año 1910— y fueron memorables los discursos que pronunció en ese entonces. Presidió uno de nuestros modestos congresos, como Justo en otra ocasión, y era para los socialistas montevideanos tan familiar como uno de la casa, el más respetado y admirado de todos, naturalmente, pero querido con ese afecto casi fraternal que sólo inspiran quienes se entregan sin reservas, quienes se dan abiertamente como una mano en el gesto ritual del apretón simbólico.

En el Partido Socialista de la Argentina su ubicación fué siempre la de un marxista ortodoxo. Conocía a fondo la doctrina de Marx, y entendía, al contrario de otros dirigentes y maestros, que convenía hablar siempre de ella, teniéndola presente en la observación de los hechos y en la exposición de las ideas, como una guía luminosa del

(1) Agosto 29 de 1933 en "La Vanguardia" de B. Aires, con motivo de un aniversario de su muerte.

pensamiento sin la cual se anda a tientas en el cateo de las causas y en la apreciación de los efectos. No aceptaba la máxima de Berstein, recogida por Sorel, de que el "objetivo final es nada y el movimiento es todo". Sin negar la capitalísima importancia, aún más, la necesidad imperiosa del movimiento y de la acción, no los concebía con relación tan sólo a inmediatos fines inconexos. No dejaba, por otra parte, de reconocer que la acción por la acción misma vale como gimnasia para vigorizar organismos físicos o morales, músculos o espíritus, fisiologías e ideologías. Pero creía que el hombre no debía limitarse a elevar sus condiciones de vida y a hacerse más apto sin preguntarse para qué. Un movimiento que sólo tiende a la realización de objetivos cercanos y desarticulados, o por lo menos, no vinculados a una finalidad suprema, no vale como derrotero para conducir y orientar a los hombres: y los hombres sin derrotero son siempre juguete del destino. La humanidad necesita un norte y una brújula. El socialismo científico era para su concepto una y otra cosa a la vez. Comprendía, sin duda, la fecunda incitación a obrar que encierra el conocido aforismo de Lessing, quien decía: "Si un dios tomase en una mano todas las verdades y en la otra todas las virtudes necesarias para descubrirlas, y preguntase al hombre cuál de ambas quería que abriese, éste debería escoger la segunda, pues los esfuerzos para alcanzar la verdad son más fecundos y bienhechores que la verdad misma". No negaba la función histórica del "élan" bergsoniano. Esta función Sorel la veía bien interpretada en la máxima del "revisionista" Berstein. Porque ella sintetiza una filosofía de la acción política y social que como la filosofía de Bergson, tan cara al fundador doctrinario del sindicalismo francés, "no se ocupa ni del punto de partida ni del punto de llegada de las cosas cambiantes, sino de las fuerzas que a cada instante hacen inclinar el movimiento en el sentido que se comprueba". Pero Del Valle Iberlucea juzgaba funesta la despreocupación de los fines últimos o el descuido sistemático de la precisión y clarificación de los postulados finales.

Es curioso advertir cómo está más de acuerdo con el sentido íntimo de la teoría de Marx esa idea de que "el movimiento es todo", lema del revisionismo, que esa otra de no perder de vista los objetivos supremos, esgrimida por los doctrinarios marxistas ortodoxos. Porque el determinismo histórico hace de la acción en sí una senda por la

cual marcha la historia hacia fines que el hombre no puede decretar abstracta e idealmente, con el sólo imperativo previo de su voluntad y de su concepto moral o jurídico del progreso humano, que no son fuerzas autónomas.

Por eso Sorel, que pretende ser un penetrador y vivificador del marxismo, coincide con Berstein en ése y otros puntos.

Del Valle Iberlucea aceptaba a Marx integralmente. No creía que hubiese en su sistema ramas secas que debiesen ser apartadas para conservar solamente las vivas y lozanas.

No sé que se haya nunca expresado textualmente en la misma forma que yo lo hago aquí. Quizás no se haya detenido en ningún momento a puntualizar tan escuetamente estas ideas. Yo las hallaba en toda la contextura de su pensamiento, a través de sus discursos, de sus artículos y de sus libros, que desgraciadamente no tengo a mano al trazar estas líneas. Ellas surgían de su manera de encarar la propaganda y de enseñar la doctrina o el método socialista.

Su ortodoxia marxista frente a la posición revisionista o semi-revisionista en que otros se colocaban, con no menor dominio teórico y vigor intelectual que él, sólo marcaba entre unos y otros una diferencia de matiz mental que no podía reflejarse profundamente en la acción. Porque ésta se realizaba sobre planes comunes en cuya concertación el amor a la causa de los trabajadores se traducía en una perfecta unanimidad de puntos de vista. Con su marxismo de una sola pieza fué al Senado, donde consiguió, entre otras cosas, hacer aprobar una de las leyes más benéficas y sabias de la legislación social argentina: la del trabajo a domicilio. No se debatía, pues, en abstracciones doctrinarias que lo apartasen del laboreo cotidiano para la cosecha del progreso incesante, reteniéndolo en las concepciones revolucionarias de largo ademán y a largo plazo.

Siguiendo a Marx daba a las conquistas de la legislación obrera y social toda la importancia que tienen como elementos de la "evolución revolucionaria" en cuanto traducen e impulsan el proceso histórico y contribuyen a la capacitación revolucionaria de las masas productoras.

Su obra fué una comprobación de aquel concepto de Kautsky, según el cual Marx concilia en una unidad más alta y perfecta, aquellas dos corrientes que para Berstein pugnan por preponderar y sobre-

ponerse en el complejo histórico del socialismo moderno: la **constructiva**, de emancipación por la organización económica, y la **destruktiva**, de emancipación por la expropiación política.



El llamado "problema de las internacionales", le sorprendió en esa crisis espiritual de que, poco o mucho, participaron todos los socialistas sinceros ante el acontecimiento de la revolución rusa —gesta del proletariado que se levantaba en el oriente europeo como una esperanza para la clase trabajadora del mundo— y ante el fracaso de una Segunda Internacional que la guerra había arrollado de un soplo enrollando sus diversas secciones en las filas de todos los ejércitos combatientes.

El problema que vino en una hora funesta de la historia del socialismo y del movimiento obrero, a dividir la fuerza de los partidos socialistas y de las organizaciones gremiales, hizo vacilar su fe en el método de la conquista de la democracia social por la simple democracia política. Pero el sentido de la unidad partidaria era en él tan profundo como su sentimiento del deber. Además, comprendió, sin duda, que siendo las actuales posibilidades de acción dentro de la democracia política innegablemente útiles a los fines últimos del socialismo, sería suicida, hasta desde ese punto de vista, sacrificar dichas posibilidades para entregarse a un impacientismo revolucionario con vistas al dogma soreliano de la violencia.

Y he aquí que habiéndose celebrado en estos días un congreso internacional socialista en París para tratar los medios de combatir al fascismo y de prevenir la monstruosidad probable de una nueva guerra mundial, yo pienso cuál sería la posición táctica de este amante fervoroso de la paz de los pueblos, que cifraba en el triunfo del socialismo todas sus vivas esperanzas de redención humana. Yo lo veo inflamarse en la idea de una gran alianza de todas las fuerzas revolucionarias del proletariado para atajar la conflagración, para contener la ofensiva fascista en Europa y en América, y para ir preparando las masas obreras a hacer sonar, a su hora, la hora de la sociedad socialista, en cuanto la ola de la reacción retroceda vencida, y el armazón de hierro de los fascismos triunfantes se derrumbe.

Me parece volver a verle ante una asamblea, haciendo flamear con su verba cálida y abundante y su gesto tribunicio, esa exhortación, como le veíamos hace más de diez años expresar sus ideas sobre táctica y orientación socialista. Sus ideas que no a todos convencían, por cierto, pero que todos escuchábamos con la consideración debida a quienes, equivocados o no, ponen junto a la sinceridad de sus palabras una doble responsabilidad mental y moral que es por sí sola toda una fuerza del espíritu.

Enrique Dickmann (1).

No puede, por cierto, el Dr. Enrique Dickmann decir como Goethe: "mi vida está en mis libros". Porque los libros de estos hombres de acción no contienen sino un reflejo, a menudo fugaz, de una existencia que circula y se derrama por las vertientes del mundo, más allá o más acá de la literatura. Su caudal desborda naturalmente las márgenes del papel impreso y no puede regirse ni dosificarse por el cuentagotas de la pluma.

A ellos suele corresponderles decir, más bien, que sus libros están en su vida, porque la integran como partes inmovilizadas de su acción y porque no son sino capítulos de su actividad preponderante, y hojas que, arrastradas por el río correntoso de sus preocupaciones habituales, ruedan incorporadas al ritmo vital de su personalidad de luchadores.

El escritor es en ellos una faceta que, como las del diamante o las del sílex, cumple una función necesaria. El interés que nos suscite ese aspecto, por atrayente que éste sea —y en Dickmann lo es mucho, como podrá advertirlo el lector del presente volumen— ha de quedar supeditado a los valores integrales del hombre que alienta y se agita en los escarpados planos de la vida civil y nos brinda, además de su libro, su obra en la tribuna, en el diario, en la cátedra parlamentaria, en la organización y dirección de fuerzas populares; y por añadidura, nos ofrece su ejemplo de energía, de abnegación y de carácter.

En estos países nuevos no es raro, en ningún momento de su historia, ese tipo de combatientes que esgrimen su vocación de escribir como un arma más, en la que sólo se adiestran por necesidades de la lucha. En las actuales circunstancias del mundo, el escritor, el literato, el artista, se sienten obligados, bajo el imperio de una gravitación espiritual colectiva, a poner su pluma al servicio de militancias políti-

(1) Prólogo del libro "Pensamiento y Acción". (Año 1936).

cas y sociales. Hay como una especie de servicio político obligatorio de las letras y las artes, o por lo menos, de los literatos y los artistas, que son solicitados al ejercicio intelectual de la ciudadanía y no mantienen su equilibrio si no adquieren contacto con los problemas históricos de la hora.

Pero siempre ha habido —y en estos países sudamericanos tal vez más que en otra parte— el hombre que actúa con varias armas a la vez o que diversifica sus aptitudes obedeciendo a las exigencias de un medio social que aún no da de sí todos los elementos indispensables para una perfecta aplicación de la división del trabajo.

En la República Argentina no existe casi ningún gran estadista que no sea al mismo tiempo un notable escritor. Y nunca han sido pocos los políticos que hicieron del arte del buen decir —hablando o escribiendo— una preocupación decorosa e insigne. Entre éstos, el caso de Enrique Dickmann, que no es precisamente un estilista ni un literato, sino un útil periodista de ideas, merece ser destacado, porque su pluma es arma eficiente de un político en quien la política se muestra como noble y desinteresado afán de bien público y como esforzada milicia cuyas armas de combate son las más puras herramientas morales.

Si un hombre hay en la vida política argentina, que pueda considerarse representación cabal y símbolo perfecto de la naturaleza orgánica de esa gran nación internacional cuyo aliento poderoso brota del pecho de doce millones de hombres de todas las razas, congregados en un inmenso alvéolo geográfico preñado de posibilidades infinitas y de riquezas geórgicas, ese hombre no es otro que el autor de este libro.

Porque en él debe verse un prototipo de ese argentino de adopción tan espontánea y profundamente naturalizado en la patria adoptiva, que llega a constituir una personificación de argentinidad verdadera, en cuanto ella quiere decir realidad y esencia de las características nacionales de una nación cosmopolita y universal que saca su rasgo histórico más típico de la consustanciación casi milagrosa de lo nativo con lo extranjero.

La biografía de Enrique Dickmann es una página vibrante de esa odisea conmovedora que integra la historia social de ese país enor-

me al que afluye el aporte demográfico de cien pueblos distintos: la odisea del inmigrante. Es una enseñanza para adoctrinamiento de ánimos y caracteres; un modelo de Smiles, en que los jóvenes pueden aprender a admirar el firme propósito de abrirse un camino y labrarse un destino a impulsos de una voluntad sostenida por una magnífica confianza en las propias fuerzas.

Hijo de una familia judía de cierto villorrio del Báltico, salió de su tierra natal a los trece años, y solo, “sin más bagaje que una salud de primer orden y un caudal inagotable de energías” —son palabras suyas— llegó a playas argentinas, allá por el año 1887.

Se vinculó de inmediato a la campaña, en una azarosa brega por el pan cotidiano, en que le vemos ejercer los más variados oficios.

“Fuí peón de campo en la provincia —ha dicho en “Cómo me hice socialista”— sembrando papas en Mar del Plata y Balcarce. “Fuí peón de albañil en Miramar. Trabajé en la recolección del maíz. “Fuí domador de potros y de novillos en Entre Ríos. Haché postes “en el Montiel. Trabajé como peón de cuadrilla en el Ferrocarril “Central Entrerriano. Fuí chacarero en 1894. Amansé bueyes para el “arado y la carreta. Constructor de ranchos, alambrador, calero, hor- “quillero y embocador en las trillas; trabajé de estrella a estrella “por doce reales —\$ 1.20— por día. He cruzado a pie —hatillo al “hombro— buena parte de la Provincia de Buenos Aires, Santa Fe “y Entre Ríos. Jinetié baguales y redomones y cacé carpinchos a ori- “llas del Gualeguay. Comí asado con cuero y bebí caña doble para- “guaya. Conocí cara a cara la miseria, la fatiga, el hambre y el frío. “Y en estas rudas y nobles tareas campestres aprendí a amar el tra- “bajo creador y empecé a sentir simpatía y profundo cariño hacia el “pueblo laborioso y fecundo.”

Su figura de entonces cruza por las páginas de égloga en que Alberto Gerchunoff evoca con unción entrañable la vida humilde y heroica de los “Gauchos Judíos”.

Tales fueron los comienzos de este extranjero que se apretaba con brazos ansiosos contra el ancho pecho de la vida argentina para darle lo mejor de sus vigos productivos, mientras ella fundía en el calor de su sangre telúrica y de su atmósfera social la nacionalidad natural del inmigrante para asimilarlo en un rápido proceso de ab-

sorción, del que el uno salía transfigurado, y la otra nutrida de savia joven, hirviente de salud y pujanza.

He ahí en ese cuadro la imagen de todo el vasto fenómeno de incorporación de las corrientes humanas del universo a las palpitaciones vitales de estos países de América, cuyo destino es vivir, crecer y engrandecerse por la virtud de esa capilaridad de almas y ambiente y ese juego de ósmosis y endósmosis en que se desenvuelve y afirma el carácter uno y vario de su individualidad.

Llegó a ser chacarero en Entre Ríos, y entonces hizo venir a su familia. Esa es otra escena obligada de ese drama cíclico de la vida de una nación, mejor dicho, de un continente vocado a la suerte hospitalaria de erigir en su suelo el árbol venturoso de la buena esperanza, cuyas ramas llaman, como brazos, a los desheredados del mundo y como brazos los retienen hasta cuando no encuentran bajo ellas sino nuevos dolores y nuevos desengaños...

Hablaba ya español correctamente, aunque con cierto dejo de su lengua familiar, que no le abandonó nunca del todo, y en esto reside gran parte de la eficacia hilarante de los rasgos de feliz humorismo con que salpica sus discursos.

Y una vez instalada su familia, padre y hermanas menores, en la chacra entrerriana, se propone estudiar. ¡Estudiar! ¡Saber! “Desde muy niño —nos dice— me dominaba una enorme pasión por estudiar y saber”.

“A pesar de ello, agrega, y como una verdadera ironía de la vida, he sido casi analfabeto hasta los veinte años.”

Envidiaba a los jóvenes que podían acudir a los cursos de los colegios y universidades. La Universidad fué su aspiración más vehemente. Para ingresar en ella se trasladó a la Capital y alquiló una buhardilla en la calle San Martín. Y ahí comienza otra batalla formidable de su fuerza de voluntad aplicada a recuperar a zancadas, en el camino del estudio, el tiempo perdido. Su escasez de medios era tanta que para ahorrar en luz, se iba de noche a estudiar en los bancos de la plaza aprovechando el alumbrado público. “Para mayor economía —oigamos su propio relato— me hice vegetariano. Hacía mis pro-
“visiones para una semana. Cada lunes compraba cien naranjas en
“el Mercado Central de Abasto, y un pan negro de harina y afrecho
“todos los días. Tal fué mi alimento físico. Mi alimento mental fue-

“ron dieciocho horas de estudio diarias de todas las materias que in-
“dica el programa del Colegio Nacional... ¿De dónde sacaba yo re-
“cursos pecuniarios para pagar el alquiler, comer, vestirme y com-
“prar libros?... Recuerdo que daba una lección de francés, sin sa-
“ber yo una palabra del idioma de Molière, a un señor que quería
“aprenderlo y no encontraba mejor maestro que yo... pagándome
“quince pesos por mes. Recuerdo que enseñaba a firmar a un señor
“industrial analfabeto y muy rico, y que durante un año no consiguió
“aprender a trazar su firma, ya sea por su poca capacidad para las
“bellas letras, ya sea por mi método pedagógico deficiente...”

Fué en esa época cuando dió lecciones de primeras letras al ya citado Alberto Gerchunoff, escritor ilustre, quien lo ha referido en las bellas palabras siguientes:

“Vinculados en la existencia lírica y agraria de Entre Ríos, el
“destino volvía a acercarnos. Era ya un hombre hecho que estudiaba
“en la Universidad, daba conferencias en el Centro Socialista de la
“calle Chile, escribía en “La Vanguardia” — le oía hablar con su-
“persticioso respeto. El mate circulaba alrededor de la mesa, y Dick-
“mann me explicaba la novela que estaba leyendo, me hacía amar la
“gloria al contarme la forma en que Emilio Zola luchó para imponer
“su obra ante la hostilidad de un mundo irritado. Yo conjugaba los
“verbos con fruición. Vencía al cansancio de la jornada con mi infan-
“til voluntad, y a veces mi cabeza se doblaba sobre el libro. Mi que-
“rido maestro —quería y quiero mucho a Dickmann— me solía con-
“templar con melancolía:

“—Vete a dormir: mañana continuaremos.”

Y he ahí, también, en ese diálogo del maestro que roba horas al sueño para enseñar y el discípulo que lucha con el sueño para aprender, una anécdota en que resplandecen la energía y el tesón de una raza de hombres para quienes los caminos del mundo se han hecho para recorrerlos y no para quedarse sentados a su borde, mirando como caminan los demás.

Dickman, con el fin de costearse mejor sus estudios, se iba en las vacaciones al campo, a trabajar en las cosechas y en las trillas. En un año hizo los cuatro del Colegio Nacional. Cuando rindió el último examen de bachillerato, sus compañeros le tributaron una demostra-

ción espontánea. Tendiéndose en dos filas a su paso, lo aplaudieron como a un triunfador. ¡Y vaya si lo era!

No menos señalado fué su paso por la Facultad de Medicina. Se graduó de médico en 1904, con medalla de oro.

Y ya era un militante activo y destacado del Partido Socialista, donde al lado de Juan B. Justo —formidable guía y maestro— emprendió la tarea de educación de la conciencia popular argentina que no se interrumpió un solo instante y se mantuvo siempre en los duros y espinosos senderos del apostolado.

Diputado en varias legislaturas, su obra parlamentaria de representante socialista es realmente considerable. Numerosos proyectos de legislación obrera y social acreditan su seria preocupación por la suerte de los trabajadores y por los problemas vitales para la República. Pero más aún que sus proyectos, son sus elocuentes intervenciones en los más importantes debates las que dan particular realce a su actuación intensa en el Parlamento, donde su presencia se destaca asimismo, por sí sola, con los caracteres de toda una afirmación ideológica y todo un programa de partido. Nadie, en efecto, puede encarnar con tanto rigor y tanta expresividad el sentido de esa política de brazos abiertos con que el Socialismo aspira a hacer de las naciones amplios “talleres de la humanidad”, que diría Mazzini. Nadie puede evocar con tanta fuerza emotiva, desde los escaños parlamentarios, sus comienzos de obrero analfabeto recién llegado y su ascensión a puño desde los ásperos afanes de las labores rústicas hasta la titulación académica, la cultura científica y la positiva influencia sobre el espíritu de una parte no pequeña del pueblo trabajador. Nadie puede hacer sentir y comprender tan hondamente aquel proceso de compenetración recíproca de que hemos hablado. Y él se complace en sacar de su ejemplo personal las sanas enseñanzas correspondientes, con su elocuencia viva y jugosa, siempre bien dirigida a los resortes del sentimiento y de la reflexión, a un tiempo mismo. Resulta así, con su relieve propio e inconfundible, una figura parlamentaria que yo diría imprescindible como expresión de la democracia política en el Congreso nacional argentino.

Pero no basta seguirlo en la animada participación de la tribuna

parlamentaria —que él honra con su ilustración, su vigor dialéctico, su información seria, su profundo conocimiento de la realidad social del país, su ponderación, su equilibrio, su buen sentido político y su maestría oratoria— para tener la imagen completa de su personalidad de sembrador de ideas y de animador sin fatiga del espíritu público. Es necesario verlo en la acción partidaria, en las asambleas, en las deliberaciones, a menudo agitadas, de los congresos socialistas, donde su palabra suele poner el acento decisivo y sacar triunfante una tesis con certeros golpes de lógica en que se mezclan la sólida argumentación, la mordacidad sin veneno, la ironía sutil y el calor emotivo. Hay que oírlo en las conferencias de propaganda, en los mítines populares, para apreciar cumplidamente la originalidad de su modo oratorio y captar el picante atractivo de su verba colorida y convincente.

La oratoria de Dickmann es su más expresiva manifestación. Generalmente conduce a error relacionar demasiado el estilo oratorio con la naturaleza espiritual y el carácter del orador.

El apotegma de Buffón me parece más aplicable al estilo escrito que al oral. El estilo es el hombre, en el escritor. La forma de expresarse traduce a menudo características esenciales del espíritu del que escribe, no del que habla. Porque el estilo oratorio no está hecho solamente de palabras, sino también de gestos, de ademanes, de inflexiones de voz, de acentos fonéticos, de pausas, de silencios, de movimientos verbales. En la oratoria las palabras están en movimiento y viven una vida distinta a la vida estática y silente de la expresión gráfica. Y aunque pudiera creerse que esa diversidad y multiplicidad de elementos constitutivos habrían de servir para aportarnos una mayor cantidad de datos con calidad de signos reveladores de la intrínseca naturaleza del sujeto, la verdad es que muchos de ellos son de un orden tan fisiológico, por así decirlo, que a menudo ocultan o disfrazan la urdimbre moral de la persona, en vez de denunciarla.

Enrique Dickmann es un orador eminentemente sincero. En toda oratoria, observa Ortega y Gasset, hay una dosis de histrionismo. Por eso mismo, precisamente, el orador tiende, a veces sin proponérselo, a diferenciar su forma de pronunciarse en público, de su manera habitual de comunicarse en privado. Son pocos los que para hablar en público no cambian el traje de sus ideas y no se revisten de una

exterioridad de ocasión, tal como esos sacerdotes que cuando offician ante el altar se recubren de telas simbólicas. Suelen tener los oradores —no ya dos entonaciones y dos tesituras, o más, diferentes, que ello es lógico y necesario— sino dos lenguajes distintos: uno para el discurso de entre casa y otro para el discurso de afuera. Dickmann sube a la tribuna con su traje de faena. Habla en ella con el mismo lenguaje de todas las horas. Y esto no quiere decir que su traje oratorio sea desaliñado, y su lenguaje tribunicio, vulgar. Es que no se cambia de ropa; no se ciñe la levita académica, ni se envuelve en la túnica declamatoria, ni introduce ninguna variante en su indumentaria de todos los días. No sé de nadie que se desenvuelva ante sus auditorios con mayor naturalidad y sencillez. No se advierte en sus gestos, en sus ademanes, en sus frases, generalmente cortas y tajantes como puñales, la más pequeña afectación. Su idioma está hecho de expresiones que todo el mundo entiende —como cuadra a un hombre que habla sobre todo para ser entendido por el pueblo— pero con ellas construye oraciones densas de conceptos y brillantes de forma, con una perfecta sintaxis y una extraordinaria fluidez. No suenan sus párrafos con la musicalidad complicada, de largo aliento, en que se complacen los más característicos cultores de la oratoria castellana. Pero no carece nunca de un ritmo puro y vibrante en el que los períodos se suceden con regularidad y como dardos diestramente disparados al blanco elegido. Y qué variedad de matices en la dicción, y qué seguridad en los efectos y recursos, que son siempre lícitos y no incurren en la estrepitosa trivialidad del latiguillo retórico! Es, sin duda, el más eficaz de los oradores socialistas de la Argentina. Su amenidad, su fuerza, su espontaneidad, su don persuasivo, le asignan un puesto único en la predilección de los públicos obreros. Otros le superan en selección y en riqueza de léxico, en elegancia verbal, en brillantez de imágenes, en la afluencia de la palabra, en vuelo y profundidad de pensamiento, en elocuencia inspirada. Pero nadie posee como él el difícil secreto de decir cosas grandes con palabras sencillas, como quería Emerson, y de atar el interés de las asambleas populares al donairoso desfile de sus claras y ordenadas ideas. Es el más personal de todos. Tal vez no sea exagerado afirmar que ha creado para el Parlamento y fuera de él, un tipo de oratoria. Es de los que se ganan de inmediato la simpatía y la confianza del auditorio, que se les entrega, seducido

en su caso, más que por la magia verbal, por la franca llaneza de su tono y la desenvuelta y penetradora actitud de quién sólo se preocupa de convencer y no de vencer —como diría Fernando de los Ríos— aunque para ello deba quedarse campechanamente en mangas de camisa. La lectura de sus magistrales discursos parlamentarios sobre la “Emancipación civil, política y social de la mujer” y sobre “Salarios, moneda y cambios” que circulan impresos en un par de libros, permite formarse una idea bastante aproximada de esa modalidad tan suya. El siguiente pasaje de uno de esos discursos sobre el problema monetario, nos lo muestra departiendo en el más completo dominio del ambiente y con una libertad de acción que sólo pueden permitirse, en una cámara en que el sentido de crítica y de reparo risueño suele ser muy agudo, aquellos que gozan de una autoridad a toda prueba y se sienten muy seguros de sí y de sus facultades.

—Sr. DICKMANN (E.). — “Voy a objetivar con un ejemplo qué es lo que ocurre. Saco un peso de mi cartera. Tengo pocos (risas). Este peso (lo muestra) tiene escrito que se cambia a la par.

“Supongamos que el chacarero recibía un peso como éste por 100 kilos de maíz. Al gobierno se le ocurre pagarle más, y ¿qué hace? Rompe este peso en tres pedazos (el Sr. Diputado Dickmann así lo hace. Risas) y dice: señor chacarero, ahí tiene usted tres pesos en lugar de uno. El gobierno podía romperlo en diez pedazos (lo rompe) y decirle: Ahora tiene diez pesos. Tal es lo que en el fondo ha hecho con los chacareros. Supongo que podré pegar los trozos de mi billete para que me sirva (Risas).”

Igualmente característico es este otro pasaje, que entresaco al azar, de un discurso sobre divorcio, pronunciado en la sesión del 23 de setiembre de 1932:

“¿En nombre de qué familia? ¿De la familia de más alto abolengo o de familias como la del estimable y distinguido señor diputado Biancofiere, de tan bello nombre, que tiene una cabeza magnífica y que yo deseo que el contenido corresponda al continente? (Risas).”

Y todo ello expresado con cierta dicción livianamente exótica, que pone en los labios de ese representante tan profundamente argentino por su impregnación espiritual de todo lo argentino y su amor y su vinculación de mil raíces a la suerte de su patria afectiva, un agradable rasgo fonético que acentúa impremeditadamente la traviesa intención de sus dichos.

En las orientaciones de su espíritu predomina el concepto de una correspondencia muy íntima e indestructible entre el sentimiento de justicia y la idea de libertad. Es, pues, la suya una firme posición de demócrata socialista. Concibe el Socialismo como un desarrollo y una culminación de la lucha por la Democracia, y reconoce como parte inseparable de ésta el liberalismo político, en el cual ve no sólo un medio para las realizaciones socialistas, sino un fin en sí mismo, que esas realizaciones contribuyen a alcanzar. No es lo que se llama un marxista ortodoxo. No acepta el método dialéctico de Marx, que le parece como a Juan B. Justo, una herramienta inútil para la construcción de su concepción materialista de la historia.

Frente a cierta interpretación demasiado esquemática y simplista de esa concepción —que tilda de teoría unilateral “en sí”. (“Ideas e Ideales”, página 33, segunda edición)— exalta la función histórica del espíritu humano y de los fines ideales. Pero no se le puede confundir con quienes en fuerza de reivindicar para esos fines, o sea, para los conscientes y meditados dogmas desinteresados del hombre, el papel de rectores supremos y autónomos de los acontecimientos históricos, caen en un idealismo metafísico que hace de la idea un ser omnímodo, con vida propia y aparte.

“La idea —dice— es la directriz de la historia universal, como “también a su vez es el reflejo del mundo material”.

Y si bien añade: “Los sentimientos son las bases fundamentales “de la vida psíquica y moral de los pueblos, como los descubrimientos e inventos son las bases de su vida técnico-económica”, (obra citada, página 34) eso no le impide afirmar: “La acción fué anterior “al pensamiento. El pensamiento, más que causa, es efecto de la acción. Y las teorías son apenas el reflejo de la realidad” (obra citada, págs. 184 y 185).

No está lejos del revisionista Bernstein, como no lo estaba su maestro Justo, y como éste ha recogido de aquél su principio pragmático: “El movimiento es todo”. Pero, no desdeña la doctrina, si bien, al igual de Justo, la prefiere aplicada.

En su laboriosa existencia política se destacan dos grandes preocupaciones como puntos cardinales de su prédica y de su acción: el destino demográfico de la Argentina, que, con sueño de Fausto, sueña ver transfigurada en asiento de muchos millares de habitantes prós-

peros; y la absorción espiritual de los extranjeros por la vida de la nación en todas sus manifestaciones y en lo más hondo y cálido de su entraña.

Frecuentemente aparece en sus artículos y en sus discursos el concepto de que el verdadero patriotismo reacciona ante la absurda prevención contra los extranjeros. Y así como combate el prejuicio que suele mantener a éstos alejados de las inquietudes civiles de la nación, y les reprocha esa actitud de confinamiento moral que se traduce en la absorbente y utilitaria obstinación de “hacer la América”, ataca todo aquello que tiende a perpetuar el odioso menosprecio al gringo.

Pero revela siempre el anhelo de que el cosmopolitismo no ahogue ni disuelva la nacionalidad, sino que la fecunde reforzando sus valores esenciales.

He aquí su fórmula:

“Reaccíonese en buena hora contra el cosmopolitismo sin ideales “ni horizontes, contra el extranjerismo absorbente de los mercaderes; “foméntese el amplio desarrollo de la nacionalidad en todas sus manifestaciones materiales e intelectuales; consérvese si se quiere la tradición como reliquia que no daña ni estorba; pero hágase obra sana “y buena incorporando la gran masa de extranjeros a la vida política “del país”.

Con el impulso de sus ideales generosos va por su camino como un labrador en su labranza, la mano en la mansera del arado, los ojos fijos en el horizonte luminoso de aurora, tal cual lo vieron en su atareada juventud los fértiles campos de Entre Ríos.

Ha comenzado a conocer la ingratitud y la incompreensión de los jóvenes que hacen un mal empleo de su “divino tesoro” despilfarrándolo en un vano afán de posturas inconducentes, sin ser capaces de percibir el auténtico sentido de juventud que encierra su amor por el ideal y su adhesión porfiada a la positiva forja del porvenir, volviéndole la espalda porque no descubren sobre su cabeza calva el penacho retórico de los verbalismos de moda ni oyen de sus labios palabras de incitación extremista, sino consejos de energía prudente, que sólo los tontos confunden con la prudencia sin energía.

Pero su obra lo defiende como un escudo, y su personalidad resiste victoriosa el tiro de los dardos inútiles, que caen quebrados a sus

plantas. Llega así a los setenta años envuelto en un prestigio sereno y puro; rodeado por el respeto y la confianza de una ciudadanía consciente que halla en él un ejemplo vivo, un espejo de hombres de acción y de pensamiento, una lección diaria y tenaz de nobles esfuerzos realizados en pro del bien colectivo y del progreso nacional, en la porción de mundo donde le toca prodigarse en actos tranquilamente viriles y palabras fecundas.

(Muchos años han pasado desde que el autor de la presente compilación escribió ese prólogo. Sucesos políticos de resonancia rioplatense han interpuesto, en estos últimos tiempos, entre biografiado y biógrafo una distancia que a éste le permite ver al Dickmann de aquellos años como una personalidad distinta a la de los días en que aparece este "Libro de los Elogios". Siendo así y con esta salvedad, nada tiene que cambiar ni suprimir el autor de las páginas aquí transcritas).

Un Libro de Gustavo Gallinal (1)

Es éste un libro de verdad y de pasión. No es un trozo de historia política contemporánea escrito con la fría serenidad del espectador ajeno al espectáculo que contempla. Quien ha trazado estas páginas de exégesis y comprobación histórica es el cronista que escribe con el corazón una crónica cuyo asunto él más que ha presenciado, ha vivido; en el cual ha tomado parte sufriendolo en carne propia; del cual guarda memoria lúcida, no tanto porque sea reciente, como porque ha desgarrado con la uña de lacerantes realidades su sensibilidad cívica.

Es una historia de cosas demasiado actuales (hay una actualidad relativa que se aleja ante el flujo desplazador del tiempo con menos rapidez que los días fugaces, porque la integran elementos que siguen siendo de hoy) para que pueda decirse de ella, aplicándole la conocida fórmula de Michelet, que es una resurrección. Aún viven los componentes principales de ese cuadro animado y no cabe, por tanto, resucitarlos, sino ponerlos bajo el chorro de luz que permite verlos moverse y gesticular, o someterlos a los rayos X que descubran la misteriosa urdimbre de móviles e intenciones.

Pero el libro vive y palpita porque por todo él circula el mismo sentimiento cálido con que el autor ha observado y vivido y padecido los hechos que narra, los sucesos que comenta, las escenas que describe. Sus juicios sobre hombres y acontecimientos no son menos justos, porque broten candentes. El sentimiento moral que nos hace discernir entre lo bueno y lo malo, no enajena nunca su derecho a indignarse con pasión ante lo segundo ni exaltarse con fervor ante lo primero.

El autor de "El Uruguay hacia la dictadura" no se ha propuesto

(1) 21 de diciembre de 1933. Aparecido en la revista "Ensayos" y reproducido en "El Plata".

historiar por historiar. No podía reducirse al papel de ser un simple reseñador de acontecimientos; ni siquiera habría de conformarse con la misión académica de legar a la posteridad un juicio histórico objetivo e inobjetable sobre el trozo de vida nacional que ha recogido en sus páginas. Es otra la función que se ha propuesto y que es al mismo tiempo la que se le ha impuesto como una obligación ineludible a su conciencia de político y de escritor: la de aleccionar, la de aplicar sentencias morales que sean una sanción efectiva para los reos y una enseñanza para el espíritu de sus conciudadanos.

No aspira a que se le tenga por imparcial, sino por verídico. Repudia la imparcialidad ante las realidades que extiende sobre su mesa de disección, para exponer a nuestros ojos sus podredumbres, a fin de que nos afecte y repugne el espectáculo, y no para extasiarse o entretenerse en una fría e indiferente tarea de operador anatomista.

Es un militante de la política, y en su libro no oculta, sino que muestra esa condición. Más todavía: su libro es un acto político y una lección política, en la que se destacan duras condenaciones del mal del "apoliticismo". "El apolítico —dice— es un hombre al que no interesan los derechos ni las libertades ajenas. Los suyos tampoco, sino en la medida en que repercuten directamente sobre sus intereses materiales. A los que se desinteresaban por los negocios políticos, los griegos los llamaban "idiotas". Hay quienes de esta despreocupación hacen un timbre de excelencia".

Por lo demás, sus palabras son bien explícitas respecto de la posición en que ha querido localizarse. "Como comentarista, no aspiro a la imparcialidad. Actor apasionado, no escribo un trabajo histórico, sino un alegato político...". Pero el valor histórico de ese alegato no puede negarse, porque si sus juicios admiten ser discutidos, "los testigos que emplazo —dice— y hago comparecer a prestar declaración, no podrán ser recusados".

El lector sabe, pues, a qué atenerse en cuanto a la procedencia espiritual de los juicios allí vertidos. Construidos sobre hechos reales, sobre datos verídicos, podrán no compartirse, pero no porque el autor falsee la historia, ni porque ponga pasión, legítima y saludable pasión, en sus apreciaciones fundadas. ¿Y quién es el autor? Necesario es hablar de él, porque la fuerza docente y adoctrinante de libros de esta clase radica sobre todo en la autoridad moral de quien los escribe.

No es para libros de esta índole que George Saintsbury sentaba aquella máxima crítica según la cual "si es posible, hay que perder totalmente de vista al HOMBRE cuando se pondera la obra, y, si es imposible, hay que separar enteramente las dos estimaciones".

Desde luego, no habrá de ser fácil prescindir y hacer abstracción del HOMBRE tratándose de un relato en que ese hombre ha tenido su parte activa. Pero lo que más impide ese apartamiento que aconseja el crítico inglés, es la naturaleza de la obra, toda ella caldeada por el aliento vital y humano del autor; toda ella marcada, línea a línea, con el sello de los sentimientos civiles que agitaban la personalidad del autor en el ambiente de ese período allí evocado por su pluma vigorosa.

Gustavo Gallinal entró en la política con una cultura de gran estudioso y un espíritu afinado en el estudio serio y ahincado de las letras. Su actuación de hombre público luce por ello el decoro formal que su vocación literaria imprime a cuanto dice, ya sea hablando, ya sea escribiendo; y el vuelo de su pensamiento, sostenido por el arte de expresarse, levanta su personalidad política a esa alta atmósfera intelectual que sólo respiran los hombres de Estado y los dirigentes de partido en las democracias más cultas del mundo.

En las tribunas alcanza por momentos, cuando maneja el látigo de las indignadas flagelaciones, la bronca entonación admonitiva de los profetas, cuyos trenos vibran seguramente en su memoria desde sus primeras lecturas de juventud; y en la amplia armonía del párrafo de largo aliento, palpita el velamen desplegado de una elocuencia robusta, servida por un léxico abundante y selecto, igualmente alejado de la vulgaridad y de la afectación.

Como escritor, ya lo veis. Es un libro escrito sobre todo por el orador, sin duda por ser una larga y documentada requisitoria fiscal pronunciada ante el supremo tribunal de la historia; pero aquí ha puesto, sin haberse propuesto hacer obra literaria, muchas de sus mejores dotes de literato de ideas, pese asimismo a que éste es, más que nada, un libro de nechos.

Demócrata ardiente, el golpe de marzo lo sorprendió en el Consejo Nacional de Administración, a donde llegara tras una rápida y brillante carrera política que lo destacó con rasgos propios en las filas del Partido Nacional.

Era un hombre de derecha. En más de una ocasión, quien estas líneas escribe debió chocar con él en debates parlamentarios apasionados sobre problemas de política social. El derrumbe de las instituciones democráticas con la evidente complicidad de las fuerzas sociales que él había defendido políticamente, debe haberle hecho pensar que la democracia política no descansa realmente sino en el espíritu de las masas sin privilegios, o sea, de aquéllas que necesitan y reclaman la democracia social. Porque su posición espiritual ante aquellos problemas ha cambiado en parte. Y su fervor democrático de ahora tiene un tono más vivo, como si le llegase al menos un soplo de ese liberalismo político profundo e integral que se siente reconfortado en una visión jurídica apartada de los cánones clásicos del individualismo económico. Una reciente monografía suya, muy interesante, sobre las convenciones colectivas en la industria francesa, nos lo muestra en esa posición.

"El Uruguay hacia la dictadura", es, en definitiva, una trascendental expresión de sano patriotismo crítico con la cual un alto espíritu de ciudadano presta imperecedero servicio a la conciencia histórica y civil de su patria.

El Prof. Desteffanis, o la Libertad de Cátedra

Voy a recordar un hecho que caracteriza una época en la vida política del Uruguay y sirve para medir la extensión del retroceso operado en las alternativas de la historia, sobre las ondas de los "corsi e ricorsi", de Vico, que no excluyen sino que describen la espiral de Goethe.

Era allá por el año 1885. No muchos antes había llegado a nuestras playas un sabio italiano, un hombre sumamente versado en letras y humanidades, profesor de lenguas muertas y vivas, poliglota, todo un alto exponente de la cultura clásica europea, dueño de un rico bagaje de estudios históricos, filológicos y literarios: el profesor Luis Desteffanis, que ejerció el periodismo como crítico teatral de "El Siglo" y ocupó cátedras en la Universidad de Montevideo. Insaciable lector, verdadero erudito, había reunido una de las más valiosas bibliotecas privadas del país, que a su muerte fué vendida en lotes por sus acreedores, en pública subasta, durando semanas enteras el remate. No hay, puede asegurarse, biblioteca particular o pública de cierta importancia en el país, que haya comenzado a formarse antes de 1906, año de su muerte, que no catalogue algunos de sus libros, muchos de los cuales aparecen enriquecidos con respetuosas dedicatorias de sus autores.

¡Interesante y simpática figura la de aquel viejecito rechoncho y cegatón que yo, siendo niño, veía llegar regularmente a mi casa tres veces por semana, para enseñar el idioma italiano y literatura a mis hermanas y para departir en amable plática con mis padres, que sentían por él un particular aprecio!...

Era un solterón, de grandes ojos saltones parapetados tras unos lentes de los cuales pendía un largo cordón sujeto a la solapa, y que sentía verdadera debilidad por los gatos, siendo de advertir que su fisonomía le hacía asemejarse un poco a uno de esos mansos y re-

dondos gatos de Persia que suelen verse en algunas casas. En la nuestra, apenas llegaba, se dedicaba a acariciar, atreyéndolo a su silla, a un enorme capón mimoso que en cuanto lo veía entrar se le acercaba con reticentes arrumacos.

Era una figura familiar en las plateas de nuestros teatros, donde a menudo parecía dormir a telón alto, o dormía efectivamente. Firmaba sus notas críticas con el seudónimo "Delta".

Acumulo estas referencias a su persona con un sentimiento como de cariño, porque la asocio a los años de mi infancia, y en torno de ella se mueve toda una multitud de seres, muchos ya por siempre desaparecidos, que continúan viviendo como huéspedes amados de mi corazón.

Cuando inicié mis estudios de bachillerato él enseñaba Historia Universal en la Sección Preparatoria de nuestra Universidad. Los futuros bachilleres, que unánimemente lo apreciaban y querían, solían sin embargo hacerle objeto de algunas bromas, eso sí, inofensivas, aprovechándose de su exagerada miopía, que le obligaba a pegar las narices a todo papel que se propusiera leer. Una de las más repetidas consistía en irse retirando de la clase, cuando ésta se dictaba en una de las aulas más espaciosas, en puntillas de pie hasta dejar vacía la sala mientras el profesor continuaba explicando su lección, sin descubrir la treta sino cuando se le ocurría interrogar a sus alumnos.

Pero años antes había dictado cátedra de Historia Americana, y le tocó ser protagonista en un suceso que adquirió en su tiempo muchísima resonancia y dió no poca notoriedad a su clásica figura de profesor —levita cerrada y galera de felpa, a toda hora— en aquel Montevideo tan colonial y aldeano de la época en que el general Máximo Santos ejercía el gobierno de la República.

Don Luis Desteffanis no creía en Artigas. Aun predominaba en los estudios históricos de la época la leyenda anti-Artiguista, que rodeaba la memoria de nuestro héroe nacional por antonomasia, de una aureola sombría de caudillo bárbaro y anárquico. Era para los historiadores que hasta ese entonces habían venido haciendo nuestra historia —sobre todo para los historiadores argentinos— un representante típico del caudillismo cimarrón y atrabiliario contra el cual y a pesar del cual debía abrirse paso la civilización en el Río de la Plata.

No era de extrañarse que un erudito italiano tuviese ese concepto

del fundador de nuestra nacionalidad, cuando un educacionista que desempeñó entonces entre nosotros el cargo de Director de Instrucción Primaria, el argentino Don Francisco Berra, también ligado a los recuerdos infantiles de mi hogar por la amistad que lo unía a mi padre, había escrito una historia, que se leía en nuestras escuelas, donde se pintaba a Artigas con aquellos colores. Aun después, hombre de tanta cultura histórica, no italiano, sino uruguayo como el ilustre Luis Melián Lafinur, desplegabá a todo trapo un anti-Artiguismo de polémica, enconado e irreductible.

Pero Máximo Santos, el dictador inculto e ignorante, dotado de una rara inteligencia natural, o si se quiere, de una aguda viveza criolla, que suele ser una forma penetrante de la intuición, comprendió que Artigas era la parte más viva y permanente de la historia uruguaya, una de las encarnaciones más completas del genio de nuestro pueblo. No podíamos negarlo sin negarnos a nosotros mismos. En la controversia que ya se había desatado entre los historiadores, tomó partido inmediato y resuelto por Artigas. Y cuando se enteró de que el italiano Desteffanis, desde su cátedra de la Universidad atacaba al vencedor de Las Piedras, lanzó un decreto exonerándolo.

La prensa opositora condenó el atentado a la libertad de cátedra. Periodistas que, como Carlos María Ramírez, eran ardientes reivindicadores de Artigas, pusieron por encima de su amor y admiración al héroe nacional su fidelidad romántica a los principios de libertad espiritual, que fué una de las grandes pasiones del siglo XIX.

Y los uruguayos dejaron de ver en el profesor italiano al injusto crítico de Artigas, para no ver sino el objeto de una injusta intromisión del gobernante en la vida de la Universidad. Durante muchos años se ha discutido, entre nosotros, esa medida de Santos contra la libertad de cátedra, una de las más preciosas conquistas del liberalismo político.

Pero he aquí que ahora vemos alzarse en nuestras escuelas públicas, en nuestros liceos nacionales y en nuestras facultades universitarias, un peligro insidioso contra esa libertad, desde el seno de la misma, como un aspid pronto a herir el pecho que le da calor y albergue.

¡Oh dulce e inofensiva sombra de Don Luigi Desteffanis! Ante tu sonrisa de sabio bondadoso y ante tu escudriñadora mirada de miope, nadie podía pensar que fueses un peligro para nadie ni para nada aun

cuando te dedicases a repetir, sin mayor convicción por otra parte, lo que habías aprendido en los libros de una historia criolla parcial y pudiste considerar verídica en tu candorosa buena fe!

Valía, pues, más, en tu caso, defender la libertad de cátedra que aceptar sin protestas el peligroso precedente de suprimirla porque molestaba a las opiniones de un tirano.

Detrás de tí no estaba agazapado el peor de los despotismos. El gobierno que te apartaba de la cátedra, aunque tenía razón contra tí en sus juicios históricos, representaba en esos momentos la arbitrariedad; y tú encarnabas, en cambio, uno de esos derechos que sólo pueden abatirse con otro derecho; una razón equivocada, que sólo puede eliminarse con otra razón, pero no con la fuerza.

No es ése, por cierto, el caso de algún profesor de Historia de uno de nuestros Liceos, a quien sus discípulos denuncian como denigrador de Artigas —y ése es uruguayo—, de Sarmiento, de Rivadavia, por lo mismo que exalta y admira a Rosas con igual entusiasmo con que ataca a Roosevelt y detesta a la democracia.

No sé si Santos hubiera pasado por encima de la autonomía de la Enseñanza Secundaria para destituir por sí y ante sí, a ese profesor. Acaso lo único que le reprochase sería su irreverencia para con Artigas. Lo que sé es que hoy toda la prensa liberal democrática reclama que se aleje de las cátedras esa clase de profesores. Porque éstos no son como tú —buen viejecito tímido y demócrata, que mantenías encendido en tu pecho un fervor inextinguible por los principios liberales— sino que en el mismo sitio en que tú enseñabas “tu verdad”, que era tu error, pero asimismo tu lealtad de maestro, ellos difunden su veneno antidemocrático como propagandistas deliberados de fuerzas políticas de reacción y de barbarie cuyo triunfo no puede sino significar la cancelación brutal de todas las libertades que tú amabas y que honestamente empleabas aun cuando estuvieses equivocado.

Tú no te amparabas como ellos en la argucia del clerical Luis Veillot cuando decía a los liberales: “Os reclamo la libertad porque está en vuestro programa; os la niego porque no está en el nuestro”.

El solo hecho de que en tu caso fuese la mano de un gobernante

de fuerza la que te sacaba de la cátedra violando los fueros universitarios, marca una diferencia bastante señalada entre tu caso y el de los que atraen contra sí la protesta de quienes temen por la suerte de los derechos democráticos si prosperan las tendencias rosistas propagadas desde las cátedras del Estado.

En “Italia Libre” de Buenos Aires. 23 de agosto de 1941.

El Valor Italiano

Las guerras suelen considerarse piedras de toque para juzgar de las calidades de una nación. El país vencedor en una contienda bélica pasa a gozar de un prestigio que no se limita a su capacidad guerrera, sino que se extiende a todas las manifestaciones de su actividad y de su vida.

Cierta lógica hay en ello cuando la guerra es un esfuerzo máximo y total que se realiza con el concurso de todas las energías, las aptitudes y las reservas de la colectividad. Ella pone a contribución todos los recursos de la industria y todas las capacidades de acción de un pueblo.

Pero es injusto y asimismo brutal que la guerra resulte la suprema dispensadora de prestigios nacionales, y que la victoria bélica se traduzca en revelación de valores que la guerra no ha creado sino que existían incorporados a las artes y a las inquietudes fecundas de la paz.

Hasta la literatura y las artes plásticas se benefician de un triunfo guerrero. La victoria del Japón sobre Rusia, en el año 1905, puso de moda en todo el orbe civilizado el arte japonés. Se despertó en todas partes un interés muy vivo por todo lo nipón, y las costumbres y los artistas japoneses atrajeron sobre sí una atención a la que sin duda habían abierto las puertas los cañones de su ejército formidable. El Occidente fué invadido por una ola de japería.

Eso lo han explotado los gobiernos guerrerófilos para imponerle a sus pueblos las cargas abrumadoras de una preparación para la guerra sin otro fin que el de coger a manos llenas los frutos de victorias militares obtenidas a cualquier precio.

La enorme tragedia de esos gobiernos aparece, pues, cuando en

vez de la victoria, que prestigia, sobreviene la derrota, que suele traer como consecuencia la ruina, la humillación y el desprestigio.

Esto es lo que le está ocurriendo al fascismo italiano. La guerra, que según las teatrales bravatas de Mussolini, habría de proporcionarle a Italia una grandeza histórica, material y moral, que no alcanzaría nunca por las vías pacíficas, se vuelve contra ese sueño de falsa gloria y lo disipa en pocas semanas con la comprobación estrepitosa de una irremediable incapacidad militar.

Veinte años de feroz despotismo y de privaciones tremendas — que iban desde las libertades más elementales a los más necesarios alimentos— querían justificarse con el fin heroico de conquistar, con las armas en la mano, un puesto más amplio bajo el sol. Y ese bárbaro régimen de transformación del hombre en máquina para el cumplimiento de un destino, que no es sino el de la dictadura que lo esclaviza; ese terrible sistema de opresión impuesto en nombre de una “sagrada” aspiración de fortaleza invencible para ser empleada en los campos de batalla, se muestra ahora contraproducente hasta para ese fin guerrero, pues en vez de conducir a Italia a las conquistas prometidas, la conduce al desastre humillante en que lo deja todo, “hasta el honor”. Y en vez de hacer del pueblo italiano un poderoso factor marcial, pronto a cosechar a brazadas los clásicos laureles en la contienda armada, lo lleva a enfrentarse con el enemigo, sin preparación suficiente, sin dirección acertada, sin espíritu de combatividad, sin el menor deseo de afrontar el peligro, dispuesto solamente a aprovechar la primera ocasión para volver las espaldas o deponer las armas.

Ni éxitos materiales ni la brillante aureola de los fracasos gloriosos. El fascismo aparece así como el torpe artífice de las más aplastantes derrotas italianas sin honra.

Y ésta es la hora en que se pone en tela de juicio no ya la capacidad bélica del ejército italiano, que parece fuera de discusión tras los sucesivos desastres, sino el valor del soldado italiano que en estas últimas campañas —mal nutrido, mal dirigido y desmoralizado de antemano— ha marchado de derrota en derrota.

No es, por cierto, Italia una nación que carezca de las virtudes heroicas. Su pueblo ha luchado en mil ocasiones con admirable valor guerrero. Mantuvo contra un imperio poderoso, dueño de uno de los

ejércitos más aguerridos de Europa, una guerra larga y cruenta de liberación, a través de diversas etapas y múltiples alternativas, hasta conquistar la independencia y realizar la unidad italiana. El RISORGIMENTO fué un árbol glorioso regado con la sangre de las generaciones itálicas.

Si italianos eran los CONDOTTIERI, aventureros y audaces, así como los ejércitos mercenarios de la Edad Media, adiestrados en guerrear bajo el signo de una época bravia en que diez estados italianos rivales se disputaban en choques cotidianos la herencia del valor guerrero legado a las nuevas poblaciones latinas por el esplendor de las famosas legiones romanas, italianos eran asimismo los voluntarios que en todos los trances de la historia en que se halló en juego la causa de la libertad, desplegaron la bandera de Garibaldi y ganaban amor para el nombre de Italia en el corazón de la humanidad civilizada.

Fué con un puñado de italianos que Garibaldi —el magnífico héroe de dos mundos— infligió en Dijón en el 70, a los prusianos del general Moltke, la única derrota que sufrieran en esa campaña y les arrancó la única bandera que les fué capturada. Eran italianos los que como Amílcar Cipriani iban a batirse espléndidamente en Grecia, cuando la guerra con Turquía, y eran los italianos los que en el año 1914 formaban en Francia una división de 20.000 hombres y luchaban denodadamente en Argone, cubriendo el suelo de cadáveres.

Eran italianos los que en España Republicana constituían el nervio de la Brigada Internacional, que impidió en Madrid la entrada de las tropas de Franco o dispersó en Guadalajara a las columnas motorizadas del DUCE.

Como italianos habían sido los que en Montevideo, cuando la Guerra Grande, se alistaron bajo el mando de Garibaldi en aquella legión que se cubrió de gloria rescatando el cadáver de Neira. Y eran italianos los que acompañaban al gallardo paladín de la libertad en sus memorables hazañas del Río de la Plata y de San Antonio.

Ese mismo coraje hubiera florecido en las filas del ejército italiano si en lugar de ser arrojado a una guerra injusta y odiosa, que el pueblo italiano no siente y no quiere, se le hubiese inflamado en la llama de un noble ideal, llevándole a luchar en defensa de la justicia y de la democracia.

El alma de la nación itálica protesta desde el fondo de su historia contra el ataque a Grecia y la invasión de Etiopía. Y no habían de ser las divisiones de camisas negras —reunión de fantoches embrutecidos— los que a la previa desmoralización o deliberada ineficacia de un ejército que se niega en el fondo de su espíritu a servir una causa abominable, pudiesen oponer otra cosa sino la lección mal aprendida de una disciplina sin convicción y de una apariencia de belicosidad presta a desmoronarse al primer empuje del adversario.

Y si de todo ello resulta que ese pueblo carece del valor del soldado y de la capacidad especial necesaria para constituir un ejército poderoso, no hemos de lamentarlo, sino que de ello nos toca regocijarnos; y no han de lamentarlo tampoco los italianos demócratas, porque gracias a eso Italia actúa hoy en la historia, contra la voluntad de sus amos, como un factor de salvación del mundo y de su propia liberación.

Sus derrotas, en efecto, abren grandes brechas para la penetración del poderío británico en los baluartes del Eje. Este se resquebraja ante los fracasos militares de Italia. Esos soldados que huyen hacen algo más que salvar su vida: rompen el lazo que los ata a la tiranía y dejan el campo libre a las fuerzas de la libertad y del derecho para que aplasten a la hidra del nazi-fascismo.

Además, en tiempos normales las que se llaman “virtudes guerreras” de un pueblo nada valen junto a las virtudes pacíficas.

Se acercan días para el mundo en que aquellas “virtudes” —que siempre fueron un almáximo de peligros, un carcaj de amenazas para la paz de las naciones— deben desaparecer ante el ascendiente de estas otras virtudes, que son las del trabajo en la concordia y la fraternidad humana.

Hay un valor que vale más que el del soldado: el del hombre que cumple sin alardes, en todo instante, espontánea y conscientemente sus deberes de ciudadano y de hombre, afrontando la adversidad, batiéndose a brazo partido con los obstáculos mientras traza su camino en la vida realizando el progreso y ampliando, con la cotidiana inquietud de sus manos laboriosas o de su mente esclarecida, los horizontes de la existencia colectiva.

La milicia del trabajo en la conquista honrada de la propia elevación y en la obra permanente y esforzada de la civilización y la cultura que son un bien para todos, requiere también un valor eximio. Y ese valor no falta, por cierto, al pueblo italiano. Ningún otro de la tierra lo aventaja en ese género de coraje tranquilo, sereno, inteligente, con que se libran las batallas modestas, pero fecundas, de la lucha humana por el pan o por el progreso.

Estos países de América saben de ese oscuro heroísmo itálico. Ellos han visto a los italianos desplegar con intrepidez insuperable sus afanes de conquistar el desierto y llevar nuevos métodos de trabajo y nuevos hábitos de vida a sus tierras incultas. En las regiones inhóspitas, pobladas de asechanzas naturales, en medio de las privaciones y de los peligros, los han visto instalarse pacientemente, plantar su tienda, levantar su rancho, labrar el suelo, plantar sus árboles, rodearse de hijos, echando así los cimientos de ciudades prósperas.

En algunos lugares han debido arar la tierra llevando terciado a la espalda el fusil o la escopeta para defenderse de los ataques del indio todavía agresivo para el extranjero, el intruso. Su existencia en esas regiones era un ininterrumpido acto de valor, en la vigilancia constante y la decisión firme de jugarse enteros a cada instante.

¡He ahí un heroísmo armado que no conciben sin duda los “camisas negras” de Mussolini!

Y ése es, sin embargo, el verdadero heroísmo. Esas son las más altas virtudes de un pueblo.

Ese es el valor italiano, que no pueden empañar las polvaredas de las retiradas fascistas ante los tanques británicos o las bayonetas griegas.

En “Afirmación” de Montevideo e “Italia Libre” de Buenos Aires en marzo de 1941.

La Sombra Proscripta (1)

Símbolo ensangrentado del trágico destino de Italia, la sombra de Matteotti surge ante nuestros ojos en una angustiante actitud de espera... Es una sombra exilada que aguarda el momento de entrar a la patria de donde la arrojaron la barbarie y el cobarde terror. Porque es la sombra de un mártir que habiendo caído por el amor a su pueblo, por la dignidad de su pueblo, no halla todavía en el hogar solariego el rincón donde se le acoja como un numen y se le rinda la visible y edificante veneración a que tiene derecho. Ciertamente es que su patria, su verdadera patria, es el corazón de todos los hombres libres del mundo, el alma de quienes fuera de Italia agitan esa sombra como una bandera de redención en torno de la cual se agrupan cuantos sueñan con el derrumbe de la tiranía ignominiosa.

Ciertamente es también que la verdadera Italia alienta hoy en el pecho de los que se alejaron de ella abominando del déspota y su jauría; pero la sombra de Matteotti quiere reposar en el corazón de los italianos también en Italia. De allí ha sido expulsada por los asesinos de su cuerpo. Recordarla allí es delito que acaso se paga con la vida. Y para que las nuevas generaciones no la recuerden, todo un tremendo sistema de deformación de las mentalidades y de atrofia de los corazones coge al niño desde los bancos de la escuela en su férreo engranaje, y la conciencia pública se va forjando en una fábrica de degeneración espiritual bajo el martilleo de la violencia y la impostura.

Los niños de Italia ignoran a Matteotti o le creen un vulgar bandido con el que los sicarios de Mussolini hicieron un saludable escarmiento. Es así como, después de habersele arrojado por el crimen alevoso, al mundo de las sombras, se le condena al oprobio para que

(1) Montevideo, junio de 1931: ("Acción Socialista").

su sombra no retorne a brillar, como una llama, en la conciencia de su pueblo.

Pero siempre es en vano, a la larga, decretar el destierro de las sombras... Estas vagan por encima de todo. Trasponen sin ser vistas, todas las fronteras. Atraviesan inadvertidas y silenciosas, las más duras murallas. Se filtran por los muros como la luz por los cristales. Sin embargo, la sombra de este gran mártir del Socialismo no se conforma con penetrar en el alma de los italianos y retornar a Italia sin ser vista por los ojos de sus verdugos.

Ella quiere que se le abran de par en par las puertas por donde entran no sólo las almas sin cuerpo, sino los cuerpos con alma.

Ella las quiere bien abiertas para que con ella entren todos los que salieron y todo lo que salió detrás de ella, desde que el terror fascista impuso su noche de muerte y de atraso en el destino de Italia.

Y he aquí que aguarda. En los umbrales mismos de su nación, permanece expectante. Nos parece verla erguida sobre la cumbre más alta de los Alpes escudriñando el horizonte, con el oído atento a todos los rumores que los vientos le traen. Ya escucha sin duda, una lejana vibración de marcha. Millares, millones de pasos resuenan, muy a lo lejos aún... Es un ejército que avanza desde remotos confines. Acaso descubre que ese ejército entona, como himno de guerra y de esperanza, un nombre inmortal: "¡Matteotti!". Cuando llegue, ella se pondrá a su frente. Junto a ella se alzarán por miles otras sombras: la de todos los que cayeron por su idea y por su fe civil bajo el golpe de la ferocidad reaccionaria. Y así, en legión irresistible, entrarán en Italia, abiertos a su paso todos los caminos. La sombra proscripta recuperará sus derechos de ciudadanía en la nación reconquistada, y Mussolini podrá exclamar entonces como César Borgia, aquel predecesor suyo en las artes de la tiranía y del crimen: "Los muertos vuelven"...

Romain Rolland Acerca Mundos

Esta época, en que turbios materialismos desatan vendabales de baja sensualidad y de brutalidad implacable, se caracteriza sin embargo por el culto que consagra a los puros valores del espíritu, y los exalta en conmemoraciones y homenajes como este jubileo de Romain Rolland, cuya figura armoniosa se eleva sostenida por grandes alas de idealidad y de amor sobre todos los caminos del pensamiento contemporáneo.

¿Es ese un fenómeno de reacción en que se cumple la llamada "ley de las compensaciones", o es un hecho que responde a la existencia de un raudal vivo y pujante de caudaloso idealismo más o menos oculto bajo el frenesí de las pugnas violentas y en el cual debemos ver el verdadero rasgo típico de esta era enigmática y desconcertante?

Dejo planteada la cuestión para que la resuelvan los observadores profundos de la realidad histórica; y es ese sin duda un problema que nadie podría iluminar tan intensamente como el propio Romain Rolland, que ha ejercitado su mirada penetrante en la exploración y cateo del alma humana y del sentido inmanente de la vida universal en el tiempo y en el espacio.

El irradia en esta hora una luz de espíritu que fluye de toda su obra y de toda su vida como un torrente cuyas aguas inundan las más áridas planicies de la vida de su tiempo, semejante a aquel océano de la alucinación angustiada en que uno de los seres extraordinarios biografiados por él se siente transportado a la culminante revelación de la presencia divina.

¡Y qué generosa ambición la de su alma, encendida y serena como una brasa del cielo, en los esfuerzos desinteresados a que se consagra con una desgarradora tensión de todo su ser sensible a una palpitación fluvial de su maravilloso talento de escritor!

“He consagrado la vida —dice— a la aproximación de los hombres”. Y como sabe que a los hombres los separan la injusticia y el error, ha luchado y lucha sin descanso por la justicia y por la verdad. Ha querido acercar el Occidente al Oriente, y más todavía: ha querido juntar dos mitades del alma humana que suelen hallarse separadas por un divorcio, a su juicio, absurdo: la razón y la fe. Entramos así en contacto con la elevada religiosidad de este hombre que aprendió en Oriente, en la India inquietante, poblada de misterios y de leyendas, el arte de convivir con el prodigio y gustarlo hondamente, sabiéndolo “la riqueza del mundo”. Su concepto de la religiosidad es una fórmula para hacer posible el acercamiento de esas dos mitades. Ella consistiría en el impulso constante de “orientación intrépida hacia la investigación de la verdad a toda costa”. Hasta el escepticismo —afirma— cuando está en poder de naturalezas vigorosas y sinceras hasta la médula; cuando es expresión de fuerza y no de impotencia, forma parte del gran ejército del alma religiosa. “Por lo contrario, no tienen derecho alguno a usar sus banderas los miles de creyentes cobardes de las iglesias —clericales o laicos— que no creen por sí mismos, sino que permanecen revolviéndose en el establo donde han sido paridos, ante el pesebre repleto de heno de las creencias cómodas y sin más trabajo que rumiarlo”.

Y a renglón seguido se proclama adorador de la Unidad. No cree en un solo Dios personal “ni sobre todo en un solo dios del Dolor solamente”. “No hay más dios que aquello que en el hombre, y en los hombres y en el universo es un perpetuo nacer”.

Y su credo se expande en una afirmación panteísta que se niega a encerrar a Dios —son sus palabras— en los límites de un hombre privilegiado, para verlo todo entero en la partícula más pequeña.

Nos pone en guardia contra la fe ciega. Lo que ha de conducirnos a la verdad es una cooperación “de las fuerzas de la razón con las fuerzas de algo que no puede confundirse con la fe sin ojos o la aceptación a ciegas; la intuición viviente y vidente, el ojo frontal del ciclope que no oculta, sino que completa a los otros dos”. Bergson no había encontrado una imagen tan gráfica para postular su intuicionismo.

Digamos, en fin, que nos enseña a apartarnos no sólo del grosero materialismo, sino también del espiritualismo grosero. Además cree,

como los filósofos de Oriente, que el espíritu no se reduce a la inteligencia; y como ellos entiende que los pensamientos son actos, y que los actos corroboran el valor del pensamiento. Y si los occidentales colocan en dos mundos distintos la especulación y la acción, la razón pura y la razón práctica, él recoge de los maestros del yoga la idea de que una y otra forman una sola unidad en la identificación de estos tres atributos: saber, poder y querer. “El que conoce, es”.

Con esa entonación espiritual encara el espectáculo del mundo y envía su mensaje a todos los hombres de la tierra soñando con unirlos en la igualdad, pues sólo se sienten hermanos los iguales. Pero no había necesitado sumergirse en el lago de misticismo cósmico de las religiones orientales, para adquirir esa actitud de un verdadero “héroe del alma” con que lo vemos erguirse, con su palabra patética de amor heroico, por encima de la reñiega, cuando la locura trágica de la guerra mundial abría abismos de sangre y de muerte entre los pueblos.

Su mensaje sigue vibrando, como un látigo, contra los despotismos y las iniquidades. Las multitudes oprimidas vuelven hacia él sus ojos y su corazón mientras él les inculca su optimismo potente, su confianza fecunda en el porvenir, y tiende hacia ellas el vuelo de su pensamiento que se proyecta como un abrazo de alas sobre el horizonte de la vida presente, como en su hora el de Tolstoi, el de Ruskin, el de Voltaire, el de Dante...

Hasta él llegamos en el minuto colmado de su jubileo todos los que amamos su genio y su sed de justicia y su honda bondad; y discreto ha de ser que lo hagamos repitiendo en la persistente resonancia de nuestros corazones aquel sabio versículo de su evangelio de universalismo solidario: “El más grandes de los hombres no es más que una imagen más clara del sol que se recrea en todas las gotas de rocío”.

¡La imagen más clara del sol reflejada en el alma de un hombre! He ahí, precisamente; la mejor definición de su genio.

José Carlos Mariátegui

Tiene razón Waldo Frank cuando, recordando sin duda la definición de Nietzsche "vivir es vivir más", dice que nuestro problema, el de los americanos, es crear "más vida". Ese es el problema y en síntesis el programa de acción de la juventud joven de América, continente donde las más grandes posibilidades humanas aguardan la hora de su movilización. De esa joven juventud americana que surge divorciándose de una juventud que es vieja porque permanece adherida al pasado por los mil lazos del prejuicio y de la herencia ancestral, José Carlos Mariátegui era un abanderado heroico, un intrépido guía. Su obra, su vida toda, consistió en estudiar la realidad de su país, el Perú; en acercarse a sus problemas para penetrarlos hasta la raíz y ver la manera de resolverlos. Se le ve permanentemente preocupado por la suerte de su pueblo; y la cuestión peruana, con sus varios aspectos y sus múltiples facetas, es la obsesión, el norte imantado de su pensamiento. Todas sus ideas forman un sistema planetario cuyo centro es esa cuestión. Todas ellas giran en torno de ese eje vivo. La vida, el presente y el porvenir del Perú, sobre todo la existencia del indio, del paria esquilado al que el "gamonalismo" mantiene hundido a muchas brazas en la indigencia material y moral, bajo el peso de la más inicua explotación, son los grandes temas de su profunda actividad mental. Nutrido de sólida erudición moderna y dotado de una clara visión de los fenómenos históricos, ha enfocado la realidad social de su nación con la luz del criterio económico de la historia que le permitió recorrer con seguro paso el campo de sus observaciones y desentrañar las causas hondas de todo aquello que golpeaba su espíritu, como un puño de protesta o de iniquidad. Hablando de la suerte del indio dijo: "La reivindicación indígena carece de concreción his-

(1) Con motivo de su fallecimiento. En "La Gaceta de Montevideo". (1932).

tórica mientras se mantiene en un plano filosófico o cultural. Para adquirirla —esto es, para adquirir realidad, corporeidad,— necesita convertirse en reivindicación económica y política. El socialismo, nos ha enseñado a plantear el problema indígena en nuevos términos. Es un marxista "integral" —digámoslo así,— porque no admite transacciones ni con Berstein, ni con Henri de Man. No hace concesiones a ningún revisionismo. Su doctrina y su método cumplen en el Perú, más que en parte alguna, función de saludable contrapeso a las divagaciones pseudo-idealistas de un criterio "abstracista y literario", como él lo llama, —que escamotea la realidad—, emplearemos sus propias palabras, "disimulándola bajo sus atributos y consecuencias". No dejan de adquirir un acento de reacción científica y lógica su posición iconoclasta y el realismo de su interpretación materialista de los fenómenos históricos, en medio de la garrulidad intelectualista que como fruto de una educación liberal burguesa suele predominar en las expresiones del espíritu culto de aquellas tierras cuando se trata de explicar los hechos sociales. La disciplina marxista no sólo dió una dirección a su pensamiento, sino que a toda su contextura intelectual, le comunicó una solidez y eficacia admirables, como herramientas para la obra de crítica y de aleccionamiento. Toda su formación espiritual resultó fortificada en el sentido de la profundidad de visión, del equilibrio de criterio, de la honradez mental, por esa orientación ideológica que le enseñó a no detenerse en las apariencias de los hechos y a no pagarse de fórmulas verbales, que dejan sin explicación lo que pretenden dilucidar o eluden la substancia de lo que aparentan definir. Viajó por Europa estudiando de cerca la compleja vida de los grandes centros de la civilización contemporánea. De vuelta a su patria, se propuso el ataque al régimen de injusticia económica, de atraso social y de opresión política, que condena al hambre al pueblo productor, mantiene a los proletarios indígenas en la más abyecta servidumbre y sustituye la nominal soberanía del pueblo por el real predominio de oligarquías corrompidas y venales. Afectado de una enfermedad que lo clavaba en un sillón, fué en su medio el más maravilloso "hombre de acción" inmóvil, que llega a donde desea por los caminos del pensamiento, desplegando la actividad de su cerebro para movilizar su espíritu en el avión de la palabra y accionar con ella sobre los otros espíritus, pues, como el mar, no necesitaba abandonar

su lecho, para ponerse en contacto con los más lejanos confines. Animado por el propósito de renovar al Perú, fundó la revista "Amauta", en cuya presentación decía: "En el Perú se siente desde hace algún tiempo, una corriente cada vez más vigorosa y definida de renovación. A los factores de esta renovación se les llama vanguardistas, socialistas, revolucionarios, etc. La historia no los ha bautizado definitivamente todavía. Existen entre ellos algunas discrepancias formales, algunas diferencias psicológicas. Pero por encima de lo que los diferencia, todos estos espíritus ponen lo que los aproxima y mancomuna: su voluntad de crear un Perú nuevo".

Esa presentación nos informa de que Mariátegui quiere dar al vanguardismo literario y artístico, un sentido de avance y de revolución no sólo en el plano de la estética, sino en el de la conciencia social. Se empeña en que el vanguardismo tenga una acepción social, si se quiere "política", que pertenezca naturalmente a la orientación general del espíritu y traduzca una nueva idealidad para la conducta ciudadana en vez de ser tan sólo un modo de sentir o de expresar estético. De ahí que en su revista haya querido reunir a los vanguardistas con los socialistas, los revolucionarios, etc., y que no conciba el arte revolucionario sino en formas de vanguardia, como no concebía las formas de vanguardia sin contenido revolucionario. "Amauta" es una revista de ideas, y el arte sólo ha de tener cabida allí a condición de que traduzca una ideología, si ésta no es contraria a la de "Amauta". No sabría decir hasta qué punto la revista permaneció fiel a ese propósito de no considerar de Vanguardia sino aquello que constituye por su espíritu, más que por su forma exterior, una afirmación vanguardista. "En el prólogo de mi libro "La Escena Contemporánea", —dice en esa presentación.— escribí que soy un hombre de una filiación y una fe. Lo mismo puedo decir de esta revista, que rechaza todo lo que es contrario a su ideología, así como lo que no traduce ideología alguna". Se erigió de este modo, en el centro de las fuerzas nuevas y en el motor de las inquietudes de su generación, agrupando en su torno a los intelectuales de izquierda e irradiando su acción verbal hacia las clases oprimidas. Se acercó rodeado de sus colaboradores, a los obreros de las fábricas y de los campos, en aquellas fiestas del Arbol que él instituyó, y envió sus mensajes a los trabajadores agremiados para sellar la alianza entre los obreros del músculo y los del intelecto.

“Amauta” fué una tribuna de la revolución peruana, esa revolución que preparan, dentro y fuera del Perú, los muchos ardorosos cruzados de la causa que tuvo en Mariátegui la encarnación más pura y conmovedora. Allí aparecieron sus magistrales ensayos de interpretación de la realidad de ese país, que luego reunió en un libro voluminoso. Todo un movimiento de los espíritus y de las conciencias se fué produciendo alrededor suyo y por la virtud de su fe. La dictadura de Leguía vió un día con alarma que el oleaje iba creciendo. Sobrevinieron las represiones. Algunos jóvenes fueron encarcelados; otros deportados; “Amauta”, dejó de aparecer. A Mariátegui, baldado, no se atrevió el dictador a deportarlo; pero llegó a ponerlo bajo la vigilancia de un centinela de vista. He ahí el mejor símbolo de su personalidad y el más gráfico reconocimiento de su condición eximia. Aquel centinela de vista vigilando a un hombre paralítico representa ante la historia el cuadro vivo y la paradoja desconcertante de la vida fecunda de ese hombre de ideas. Mariátegui, imposibilitado para la acción pero con el cerebro despierto y la pluma en la mano era la revolución en persona. Era la acción, a pesar de todo, y era frente a él que debía colocarse, con el arma pronta, el símbolo de la autoridad y del orden.

Sarmiento y los Extranjeros

Lo que Sarmiento significa en la evolución histórica de la Argentina no es, por cierto, abarcable en las dimensiones de un breve artículo recordatorio. Yo quiero en éste referirme solamente a su posición espiritual ante uno de los más característicos y fundamentales aspectos de la vida de su patria: el de las relaciones con las corrientes inmigratorias, y en general, con los extranjeros incorporados a la existencia de esa rica y atrayente nación americana, de la que ha podido decirse que es, por su cosmopolitismo fecundo y por su inmenso poder asimilatorio, una “nación internacional”.

Inagotable tema de historiadores y biógrafos es la contraposición que representan y viven en los destinos de esa República los dos más grandes orientadores de su espíritu social y político durante los dos cuartos centrales del siglo XIX: Sarmiento y Alberdi.

A menudo estos dos hombres que se combaten y se trenzan en agrias polémicas, colaboran sin quererlo en la misma obra de progreso histórico e impulsan el adelanto social de su país desde puntos de vista opuestos, o tendiendo aparentemente hacia distintas direcciones, pero en realidad complementándose o materializando la imagen del del poeta que ve en las alas abiertas —desplegadas en sentido contrario— la paradoja viviente en cuya virtud las aves se elevan y avanzan. Y bien: Alberdi ve el porvenir de su patria vinculado a su capacidad para atraer y retener las energías humanas lanzadas a través de los mares en busca de tierras vírgenes para fecundar. “Gobernar es poblar”, decía cuando sólo habría de poblarse en función, sobre todo, de abrir las puertas a los hombres de los diversos países del mundo. “Todo lo que somos se lo debemos a los extranjeros”, exclamaba. Y no concebía pudiese forjarse esa “civilización para el trabajo —que recla-

(1) En “La Vanguardia”, de Buenos Aires. 1939.

maba como la más urgente— sino con el concurso preponderante de los extranjeros.

Frente a esa preocupación de un hombre que valoraba con intensa visión de los problemas nacionales el aporte extranjero, Sarmiento afirmó y aguzó la suya, tendiente a canalizar ese aporte en modos de íntima y profunda convivencia con el alma nacional. Si Alberdi deseaba europeizar a la Argentina extranjerizándola, hasta cierto punto, Sarmiento se esforzaba en argentinizar a los extranjeros. Fué torcida y tendenciosamente interpretada en su tiempo esa preocupación del que en “Civilización y Barbarie” había demostrado comprender cómo el porvenir argentino dependía de que el atraso criollo fuese vencido por la adaptación a las formas y conquistas del progreso universal; y en su reforma de la enseñanza incorporaba a la vida nacional normas y principios que los rutinarios de adentro calificaban de exóticos.

Colectividades extranjeras contra cuyo nacionalismo estrecho e incómodo se alzaba el recio forjador de patria, lo acusaban de xenofobia y lo tildaron de enemigo de los extranjeros, o por lo menos, de los extranjeros de ciertas procedencias geográficas. Y esto no era verdad. Lo que él quería era impedir la formación de provincias espirituales de otros países dentro de la nación argentina, porque deseaba la real nacionalización, la verdadera naturalización del extranjero, advirtiendo los peligros y perjuicios que para la consolidación de un espíritu nacional y para el desenvolvimiento material y moral del país representaba el encastillamiento de grandes núcleos de población en sentimientos y costumbres foráneos, su permanecer separados por muros de incomunicación del resto de la colectividad, o manteniendo por encima de ésta, vínculos absorbentes en desmedro de la saludable preponderancia que el alma nacional debe ejercer sobre todos aquellos que echan sus raíces en el suelo de la nación y adquieren, por ello, el deber de confundirse con su suerte y latir con sus más profundas palpitaciones.

Coincide con Alberdi cuando dice: “La inmigración es el único medio de introducir nuevas prácticas industriales y nuevas industrias”. Y no era por xenofobia que arremetía en “El Nacional” contra “las escuelas donde se educaba en nombre de otros países para conservar extranjeros a niños que han nacido en éste”. Ni era por nacionalismo estrecho que frente a ciertas colonias empeñadas en erigir ante los de-

rechos de la nación argentina prerrogativas derivadas de la doctrina del *jus sanguini*, defendía postulados de la territorialidad poniendo en esa defensa el vigor polémico que era en él tan acentuado como la fuerza constructiva.

Porque construía combatiendo. Era en cierto modo como aquellos centuriones del Lacio que al mismo tiempo que labraban la tierra y fecundaban el agro romano, integraban el ejército del Imperio, y a menudo alternaban el manejo de la herramienta de trabajo, la azada y el arado, con el uso de las armas de combate. El estadista constructivo tuvo siempre al alcance de la mano la pluma demoledora del polemista, verdadera lanza invencible con la que enfrentaba a los bárbaros, a los adoradores de la rutina, a los enemigos de la civilización y del progreso.

Un Plan Para la Coordinación de la Enseñanza

El Plan para una nueva coordinación de toda la Enseñanza en el Uruguay que ha formulado mi distinguido amigo el arquitecto Carlos Lussich, merece un estudio detenido y a fondo.

Desde luego, el problema que aborda es de los que ocupan un sitio prominente en el campo de las preocupaciones públicas de todo país civilizado.

Se refiere nada menos que a la orientación, a la eficiencia y a la índole de la enseñanza, que es la función social de mayor trascendencia histórica en el destino y las vicisitudes de un pueblo contemporáneo. Porque ella influye en el espíritu de una nación, en el carácter de sus hijos, en la personalidad colectiva de sus multitudes, en la fisonomía moral de sus más genuinos representantes y en todo lo que contribuye a darle a un país un acento o actitud en la vida del mundo, y una aptitud o una ineptitud para abrirse su camino en la historia.

Influye con su acción y con su inacción, con su presencia y con su ausencia. Por lo mismo que ella puede imprimirle a un pueblo rasgos del espíritu y moldearlo moralmente (y por ello la enseñanza es terreno que cultivan con sus métodos de uniformidad compulsiva y de fanatización política los regímenes totalitarios) ella resulta responsable por lo que influye y por lo que no influye, o sea, por lo que deja de influir. Su importancia como factor de formación de mentalidades y sensibilidades se mide en los dos sentidos, positiva y negativamente, con relación a su existencia y con relación a su inexistencia.

Nada más justificado, por tanto, que el afán de hacerle servir realmente a los mejores fines de su función; y bienvenido sea todo intento serio de ponerla en condiciones de prestar a la colectividad los beneficios que de ella reclama a través de las necesidades y la suer-

te de cada individuo y de acuerdo a las exigencias más elevadas de la conciencia nacional.

Bienvenido sea, lo digo con la más enérgica convicción, este plan del Arq. Lussich, que empieza por revelarnos un valor intelectual del más agudo interés, un nervioso y brillante escritor de su asunto, el asunto de la enseñanza pública, encarado no precisamente a título de pedagogo, de especialista de una ciencia o de una técnica, sino a la manera de un concienzudo legislador social de los medios de educación, para que su visión del problema sea más amplia y más directamente conectada con las necesidades vivas del país.

Como buen arquitecto, no podía menos de arquitecturar toda una reforma integral que va desde la base a la cúspide de nuestro sistema de enseñanza y traza una nueva ordenación y nuevas dimensiones internas para el edificio de la instrucción pública.

Las críticas que dirige al ordenamiento actual son certeras. Atribuye a las enseñanzas primaria y media la funesta virtud de crear la peor y más peligrosa de las ignorancias: UN FALSO CONCEPTO DE LO QUE ES SABER.

LA ENSEÑANZA INTELECTUALISTA

A su juicio, la enseñanza media —que considera como “el verdadero tronco de todo el desenvolvimiento nacional”— ha exagerado su tendencia intelectualizante.

Acaso le ha faltado aclarar que se ha quedado en la tendencia sin llegar a la “intendencia” de la cultura intelectualista, pues abrumba con su intelectualismo teórico, con su prurito intelectualista, pero sin intelectualizar verdaderamente al alumno, sino más bien inutilizándolo como intelectual mientras lo inutiliza asimismo para la vida práctica.

Líbreme Dios de proponer una enseñanza desintelectualizante; pero recapitemos sobre lo que nos dice cuando afirma que “por su exclusividad, ella deja a una parte de la juventud —al futuro obrero, al futuro artesano, al futuro horticultor— en pleno desconcierto, llegando a pensar que no fué creada para ellos”.

Creo que una enseñanza exclusivamente practicista es tan funesta como una exclusivamente intelectualista. La primera puede mantenernos alejados de la esencia misma de la cultura; la segunda puede

dejarnos al margen de la corriente de la vida, contemplándola y profundizándola con nuestras miradas de filósofo (si es que la miopía para la realidad que no está en los libros nos la deja ver) sin atrevernos a navegar.

Lo que importa es aliar esas dos tendencias, armonizándolas en una dosificación que las incorpore al espíritu del joven, otorgándole la preparación completa y equilibrada que eluda los inconvenientes de la unilateralidad.

Eso requiere una síntesis perfecta, sin duda difícil pero que se debe perseguir a toda costa. Por lo demás, lo peor es que una u otra tendencia aparezca representada en sus aplicaciones efectivas por conatos, cuando no falsificaciones, que no conducen a ninguna parte.

La falsa intelectualización no da de sí más que jóvenes falsamente intelectualizados, que sólo sienten del intelectualismo las inquietudes epidérmicas y las preocupaciones que los inhiben para las actividades de la producción material sin proveerlos por sí solas de una capacidad bien encaminada hacia la producción intelectual.

No les infunde la vocación austera de la investigación de la verdad ni los adiestra para la dedicación y la constancia en el empeño de su búsqueda; no los orienta hacia el estudio metódico, la meditación fecunda y la producción mental continuada.

Corresponde en este punto que suprimamos algún mal entendido. No siempre se entiende bien lo que es o deja de ser enseñanza intelectualista.

Hay asignaturas que proporcionan a la mente del estudiante una técnica para la vida, una serie de fórmulas de aplicación imprescindible para las necesidades de la acción práctica, un orden de formas del pensamiento útiles a los menesteres materiales, físicos o sociales, de la existencia humana. Y no por eso deben excluirse de las que un intelectual ha de conocer, al menos en lo que de ellas es preciso para recoger un método y una herramienta que proporcionen desarrollos mentales vigorizantes de la personalidad intelectual y estimulantes del espíritu.

Por ejemplo, las matemáticas y la gramática. La primera, tan ligada a los fines prácticos del hombre, nos enseña el razonamiento “matemático” y nos acostumbra a movernos con certeza entre abstracciones, y por ello sirve no sólo al calculista, al que calcula, al comercian-

te, al industrial, al ingeniero, al arquitecto, sino asimismo al filósofo. Díganlo, si no, Pitágoras, Descartes, Pascal, para citar solamente tres de las más altas cumbres del pensamiento filosófico.

La segunda, la gramática, que nadie que pase por una escuela de enseñanza primaria o secundaria debe dejar de conocer en grado apreciable, es la técnica del idioma, y el idioma es para todo intelectual la herramienta por antonomasia, "la máquina del espíritu", que diría Valery, el instrumento de su acción, porque es su único medio de expresarse.

De donde se desprende que una enseñanza que no prepare suficientemente al alumno en el conocimiento y dominio de la gramática, no intelectualiza. Y esta es, precisamente, una de las mayores deficiencias del intelectualismo que se reprocha a nuestra enseñanza primaria y media de las que salen tantos alumnos que no saben redactar una sencilla carta con sintaxis y sin faltas de ortografía.

El mayor mal, además, reside en el "informarismo", o sea, la tendencia a informar, a poblar la mente del estudiante de conocimientos minuciosos, olvidando que ya Montaigne en su tiempo decía que "más vale forjar el espíritu que amueblarlo".

Se "amuebla" demasiado al espíritu cuando lo que más falta hace es enseñarle a fabricar muebles. (Con lo que quiero decir: darle aptitudes para buscarse por sí mismo los conocimientos en el estudio y la observación; iluminándole el criterio para la exacta noción de las cosas del mundo y de los destinos del hombre en su medio y su hora).

Esa es la manera de "hacer hombres", de encaminar al hombre desde el niño a lo que Guyau llamaba "profesión del hombre", antítesis del profesionalismo estrecho en que alguna vez han incurrido nuestras Facultades y escuelas.

LAS CRISIS ACTUALES DE LA EXPRESION

Algunas observaciones podría apuntar al plan de estudios para la enseñanza primaria. Creo que no sólo lectura y escritura correctas deben enseñarse, sino también conversación correcta. Como se aprende a leer bien y a escribir con corrección, puede y debe aprenderse a hablar bien, con sintaxis, con soltura y con respeto del idioma. Eso hay que practicarlo desde los bancos de la escuela y continuarlo en la en-

señanza liceal. También debe enseñarse a los niños a tener buena letra, como quería Sarmiento. Parecerá anacrónica esta preocupación por la caligrafía en la época de las máquinas de escribir. Pero la caligrafía sirve como gimnasia de manualidad. Una gimnasia manual aplicada que se realiza casi insensiblemente y con interés, preparando al niño para poner cuidado en lo que hace, desarrollándose inclinaciones hacia la prolijidad y destreza manuales, condición que lo libra de esa inhabilidad para hacer cosas, que paraliza tantas manos y tantos brazos entre nosotros. Así empieza el niño a comprender que debe realizarlo todo bien, con cura, con amor, y si es posible, con belleza.

He leído hace poco la bellísima página que Gabriela Mistral, en una Conferencia sobre "El sentido de la profesión", dedica a este tema. Citando y comentando una afirmación anónima que la había desconcertado al principio por su aparente arbitrariedad, según la cual todo el desorden del mundo proviene de los oficios o las profesiones mal o mediocrementes servidos, concluye:

"He visto muchas cosas más tarde... y he conocido la cara de casi todas las crisis en varios pueblos, dándome cuenta al final que el asiento geológico de los males más diversos era el anotado, los oficios y las profesiones descuidadamente servidos. Político mediocre, educador mediocre, artesano mediocre, éstas son nuestras calamidades verdaderas".

Hay sin duda exageración lírica en esa atribución contrípeta de todos los males del mundo a la mediocridad de los que dirigen, producen y educan, que son a su vez, efectos más que causas. Pero no ha de negarse que pone el dedo en la llaga de tres calamidades evidentes.

Ortega y Gasset y Eugenio D'Ors han escrito atinadas páginas sobre la necesidad de hacer las cosas bien, de poner cuidado y afición en lo que se hace. Todo lo que contribuye a que aprendamos a poner amor en nuestras manos y a ser cuidadosos y prolijos en nuestra obra, aun siendo de la más modesta artesanía, al acomodarnos hacia esa predisposición encomiable, nos vuelve más seguros de nosotros mismos y más eficientes para el cumplimiento de nuestro destino personal.

LA NUEVA FORMA DE LA ENSEÑANZA MEDIA

Me parece acertada la división de la enseñanza secundaria en dos ciclos, de tres años cada uno. De ello resulta la posibilidad de reducir

a siete las materias por año (hoy se estudian diez y doce). Y un feliz hallazgo es el año único de preparatorios a cargo de las Facultades, como antesala de preparación profesional, al mismo tiempo que como campo de experimentación para la consulta y compulsa de las vocaciones.

Nada más agregaré. El tema es de los que ofrecen amplio espacio a las divagaciones, y huyendo de ellas quiero finalizar reiterando al autor mi felicitación efusiva por su notable trabajo, que soporta cómodamente los calificativos de bello y de útil. ¡Anzi, como dicen los italianos, de utilísimo!

(Aparecido en varios diarios, 1948).

Pasión y Muerte de León Blum (1)

Dos grandes pérdidas ha sufrido en espacio de pocos días el Socialismo internacional.

Tras Harold Laski, el ilustre maestro de derecho público, sin duda alguna la más alta autoridad contemporánea en esa materia, cuya muerte deja al Laborismo Británico sin su doctrinario de mayor jerarquía, León Blum, el gran conductor espiritual del Socialismo francés y la más luminosa y noble figura de viejo luchador que se erguía en el ámbito del Socialismo democrático durante la postrera década de lo que va del siglo.

Para ser lo que fué en los destinos del movimiento político por él encabezado e inspirado en estos últimos años turbulentos de la historia de Francia, debía destacarse por un conjunto de rasgos del espíritu, de la inteligencia, del corazón y del carácter que hicieron de él la personalidad política más armoniosa y pura de su país.

En todo máximo prócer socialista es forzoso que se dé el caso de una aleación perfecta del hombre de pensamiento con el hombre de acción, del intelectual y del político. La naturaleza misma del movimiento de espíritus y de voluntades a que entregan sus energías exige esa conjunción donde la actitud espiritual y las aptitudes intelectuales del pensador se alían a la actitud psíquica y a las aptitudes temperamentales del luchador dinámico. Sobre todo desde que el Socialismo se hizo científico y abandonó los ensueños utopistas del socialismo romántico, el luchador socialista debió intelectualizarse. Y el tipo del constructor teórico de organizaciones sociales planeadas en la abstracción, debió ceder el paso al tipo del batallador que abre camino a sus ideas con pujante brazo guiado y regido por concepciones doc-

(1) 14 de abril de 1950 ("El Sol").

trinarias no sólo del más alto fin donde se quiere llegar sino asimismo de la acción que debe desplegarse para alcanzarlo.

Lo que se dijo de Marx como arquetipo y paradigma de esa dualidad armónica —que antes habíamos encontrado también en un inmenso precursor: Roberto Owen— pudo repetirse ante Lasalle y luego ante Jaurés, ante Lenin, y ahora ante Blum. En todos ellos queda vencida y excluida la antítesis hamletiana de la idea y la acción. Y de ellos puede decirse asimismo lo que respecto de Marx escribimos en un libro: “Un hombre de su tiempo; un “contemporáneo” en el sentido de que vivía metido a ciencia y conciencia en la actualidad, impregnándose de ella por todos los poros y penetrándola con su visión aguda, y con su acción trascendente. Suele darse entre los hombres de su cultura el tipo del que anda por el mundo con los ojos puestos más en el pasado que en el presente, como vuelto de espaldas a la vida de hoy.

“La evocación del pasado da a su espíritu, como posición natural, esa inclinación a complacerse en lo lejano, y sus conocimientos de la antigüedad le sirven para moverse en un mundo de sombras vivas que se vuelve el suyo propio.”

Blum no era, por cierto, uno de esos desterrados de la contemporaneidad, y dentro de ella nadie le ha aventajado en la esforzada tensión de hacer de sus ideas y de su cultura manos para la acción política o social, y de su espíritu todo antorcha siempre encendida para con ella guiar a las multitudes por los escarpados campos de la historia.

Pero en León Blum el imperativo categórico que lo impulsó a erigirse en tripulante activo y efectivo de la nave en viaje, se sobreponía a una primera vocación intelectual que parecía reservarlo para un destino de hombre de letras más dado a escribir en el silencio de su cuarto de meditaciones o en el ambiente agradable de las redacciones literarias, que a sumergirse en el áspero debate político, a menudo oral y vocinglero, que tiene mucho más de entrevero físico y de cuerpo a cuerpo, que de ática discusión o de estilizada contienda de espíritu a espíritu.

Los diarios franceses han recordado, con motivo de su muerte, que a los 19 años se vinculó al movimiento simbolista y junto con André Gide y Pierre Louys fué uno de los redactores principales de la revista “Le Conqué”; que sus artículos, sonetos y poesías aparecie-

ron juntos con los de Henry de Regnier, Swinburne, Paul Valery; que colaboró con Marcel Proust en “Bouquet”; que colaboró asimismo con Verlaine, Mallarmé, Verharen en “La Revue Blanche”, donde cimentó su reputación de crítico, y que como cronista teatral dejó en “La Revue Bleu” numerosos y notables artículos. Nosotros recordamos entre ellos, y como exponente ejemplar de su calidad de escritor, el juicio tan sutil y agudamente comprensivo que dedicó a *L'Amoureuse* de Porto Riche. No es posible olvidar tampoco libros como “Stendhal y Le Beylecisme”, en que resplandecen sus altos méritos de crítico y cronista literario; y como “Le Mariage”, un estupendo ensayo, colmado de ideas altas y audaces, sobre un tema de tanto compromiso.

Pero el hombre justo y penetrado hasta la médula de los huesos por el sentido de la solidaridad humana latía optimista en el fondo de su personalidad moral. Y dos acontecimientos poderosos habrían de venir a poner a ese hombre en el timón de su destino: el “affaire” Dreyfus y el contacto con Jaurés.

El “affaire”, que poco a poco fué apasionando el alma de toda Francia, no podía y a él menos que a nadie, dejarlo indiferente. Y fué de los primeros en sentirse envuelto y arrastrado por el vendaval de fuego de esa batalla. La redacción de “La Revue Blanche”, como Francia misma, se dividió en dos bandos: en uno se enroló el católico y reaccionario Maurice Barrés, y en parte el lírico Mallarmé; el otro bando lo encabezó León Blum. La división fué fatal a la vida de la revista. Pero Francia ganaba una conciencia activa y una inteligencia militante para la causa de la justicia, de la solidaridad y de la dignidad humana.

En el calor de esa lucha que inflamaba el corazón del joven literato, Blum, que fué secretario de “maitre” Labori, el célebre abogado de Emilio Zola en el memorable proceso, conoció a Jaurés y se acercó a él. Junto a éste, a quien acompañó en “L'Humanité”, fundada entonces por aquel formidable apóstol del Socialismo y de la democracia —a quien Lenin denostaba en sus libros— y que hoy, por un ominoso azar de las circunstancias, es el diario de los comunistas franceses, sintió desplegarse el caudal de fervor humanitario y socialista

que le llenaba el alma. Y militó a su lado en el Partido Socialista, como el más inteligente, talentoso y esclarecido de sus discípulos.

Pero no se creía llamado a sucederle en el sitio de líder máximo ni a asumir la responsabilidad histórica de conducir a su partido como su más insigne orientador, en largos y difíciles períodos de la política francesa. Sin embargo fué así.

Cuando cayó Jaurés fulminado por la bala traidora de un fanático, a él le tocó recoger, junto con el cadáver del mártir, la herencia de su cargo de principal dirigente del Partido y figura cumbre de su grupo parlamentario.

Ya había revelado, por cierto, en su actuación política una personalidad de excepción. Su voz no sería en el Parlamento ni en el país una prolongación fonética del trueno oratorio de Jaurés, pero continuaría con un tono menos rotundo y arrebatador, aunque no menos persuasivo y sin duda más contenido en su elegante precisión, la magnífica enseñanza civil del enorme maestro.

Desde las páginas de libros tan característicos como "A la medida del hombre" (*A l'échelle humaine*) y desde la lección de sus batallas parlamentarias, de sus editoriales y de sus discursos de los Congresos partidarios marcaría rumbos al pensamiento socialista contemporáneo y trazaría nuevas derivaciones vivas de su doctrina y de su táctica.

Su interpretación del marxismo, que era su credo ideológico, era más amplia que la del propio Jaurés, pues como lo expresó admirablemente en el Congreso del Partido el año 1946 en París, él adoptaba la concepción del materialismo histórico en cuanto explicación científica del proceso social, pero no la filosofía materialista del materialismo dialéctico (que no es imprescindible a la verdadera esencia del marxismo como teoría social y económica) y porque aquella interpretación de la historia no le impedía abrazar una creencia espiritualista.

Su concepto profundamente revolucionario de la idea y el ideal socialista se vertía en formas serenas siempre animadas de una vibrante fuerza de convicción y de razón, que no sólo llegaba al intelecto sino también, y como sin proponérselo, a los corazones.

Y es que el artista de la palabra siempre estuvo vivo y alerta en él, y le dictaba su estilo hasta para los asuntos y ocasiones en que toda preocupación formal desaparece.

Con esa modalidad eximia fué trazando en los hechos una biografía gloriosa y conmovedora. Sufrió, viejo ya, persecución, prisión y tortura por sus ideas. Vivió como el más puro de los idealistas, como el más esforzado de los políticos, como el más abnegado y sincero de los luchadores. Murió "en olor de santidad" del Socialismo y de la Democracia, si puede decirse así.

Ernesto Bevin (1)

Ha caído apenas retirado de la brecha, abrumado por los incasantes impactos de una actividad cargada de enormes responsabilidades sobre su organismo otrora fuerte y vigoroso, pero al fin de tanta brega corroído por la enfermedad.

Muchas veces se le había visto en el último año, a punto de darse por vencido en su resistencia física para consagrarse al cuidado de su quebrantada salud. Pero sólo muy recientemente se había avenido a abandonar el cargo de ministro de Relaciones Exteriores, retirándose a un puesto de consejo, sin funciones ministeriales, en el gobierno, como "Lord del Sello Privado".

Su biografía constituye una de esas lecciones ejemplares que se deben hacer aprender a los niños en las escuelas para despertarles un sano sentimiento de emulación y de confianza en las virtudes del propio esfuerzo, al par que de respeto a los valores morales de todo hombre por humilde que sea, porque Bevin enseña como un oscuro origen de pobreza y trabajo puede encerrar el germen de un destino ilustre y venerable.

Nada mejor para inculcar espíritu y sentimiento de democracia en las nuevas generaciones que esa abnegada trayectoria de un recio héroe civil que va ascendiendo desde los oficios de mensajero y repartidor de leche al de camionero de los docks, y pasa desde la secretaría de un sindicato gremial a la Cámara de los Comunes y desde aquí a un ministerio de trabajo, para asumir después el cargo de canciller, o sea, de dirigente máximo de las Relaciones Exteriores de una nación como Gran Bretaña.

Hace algunos años, en plena guerra mundial, en un libro sobre

(1) En *El Sol*, 17 de abril de 1951.

“El Laborismo Británico” dedicábamos una página apologética a lo que allí llamábamos “Un héroe colectivo”, que escribíamos haciendo justicia a la acción y la obra de aquella grande y plural fuerza ciudadana y obrera, pero sin dejar de pensar en la individualidad robusta y señera de quienes la dirigían, entre los cuales Ernesto Bevin, una de cuyas frases pusimos al frente de ese ensayo, se destacaba con inconfundibles rasgos.

“De ahí, de las filas de esa organización de trabajadores —decíamos— salen hombres públicos dotados de una insuperable pujanza, de dinamismo realizador y de un raro equilibrio espiritual. La dura experiencia de una vida de trabajo y de acción en el ambiente de las fábricas, de las minas o de los puertos, una ascensión penosa y constante por escarpadas rutas, desde la humildad de orígenes oscuros hasta la cima moral de una confianza pública ganada por méritos positivos al corazón de las multitudes, una forja de sí mismo en el empeño de formarse solo y de servir a sus convicciones políticas y sociales sin ninguna ambición personal ni ningún prurito de expectabilidad frívola, van formando esas personalidades sólidas y eficientes en que aparecen como concentradas las mejores cualidades de las masas laboriosas. De su contacto permanente con ellas han recogido la palpación auténtica del alma popular en sus más profundas zonas. El esfuerzo de orientarlas o servirles les ha desarrollado especiales aptitudes de comprensión de las necesidades populares que son en ellos como un sexto sentido. En la atmósfera de las asambleas laboristas ellos reciben corrientes de sentimientos y de estímulos que los yerguen ante los hechos con inquietudes idealistas al par que abren su criterio y lo preparan para la mejor penetración de los fenómenos sociales. Porque el Laborismo inglés es una gran escuela para la vida política moderna. De sus filas salen esos hombres públicos sencillos y doctos, activos y reflexivos, que llevan siempre su arado prendido a una estrella, porque es un partido que tiene un alma, y ésta es tan animadora y tan fértil que se irradia en todo el amplio seno de la clase trabajadora británica, de todo el proletariado, dentro y fuera de sus organismos sindicales.”

Uno de los más representativos de ese linaje de “hombres sencillos y doctos, activos y reflexivos” era Bevin. Nada hacía comprender y sentir tanto la seriedad de las funciones de un canciller como

el verlas ejercidas por ese antiguo obrero que cultivó su inteligencia y su espíritu para estar en condiciones de afrontar eminentes destinos.

Nadie comunicaba una impresión tan perfecta de responsabilidad moral bajo su exterior sencillo, de hombre de la calle, algo rudo, que con su rostro poco sonriente y de toscas facciones, parecía haberse colado por inadvertencia en los ambientes de la diplomacia.

La “diplomacia en mangas de camisa” de Franklin, era la suya, aunque no se quitase la americana, ni el “saco”, al estilo peronista (que sin duda abominaba), para andar por los salones de las cancellerías.

Yo le vi breves momentos en Moscú, en una recepción en la Embajada Británica, y en la retribución de la misma en el palacio de la Cancillería soviética. Nos estrechamos la mano en el fugaz contacto de una presentación y un saludo protocolar. Su rostro serio, de grueso cutis surcado de hondas arrugas, no era, en verdad, atrayente, aunque tampoco fuese desagradable. No respiraba mayor simpatía, pero no impresionaba mal porque reflejaba bondad, lealtad y firmeza. Ese canciller no prodigaba su sonrisa, pero lejos de ser estirado y solemne actuaba con la sobriedad natural y modesta de un hombre del pueblo, bien educado, sin preocupaciones de elegancia y sin estudiar gestos y expresiones, porque parecía no inquietarle el problema sutil de la impresión de su persona en el ánimo de las gentes.

Con esa seriedad de varón recto, nunca olvidado de la grave responsabilidad recaída sobre sus espaldas, desempeñó su difícil cargo desplegando en él las facultades de una alta prudencia, de una serena sagacidad, de un inalterable equilibrio, de un insobornable carácter, de una invencible tenacidad, sin rehuir jamás las consecuencias de sus actos ni esquivar el encuentro con los que discutían sus decisiones.

Así mantuvo y vió acrecentarse su autoridad de buen timonel en la opinión pública, pese a los ataques de que se le hizo objeto en más de un episodio o trayecto de su complicada y abrumadora gestión.

Su nombre queda vinculado en la historia a las más gloriosas afirmaciones del espíritu laborista en el campo de la política internacional del Reino Unido, como el de uno de los más decisivos realizadores de la transformación revolucionaria del sentido y contenido del Commonwealth, que resplandece en la independencia de la India, de Birmania, de Ceilán, de Transjordania...

E. Bevin ha contribuído en no pequeña parte a que se cumpliera nuestro pronóstico del libro citado: "El P. Laborista se propone guiar a Gran Bretaña en sus relaciones exteriores por sendas de honradez y de rectitud moral, abandonando viejos resabios de avidez imperialista y de prepotencia del más fuerte...".

Y si el "honi soit qui mal y pense" del escudo británico asume ante transformaciones como las que hemos señalado, una significación profética, gracias al nuevo espíritu que el Laborismo se esfuerza por infundir a la dirección de toda la política británica, es en mucha parte por la acción tesonera, enérgica, y al mismo tiempo inteligente y sensata, del gran ministro socialista que acaba de morir.

Stafford Cripps (1)

Pocas veces corresponde aplicar con tanta propiedad el adjetivo "extraordinario", que es de los más socorridos en el apremio de las improvisaciones periodísticas, como cuando se trata de calificar al eminente militante que acaba de perder, el Laborismo Británico y junto con éste el movimiento socialista mundial.

Acaudalado hijo de un noble, lord Parmoor, muy orgulloso de su alcurnia, que lo destinaba a ingresar en las filas conservadoras para ser fiel a la tradición de su familia, una de las más antiguas del Reino Unido, poco después de graduarse de abogado en el University College de Londres, tomó un rumbo político diametralmente opuesto al que le habían indicado la voluntad de sus mayores y el propio ambiente familiar: se afilió al partido Laborista.

Y no para plegarse a la posición moderada del tradeunionismo ortodoxo sino para infundirle ideología al Laborismo, a cuyo fin fundó en el seno del partido una Liga Socialista. Se destacó por su inteligencia vigorosa y la firmeza de sus convicciones, siendo también extraordinario que aliase su combatividad un tanto extremista a su religiosidad cristiana. Fué partidario del "frente único" con los comunistas, y abogó, consecuente con ese criterio, por la aceptación de los sindicatos soviéticos en la Internacional de Amsterdam. Su reincidencia en postular esa alianza, que el partido rechazaba por inmensa mayoría, le valió la expulsión.

Cuando estalló la guerra, el año 1939, Churchill le propuso ir a Rusia como embajador británico. Se trataba de apartar lo más posible a la Unión Soviética de su consorcio con la Alemania de Hitler, y él por sus antecedentes de partidario de una coalición con los comunis-

(1) En *El Sol*, 22 de abril de 1952.

tas y por sus dotes intelectuales de excepción, resultaba el hombre más indicado.

Estos días, a propósito de su fallecimiento se ha querido recordar que Von Ribbentrop, el canciller nazi, cuando pretendió justificar ante el mundo la agresión sorpresiva contra su aliada, señaló al embajador inglés como uno de sus provocadores, diciendo: "Cripps ha intrigado hasta lograr que nuestro aliado ruso se cambie en enemigo".

Por si eso se recuerda no tanto para encomiar los altos méritos del ilustre compañero fallecido sino para reforzar aquella versión comunoides según la cual Hitler agredió a Rusia porque ésta estaba pronta para atacarlo por la espalda, permítasenos reproducir un pasaje de "El Laborismo Británico" donde a propósito de ese asunto se dice lo siguiente:

"Aún se hallaban en prensa las presentes páginas cuando Mr. Stafford Cripps fué llamado a Londres ante los movimientos de fuerza que se producían del lado de Alemania y de Rusia sobre sus fronteras comunes. El embajador inglés se aprestaba a volver a Moscú con informes de la cancillería británica sobre los propósitos de Hitler para con Rusia (complementarios de otros que ya le había hecho llegar Churchill a Stalin) cuando Hitler llevó la guerra contra su ex amigo de circunstancias, y ello arrojó, por fin a la URSS hacia el lado de Gran Bretaña, con la que tuvo que concertar acuerdos de mutua ayuda. Las noticias de Churchill a Stalin sirvieron para decidir a Rusia a ponerse en guardia contra Hitler y deben haber contribuído a estimular en el ex socio de Hitler una resistencia a no dejarse avasallar, en el campo de las tratativas, pues tras aquellas noticias iba, sin duda, la promesa de apoyo efectivo. Pero lo que hizo entrar a Rusia en la órbita de las fuerzas democráticas no fueron, ni podían serlo, los servicios diplomáticos de Mr. Cripps, a quien los hombres del Kremlin no dieron nunca muchas esperanzas de éxito, sino la inopinada resolución de Hitler de meterse, por la fuerza, en el territorio ruso."

Otra gran muestra de confianza en sus condiciones de sagacidad, penetración de espíritu, don de simpatía, laboriosidad y energía de carácter, se le dió al enviársele a la India para tomar en sus manos el arduo problema de las relaciones del pueblo hindú, enfervorizado en la quemante reivindicación de su independencia absoluta del poder extranjero con el gobierno de Gran Bretaña. Y a él se debió un plan,

el famoso "Plan Stafford Cripps", que si no logró zanjar las discrepancias decisivas sirvió en parte de base para los acuerdos finales, y sobre todo para la adopción del criterio con el cual Gran Bretaña salió finalmente de esa tremenda dificultad, abriendo las manos para cambiar el ademán de retención en la tenacidad prepotente, por el de noble amistad en la confianza recíproca.

Pero donde su personalidad se reveló universalmente como una de las más señeras y extrañas del momento contemporáneo fué en los cargos que ocupó en el ministerio del gobierno laborista. En ellos se impuso con el puro prestigio de su fuerte talento, de su elevada cultura, de su rectitud de carácter, en su partido, en el ambiente de las Trade Unions y en todo el país. No había otro que pudiera como él, en toda Gran Bretaña, conducir a su pueblo, en plena paz, por áridas sendas de restricción en los consumos y de "austeridad" para defenderlo de la bancarrota y permitir la restauración de su quebrantada economía.

La bandera que hizo tremolar su mano enérgica de verdadero dechado de virtudes, el político de más austeras costumbres y más sanos métodos de vida, con su adhesión estricta al naturismo vegetariano, fué "la política de austeridad", en la que comenzaba por dar visible ejemplo. Y el pueblo siguió tras él esa bandera a regañadientes, pero sintiéndose en el fondo de su corazón orgulloso de dar ante el mundo el ejemplo que su gran ministro de Hacienda daba ante su pueblo.

Con el coraje que lo caracterizaba afrontó el trance de bajar el valor de la libra, volviéndola por un tiempo inconvertible en otras divisas; y de esa medida también impopular, salió reforzada su popularidad cuando gracias a ese remedio heroico se evitó el derrumbe financiero de Gran Bretaña.

Entretanto su físico se resentía de tanta labor intensa y de tanta inquietud y gravitación de responsabilidades, que ponían a prueba la eficiencia de su vegetarianismo para dotar a su cuerpo de la vitalidad reclamada por aquella constante combustión de su espíritu.

También como Bevin, aquella otra recia estampa de varón laborista, debía erigirse, a los ojos de su país, en una prueba dramática y conmovedora de que la vida pública en las alturas del poder suele ser una despiadada tribulación de todas las horas para quienes la

abordan con la conciencia y el sentido del deber de verdaderos representantes de los destinos nacionales.

Enfermo, descendía en horas difíciles a la arena de la lucha enfrentando a los enconados adversarios políticos y tratando de convencer a la nación entera del acierto de sus puntos de vista y la razón de sus planes para la rehabilitación económica de un país tan agobiado de obligaciones y compromisos ineludibles.

Era, pues, él mismo una bandera que convocaba en torno de su figura la adhesión casi tierna de sus partidarios y el respeto admirativo de sus adversarios.

Nadie, no siendo Churchill, se prestaba tanto en sus días de combate a la mordacidad gráfica de los caricaturistas, pero las caricaturas no vulneraban, ni siquiera en la intención, sus prestigios morales e intelectuales, y las mordeduras del lápiz contribuían, queriendo o sin querer, a la veneración tranquila que el hombre de la calle le dispensaba.

No suelen sernos simpáticos quienes nos marcan normas de renunciamento, y la aureola que rodeaba a la persona de ese ministro adusto no podía ser la de una popularidad bullanguera en un pueblo ansioso de poder desquitarse en la paz de las inenarrables penurias de una guerra feroz. Su aureola era la de un respeto unánime que lo seguía como se sigue, casi en silencio y sin aclamaciones, al que se impone sin alardes por su sensatez y su sabiduría en un mundo desbarriado, "selva de diferencias y contradicciones" —que diría Remy de Gourmont— entre las sombras de una adversidad obstinada y de una incertidumbre recalcitrante.

Está bien, en definitiva, decir que era una personalidad extraordinaria. Lo era bastante como para hacerse notar y sobresalir al lado de Churchill, su poderoso contendor. Su desaparición constituye una de las tres grandes pérdidas que el Laborismo Británico ha sufrido en estos últimos tiempos, con intervalos de algunos meses entre sí: Ernest Bevin, Harold Laski y Stafford Cripps. Este se ha ido envuelto en su bandera de ideales y de austeridad.

Con la cual ha enseñado a los ciudadanos libres de toda democracia, exhibiendo a la luz pública los actos de toda su vida, una bella verdad proclamada por Montesquieu en su "Espíritu de las leyes": la de que "en un estado popular es necesario un resorte más: la

virtud... Si este resorte falta, la república es un despojo, y su fuerza no es más que el poder de algunos ciudadanos y la "licencia de todos".

Sirva, pues, su memoria ejemplar para adoctrinamiento de políticos americanos o criollos que en vano querrían conducir a sus pueblos por vías de prudencia y contención del consumo e inducirlos a producir más y mejor, sin advertir que en una democracia las leyes para cumplirse regular y normalmente necesitan, detrás del imperio de la legalidad y el Estado, la autoridad moral de quienes las dictan.

Vaz Ferreira, Maestro del Oficio de Pensar

Los ochenta años de Carlos Vaz Ferreira son, por sí solos, un monumento erigido en el corazón de la República por las propias manos espirituales de quien los cumple en estos días, ese maestro de todos nosotros.

Poco o mucho, todos los intelectuales, todos los universitarios y también todos los que nos hemos internado en las agitaciones de la política sin desprendernos del contacto con los libros, somos sus discípulos. Lo somos aún discrepando con sus puntos de vista y sus enfoques (como ahora suele decirse) de las realidades que analiza o de los problemas que aborda.

Es, sin duda alguna, el intelectual con mayúscula y por antonomasia entre nosotros, porque se ha dedicado a forjar, a labrar y a perfeccionar las armas verbales, las herramientas vivas del intelecto, de la inteligencia y de la razón, a fijar con geniales aciertos las bases orales y las normas mentales para la expresión y hasta para la formación del criterio. Y por cuanto es el que más y mejor ha consagrado su vida a los temas de la educación, de la cultura y de la orientación moral de los espíritus.

Por encima de todo es siempre el maestro; y no sólo por los conocimientos que trasmite y la manera cómo los trasmite, o por los conceptos personales con que alumbra e ilustra innumerables cuestiones, en permanente actitud y aptitud de penetrante y aplomado razonador. Lo es, sobre todo, porque enseña a razonar y a aprender. Sus conferencias y sus libros son casi siempre magistrales estudios en los que se aprende, más que nada, a estudiar.

Nació con la vocación de enseñar, que no es en él sino una apli-

(1) Publicado en el número que "El Plata" (14 de octubre de 1952), dedicó en homenaje al gran filósofo uruguayo.

cación natural e imperiosa de su poderoso don de aprender, o mejor, de aprehender, de apresar el sentido de todo lo que estudia, lección de libros o lección de cosas.

Siendo estudiante, como sabía siempre más que sus compañeros de estudio (yo, por diferencias de edad, no lo fuí, desgraciadamente, y "si vede", como diría Miguel Angel), les enseñaba. Siendo profesor, enseñaba a los profesores. Cuando se le erigió en Maestro de Conferencias, se dedicó a enseñar al país. Se le encomendó la alta misión nacional de impartir, desde la más alta cátedra de la República, enseñanza de ideas y de normas a los espíritus, que es como elaborar el destino cultural y moral de una nación.

Desde esa cátedra ejerce el más respetable de los ministerios y la más legítima de las autoridades: el ministerio de la docencia para todos y la autoridad del que sabe y puede hablar con conocimiento y talento sobre mil cuestiones que constituyen y forman la cultura de un pueblo y una época, con sus inquietudes profundas y sus componentes sutiles.

Su obra no son solamente sus monólogos de cátedra y sus libros. Ella no es solamente el libro o el rimero de libros que dejan constancia de la vivencia de su pensamiento, ni tampoco el infinito número de conferencias —áticas conversaciones, elegantemente claras, extrañamente jugosas de observaciones agudas y reflexiones que entran, como tajos de luz, hasta el meollo de los asuntos; siempre mejores para oídas de sus labios que para leídas, aunque las escriba en gran parte — con las que ha compuesto sus libros y ha realizado copiosísima siembra oral de ideas.

Hay en su obra planos actuantes donde el filósofo aplica su don y su maestría de pensar a fines prácticos. Son planos en que, rebasando el discurso socrático de sus disertaciones, su obra no es solamente pensamiento en abstracto, meditación sobre ideas o sobre los diversos aspectos de la realidad y de la vida del espíritu, lúcida lección frente a diversas facetas de la existencia humana, disquisición sobre el arte o la ciencia, iluminación del sentimiento estético o del gusto artístico, opinión ante el debate de las corrientes filosóficas, planteo y análisis de la naturaleza de ciertos fenómenos del ser consciente, atisbo genial de soluciones originales para ciertos problemas de la mente y de la inteligencia. Es además, y no en pequeña parte, proposición de inicia-

tivas, proyectos, sugerencias; formulación de consejos para hacer, piedras vivas para construir, verbo en función de actos para abrir un camino en las cosas y marañas del conglomerado social, o en sus instituciones.

Recordemos su sugerencia sobre el divorcio *ad libitum*, por voluntad de la mujer, en que aplica una solución de las que él ha calificado de "compensatorias" (coincidiendo, sin saberlo, con una propuesta análoga de Víctor Margueritte), incorporado mediante Domingo Arena, a la ley uruguaya como un feliz progreso del espíritu de humanidad y de justicia.

Recordemos su proyecto, tan discutido, pero tan hermoso, y en el fondo también tan práctico, de los parques escolares.

Recordemos su formulación de un principio de justicia social con lo que él llamara "derecho de estar" —uno de los esenciales derechos humanos— sobre la base de un distingo (que ya hacían en el siglo XVIII algunos reformadores ingleses) entre la "tierra de ocupación" y la "de producción".

Esas coincidencias que he apuntado en nada amenguan el brillo de su talento innovador, ni atenúan el mérito de sus proposiciones porque su mayor originalidad reside en las razones con que las fundamenta y en la fuerza dialéctica con que les da, casi de golpe, una viabilidad oportuna.

Pero además, hay en él nobles inquietudes civiles.

A menudo, en destacados momentos de la vida nacional o internacional, se ha reclamado la palabra del gran filósofo del Uruguay para que nos interprete a todos los espíritus libres.

Por eso su vida no está en sus libros como pudo decir Goethe de la suya, aunque en ellos, como en su tomo "Sobre problemas sociales" y en "El problema de la tierra" o en "Feminismo", asomen zonas de su vida en acción, pues lo vemos en plan de tomar partido por tendencias ideológicas, por soluciones que levantan resistencias y objeciones a las que sale serena pero audazmente al encuentro.

Pero su verdadera misión es todavía más elevada que ésta. Es ese su empeño de enseñar a pensar.

Alguna otra vez ya dije que él enseña a pensar verticalmente, en profundidad, como quería Marx Scheller. Nada le ha ocupado y preocupado tanto como la virtud y las maneras de pensar. El nos ha he-

cho comprender que se trata de un oficio. El hombre debe aprenderlo para saber expresar con justeza su pensamiento y para caminar sabiamente por la vida.

Uno de sus primeros libros, creo que el segundo dado por él a la prensa, tiene por objeto esa enseñanza, en la que fué persistiendo y perfeccionándose a lo largo de casi toda su producción y que acaso alcanza sus puntos más altos en "Moral para intelectuales", donde enseña a pensar la acción en función de la moral, y viceversa.

Ejercita su maestría singular en esa docencia llevando el esclarecimiento y el análisis de los problemas hasta el extremo, hasta agotarlos. Quiere que todos sepamos mirar y ver los "diversos "pro" y "contra" de cada concepto sobre los hechos y las ideas antes de decidirnos por si la decisión nos es necesaria. Nos pone en guardia contra los efectos desastrosos de pensar mal, (que no es lo mismo que malpensar), de no saber razonar, de lo que podría llamarse la chapucería en ese oficio de la mente.

A veces da la impresión de abusar del análisis. He oído decir que en fuerza de analizarlos, reduce los problemas a polvo. He oído compararlo a un mecánico que desmonta un mecanismo y pone aparte, con cuidado, todas sus piezas; y no siempre da con el soplo de síntesis que reorganice las piezas y reconstruya el aparato.

La verdad es que en tales momentos su propósito ha sido, precisamente, analizar, desentrañar las partes vitales del problema, sin distraernos de ese empeño con aquel otro de lograr la síntesis definitiva, que no viene al caso.

Porque, en el terreno de los problemas intelectuales, suele proponerse alumbrar los caminos, antes que escogerlos. Eso es, precisamente, lo que distingue, por lo general, la filosofía de la política. Aquella muestra y estudia los caminos; ésta los recorre. Aquella puede demorarse en su estudio; ésta suele verse obligada a marchar por ellos sin haber podido estudiarlos bastante.

Esto no quiere decir que en política, en su posición y actuación como ciudadano, se haya demorado en análisis para no decidirse. Precisamente, otra gran lección de su vida es que no hurta su personalidad de luchador al debate civil. No la hurtó, por cierto, cuando en vísperas de la dictadura de Marzo envió su viril y bello mensaje a la Asamblea llevada a cabo en el paraninfo de la Universidad, que a mí

me tocó clausurar como decano de la Facultad de Derecho. Ni cuando concurría a las deliberaciones de la Asamblea General del Claustro Universitario, de donde salió ungido, por unanimidad, candidato al Rectorado.

Su don de síntesis aparece, inequívocamente, en los planos que he llamado "actuantes". Y principalmente, todavía, en la armonía y continuidad de su existencia de pensador y maestro. Maestro del raciocinio; maestro de la conducta moral; maestro de la ciencia de pensar para poner la vida de acuerdo con el pensamiento.

Cuando quiere expresarse en una síntesis de sí mismo y de su filosofía, nos dice con una maravillosa sencillez en una lección de exégesis histórica que resume estupendamente su actitud de pensador frente a la oposición teórica entre el espíritu y la materia, el verbo y la acción:

"El trabajo material es trabajo espiritual que fué. Lo que hace un electricista, un chofer, un tintorero, fué intelectual; o lo que hace el que siembra trigo o el que injerta; alguien inventó todo eso: todo vino del espíritu".

He ahí un ideario trascendental completo. Sin perjuicio de que pueda todavía discutirse si el verbo, el espíritu, influyó antes sobre la acción, o ésta antes sobre aquél, optando entre el Evangelio de San Juan y el Fausto de Goethe.

El "Estevan Echeverría" de Alfredo L. Palacios

Era sabido que ese formidable luchador que ha llegado en el corazón de su pueblo al puesto más alto de la veneración consciente, ganándose la adhesión de las masas por la gallarda valentía de su invariable conducta política de verdadero héroe civil, y la admiración de los espíritus cultos por su magnífica irradiación intelectual de dirigente del pensamiento público mediante magistrales lecciones de cátedra, memorables discursos y sesudos ensayos o libros de investigación y de estudio que pasan enseguida a ser clásicos, venía trabajando en una biografía del autor de "El Dogma Socialista".

La obra era esperada con verdadera ansiedad por cuanto tenían noticia de que entre sus intensas actividades públicas, entre el ardor de sus grandes batallas políticas, encontraba tiempo y energías, que además nunca le faltaron para su magnífica labor de enseñanza y cátedra universitarias, para agregar a los libros de su siempre creciente bibliografía un estudio completo sobre la personalidad y la obra de esa simpática figura de la historia de su país y de los prolegómenos del Socialismo en América.

La expectativa no fué, por cierto, defraudada. Hasta podríamos decir que fué superada en sus más halagüeñas esperanzas, porque en vez de la sola biografía del prócer, Palacios ha escrito, para precederla, una historia de la Revolución de Mayo. Ha puesto así espléndida introducción y sólido soporte al cuadro animado de la historia de Echeverría.

Dos libros, en realidad, en vez de uno. Del grueso volumen de más de 700 páginas, 370 pertenecen a esa primera parte, que si bien resulta preciosa para comprender al héroe y situarlo en su tiempo con relación a todo aquello que lo anunciaba y traía, predeterminando su destino, como el bosque en la semilla de la leyenda hindú recordada

en cierta página del libro, tiene razón de ser por sí sola y puede leerse aparte como una de las más brillantes, profundas y eruditas exégesis históricas de los primeros 16 años de la independencia argentina. Estos están vistos en función y con respecto a los factores espirituales y a las ideas que los animaron y circularon en el cauce de los acontecimientos correspondientes, arrancando de una síntesis luminosa de los antecedentes americanos y desde los tiempos de la conquista.

Allí se presenta y desentraña el pensamiento revolucionario de Mayo, del cual Echeverría ha de ser "el albacea", según acertada definición de su ilustre biógrafo, en días en que la dictadura y el terror habían relegado al olvido y cubierto bajo ríos de sangre los ideales de Belgrano, de Moreno, de Saavedra, de Castelli. Sobre todo de Moreno, el más lúcido de los que expresaron y propugnaron dicho pensamiento y a quien presenta como su encarnación por antonomasia. "El Pensamiento de Mayo: Moreno", dice en el epígrafe del capítulo en que comienza su magistral estudio del ardiente revolucionario y de las ideas que animaba con el férvido soplo de su espíritu impetuoso.

En cuanto a la biografía del "albacea del Pensamiento de Mayo", llega, tras esa estupenda preparación del ánimo del lector para encararse con el héroe y protagonista de su obra, como la más elocuente y convincente evocación de la figura del prócer dibujada con amor clarividente que se nos contagia y embarga de inmediato, con toda su intensidad ditirámica, el corazón y la inteligencia.

El poeta romántico, de un romanticismo viril que se vuelca en estrofas de factura más bien clásica; el noble soñador que vive obsesionado por la suerte de su patria; el pensador que forja su doctrina de regeneración nacional dedicada a construir sobre principios firmes una vida social y política en que el "pensamiento de Mayo" resplandece restaurado con orientaciones y ampliaciones profundamente democráticas; el luchador intrépido que desafía al tirano y a la Mazorca fundando una Asociación esclarecida y esclarecedora, toda una antorcha encendida en las tinieblas; el profeta de ese renovador y precursor manifiesto, "dogma" fundamental de una nueva posición del espíritu argentino, que quiso vuelto, en su tiempo, hacia solicitaciones altamente civilizadas cuya invocación aparece allí como una reacción y un contraste heroico frente a la barbarie imperante, surgen en las páginas de

Palacios con sus rasgos auténticos trazados por una mano maestra e inspirada, conducida por la verdad histórica a través de una perfecta información.

Echeverría es el devoto más fiel y casi fanático del espíritu de la Revolución que vino a echar por tierra una dominación extranjera para quebrar las normas tiránicas del colonialismo arcaico, rompiendo con ellos, al mismo tiempo, el cetro de una caduca potestad metropolitana y las trabas odiosas de un monopolio comercial, para que los criollos pudiesen vivir su vida con sus propios elementos vitales y en el goce dignificante de sus libertades políticas y de sus derechos personales. Pero es también el que, conquistado por el viento de la renovación espiritual europea, sueña con recuperar para su patria ese espíritu abolido por la barbarie indígena. Lo reanimará con una concepción organizadora y constructiva que busca valorizar los dones del liberalismo político haciéndolos consustanciar con los principios básicos de una filosofía social que une la libertad a la igualdad, como condición de progreso incesante y de cultura emancipadora.

El autor en esa obra densa y hermosa, narra, discurre, polemiza, hace desfilar hombres y conceptos, se encara con ellos para analizarlos, para discutirlos. Despliega un vasto panorama histórico por el que cruzan las pasiones y las ideas que más han influido en el proceso de la formación de su héroe y en el ambiente donde se desarrollaron sus vicisitudes. Pasma el lujo de erudición y de aprovechadas lecturas que revela, y uno no puede menos de quedar asombrado de que haya podido informarse tan cabal y concienzudamente sobre los incontables temas que allí aborda, un hombre tan constante y dramáticamente internado como el doctor Palacios en las tumultuosas agitaciones de la vida ciudadana.

Hacemos llegar a nuestro eminente compañero argentino las más sinceras congratulaciones por esa nueva muestra de su extraordinario vigor intelectual.

(Nota bibliográfica en "El Sol", de 5 de Junio de 1952).

“Humanismo y Cristianismo” de Pedro Díaz

He aquí uno de esos libros de los que puede decirse se esperan del autor, como se espera de ciertos árboles el fruto donde se resume y sintetiza todo el destino de la planta.

El doctor Pedro Díaz, en efecto, tiene una ejecutoria de medio siglo de prédica y de lucha en pro de la libertad de conciencia, del librepensamiento, el anticlericalismo, y de todos los principios que integran el laicismo, como sistema de convivencia espiritual, como norma para la vida interna o de relación de las instituciones y como posición racional del espíritu en la existencia colectiva.

Si coleccionara los discursos, los artículos, los folletos, los mensajes en que ha venido formulando su prédica y realizando su larga campaña de adoctrinamiento y orientación en favor de su concepción racionalista del progreso civil, y de los derechos de la razón en la conducción de la vida y de la historia humana, tanto en el plano de las realidades sociales en general, como en el campo de observación más restringido de las abstracciones filosóficas y de las religiones positivas, tendría para llenar numerosos volúmenes de densa y provechosa lectura.

Con este libro de ahora completa y culmina ese caudaloso mensaje persistentemente renovado, y en él vemos reflejada cabalmente, en toda su estatura y sus rasgos más característicos, su personalidad intelectual de pensador militante siempre en tren de polemista infatigable.

Como dice Américo Ghioldi en su prólogo tan concienzudo y sagaz, el doctor Díaz “resume en este libro la labor de su larga y fecunda vida de estudioso. Admírase en su trabajo el prolongado esfuerzo que importa el haber acumulado tanta información histórica que se ofrece no en cronología carente de sentido sino como un ejercicio del juicio aplicado a los hechos y desenvolvimientos concretos”.

Y es particularmente verídico en la lúcida valoración hecha por nuestro ilustre compañero de ideales, aquello de que “la vasta erudición del doctor Díaz no es peso que modifique y aplaque sino estímulo para nuevas lecturas y estudios. El tono polémico que caracteriza al doctor Díaz, es hijo sin duda de una existencia de lucha en defensa de la verdad y de los ideales queridos, y agrega un nuevo motivo de interés humano a la lectura”.

La actitud púgil del autor se traduce en una vibración de puños que comunica animación al discurso de este alegato de gran abogado erudito, que argumenta con cerrada lógica; sin bajar nunca la guardia ni descubrir el flanco ni desmayar en el ataque permanente.

El no disimula su apasionamiento en la polémica ideológica. Al contrario de aquella famosa Madame Geoffrin, la austera amiga de Diderot, que confesaba “temer la impetuosidad de las ideas y de los sentimientos, y creía que la razón misma estaba en el error cuando era apasionada”, él no desdeña (ni podría evitarlo aunque quisiera), caldear de su fervor polemista y de su pasión por lo que juzga la verdad, el verbo claro y elocuente al que confía la misión de difundirla e imponerla.

Eso ayuda a dejarse conquistar por la intención de esa obra donde se ha exprimido el jugo de tantas lecturas y de tantas reflexiones, desde cuyas páginas nos habla, con su cálida verbosidad oratoria, un espíritu bien petrechado de versación, en los temas que aborda e inflamado por el afán indoblegable de vencer convenciendo.

Leyéndolo se recuerda aquel pasaje de la autobiografía de Julien Benda, otro formidable discutidor de conceptos:

“Aquellos que sólo hablan de ideas pueden serme fastidiosos sí, como he visto en tantos maestros oficiales, hablan de ellas sin personalidad, sin estilo. Me gustan los que tratan las ideas como si fueran seres vivos, poniendo en defenderlas o en atacarlas no solamente su espíritu sino su corazón, y de los cuales Descartes me parece el arquetipo. Me gustan aquellos que convierten en carnal lo abstracto. En puridad, amo menos la razón que la pasión de la razón”.

Don Pedro Díaz no haría suya, sin duda, la última frase que acabamos de citar, porque él a nada ama tanto como a la razón. El le consagra una adoración religiosa, racionalmente religiosa, y acepta con

entusiasmo el dictado de “la diosa Razón” con que le levantaban altares sus fanáticos de la Revolución Francesa.

Su amor por ella le inspira palabras de encendida belleza como esas con que responde al asombro del católico Maritain ante “una agravación y exasperación del humanismo antropocéntrico en la dirección de las esperanzas racionalistas, según las cuales el hombre solo y por sí solo hace su salvación”.

La respuesta de Díaz es de una elocuencia no exenta de lirismo, en la que su fe en el racionalismo científico, y su posición positivista, con alusión o sin ella a lo “incognoscible” de la filosofía de Comte, encuentran acento realmente inspirado.

Oigámosle defender al racionalismo científico:

“Cuando impulsa al hombre civilizado a la lucha por el progreso, hacia esa extraordinaria aventura del humanismo heroico, sin apoyos providenciales, no les da un consejo temerario. Sabe, en primer lugar, que ése es el único camino posible de salvación y de elevación... cuando lo induce a avanzar como Teseo en el laberinto del incierto futuro, lo hace poniendo en sus manos el hilo del conocimiento y de la evolución y a la vez poderosas fuerzas, incluso el rayo de Zeus de las fuerzas atómicas; y para penetrar en la oscuridad —conocer la naturaleza misteriosa que lo rodea— le ha hecho capaz de tocar y pesar lo impalpable y ver lo invisible, y a través de los cuerpos opacos y en las sombras de la noche; y percibir misteriosas radiaciones para las que sus sentidos eran sordos y ciegos; y ha puesto a sus ojos pupilas de cinco metros de diámetro para que alcance a divisar en las profundidades del infinito, millones de otros mundos, las galaxias dispersándose vertiginosas en las lejanías de millones de años de luz; y cuando vuelve la mirada hacia lo minúsculo y llega a lo invisible —más pequeño que la onda luminosa— le da el microscopio eléctrico —y aún otro más poderoso— para que vea más allá acercándose a los misterios de la íntima estructura en que la energía se hace materia”.

Y refiriéndose luego al poder infinitamente penetrante e iluminativo de la razón dice:

“En la lucha heroica por descifrar los enigmas siempre renovados de la naturaleza, el espíritu científico no tiene la seguridad de encontrar la total explicación racional del mundo y sabe que, cuando la razón consigue entender y explicar un fenómeno, la luz de la ex-

plicación inteligible no disipa radicalmente la oscuridad sino que simplemente la aleja. Va así ensanchando el radio de lo inteligible, pero oye los lamentos de quienes, ante la duda, los fracasos y las revisiones impuestas, desconfían del poder de la razón humana; esto, sin embargo, reivindica a sí misma por los admirables recursos con que reacciona frente a los obstáculos, que le ocasionan fracasos más aparentes y momentáneos que reales y definitivos”.

Su fe en la razón y en el racionalismo se expresa, como se ve, con la energía gráfica del bello símil del autor de “Jack le fataliste” cuando comparaba a la humanidad con un hombre que anda de noche, a tientas, por entre un bosque tenebroso, sin más auxilio para guiarse que la vacilante y tenue luz de un pequeño mechero, y no falta quien le aconseje que apague esa luz... (1)

Son también muy ricas de concepto y de erudición las páginas en que enfrenta a la Razón con el Cristianismo; en que define y explica la laicidad —“matiz de la civilización”—; en que demuestra que la civilización moderna no es cristiana sino humanista; en que opone al ideal progresista del Humanismo el espíritu reaccionario del catolicismo; en que defiende la cultura humanista y la escuela laica.

Es por todo ello un libro que debe ser leído, como dice su prologuista, por muchos hombres y, muy particularmente, por los educadores, porque “la escuela democrática, son sus palabras, tiene necesidad de comprender la doctrina que le da sustento; y ésta se funda en las ideas e ideales de Democracia, Laicismo y Libertad”.

Es una gran batalla librada en favor del progreso moral, intelectual y civil en nombre de la verdad histórica, del pensamiento democrático, de la razón y del racionalismo científico, con una visión ampliamente humanitaria y humanista de los destinos del hombre.

(1) *Egaré dans une forêt immense pendant la nuit, je n'ai qu'une petite lumière pour me conduire. Souvient un inconnu qui me dit: "Mon ami, souffle ta bougie pour mieux trouver ton chemin". Cet inconnu est un théologien.*

(Nota bibliográfica de “El Sol”, 1952.)

A Manera de Prólogo

(Para un libro inédito del Dr. Carlos Salvagno Campos)

Entre los géneros literarios, el dramático es de los que no siempre expresan o insinúan la psicología del autor. Porque entre la personalidad real de éste y la atención del espectador se interponen la entidad ficticia de los personajes; y éstos se mueven en planos y cuadros de acción ajenos, generalmente, a la verdadera vivencia del que los ha creado, cuyo fin deliberado o inconsciente suele no ser mostrarse a sí mismo a través de sus héroes, sino más bien ocultarse tras ellos. Lo cual no excluye que el autor haga hablar a algunos de sus personajes con sus propias ideas y conceptos. Los “razonadores” de muchas comedias no son sino expositores de la mentalidad y la filosofía del escritor teatral. Es frecuente, sin embargo, que el autor no se confiese por los labios de sus criaturas de ficción ni pueda tomarse a éstas como copias o reilejos del modo psíquico ni del temperamento de aquél.

Pero de toda obra de arte, sea cual fuere su género, trasciende en algún grado la personalidad moral del artista, y en estas tres piezas de Salvagno Campos —tan dispares por su ambiente y su contenido dramático— yo no puedo menos de advertir una tendencia psíquica del dramaturgo: su actitud un tanto pesimista y amarga ante la vida. Si no fuesen obras de sus años mozos, diría que su significado espiritual en ese sentido es un efecto de su vocación de penalista; la *plaie* del oficio adquirida en la continuidad esforzada de sus estudios de criminología; en sus tenaces exploraciones del alma humana sobre el campo de la delincuencia y de su reiterado enfrentarse con los episodios del delito así como con los contradictorios abismos del delincuente.

Maestro de una ciencia jurídica penosa —precisamente porque es la ciencia de la “pena” legal —su espíritu ha debido por fuerza impregnarse de sombras y recoger, como en el hueco de una mano, el poso oscuro y agrio de esas experiencias de su alma en los laboratorios del crimen. De ahí que se descubra como un rictus de desesperanza en la comisura de sus labios sonrientes. Pero la misma tendencia preponderante de su ánimo que lo llevó a ahondar en las disciplinas del derecho penal y de la justicia del delito, lo había conducido a plantear conflictos dramáticos para los cuales sólo halla desenlace en la muerte, una muerte que a veces parece cortar de un tajo arbitrario nudos sentimentales que sin mayor esfuerzo imaginativo pudieron desatarse en la vida.

Claro está que al autor dramático no se le pueden imponer soluciones para los problemas que él crea o recrea en la mitología de su mundo escénico. El que siente como más adecuado a las exigencias de su arte, tal como él lo entiende o concibe, determinado desenlace, no debe ser juzgado sino en función del valor artístico de esa solución teatral. Pero no es ilícito buscar en la predilección por cierto género de soluciones, por cierto género de decisiones fatales —que generalmente responden, dentro de un encadenamiento inflexible, a los antecedentes dispuestos por el autor a modo de camino para conducir a esas salidas de callejones sin salida— una predisposición psíquica acompañada y paralela a vocaciones intelectuales y acaso ¿por qué no? enraizada en las reales desventuras sufridas por el dramaturgo en las peripecias íntimas de su propia existencia.

Los altibajos o los golpes del destino —y esto no quiere decir que Salvagno Campos los haya recibido antes de escribir estas obras de su juventud— deciden a menudo de su posición espiritual ante la vida, y ella se refleja en el arte, aun en el arte teatral, pese a esa objetividad orgánica que como ya dijimos, puede alejarlo aún más que la novela naturalista, de las proyecciones o improntas psicológicas subjetivas sobre la arcilla mágicamente animada de la creación.

En todo dramaturgo hay siempre un observador amargado del mundo. El conflicto dramático es doloroso por definición, y los que reparan en él para estilizarlo en sus obras; los que lo imaginan, poniendo en ello una visión adusta de las cosas; los que llevan al arte la emoción patética, no pueden ser sino hombres dotados de la noción dramática

del destino humano, espíritus que abren los ojos ante el “sentido trágico de la vida”, o piensan como Schiller, que la vida es seria.

Pero dentro de esa inclinación general característica, corresponden deslindar tipos diversos de dramaticidad y de sentimientos dramáticos. Todos los dramas son (naturalmente) tristes y angustiosos, pero unos sacan su tristeza de las penas de amor; otros del choque de las pasiones encontradas; otros del fracaso de una ambición o de un ensueño; otros de los desengaños y desilusiones corrientes de la vida vulgar; otros de las ruindades malignas y maléficas de las almas; otros de la grandeza incomprendida o mal recompensada de las mismas...

En los tres dramas de Salvagno Campos que componen el presente volumen, la fuente común de los dolores teatralizados, el elemento de patetismo puesto en juego como *deus ex machina* no es otro que la desesperanza, la desesperación ante el derrumbe de las ilusiones.

Una mujer entrada en años, ya abuela, que conserva sin embargo atractivos suficientes como para enamorar, sin proponérselo ni desearlo, a un hombre joven, un sensitivo romántico que puede ser su hijo —y como a tal ha llegado a quererlo— se elimina al fin abrumada por la situación que le ha creado su gesto de rebeldía contra el inconsciente egoísmo de los suyos, y de generosidad maternal, al mismo tiempo, para con el hombre que ha puesto el corazón a sus plantas. Se sacrifica por no atar al suyo el destino de ese hombre; por no encadenar a su ancianidad inminente, la juventud lozana de aquel enamorado enceguecido. Pero ha llegado hasta allí palpando la amargura de sentirse alejada del corazón de sus hijos, que al fin sólo saben reaccionar en vista de su amor propio, de su buen nombre, de su orgullo, de su vanidad o de sus prejuicios, aunque sacrifiquen y pisoteen los sentimientos de su madre abnegada, que les dió y les consagró la vida, primero, para luego hacerles merced heroica de su juventud, y cuando espera de ellos calor sostenido de afecto y veneración verdadera, se estrella contra la fría soberbia de unos y la tonta frivolidad de otros.

He ahí el derrumbe que la arrastra al suicidio.

El drama nos ofrece, pues, una lección de escepticismo y de amargura.

Esa tragedia de los padres que deben mirar —sin intentar seguirlos ni estorbarlos— cómo los relegan los hijos en sus preocupaciones y afanes para dedicarse y entregarse a los hijos suyos a su vez, está allí ágilmente esbozada. Esa tragedia dió tema a Hervieu para los actos vigorosos de “La course du flambeau”, en que la antorcha del amor va descendiendo, va pasando de las manos de los padres a las de los hijos, en la incesante carrera de las generaciones, sin retroceder nunca, como en la clásica carrera de los juegos helénicos. En “La Mujer Solitaria” de Salvagno Campos se desprende, como una rama del tronco principal, el conflicto de aquel amor de una amante que quiere no ser sino como una madre, con aquel amante que no se resigna a ser solamente un hijo; y ese conflicto no es, por cierto, todo el árbol. Pero allí aparece centrada la filosofía de la vida con que el autor circula por el mundo. El sabor amargo que ella deja en sus labios; su “humour” puzante, asoman en los avances de esa tesis de psicología genética. Se trata —por otra parte y dicho sea de paso— de una obra de fina calidad literaria, donde brillan en el engarce de un diálogo sólidamente trabajado, algunas reflexiones agudas y certeras. Así, por ejemplo:

—Claudia. La vejez ama a la juventud porque es lo que fuimos. La juventud huye de la vejez porque es lo que nunca quisiéramos ser...

—Anglada. Sólo somos viejos cuando ya no nos asusta serlo.

Yo diría que la manera literaria de Salvagno Campos y el dejo escéptico de su sentimentalismo orgánico, de su posición de sensitivo un tanto irónico ante la vida, alcanzan en esa pieza su cabal expresión, y que ésta constituye por ello su mejor carta de presentación personal al público, aunque no se haya propuesto mostrarse a sí mismo a través de ninguna de sus dramatis persone.

Los otros dos dramas de esta compilación se desarrollan con una acción de otra índole. Estamos lejos, en ellos, de ese tono de melancolía a media voz, de dolorido acento sin gritos, en que se mantiene el proceso dramático hasta desembocar, sin grandes estremecimientos patéticos, en la eliminación oculta y casi inesperada de la protagonista.

Hay en ésta, en su retirada irreparable, algo así como el gesto de Hedda Gabler, y se piensa sin duda en Ibsen cuando se asiste a esa dulce pasión y muerte de la protagonista, y antes aún cuando

se enfrentan —y no para negarse y repelerse— el amor descabellado, imposible, del joven ingenuo con la ternura razonadora y maternal de la joven abuela.

En “El Secreto de Gaspar Salazar” y en “Cabito de vela” la tesitura es otra. A mi juicio valen menos como composición, pero hay en ellos caracteres de más firme dibujo. Son —eso sí— tan sólo bocetos dramáticos, particularmente el segundo.

A esta altura de la significación intelectual de Salvagno Campos valen, sobre todo, por su valor documentario para su biografía de gran jurista penal y de eminente escritor jurídico, de sesudo y original tratadista de cuestiones penales abordadas con todos los prestigios de un literato bien dotado.

Escribiendo esos dramas, afilaba su pluma para que como el más sutil escalpelo pudiese penetrar en los más esquivos secretos de la disección de la delincuencia o desentrañar los más arduos problemas del derecho en los planos difíciles de su especialización.

Entre el periodismo y la producción teatral dividió ese entrenamiento preparatorio, que hoy le permite ostentar los lauros del artista en la frente del profesor, para que el arte y la ciencia aparezcan compartiendo y forjando un mismo destino en su preclaro destino personal.

Felicitémosle y admirémosle por ello.

Enfocando un Aspecto de Montiel Ballesteros

Hay en la obra —pasión y vida— de Montiel Ballesteros una faceta de la que poco o nada dice la crítica literaria tan frecuentemente obligada, por su fecundidad inagotable, a pronunciarse sobre su labor artística y su personalidad de escritor.

Y no es que esa faceta sea extraña a la literatura. Pertenece a un género literario que han cultivado —desde que el periodismo conquistó una tan vasta y preponderante zona de la vida de relación entre los hombres civilizados— infinidad de escritores en todas las lenguas modernas.

Es una modalidad de la “literatura de ideas”, que participa de la crónica y del ensayo y es, a menudo, una especie de rápida crónica razonada o de breve ensayo vertido en técnicas de expresión periodística que ciertas plumas privilegiadas elevan a una eximia jerarquía de arte.

Muchos nombres ilustres pueden citarse de escritores que se especializaron en esa literatura —que es al mismo tiempo una forma del arte literario y una forma del periodismo— o la cultivaron y ejercieron simultáneamente con otros géneros menos limítrofes con ése que es oficio sin dejar de ser arte o es arte sin dejar de ser oficio.

En nuestra lengua, basta para testimoniarlo por el lado de España, el recuerdo de Mariano José de Larra, que labró y basó su gloria literaria de gran satírico en páginas de periódico clavadas por su punzante pluma en las tablas perdurables de la celebridad. Y por el lado de América, donde ningún escritor de valía se ha visto alejado de esa especie de servicio social obligatorio que es, en países como los nuestros, el periodismo, el ecuatoriano Montalvo, el argentino Sarmiento y el cubano Martí —por no citar sino tres— viven en la inmortalidad de una gloria que une a la del luchador o héroe político o estadista, que emplea el periodismo como oficio para la realización de sus campañas

y siembras de sus ideas y propósitos, la del hombre de letras. Un hombre de letras que mientras hace historia política o social escribe, asimismo, para quedar en el proceso intelectual y literario del país como hito señero en los anales de la novela, del ensayo, de la literatura de ideas o de imaginación, de la crítica o de la poesía.

En el Uruguay, Acevedo Díaz creaba la novela uruguaya mientras se batía en formidables luchas periodísticas, como antes Juan Carlos Gómez destacaba su personalidad en el periodismo político mientras expandía su emoción civil en poesías del gusto romántico de la época. O Carlos María Ramírez vivía su vida política más en la tribuna periodística que en la parlamentaria y además se aventuraba, con poca o ninguna fortuna, a excursionar, sin reincidir, en el campo de la novela.

Pero el tipo del cronista literario que aborda, como un hermano menor de Larra —desde luego con otro temperamento y otro estilo— la sátira política y la crítica de costumbres, acaso no aparece en nuestro periodismo —al menos con bastante categoría— sino en Daniel Muñoz, el “Sansón Carrasco” de La Razón. Le sigue cronológicamente, pero poniéndose al margen del tema político, como escritor de muchos kilates en el cultivo casi diario de una crónica de alta cultura, verdaderamente literaria, especialmente de teatro, pero también como crítica literaria en general y glosario de costumbres y acontecimientos de la vida montevideana, Samuel Blixen.

Sin embargo, quien había de elevar entre nosotros el oficio o arte de la crónica a una insospechada altura de género intelectualmente periodístico, como glosa, en su caso, del suceso trascendental de actualidad en cualquier parte del mundo, fué un extranjero, el gibraltarino Rafael Barret. Este llegó hasta nosotros un día, como refugiado del Paraguay para nacer a la inmortalidad en Montevideo, donde conquistó, de inmediato, la admiración de los cenáculos intelectuales y de la masa de lectores de un cotidiano, precisamente “La Razón”, fundado por Daniel Muñoz y dirigido, en ese entonces, por Samuel Blixen.

Nuestros diarios solían servirse en esa época, de la colaboración, por lo general forzosamente gratuita, de algunos comentaristas de la actualidad mundial, que habían alcanzado renombre internacional como Bonafoux, Gómez Carrillo, Luis da Tapia, etc... En medio de esas celebridades, Rafael Barret se había abierto plaza en la predilección de nuestro público lector selecto con sus breves notas —cápsulas

exquisitas de la más amplia cultura, que sólo por excepción pasaban de la media columna— en las que con un prodigioso don de síntesis condensaba las más sustanciosas esencias y vitaminas del pensamiento en la almendra de un estilo incomparable, todo nervio y belleza de expresión.

Y bien, a ese género de periodismo de ideas que se consagra a desentrañar con un haz de vibrantes rayos del espíritu, la filosofía de los hechos actuales, pertenece esa parte de la producción de Montiel Ballesteros que complementa y valoriza su obra literaria.

Es una parte mucho menos conocida que la otra. La misma índole del órgano donde vino cultivando con exclusividad esa estupenda aptitud y vocación para el género —el semanario de un pequeño partido político de ideas— ha determinado el confinamiento de esa faceta de su obra y su personalidad literaria a un plano que no ha sido ni siquiera el de la popularidad más o menos iletrada.

En cierto sentido ha quedado siendo —para muchos de sus admiradores o la inmensa mayoría de quienes le conocen y juzgan por sus libros— el otro lado de la estrella.

Nos corresponde, pues, a nosotros, los que estamos en el secreto de la relativa irresonancia a que se relega ese costado de su producción, esforzarnos en evitar que se perpetúe la injusticia de ignorarlo en esa faz.

Ella en nada desmerece de la que unánimemente se celebra por las “Fábulas” —uno de los libros clásicos de la literatura uruguaya de estas últimas décadas— o por “La Raza” o “Gaúcho Tierra”. Es la reciente aparición de un libro suyo, interesantísima recopilación de lo que nuestro gran Sabat Ercasty llamó “juegos de la frente”, lo que me mueve a pronunciar este llamamiento de atención para la abundante siembra de reflexiones y acotaciones al margen de la vida de los demás y de la suya, llevada a cabo, a través de largos años, por el autor de “Rostros pálidos” en las columnas de la prensa.

Es “La Rosa en la Calavera”, el delicioso libro de horas en que ha venido a mostrarnos, como en jugoso resumen de sus puras esencias, o pequeño diáfano espejo de mano, la múltiple agudeza de su mente y la fisonomía personal de su yo pensante, en formas iluminadas de fina poesía o tocadas de sabroso humorismo, de pronto un tanto desconcertante por la voluntaria y desafiante interposición de algún rasgo

demasiado estridente ("genio y figura"...) Es una compendiada testificación total, en su brevedad y en su tono de entretenimiento y "filosofícula", que diría Lugones, de un ágil talento de escritor, de un espíritu acuciado por serias inquietudes, que la alquimia mágica de su pluma traduce allí en chiporroteo de ingeniosas o bellas formas de confesión y de apostillas.

Ahora bien, este libro podría servir de índice —un índice sintéticamente razonado— del o los que se formasen (serían varios volúmenes) con una recopilación de sus "Granos de arena" o sus "Andanzas" (bajo el seudónimo de "Timonel").

Porque en esas notas literariamente periodísticas hallamos una vasta pradera de reflexiones e impresiones, de comentarios ligeramente humorísticos o filosóficamente mordaces, a veces agriamente sarcásticos, a menudo polémicos y combativos, siempre en actitud de quebrar una lanza por la verdad, el bien, la justicia, la libertad, la cultura, el progreso intelectual, la dignidad del espíritu, el mejor destino del hombre. Todo ello a propósito de un propósito del momento, de un suceso del día, de un hecho de aquí o de allá, de un libro, de una pieza de teatro, de un discurso, de una pastoral o una encíclica del Papa, de un sermón, de lo que dijo o hizo un gobernante, de lo que escribió un escritor de fama, de lo que predicó un cura, de lo que pasó por el cielo o el suelo de la historia del día, concerniente al mundo de las ideas, de las ideologías y de los ideales.

Con elegancia y fina calidad de estilo y una inagotable amenidad de felices ocurrencias pasea su espontáneo humorismo por variados temas de los que extrae con destreza y gracia, o con emoción si viene al caso, el más íntimo meollo.

Lo curioso es que el propio autor de estas notas en que se ha venido adiestrando su pericia literaria hasta adquirir envidiable maestría, parece no atribuir a esa zona de su producción el alto mérito que la encumbra. Nunca ha querido detenerse a recopilar esas que, acaso, le parecen virutas de su taller de artista de la palabra para reunir las en un libro que, incluso, podría ser de continuidad indefinida, como "Les propos d'un sauvage", de Ardouin. Y no cito "El Espectador" de Ortega y Gasset ni "El Glosario" de Eugenio D'Ors porque éstos no son realmente aportes al periodismo literario sino puramente a la literatura.

A mí me place defender, frente a la injusta indiferencia del autor para con esa rica provincia de su obra, la perdurabilidad de esas hojas volanderas entregadas a la fugacidad de los días o semanas que pasan.

Como exponentes y documentación de una personalidad de escritor y como episodios cotidianos de la gesta creadora de un hombre de letras en generosa función de transmitirnos su mentalidad y su sensibilidad de ciudadano y de hombre de su tiempo —que no rehuye sino que afronta los compromisos de la definición y de la lucha en el campo de las ideas políticas, sociales, filosóficas— esas páginas constituyen un libro vivo adherido a la persona misma del autor como si formara parte integrante de su sangre y de sus huesos, de los huesos y la sangre de su ser moral e intelectual, base de su destino en la literatura y en la perduración.

Nosotros, los que desde hace tantos años venimos gozando del compañerismo fraternal en la tarea de infundir latidos de nuestras venas a las columnas de estos periódicos de lucha que son nuestra barricada común, bien sabemos cuánto valor autobiográfico y hasta de radiografía espiritual encierran esos "granos de arena" y esas "andanzas" para apreciar en sus conjunto una de las más interesantes personalidades de nuestro mundo intelectual y para el cabal conocimiento de la considerable obra de uno de nuestros más grandes escritores nacionales.

Y se me antoja oportuno decirlo a propósito de "La Rosa en la calavera", que es sin duda la flor sintética de aquella pradera que ella ha venido a expresar y a exprimir, como una perla o un caracol marino son el mar exprimido o expresado.

*Prólogo de "22 Meses de Traición",
de Víctor Dotti*

La pasión que el autor de este libro ha puesto en sus páginas vibrantes y enjundiosas, revela un carácter recto y una celosa sensibilidad moral, dos virtudes que van siendo raras en los tiempos que corren. Víctor Dotti cumple con vehemencia apostólica una función de higiene pública al documentar en forma incontrastable esta enorme culpa histórica de toda una secta internacional entregada al más abominable juego de desorientación y confusión de la mentalidad obrera ante un hecho como la guerra presente, que obligó desde el primer día a las más categóricas definiciones espirituales, pues colocó frente a frente las fuerzas de la dignidad humana y las fuerzas del más ignominioso despotismo.

No faltarán quienes pretendan discutir la oportunidad de esta formidable requisitoria fiscal —a base de papeles que cantan— a pretexto de que podrían dañar a la causa de la lucha contra el nazismo el recuerdo y la comprobación de la nauseabunda conducta adoptada por el comunismo soviético, hoy en guerra —¡finalmente!— contra los ejércitos de su ex-asociado.

Los que tanto daño hicieron, deliberada y conscientemente, durante casi dos largos años, a esa causa, ahora desean que se silencien y olviden sus imperdonables traiciones, y acusan a quienes se niegan a verlos distintos por el sólo hecho de que ocupen hoy, a la fuerza, una distinta posición, de servidores conscientes o inconscientes del interés del nazi-fascismo, que ha vuelto a ser en su concepto el enemigo común, después de 22 meses de vacaciones de tolerancia y complicidad neutralista.

A ese interés servían ellos, entonces, y nunca bastó a detenerlos en sus furiosas blitzkriegs de diatribas y calumnias contra las naciones democráticas en guerra y contra los más firmes y auténticos defensores de la democracia, la consideración de que de ese modo colaboraban con Hitler y Mussolini e integraban en realidad la quinta columna.

Pero el autor refuta aquella acusación de quienes querrían ahora actuar como jueces desde el banquillo de los reos. "¡Qué interés tan sospechoso en apagar la luz!" exclama.

En la penumbra del olvido, en efecto, surgiría una confusión niveladora a cuyo amparo sería fácil a los descuidistas arrebatarnos la cartera.

—Es que no se trata de esto, se nos dirá, sino de aunar a todos los que combaten en un mismo frente, aunque sólo sea en espíritu, y no sembrar entre ellos motivos de separación y desconfianza.

Si así fuese, respondemos, la actitud de los comunistas fuera de Rusia —donde los acontecimientos (léase Hitler) los han obligado a asumir la única que podía redimirlos y ponerlos a cubierto de toda sospecha: la de batirse, sería otra. La que adoptan no es para fiarse. No precisamente porque se les deba considerar siempre prontos a volver a las andadas en sus relaciones con el nazismo si Rusia se viese obligada a concertar la paz con el Reich, por separado (contingencia que los hechos parecen a estas horas excluir completamente) sino porque se debe creer que aspiran a reservarse para después de la guerra posiciones políticas conseguidas a favor de esa rehabilitación ante el pueblo en las filas de una concentración democrática, para reanudar con más ahinco y en mejores condiciones su conspiración contra la democracia como agentes de un régimen político —el soviético— que es, no debe olvidarse, una forma de totalitarismo, una dictadura burocrática sin libertades políticas.

¿A qué obedece, si no, esa desesperada ansiedad por colocarse en primera línea en las agitaciones de la vida cívica, febrilmente afanosos por encabezar movimientos de masas en el campo político y en el campo gremial, contra el nazismo? ¿Cómo no ver, por otra parte, que ellos explotan la agresión de Hitler y la guerra en que el pueblo ruso se desangra, para reforzar el desmedrado prestigio de su partido ante las multitudes populares y para obtener recursos

con que alimentar su propaganda partidaria con miras exclusivamente electorales?

No han renunciado a ser el partido bolchevique. Bajo todas las evoluciones tranquilizadoras, cambios de táctica y de postura, renovaciones de hábitos externos, empleo de símbolos patrióticos y de himnos nacionales, oficialismos adulones, etc., se halla subyacente la ideología bolchevique, dispuesta a brotar sobre la superficie en cuanto termine la guerra y Rusia no necesite más de la ayuda y colaboración de las potencias democráticas.

El comunismo, que ahora se disfraza, volverá a ser lo que siempre ha sido, lo que es de verdad, lo que era cuando, aliado de Hitler, se consagra a apartar a la clase obrera del camino de su deber y desarmaría ante sus más feroces verdugos. Volverá a arremeter contra la democracia política —que llamará "burguesa"— y preconizará la dictadura estilo ruso, porque no existe sino para servir los intereses del régimen ruso.

Claro está que cabe la hipótesis de que el gobierno ruso, triunfante junto con Inglaterra y Estados Unidos, y consolidado en un prestigio unánime como resultado de la victoria, evolucione hacia formas de democracia política y se transforme en una democracia verdadera, con libertad de conciencia, de opinión y de palabra en todos los terrenos. Y entonces los partidos comunistas de todo el mundo, que sólo existen para servirlo, serían a su vez factores de auténtica evolución democrática. Pero en tal caso nuestro razonamiento adquiere mayor certeza todavía. Allí donde existen fuerzas políticas que son genuinas forjadoras de una democracia integral, los comunistas deberían dejarles el campo libre en vez de disputárselo.

Si no lo hacen es porque permanecen en observación de las circunstancias, adheridos al propósito de ser siempre útiles a aquel gobierno aunque no se produzca la evolución de la hipótesis, y para poder, en cualquier eventualidad, enfrentar a las corrientes que hoy acompañan —desde el 22 de junio— y sueñan con dirigir.

De no ser así veríamos a los partidos comunistas, en estos países donde actúa un partido de democracia social, serio y responsable, ahora que ellos han concluido por adoptar el gradualismo reformista, la defensa nacional de los social-patriotas, el colaboracionismo y todas las demás formas del más moderado socialismo democrático (y ahora

que han debido coincidir con él en la posición ante la guerra) disolverse para no competir con una organización a la que ya nada pueden objetarle y cuyos pasos no han tenido más remedio que seguir.

Si continúan esforzándose en crecer como fuerza política, a costa sobre todo de las masas cuya adhesión disputan a los partidos de democracia social, es porque se preparan para retornar —si ellos les hace falta nuevamente— a sus antiguas discrepancias, o sea, para resucitar su bolcheviquismo, es decir, su concepción antidemocrática del gobierno y de la manera de conquistarlo.

Si les inspirara un anhelo de verdadera unidad democrática no se dedicarían a desviar a los trabajadores de la vinculación a la bandera de los partidos que fueron más fieles a la Democracia, en todo sentido y en todo momento.

Y si no aspirasen a librar después su batalla contra las corrientes democráticas, desde posiciones acrecidas al amparo de esa fusión o confusión que tan ardientemente procuran, no se desvivirían por aparecer como orientadores del pueblo, sino que aparecerían en una modesta y honrada reclusión de laboriosos colaboradores anónimos en la obra de ayudar a los pueblos agredidos y de apoyar a la U.R.S.S. en su titánica contienda, dejando que sigan guiando a las multitudes los que no son, como ellos, recién venidos al frente democrático de la guerra, advenedizos de las luchas democráticas, y no se han manchado como ellos consintiendo y defendiendo el pacto nazi-soviético.

Eso es lo que debe verse, y sólo con una ideotizante hipertrofia de ingenuidad se puede confundir la causa y la suerte del pueblo ruso y de la nación rusa, con la causa y la suerte de los partidos comunistas de aquí y otros países, cuya misión no es otra que la de intrigar constantemente en perjuicio de las fuerzas genuinamente populares y democráticas, que ansian desplazar.

Apenas producida la agresión de Hitler a Rusia, Harold J. Laski, el gran teórico laborista inglés, escribió para "La Nación" de Buenos Aires, un artículo que reclamaba del gobierno soviético la disolución de la IIIª Internacional, organizada oficialmente por los bolcheviques para imponer en la clase obrera de todo el mundo civilizadodirectivas revolucionarias opuestas a las orientaciones de la Internacional Socialista y conectar directamente todo el movimiento obrero mundial, en el campo sindical y en el campo político, con el gobierno ruso, ligándolo

a sus decisiones. Hace ya muchos años que escribimos que la Internacional de Moscú perjudicaba en vez de aprovechar realmente, a la suerte de Revolución Social en Rusia y fuera de ella. Porque dividía al proletariado, escindía a las fuerzas políticas del Socialismo, desmembraba o desquiciaba a los sindicatos, y además creaba al gobierno ruso dificultades de todo orden en el plano de las relaciones internacionales. Para evitar estas dificultades, una vez que ese gobierno renunció a los planes troskistas de encender desde Rusia la Revolución Internacional y se consagró a consolidar su situación dentro de Rusia, no existiendo desde hacía tiempo ni el más remoto temor de intervenciones ni hostilidades foráneas, gracias a los gobiernos laboristas de Gran Bretaña y a la influencia de las corrientes socialistas y democráticas de izquierda de Francia, en Alemania (bajo la república de Weimar, contra la cual arremetían los comunistas prefiriendo ayudar a Hitler) la llamada Internacional Roja debía desaparecer. Se obstinó, sin embargo, en seguir viviendo en el desprestigio creciente, y de pronto, cuando el nazismo descubrió sus intenciones contra Rusia y el Mein Kampf de Hitler preludeó la campaña señuelo "contra el Comunismo", esa Internacional cambió de tesitura y buscó acercamientos y contactos volviéndose contemporizadora y transigente.

Surgió así la experiencia de los Frentes Populares, que cuando no cayeron abatidos por la reacción fascista, nazi y falangista, como en España, terminaron en el descalabro interno por culpa de las maniobras y deslealtades de esos agentes de consignas emanadas del exterior, a las que obedecen ciegamente sin someterlas a previa consulta de los otros integrantes del Frente.

Puestas hoy las cosas en el terreno en que vino a localizarlas la ruptura del pacto nazi-soviético, y no debiendo ni pudiendo temer Stalin que las potencias democráticas conspiran contra la estabilidad de su régimen, al que indirectamente prestan espontánea y decisiva ayuda al defender a Rusia, tiene razón Laski: la disolución de la Internacional de Moscú, competidora de la Internacional O. Socialista (la Segunda Internacional) integrada por el Laborismo Británico, se impone de inmediato.

Y al disolverse la 3ª Internacional han de desaparecer con ella, naturalmente, los partidos políticos que de ella forman parte, y que por su índole, son miembros cuya vida debe seguir la misma suerte del

organismo al cual pertenecen, porque quedan sin su principal razón de ser.

Para sentirnos solidarios de la URSS en su gesta admirable no necesitamos abrazarnos a los comunistas de casa ni al comunismo de todas partes, como para ponernos con todo el corazón del lado de Gran Bretaña no hemos necesitado ser monárquicos como su gobierno, ni renunciar a creer que los reyes son anacrónicos en nuestra época. Estuvimos también con la heroica Grecia y consideramos aliado nuestro a su gobierno, que había navegado en aguas de reacción, e igual cosa decimos de Polonia con cuyos gobernantes no comulgábamos, por cierto.

Mientras la nación rusa cumpla junto a las potencias democráticas el glorioso deber histórico de enfrentar al nazismo, no le faltará el apoyo decidido y entero de los demócratas probados, aunque como Mr. Churchill adviertan, apuntando hacia la derecha y hacia la izquierda al mismo tiempo, que no renuncian por eso a "sus veinticinco años de anticomunismo".

Siendo así, ¿qué les resta por hacer a estos comunistas no combatientes que dicen haberse despojado de los hábitos del comunismo y declinan hablar y obrar en comunismo político, sino disolverse como partido y contribuir al crecimiento de los partidos socialistas? Si no lo hacen es imprescindible apartarlos con cordón sanitario.

Entre tanto, libros como éste sirven para dar fundamento a toda actitud de saludable recelo ante los movimientos envolventes de esos aliados peligrosos, sin que ello sea debilitar en lo más mínimo el verdadero frente de la Democracia, en beneficio de nazis y fascistas, porque con ello no se resta al pueblo ruso ni a su gobierno el aporte moral o material de nuestra solidaridad efectiva, ya que felizmente podemos hacerla llegar hasta ellos pasando por sobre la cabeza de los comunistas y comunoides locales, cuya intervención sólo tiende a beneficiarse, para indeseables menesteres de entrecasa, del prestigio de Rusia y de la solidaridad que le prestemos.

Además, y esto es definitivo, la historia hay que escribirla. No se puede negar a nadie el derecho de hacerlo, si lo hace sin falsear la verdad. La verdad histórica no puede ni debe quedar sobornada por puntos de vista pragmáticos ni burdos cálculos políticos.

Este libro no inventa nada. Reseña las groseras e inauditas con-

tradiciones de la conducta y de la prédica del comunismo. Traza el cuadro desconcertante de esas contradicciones y de esas felonías. Exhibe pruebas. Sus reflexiones marchan haciendo pie en datos verídicos y documentos irrecusables. Si resulta un estigma estampado a tuego en la frente del comunismo soviético y de los secuaces internacionales de Stalin, no es suya la culpa, como el espejo, según la conocida metáfora de Zola, no es responsable de la inmundicia que refleja.

Rinde el valioso servicio de ofrecernos reunidos en un volumen, las comprobaciones dispersas en diarios, revistas, memorias, discursos y manifiestos, que todos hemos tenido infinidad de veces en nuestras manos y ante nuestros ojos, o hemos oído por radio o ante las tribunas de propaganda; pero que aquí las encontramos seleccionadas, ordenadas y enhebradas inteligentemente en el hilo de una recia argumentación, formando un archipiélago de pruebas concretas en medio de la rápida corriente de una glosa llena de claridad, de sobria elocuencia y de fuerza persuasiva. Resulta, así, uno de esos imprescindibles auxiliares de la memoria, que a menudo nos tocará esgrimir como lanza o como escudo en nuestros frecuentes cuerpo a cuerpo de la vida política.

No le agradecerán, por cierto, ese servicio los que invocan el olvido del pasado —de su pasado naturalmente— como una necesidad para salvar al mundo en estos instantes de peligro. Se lo agradecerán, en cambio, y muy mucho, quienes saben que lo que pierde a los pueblos es su falta de memoria para las mayores culpas.

Víctor Dotti ya era acreedor al alto aprecio de sus conciudadanos por méritos literarios y cívicos. Como escritor, su libro de cuentos "Los Alambradores" lo puso de golpe, en la primera fila de los narradores jóvenes del Río de la Plata. El rotundo y espontáneo elogio de Carlos Reyles le dió el espaldarazo. Como ciudadano, sus actividades al frente de la Oficina de Prensa de Periodistas Libres —creación de las viriles inquietudes de su espíritu recto y justo— lo han destacado entre los que no se dieron descanso para mantener despierto, con las excitaciones de la pluma, el sentimiento público ante el peligro nazi y fascista. Pero antes aún había afirmado en la cátedra sus convicciones democráticas ante el gobierno de fuerza, en forma

tan valiente, que atrajo sobre su cabeza la persecución y el castigo por parte de las autoridades de Enseñanza Secundaria.

Es, precisamente, su actitud de irreductible intransigencia ante los totalitarismos agresores; su fervor y su abnegación en la campaña contra el fascismo y el nazismo, su espíritu de sacrificio en la batalla cívica por la defensa local de los principios democráticos, lo que le confiere una autoridad indiscutible para fustigar a los traidores y no perdonarlos cuando, obligados y no por espontáneo arrepentimiento retornaron de la traición al campo de los leales.

Y eso es también lo que lo mueve a lanzar, estas verdades como una útil advertencia para los incautos y los olvidadizos.

1943.

Luis Pardo (1)

Buenos Aires, febrero 5 de 1934.

Señor director de "Caras y Caretas", don Juan C. Alonso.

De mi alta estima:

Permítame hacerle llegar mi más profundo pésame por el fallecimiento de Luis Pardo, que era mi amigo desde muchos años atrás, y a quien en estos días de mi destierro había vuelto a encontrar en esa casa con una tan franca y espontánea cordialidad que me ligó a él con un fuerte lazo de cariño. Por su intermedio arribaron hasta usted algunas colaboraciones mías, dos de las cuales vieron ya la luz en ese semanario de su digna dirección. Recién hoy, y cuando ya era tarde para cumplir con el triste deber de acompañar sus restos a la tumba, me enteré de su muerte. ¡Yo le había visto hacía pocos días tan erguido y lozano! Con el corazón en un puño, me puse a rendirle mi tributo lírico como modestísima retribución a sus bondades de amigo noble y caballeresco. Sólo pude componer esos versos. Me agradaría tributarle desde las columnas de "Caras y Caretas" ese sencillo homenaje. Los dejo, pues, en sus manos, con ruego de que, si los considera aceptables, los haga figurar como flores arrojadas sobre el sepulcro de ese hombre bueno, de ese preclaro ingenio festivo, de ese donoso escritor que nos deja más tristes al marcharse para siempre.

Lo saluda con su mayor consideración, S. S.

(1) "Fueron numerosas las notas de condolencia llegadas a nuestra redacción por el fallecimiento de don Luis Pardo, y, en la imposibilidad de darlas a la publicación, a la vez que nuestro reconocimiento ofrecemos, como un homenaje a su memoria y a sus amigos, la carta y la conmovida página lírica de nuestro colaborador Emilio Frugoni". (La Redacción de "Caras y Caretas").

EL CABALLERO DE LA RISA

Luis Pardo, caballero de la airosa figura,
de los largos mostachos y el ademán amigo,
de los ojos brillantes bajo la frente pura,
de la abierta sonrisa, ¡la paz sea contigo!

En tu esbeltez había algo de Don Quijote
y eras tan bueno como don Alonso Quijano.
Esgrimías la risa, no a manera de azote,
sino a modo de pródiga bendición de tu mano.

¡La risa! Fué tu arma; pero un bálsamo era.
Más curaba que hería. Mágica y prodigiosa,
brotaba de tu pluma como linfa ligera,
y se abría en tu noble pecho como una rosa.

No hiciste mal a nadie ¡y cuánto bien hiciste!
Tu alegría era un fruto que a todos alcanzaba.
¡Cuántas veces en medio del dolor sonreíste,
y el dolor se extinguía y el mundo se aclaraba!

¡Oh gentil caballero de la risa en el alma!,
¿quién vendrá a consolarnos en nuestro amargo afán?
Tu ingenio en nuestro vaso era el vino que calma,
y en nuestra mesa triste tu alegría era el pan.

Ignominiosa torpeza (1)

El intento criminal, felizmente fallido, de que quiso hacerse víctima a Rómulo Betancourt, es una triste prueba de que, por obra de esa peste negra de las dictaduras que la carcome, América vive horas aciagas de la más siniestra subversión moral.

En efecto, ante el mal de las situaciones de fuerza y de los despotismos militares, que en América Latina no sólo es lo viejo como en España, según Unamuno, sino lo obstinadamente hereditario (siendo la libertad política y democrática lo nuevo, y aún más lo incipiente y lo exótico), hubo siempre entre los hábitos tradicionales de nuestros pueblos o por mejor decir, en las predisposiciones de su psicología, un impulso semisalvaje, si se quiere, pero saludable de tiranicidio.

Por eso en una Nueva oda antigua a la Libertad se dijo hace algún tiempo:

Oh libertad de América, tu sombra fugitiva
suele ser solamente sueño de nuestras manos,
pero el pueblo te adora con su fe primitiva
y se toma venganza de muerte en sus tiranos.

Y traduciendo esa tendencia del hombre de estos países a hacer cuestión de imperiosa dignidad nacional administrarse justicia por propia mano para suprimir al tirano violentamente, algún himno, como el uruguayo, entona una admonición profética que tal vez ha dictado ciertas páginas de la historia política como si fuese más que un vaticinio lírico un verdadero mandato:

(1) A propósito de una tentativa criminal contra Rómulo Bentancourt, en la Habana, (de "Repertorio Americano" de Costa Rica. 15 de Agosto de 1951).

Si enemigos la lanza de Marte,
si tiranos de Bruto el puñal.

Cuando se presencian los abusos del poder a que llegan los totalitarismos americanos, y se ve a las naciones que han caído en las emboscadas de la permanente conspiración militarista, sufrir los más atroces vejámenes, y a sus pueblos perder los más elementales derechos políticos y humanos para quedar aherrojados en una cárcel que es todo el país, no puede extrañarnos que del seno de esa noche cargada de nubes eléctricas brote, ya que no la sublevación colectiva, que puede ser imposible durante mucho tiempo, el rayo al menos del atentado personal.

No nos sorprende, pues, la noticia de que tal cual mandón del Continente, donde ya hacen de las suyas pululantes regímenes de fascismo criollo, ha caído al golpe de un vindicador desesperado o trágicamente enardecido.

Nos asombra, en cambio, que esos gobiernos que son afrenta y ludibrio de su nación y se mantienen en el poder asentados en las bayonetas, pése al aforismo de Tayllerand, salgan a asaltar por la mano de sus sicarios a los hombres que los desafían legítimamente luchando como pueden y donde pueden, por devolver a su patria las posibilidades democráticas que les arrebatara el sable de los militares ambiciosos.

Tal subversión del curso lógico de los acontecimientos nos toca comprobar en el caso del atentado contra Rómulo Bentancourt, gran figura de recio e infatigable forjador de destinos históricos de ascensión y de luz para su desventurada Venezuela, que pudo conducir un día hacia cumbres de progreso social y político para ejemplo de América.

Ningún corazón honrado dejará de felicitar a que la tenebrosa tentativa, de tipo nazi por la naturaleza insidiosamente científica de su tecnicismo mortífero, haya fracasado, y todos los espíritus libres del Continente celebran con regocijo que la causa de la democracia pueda seguir contando con el poderoso concurso del abnegado dinamismo, la vigorosa inteligencia y el esclarecido coraje civil de tan insigne luchador.

Montevideo, Mayo de 1951.

El Gran Parto

Montevideo, 19 de setiembre.

Señores Ucar, Maya, Otero.

Mis estimados amigos:

Después de haber dejado transcurrir tanto tiempo sin acusarles recibo del extraño hijo que, como aquel de los versos de Quevedo, hicieron a escote, tienen ustedes el derecho de esperar que les dé una opinión categórica y completa sobre el mismo.

Pero no ha de ser más feliz ese derecho que tantos otros que aguardan vanamente ser reconocidos y satisfechos, como, por ejemplo, los tan solemnemente proclamados "derechos del hombre".

Les confieso que no me atrevo a formular un juicio sobre "El Gran Parto". Lo he calificado más arriba de "extraño", y con ello no quiero ni encomiar ni desencomiar el libro. Digo tan sólo que me resulta fuera de lo corriente y que lo encuentro raro, sin asumir ningún compromiso crítico, ni a favor ni en contra, al llamarlo "extra-vagante".

Me parece confeccionado con la técnica que inició el *Ulises* de Joyce (si no estoy mal informado, que bien puede ser), quien sin duda había leído los Cantos de Maldoror de "nuestro" Conde de Leautremont (si no desbarro en mi tendencia a buscar similitudes, que suele engañarme); y que se prolonga en el *simultaneísmo* de las novelas de Sartre y de otros autores actuales.

Es una manera de no entendernos que corresponde a la neurosis de una humanidad esencial y existencialmente confusionista, cuyos peores males, sobre todo el de la guerra, azote cíclico, dependen en gran parte de su incapacidad de entendimiento en un mundo donde Bernard Shaw clama por un diccionario que fije el sentido de ciertas

palabras para que, puestos todos de acuerdo sobre su acepción, puedan llegar a entenderse quienes se lo pasan usándolas con sentidos opuestos para desentenderse siempre más.

Y mientras los sociólogos, los estadistas, los juristas, menudean los congresos y las conferencias a fin de buscar "entendimientos" que nos devuelvan la paz, los literatos y los artistas se empeñan, a fuerza de cumplir con su destino "histórico" (tan ineludible como la historia misma) de traducir la psiquis de los hombres del momento mundial, en expresarse con tal voluptuosidad de esoterismo, hermetismo, enredijo y despistamiento, que nos hacen sentir en la médula el frío de una revelación espasmódica, la revelación de las causas profundas de ciertos fenómenos sociales y políticos.

Para el esteta puro lo importante es que el arte viva su propio destino y amplíe los horizontes de su cosmos con sus propias manos.

Por eso no podemos negarle el derecho de ser oscuro o incomprendible para las normas usuales de comprensión, si con ello enriquece su provincia con creaciones perdurables.

Pero ustedes, gracias a los dioses de carne y hueso (que son los del Olimpo inmortal) no quieren ser estetas puros. Ustedes no son escritores sin compromisos con la vida civil ni con la moral humana. Lo que alguien ha llamado "literatura comprometida" puede contarles entre sus cultores. Ese mismo libro está lleno de conceptos con proyecciones sarcásticas y satíricas no exentas de sentido moral, que se abren camino hacia la conciencia del lector entre los esguinces humorísticos de una forma de expresión literaria que tiene —perdónenme ustedes— mucho de fumistería "pour épater les bourgeois".

No se trata de un gesto frívolo. Más que la parodia de un estilo hay ahí un gesto desafiante que obliga a ponerse serio. Tal vez ustedes queden sorprendidos ante esta conclusión.

Porque acaso no quieren convocar la seriedad ni recordarnos con Schiller que "la vida es seria", sino darnos a entender lo contrario; (que ella es de por sí tan contradictoria, que brinda la razón al mismo tiempo a cuantos la ven de opuestos modos, por aquello de que "todo es según el color", etc.).

Pero tampoco yo quiero ponerme serio. Contagiado por el estilo de ustedes —y eso constituye por sí solo un cabal homenaje— estoy

hablando como si otros dos estuviesen colaborando conmigo y entreviendo con el mío su propio y respectivo lenguaje.

Esto que escribo tiene también algo de cocktail de mentalidades, de temperamentos, de aptitudes o actitudes de expresión, en el fondo afines, aunque distintas. Pero el cocktail de ustedes ha sido elaborado con el arte casi diabólico de un barman de calidad. Los ha asistido un secreto de fábrica que ignoro en absoluto.

Los felicito, pues, de todo corazón.

No los he comprendido sino en breves trechos diseminados y me ha costado leerlos hasta el fin (como a Jung el *Ulises*), aunque los he visto aparecer con una personalidad que el libro vela y disimula en la confusión babélica de las tres lenguas empleadas, pero que, con todo, muestra al lector amigo perfiles atrayentes.

“La Danza de los Horizontes”

“Poemas de eternidad de cielo y de playa”, de Roberto Ibáñez

Poeta: Cuando usted dió a luz su primer volumen de versos dije, en una breve nota bibliográfica, que estaba usted aún en el período inquieto —para algunos no llega nunca— en que el autor a través de sus libros, y precisamente por virtud de éstos, nos interesa más que la obra. Porque las posibilidades esenciales de su estro asomaban en su libro, con inconfundible resplandor augural, una viva esperanza; pero no daban cumplida satisfacción todavía al anhelo de ver formada y afirmada una nueva personalidad lírica.

Quedamos aguardando —añadía— el libro suyo que nos interese tanto como el autor. Y nos quedamos aguardándolo seguros de que no tardaría en venir. Ha venido ya. “La Danza de los Horizontes” es un fruto pleno. Con él cumple usted lo que prometía y aún algo más que no esperábamos para tan pronto: la equilibrada modernización de su técnica.

La riqueza de su imaginación aparece aquí desplegada en una maravillosa floración de metáforas inéditas, sirviendo —no ahogando— una emoción lírica de linaje romántico, que es, en su musa, don legítimo y del cual puede enorgullecerse, porque responde a su natural modo de ser y de sentir.

Llega a un grado muy alto en la belleza de la expresión, manteniendo en todos sus versos, la más pura vibración poética de la cuerda sonora.

Es espontánea su tendencia a empapar el ramaje de sus sueños armoniosos en la luz de las meditaciones filosóficas, y es para mí preciado honor, que su nuevo libro se abra con un canto sobre la eternidad a mí dedicado. Pero lo que más prefiero en este espléndido brevioso sentimental, son los cantos en que la juventud de su corazón

busca en el amor, y los encuentra, acentos hondamente penetrados de una eximia luz de belleza.

Yo soñé con las lunas gemelas de tus párpados,
pálida y melodiosa adolescente,
que tras los horizontes anclados de crepúsculo,
amanecida de ternura aguardas...

Me parece indudable que el estremecimiento íntimo del amor florece entre sus manos en un copioso regalo de imágenes e ideas poéticas que son las más vividas de su inagotable acervo. Así cumple bien su destino este libro que usted ha ofrendado a su novia, a su "escanciadora de infinitos", en cuyos ojos "se hace dulce la eternidad". Las cosas que usted dice de ella o las que canta evocándola son las más hermosas de esta magnífica ofrenda verbal:

"Y tu mano, tu mano, pájaro de la luna"

"Te sentí florecer entre mis brazos.

Como brotada de mi corazón".

.....
"Junto a ti, carne y alma, soy como un horizonte:
cielo y tierra se tocan sobre mi corazón".

.....
"Tus ojos donde sueñan las palomas del éxtasis.

Tus ojos donde anclé mis pobres ojos!...

.....
Son, asimismo, muy hermosas las metáforas que constelan la poesía que da título al volumen; el soneto "Las manos"; el "Poema del mar y de la adolescencia"; el del "Aviador" y "El Arquero".

Una fantasía de gusto orientalista y si se quiere "ultraísta", se prodiga y se concentra al mismo tiempo en la síntesis siempre feliz de sus metáforas.

Por todo ello saludo en usted a un puro valor de la nueva poesía nacional y le estrecho con efusión las manos de artífice, en las que el calor de la vida joven se trasmite a la obra en un latido de sentimiento que, a veces —he de confesarlo— me agradaría menos cercano de la afectación literaria en la exaltación del tono lírico, pero que hace de ella una flor humana, con cálido y penetrante aroma espiritual.

Elogio del "Cuaderno de Otoño" de Julio J. Casal

En breve carta de adhesión a un homenaje que le tributaban sus amigos y admiradores, con motivo del feliz acontecer de su "Cuaderno de Otoño", le escribí a Casal: "Es Ud. uno de los más puros valores líricos del continente, con su melodiosa voz en que se oyen cantar el aire y la luz, las flores, los árboles, los niños y los rayos del sol. Domina Ud. en el verso y la prosa, la lengua en que se expresa tan limpia y ricamente; y es uno de esos poetas a quienes se ama como tales y sólo como poetas se les debe juzgar en su vida. Vive Ud. en el canto y para el canto... Así al menos me place verle a Ud., y por ello, yo que como poeta le admiro, me siento feliz de recordarle en una hora como ésta tan grata, mi vieja amistad".

No eran, desde luego, líneas de obligada e insincera cortesía, en que se sale del paso con un puñado de flores recién cogidas al azar. Yo había escrito eso bajo la impresión de la encantada lectura de su libro —que acribillé de subrayados y llamadas— y donde había hallado, más que reunidos y sintetizados, quintaesenciados todos los rasgos característicos de ese lírico amable y dulce que hoy se muestra dueño de todos los secretos de su arte y nos sorprende con la aptitud mágica de multiplicar o expandir el tembloroso cristal de la palabra en la pureza vibrátil y transparente de un sonido inefable.

Allí está él en su perenne candor sin edad, como la juventud de los dioses, que es don esencial del poeta lírico, y en su aleteo de angel humano que roza con el estremecimiento de sus alas las cosas humanas, envolviéndolas en un aureola casi celeste.

Su mundo es el nuestro —claro que sí— pero apenas se deja atrapar por él, y lo recorre como un vagabundo forastero cuyo idioma nos cautiva aunque lo sintamos un poco extraño a los oídos de nuestro espíritu amargamente preocupado, y acaso por eso mismo.

Sus versos viven en un aire sereno, y son como pájaros que se acercan a nuestro corazón para mecerlo con su vuelo suave y su trino candencioso.

Obra de fina espiritualidad y de sensibilidad cultivada en las más selectas disciplinas del gusto estético, descubre una rara maestría de expresión sin salirse nunca de su tono sin disonancias que se mantiene sin esfuerzo, tan lejano de la estridencia como de la opacidad.

Con ese tono el poeta llega adonde quiere en sus sendas tendidas hacia la emoción de quienes le rodean y le escuchan. Yo estoy entre éstos, recogiendo en la cuenca de mis manos el agua de los discretos surtidores de su jardín íntimo.

Y le doy las gracias por esa musical merced de sedante frescura que se me adentra hasta el corazón.

"Poetas" de Carlos Zum Felde. Prefacio

Este es un libro póstumo. Sale a luz editado por el Club de empleados del Banco de la República, en cuyas oficinas trabajara desde su fundación el autor de estos versos que murió apenas cumplidos los sesenta años. El no había querido nunca detenerse a reunir en un volumen sus producciones. Sólo una de ellas, la poesía INSURREXIT, había sido impresa en folleto, porque de ello se encargó un grupo de jóvenes libertarios de La Habana, lo que demuestra la difusión alcanzada por ese vigoroso canto de juventud que llevó su nombre, como se ve, mucho más allá de las fronteras nacionales.

Sus compañeros de labor y sus más íntimos amigos han querido rendirle el homenaje de salvar del olvido su obra dispersa, que llenará un volumen de versos, uno de prosas literarias y otro de teatro (dos comedias en tres actos escritas en colaboración con Carlos Cantú).

En los versos de Carlos Zum Felde se nos revela toda la caudalosa intimidad de su yo estremecida por el aleteo de sus sueños románticos, que iban con él a través de toda su vida de funcionario intachable, y no se dejaron estrangular nunca en lo profundo de su corazón por las exigencias metódicas y persistentes de una árida obligación consuetudinaria, sin poesía, pero en su caso no sin heroísmo.

Esta recopilación —en gran parte inédita— nos entrega la cabal representación de un poeta de elevada alcornia por su acendrada sensibilidad lírica y su insigne elegancia formal. Campea en todos estos versos una nobleza de expresión que acusa un gusto depurado y forjado en las mejores lecturas. Quien lo escribió estaba dotado de un fino sentido de la forma, dentro de las tendencias más moderadas del modernismo.

Resuena, pues, en estas páginas una voz clara y pura del lirismo de fines del siglo XIX y de comienzos del siglo XX. Casi toda esta

obra poética ha sido creada en ese período que el modernismo llenó con sus sonos. Zum Felde, con su intensa vocación literaria —que lo llevó a cultivar las letras en los márgenes de las letras de cambio— fué un lector incansable, que frecuentó los más grandes poetas y sumergió su espíritu en las maravillosas ondas de lirismo que desataron en Francia los románticos, los parnasianos, los simbolistas, los delicuescentes —desde Hugo a Leconte de L'Isle, desde Alfredo de Vigny a Baudelaire, desde Rimbaud a Verlaine, desde Mallarmé a Laforgue— para que en América Ruben Darío renovase la poesía hispana, y ¿por qué no?, la poesía universal, que adquirió sin duda valores nuevos, de punto de partida, en “Cantos de Vida y Esperanza”.

Conocedor y gustador de las clásicas, no concibió la poesía americana despojada de todo sabor castellano. Pero así como no le agradaron los funambulismos— ni los franceses de Banville, ni los internacionales del dadaísmo— tampoco se mostró accesible ni al ultraísmo ni al creacionismo, que eran para él funambulismos hispanos, ni al gongorismo, que rechazaba por conceptista —aunque admiraba a Góngora— sintiéndose en cambio muy cerca del Ruben Darío romántico de “Azul” y del Amado Nervo de siempre.

En la atmósfera lírica de su tiempo, del tiempo en que escribió casi todas las poesías de esta compilación, su personalidad pulió sus perfiles sin despersonalizarse y reafirmando por el contrario una autonomía de originalidad sin alardes que hoy —cuando ya son clásicos sus contemporáneos— se aprecia mejor.

El poeta amatorio y el poeta de combate se diferencian en su tónica. El primero despliega la vela latina de su nave ilusoria bajo la suave luna de plata que embriagaba de licor de ensueño a los risueños del modernismo. El segundo pulsa una lira cuyos acentos traen la tónica de los poetas de América que desde Olegario Andrade hasta Almafuerse modernizaron también la poesía civil hispana, de la que ha de quedar por su INSURREXIT como uno de los más serios cultores.

Perteneció al romanticismo en arte, porque su sensibilidad en la vida y para la vida era romántica. Soñaba en romántico, y sin evadirse nunca de la realidad para rehuir las responsabilidades que impone, vivía soñando. Por eso era poeta.

Sus compañeros de trabajo al editar sus versos incorporan un valor de excepción a la bibliografía poética del Uruguay, y de ese modo entienden tributarle al amigo inolvidable el mejor de los homenajes mientras prestan en su nombre un servicio destacado a las letras nacionales, que Carlos Zum Felde honró con las calidades selectas de un estro lírico privilegiado.

La Poesía de María Esther Llana Barrios (1)

La autora de estos versos es un copo de espuma lírica; un haz de todo lo que hay de más claro, limpio, musical y alado en el mundo; una conjunción de pájaro y estrella, de flor y de onda, de mariposa y de brisa. Es un suspiro. Eso es: un suspiro. Pero un suspiro que viene de lo hondo del corazón como un llamamiento lejano de la vida. Y si es copo de espuma, y haz de rayos de sol, y puñado de alas y de músicas, no se empeñe el lector en disociar esa imagen de todo lo que en el aire del sentimiento no sea sino levedad y transparencia.

Porque María Esther Llana Barrios es un alma. Nada menos que un alma. La misma gracilidad de su cuerpo pequeño y casi ingravido no es otra cosa que una consecuencia del destino que le impuso ser, ante todo y por encima de todo, un alma. Y no una simple y sencilla alma angelical, de serafín, sino un alma de mujer encendida en la llama eterna del "eterno femenino" de Goethe, y de la moderna femineidad, que se nutre de palpitations vitales impulsadas por los vientos del cielo e impregnadas de los jugos de la tierra.

Por eso se pone a cantar, y ella, tan pequeñita y feble, nos sorprende con el milagro de encandecer el cristal puro e infantil de su voz de pájaro con los acentos de una seria preocupación colectiva, que nos la descubre más mujer de lo que creyéramos al verla, más sana y austeramente mujer, en la madurez mental y sentimental de una madre reflexiva que sólo sabe de la maternidad del espíritu en la sagrada bondad del corazón y la absoluta pureza de la carne. ¡Si apenas hay carne en ella, y la poca que forma y sustenta su cuerpo la necesita toda para alimentar en sus entrañas espirituales el fuego de su ideal de justicia y la luz astral de sus inmaculados sueños de poeta!

(1) Prólogo de "Tierra y Sol" de 1948.

Oigamos cantarle a la mujer de América:

“Mi niño será un libre tallito estremecido
entre los dedos puros de un aire que amanece.
Mi amado será firme
columna que sostiene
el pórtico del Día;
sus brazos que supieron
de faenas del Alba
como arcos triunfales
rodearán mi cintura!”

Toda ella está en esos versos. Porque en ellos resplandece ese milagro que dije.

En sus artículos ya se nos había mostrado en esa dualidad extraña de un alma fuerte que expresa altos y hondos sentimientos humanos en el encanto quebradizo de imágenes tornasoladas como si escribiese con rayitos luminosos sobre los cristales del prisma de donde brota, cual imprevista flor del aire, el Arco Iris.

Pero aquí, en este libro, el encantamiento de su lirismo se afina sin desprenderse de ese contacto de su alma con la vida real, que ella siente con tanta hondura, y en la que sumerge las manos de su inspiración para sacarlas llenas de motivos diversos, rebosantes de temas dispares.

La Isla de los Sueños —la segunda parte de su libro, su “Refugio” de intimidad, su “isla de cielo abierto entre los charcos”, como ella dice dulcemente— nos enseña que sus sueños no son los de un ángel sin alma, sino los de un alma con ángel.

Otros podrán juzgar sus versos desde el punto de vista estético. Podrán, incluso, saludarlos como afirmaciones de una vivencia lírica que no cultiva la forma difícil, ni más o menos castigada, pero se mantiene sin esfuerzo en planos decorosos y rutilantes de exteriorización poética.

Yo los he gustado sin analizarlos, dejándome seducir, sobre todo, por lo que hay en ellos de espontáneo y vivo reflejo de la autora. Yo he sentido, principalmente, que la aparición de este libro constituye una fiesta para todos los que amamos en ella su admirable fervor idealista, su bondad entrañablemente femenina, su delicadeza espiri-

tual, su andar por el mundo con pasito de paloma pero sin dejar de vibrar, con intensa vibración de llamarada, en el aire de las más generosas emociones civiles, que mueven su pluma, se le suben a la garganta en sus cantos, y le dictan el itinerario de su conducta ejemplar en la vida ciudadana.

Todos sus compañeros de ideales y de lucha estamos de fiesta porque ella puede acariciar entre sus manos sutiles este libro, que a mí me toca prologar, y que por ser fruto de sus sueños, hijo de la sangre de su espíritu, ella estrechará contra su pecho con ternura de madre.

¡Albricias! exclamamos, pues, ante el nacimiento de éste su vástago canoro. Y echamos a vuelo las campanas de nuestro júbilo.

Cómo Perdí la Fe en Moscú

POR ENRIQUE CASTRO DELGADO

El autor del libro que comienza a transcribir "El País", es uno de esos comunistas españoles que llegaron a la U.R.S.S. aventados por el derrumbe de la República y vivían en Moscú cuando yo estuve allí, habiendo arribado a mi vez a impulsos de un viento que no era en mi caso de tragedia, pero sí, en cierto modo, de aventura, pese a soplar hacia los dominios protocolares de la diplomacia, donde los azares de la vida pública y la tentación de sumergirme, con toda mi curiosidad acuciada, en el mundo soviético, me metieron inopinadamente.

En mi libro "La Esfinge Roja" dedico un capítulo, titulado "Algunos españoles en Moscú", a esos refugiados que arribaron con la ilusión de encontrar en aquellas tierras lejanas el paraíso de los trabajadores, o por lo menos el provisional purgatorio donde un pueblo de ciento noventa millones de almas alimentaba, entre penurias transitorias, la esperanza mística y alentadora de una vida de bienaventuranza. En cambio, no tardaron en advertir que habían caído en un pozo de sombra, que era purgatorio por lo que en él purgaban ellos culpas políticas y de las otras, pero no porque, como el del Dante, sirviese de puente entre la tierra oscura y el claro cielo...

Yo no tuve ocasión de conocer a este refugiado personalmente. Pero tenía noticias de él por referencias de algunos españoles que frecuentaban la Legación del Uruguay, y sabía que ya entonces — yo llegué en mayo de 1944 — él andaba tratando de salir de la U.R.S.S. Su caso era conocido, entre los latinoamericanos y españoles, como el de uno de esos españoles, desde luego comunista, pues sin serlo no hubieran podido entrar en la Unión Soviética, a quienes por disentir con los dirigentes del partido comunista español allí orga-

nizado, especialmente con La Pasionaria que lo encabezaba, se les hacía la vida imposible.

Nada se decía contra él por cosa que no fuese su desconformismo "crónico" contra la dirección del partido y el papel que le hacían desempeñar los jefes del Kremlin. A él no se le podían atribuir, como al Campesino, delitos de "especulación", ni de "corrupción de menores" (a quienes enseñaba a especular como dependientes suyos). Este comunista Castro era más un intelectual que un hombre de acción, y nada había en sus costumbres ni en su psicología que diese asidero a desacreditarlo moralmente. Su delito consistía en no haber querido abdicar las inclinaciones naturales de su idiosincrasia española, renunciar a esa individualidad que en el español constituye, según Unamuno, una fuerza con la que se afirma frente a los demás, y se crea dogmas para encerrarse en ellos. El no pudo o no quiso despojarse de la facultad de discusión y crítica, que el español auténtico suele ejercer con cierta voluptuosidad irremisible.

No pudo sofocar bastante esa propensión de su ánimo, y suscitó en su torno desconfianza, aversión, hostilidad. Quiso irse. ¡Un delito más! Querer irse es ingratitud, deslealtad, traición, contra la trampa ¡PARDON!, la "patria" soviética.

En mi libro digo: Salir de la U.R.S.S. es para esos españoles (los que están en Moscú), pese a la filiación comunista de todos ellos, una aspiración torturante. Lo más dramático es que deben callársela o disimularla. Entre ellos mismos rige la consigna de mirar con malos ojos y considerar como un réprobo al que deje traslucir su deseo de irse, sobre todo si hace algo por llevarlo a la práctica!

Castro consiguió, al fin, realizar su sueño. Otros quedan allá, mordiendo con los dientes del alma las rejas de su enorme cárcel.

De algunos de ellos conservo muy amable recuerdo. Aunque no pensaban como yo —o decían no pensar como yo—, había entre nosotros una vía de comunicación que se internaba recíprocamente en nuestros corazones: el idioma común, caldeado por la misma llama de temperamento y estremecido por las ondas de una cultura semejante. La latinidad, sin especulaciones políticas, nos acercaba en la efusión de los sentimientos esenciales.

¡Cómo envidiarán todos ellos la suerte de Castro!

(En "El País" y como prólogo de la 2ª edición mexicana).

Un Poema de Humberto Zarrilli

El autor de este poema es hoy, entre los jóvenes poetas de mi país, uno de los que mayor partido consiguen sacar de las cosas que lo rodean consideradas como objeto y asunto de lirismo.

Esta evocación del tranvía nos lo presenta en su actitud de espectador del mundo e interlocutor de la realidad objetiva, a la que hace hablar un lenguaje fértil de sugerencias e imágenes.

Es una actitud que data en él de poco tiempo. Comenzó siendo un poeta subjetivo, de los que miran constantemente hacia su mundo interior, grande o pequeño, y dan la espalda a la vida de afuera.

Esta circula en torno de ellos con su maravilloso oleaje hirviente de colores, de formas, de luces, de sombras, de impulsos varios, de fuerzas espirituales y cósmicas, de seres y destinos. Pero ellos no la ven. O sólo ven en ella una opaca nube de formas vivientes y realidades absolutamente limitadas por su propia objetividad.

Nada veía él de interesante en el mundo por donde vagaban sus pasos de soñador fuera de sus estados de ánimo, sus inquietudes íntimas y sus ensueños eróticos. Amaba naturalmente el pasado y execraba el presente.

Las cosas pretéritas se cubren a la distancia, conforme se van alejando de nosotros en el tiempo, de un suave musgo de poesía que oculta sus aristas prosaicas. Por eso él prefería volverse, artísticamente, hacia el pasado y embriagarse con la evocación romántica de imágenes o sentimientos de ayer, reservando todo su desprecio para estos afanes de hoy y estas cosas de ahora cuyo contacto lastimaba la epidermis retórica de su espíritu.

Pero un buen día, acaso una bruja mañana de primavera y de sol, en que los pájaros cantaban gloriosamente y las flores embalsamaban el aire embriagándose en su propio perfume, el poeta se asomó

a la ventana de la vida y vió que la vida era bella. Y cuando el hombre se dispuso a salir a la calle para internarse en el tráfago de la ciudad y cruzar caminos del campo y mezclarse a las cosas del mundo para cumplir con su obligación de vivir, el poeta por primera vez en sus días le dijo humanamente: "te acompaño".

Fué una revolución en las costumbres de un alma lírica. Ya había algo más que hacer que escarbarse el corazón con la pajuela del sentimentalismo. Ya no se trataría de buscar tan sólo en los estados de ánimo y en las ansias de amor y en los ojos de amada el caudal de poesía para llenar el cántaro de unos versos más o menos melancólicos y suspirantes.

No había que pedirle a la literatura la receta de las expresiones líricas ni que atenerse a los temas libresco para no apartarse del decoro formal. No había tampoco necesidad de incurrir en las imágenes recortadas de los libros de estampas del parnasianismo o del modernismo.

Ahora había que saltar el cerco de los libros y abrazarse a la realidad circundante como un chicuelo se abraza a un árbol cargado de frutos para sacudirlo y desprender la cosecha que recogerá desparramada por el suelo.

Yo puedo afirmar con orgullo y sin jactancia que no soy ajeno a ese cambio de posición. Más de una vez sostuve con Zarrilli largas discusiones. El no quería admitir que en la ruda materialidad de la vida moderna pudiese haber una fuente de inspiración poética. No concebía que el espíritu pudiese extraer idealidad y lirismo de la visión de un mundo real, feo y tosco, cuya grandeza brutal y cuya fuerza mecánica sólo parecen apropiadas para aplastar el alma, no para fortalecerla.

Su criterio estético era el de un idealismo que niega a los sentidos toda participación en la captación de la belleza pura.

En arte estaba por las sombras contra los cuerpos; por la vaga fantasía contra la realidad; por el mundo místico de los ensueños solitarios, contra el mundo palpable de las formas fecundas.

Yo creo haberle hecho comprender, en una de esas discusiones (en que probablemente, como suele ocurrir, el calor dialéctico nos hacía perder a ambos un poco el centro de gravedad de nuestras verdaderas convicciones íntimas), que cuando se era joven como él y

se tenía un temperamento ardiente y unos labios sensuales como los suyos, que gritaban la fiebre intensa de vivir, no se podía, sin contradecir la propia naturaleza, volver las espaldas a la vida y envolverse en nubes de idealismo estético para no mancharse con la visión y la posesión de la realidad cotidiana. Y este poema demuestra que soltó, al fin, la impaciente jauría de sus sentidos para que le trajesen su presa de poesía vital cazada en el bosque enmarañado de las cosas materiales.

Un gran poeta ha dicho que la realidad en arte debe ser un punto de partida pero no un punto de llegada.

A Zarrilli le faltaba ponerse en ese punto de partida, del cual se alejaba deliberadamente. Su tranvía sale de la estación de las realidades vulgares; pero para llevarnos en un viaje encantador, a través de recuerdos, de metóforas, de sugerencias sentimentales, de perspectivas inconfiadas y alucinantes de la imaginación, al país de la emoción y del ensueño en el que toda realidad se hace belleza.

1924.

El Ultimo Romántico

Con Carlos Roxio desaparece uno de nuestros grandes románticos. Sin duda el último de los que nos legara el siglo XIX. Era un poeta todo corazón. Su acento salía siempre estremecido por las vibraciones sentimentales de un espíritu que no sabía arder sino como las antorchas en el viento, agitándose en aletazos de luz y sombra.

Perteneció a una generación literaria de la que quedan entre nosotros pocos representantes. Tuvo las gallardas virtudes y los simpáticos defectos del Romanticismo, tanto en su obra como en su vida.

No hablaré de su actuación en política. Delicado el tema, sobre todo en estos instantes, y tengo para mí que no es esa parte de su existencia la que puede interesarnos a los que le sobrevivimos.

Había en todos sus actos una despreocupación de hombre con alas a quien el ensueño envuelve constantemente como una nube radiosa. Lo que más me sedujo siempre en su trato fué el ardor con que lo encaraba todo, desde las discusiones de café a las tareas de la pluma o a las luchas políticas.

Parecía encarnizarse a mordiscos de dialéctica y de actividad mental con los problemas a que se abocaba. Pero entre éstos no estaban más que los desinteresados, las aventuras del sentimiento o de la idea; las lides del amor en que se desesperaba y las luchas cívicas que para él estaban siempre iluminadas por un resplandor intenso de idealidad. Los otros problemas, los prácticos, los del interés y la realidad material no alcanzaba a verlos. Pasaba por encima de ellos, desdeñándolos. Es un desdén funesto, porque suelen vengarse duramente; y él tuvo sin duda que saberlo al final.

La vida práctica no tolera que se la menosprecie. Romántico por temperamento y educado en la escuela del Romanticismo, no aprendió nunca a manear su Pegaso en el palenque de las exigencias ma-

teriales, ni nunca quiso adiestrarlo para que pasase fácilmente a través de los vericuetos de la terrestre realidad.

Tuvo un concepto demasiado literario de todo. Vivió en literatura. Pero era un hombre, porque su corazón fué siempre humano, y de él brotaba calor bastante para caldear de vida natural y espontánea todas las manifestaciones de su existencia intelectual, social y política. El virus de la literatura no le llegó al corazón.

Caso curioso y único: escribiendo libros eruditos se limpiaba del musgo literario que le invadía el cerebro. Y eso le inmunizaba el sentimiento y le libraba el alma, la naturaleza íntima y esencial del ser, de toda invasión impura.

En su obra poética volcó su alma. Y por eso en ella hay poesía verdadera, palpitación de humanidad, tibieza inextinguible de belleza lograda con sangre de las venas.

Ultimamente no se le recordaba bastante. Los nuevos gustos literarios lo pusieron al margen de las predilecciones estéticas. No se quería ver en sus versos más que los defectos o las características de escuelas y modas. Los jóvenes fueron injustos con él. Nunca debieron olvidar qué significó en la evolución de la lírica nacional; como no podían negar el abundante lirismo de su inspiración dentro de formas que hoy nos parecen viejas, pero que en su tiempo, cuando trajo a nuestro país el brillo de una poesía constelada de imágenes y giros románticos, eran novedosas.

Hace pocas semanas recordaba yo en "La Cruz del Sur" lo que debe a Roxlo la corriente nativista, hoy de moda entre nosotros. Forzoso es considerarlo como uno de los precursores de la poesía criolla culta (es decir no la dialectal en gauchesco y en décimas), por cuanto fué de los primeros que usaron las cosas de nuestra tierra como sujeto de inspiración o como elementos decorativos de su arte.

En ese artículo decía yo y quiero repetirlo aquí: "Luego Roxlo hizo también poesía "patriótica" de evocación de hazañas épicas con gran lujo de elementos nativos —ceibos, talas, espinillos, arazá, yaguaratés, etc.— y en su misma poesía erótica empleó con marcada predilección las referencias a cosas de nuestros campos, especialmente flores, frutas, pájaros e insectos. El mburucuyá, los macachines, el chingolo, el terutero, el mamangá, el camoatí, el butiá, la calandria son voces que a cada paso surgen en los versos de Roxlo salpicándo-

los de un perfume agreste que llegó a comunicarles personalidad inconfundible.

Y no era por amor de lo pintoresco que empleaba esas humildes pero vivas gemas de nuestros campos, sino por amor romántico a las cosas del terruño.

Toda su obra, con sus valores y sus defectos —y más con éstos que con aquéllos— se la debe juzgar en función de su visión romántica de la vida y de su sensibilidad romántica para encararla y vivirla.

El suyo era literariamente un romanticismo español con el que se emparentaba a Zorrilla, a Bécquer, a Campoamor, así como a los mexicanos Flores, Díaz Mirón y Gutiérrez Nájera.

El ex-secretario de don José Zorrilla se había traído al Río de la Plata, junto con la pronunciación española, la afluencia verbal, la facundia imaginativa, la vocación del canto sonoro y la aptitud del monólogo lírico numeroso, con una emoción de trovero apasionado vertida en un lenguaje rico de palabras poéticas. Toda su obra de poeta amateur es una trémula serenata en plena luna, un poco gárrula tal vez. Todos sus cantos épicos en que canta hazañas y héroes de nuestra historia, son arengas enfáticas pero a las que no falta el vigor expresivo ni el sabor criollo alquitarado en su decorosa estilización castellana.

Personalmente, fué una víctima de su romanticismo esencial. Murió en romántico. Su fin tenía que ser el de una muerte heroica en una revolución blanca, en un duelo, o en el suicidio.

Con propia mano puso el punto final al poema lírico y dramático de su vida bohemia, desarreglada y generosa hasta la dilapidación de sí mismo.

La Fuente de la Plaza Constitución (1)

Una fuente en la plaza... He ahí un dulce amigo de las almas sencillas a quienes para sumirse un momento cada día en el blando sueño de la felicidad bastan un banco rústico bajo unos árboles y un frágil chorro de agua despedido desde un pilón de mármol al aire de la mañana o de la tarde para que vaya a mezclarse con la miel fluida del sol. Es un juguete fijo y animado para los niños y los viejos que van a esos parquecitos ciudadanos, los unos a retozar como bellos animalitos que son, los otros a contemplar con cansados ojos la plácida circuiación de la vida en esos claros y hospitalarios remansos de la ciudad.

Las plazas de Montevideo, que son pocas, suelen ser propicias al encanto de las fuentes. Las hay que, como la de Independencia, tienen nada menos que cuatro —una para cada gran cantero lateral— desprovistas de toda pretensión de arte y en las que el transeúnte no repara porque no cortan su paso y son tan sólo, dentro del amplio marco de palmas, un complemento decorativo de las verdes pelouses. Las hay que como la de Treinta y Tres —de Artola para los montevideanos durante mucho tiempo todavía— esconden en su centro, entre altos biombos de plantas, una de esas discretas amigas de los niños, de los viejos y de los pájaros. Porque una fuente en el centro de la plaza es sobre todo eso: una bondadosa mano abierta en cuyo hueco se deposita el agua suficiente para que los niños mojen sus dedos y arrojen piedrecitas o migas de pan a los pececillos de colores; los viejos pesquen con el espíritu evocaciones del pasado, y los pájaros sacien su sed o humedezcan sus plumas...

¡Divino hallazgo del genio de la decoración arquitectónica es éste por cuya virtud la gracia inmortal de las aguas del cielo y de la tierra

(1) Noviembre 12 de 1924 ("Mundial", Revista de Buenos Aires).

se hace presente en la aridez de nuestros panoramas urbanos y pone su hechicera risa de cristal en la sabia disciplina de los paisajes artificiales!

Las fuentes nos traen y desatan —en los huecos más o menos sombríos de la ciudad, en las encrucijadas edilicias, en los parques metódicos, en las plazuelas amables y hasta en los patios de las antiguas casonas— una partícula del alma de los ríos que corren como potros salvajes a través de los campos o atraviesan como espadas sinuosas el hondo corazón de los bosques. En un remedo de montañas que se deshuelan, vuelcan magníficas y generosas penachos de inagotables torrentes. Tienden en su vertical cinta líquida y en sus arcadas fluviales y en su horizontal espejo vibrátil, ante nuestros ojos miopes de oficinistas —todos lo somos en la gran usina de la urbe— la visión de las libres praderas entregadas como amantes fecundas a los brazos invisibles e impacientes del viento y a los tibios besos del sol. Hacen brillar ante nuestras miradas el espectáculo de la naturaleza, con la suelta cabellera de los árboles, el gracil decoro de las flores silvestres, la inquietud de las aves y de las ramas, la marina ondulación de las colinas de esmeralda, la quieta beatitud de los valles solitarios, la sugestión melancólica de las lejanías y la remota diafanidad de los horizontes. Pero más que eso aún: traen el cielo hasta nuestros pies fatigados, el cielo con su azul y sus nubes y sus astros, y nos lo alcanzan en sus copas de piedra para que lo bebamos con el alma mientras andamos el camino espolcados y agobiados por las preocupaciones terrestres. Son así benditas escanciadoras de cielo, al cual podemos ver descendido de su altura inalcanzable y posado como un ave sobre la tersura especular de la mágica linfa. Todo eso vibra y pasa sin cesar en el chorro que hiende la atmósfera y cae cantando sobre el agua del plato, y todo eso vive en esa agua estremecida por el persistente contacto de sí misma en el repiqueteo isócrono de aquel fino bordón de cristal. Ese chorro es un gajo de río chúcaro que tiembla domesticado en nuestros jardines ciudadanos, esparciendo entre nuestras casas el ingenuo perfume de su pradera nativa. Es una brizna de catarata engarzada como un aigrette de diamante en el adorno artístico de los paseos... No puede haber nada más evocador que una fuente. En ella hay un elemento vivo, una palpitación orgánica de ser en actividad, un alma, una inquietud, una voz. Como que es la sangre

del planeta la que circula por sus venas de plomo y es el alma misma de los campos y la esencia de la vida universal la que fluye de sus grifos y rumorea en sus tazones.

Cuando las plazas se hunden en el silencio de la noche; cuando los parques se recogen en la sombra y duermen su sueño profundo bajo los astros vigilantes, ellas siguen viviendo, ya sea en el frágil hilo o en la columna de cristal que canta, ya sea en la agitación de las breves ondas tendidas a los pies de los enmudecidos surtidores, y en el vaho todo, en el fresco aliento que se expande de sus entrañas húmedas.

Yo adoro las fuentes, y sobre todo estas fuentes de las plazas públicas, en plena ciudad, que acercan a los transeúntes de la calle un hálito de la campiña lejana.

En Montevideo, en la parte más céntrica de la población hay una que me seduce singularmente. Es la de esta pequeña Plaza Constitución, que se diría un gran patio de hospicio en cuyos bancos toman el sol unos cuantos viejecitos del barrio, testigos presenciales muchos de ellos de los primeros pasos de la metrópoli, como que vieron alzarse desde los descampados que rodeaban el Fuerte, algunos de nuestros más importantes edificios. Casi todos ellos han asistido al surgimiento de las casas que flanqueando la Matriz y el Cabildo, los monumentos coloniales, encierran esta plaza en un marco inarmónico, abigarrado, en el que se destaca la blanca fachada, amable como un bello rostro sonriente, del Club Uruguay. Y casi todos han visto colocar en el centro de la plaza, suplantando un ombú corpulento, esa bonita fuente candorosa, de un delicioso gusto renacentista, que parece un gran centro de mesa, artísticamente tallado en mármol de Carrara, con sus graciosos niños desnudos y sus murciélagos rígidos que arrojan agua por la boca.

Los gorriones, familiarizados con el tráfico y la vida de la ciudad, caen sobre ella para sumergirse en sus cuatro tazas superpuestas y saltan sobre los cándidos puttini, hundiendo el pico en la fugacidad y transparencia de los chorros cantarinos.

Estoy seguro que esos buenos viejos tuvieron un sobresalto cuando días atrás se habló de sacar de allí la fuente para aposentar en su sitio la estatua de un prócer. Montevideo tiene pocas plazas y las que hay no van alcanzando para la conmemorativa población de mármol

y bronce cuyo número crece en todas las ciudades conforme crece la población de carne y hueso. Se amenaza, pues, con instalar allí uno de esos pobladores perennes.

Verdadero convidado de piedra resultará en ese paraje el monumento que desaloje a la simpática fuente. Quienes no somos insensibles al atractivo de esa ingenua nota fluyente que allí vibra como el latido mismo del corazón un poco aldeano de esa plaza metropolitana, miraríamos siempre con rencor a ese intruso cuyo gesto solemne podrá tener mucha importancia para la historia, pero dice mucho menos al alma de los ancianos y de los niños que allí se congregan que esta grande e inmarcesible flor de mármol con estambres y pistilos de agua rumorosa.

FE DE ERRATAS

- En la pág. 64, donde dice: el delito, señalando así debe decir: el delito. Señalando así...
- Idem. donde dice: Pero en la escuela debe decir: En la escuela.
- Idem. donde dice: antes que al delito, debe decir: antes que el delito.
- En la pág. 118, donde dice: ...añade grandezas debe decir: ...añade grandeza.
- En la pág. 128, donde dice: muchos aún debe decir: muchachos aún
- En la pág. 151, (líneas 6 y 7) donde dice: ...contribuye debe decir: ...constituye.
- En la pág. 184, donde dice: Yo estoy pleando, debe decir: Yo estoy planteando.
- En la pág. 263, donde dice: de dignidad que no entrega debe decir: de una dignidad que no entrega...
- En la pág. 278, donde dice: He dejado para el último a..., debe decir: He dejado para el último término a...
- En la pág. 297, donde dice: ...con su verba cálida..., debe decir: con su verbo cálido...
- En la pág. 367, donde dice: "Sin perjuicio de que todavía pueda discutirse, si el verbo, el espíritu, influyó antes sobre la acción o ésta antes sobre aquél, optando, etc., debe decir: Sin perjuicio de que todavía pueda discutirse, optando entre el Evangelio de San Juan y el Fausto de Goethe, si el espíritu influyó antes sobre la acción o ésta antes sobre aquél.
- En la pág. 410, donde dice: Conocedor y gustador de las clásicas, debe decir: Conocedor y gustador de los clásicos.
- En la pág. 417, donde dice: desde luego comunista,... debe decir: desde luego comunistas,...

PRIMERA PARTE

CONFERENCIAS Y DISCURSOS

	Pág.
Advertencia Preliminar	11
Víctor Hugo ciudadano	13
María Eugenia	25
Dante	33
Rafael Barradas	47
Concepción Arenal	55
Salvador Díaz Mirón	71
Presentando a Indalecio Prieto	81
José Batlle y Ordóñez	85
Domingo Arena	93
Presentación de León Felipe	101
Ismael Cortinas	105
Carlos Vaz Ferreira	113
Nicolás Repetto	119
Tres momentos del Teatro Nacional	127
Por la liberación de Italia	135
Lorenzo Mérola	143
Juan B. Justo	147
Luis Companys	161
Manuel de Unamuno	165
José Ingenieros	171
Angel Ossorio y Gallardo	177
Baltasar Brum	179
Inauguración de la Temporada de la Comedia Nacional	183
Mario Bravo	189
El Partido Socialista de la Argentina	193
La gloria de Artigas	201
"Ariel" en el momento de su aparición	205
Presentación del "Ariel" de José Enrique Rodó en Moscú	213
Luigi Fabbri	235
Dr. Pablo de María	239
Pablo Blanco Acevedo	243

	Pág.
Carlos Zum Felde	245
Carlos María Prando	249
El Arte y la Vida	251
Clausura del Congreso Internacional de las Democracias de América	267

SEGUNDA PARTE
ARTICULOS Y ENSAYOS

Jaurés en Montevideo	283
En un Libro de Carlos Sánchez Viamonte	289
Enrique del Valle Iberlucea	293
Enrique Dickmann	299
Un Libro de Gustavo Gallinal	311
El Prof. Destéfanis o la Libertad de Cátedra	315
El Valor Italiano	321
La Sombra Proscripta	327
Romain Rolland Acerca Mundos	329
José Carlos Mariategui	333
Sarmiento y los Extranjeros	337
Un Plan para la Coordinación de la Enseñanza	341
Pasión y Muerte de León Blum	347
Ernesto Bevin	353
Stafford Cripps	357
Vaz Ferreira, Maestro del Oficio de Pensar	363
El "Estevan Echeverría" de Alfredo L. Palacios	369
"Humanismo y Cristianismo" de Pedro Díaz	373
A manera de Prólogo (Para un libro inédito del Dr. Carlos Salvagno Campos)	377
Enfocando un Aspecto de Montiel Ballesteros	383
Prólogo de "22 Meses de Traición", de Víctor Dotti	389
Luis Pardo	397
Ignominiosa Torpeza	399
"El Gran Parto"	401
"La Danza de los Horizontes"	405
Elogio del "Cuaderno de Otoño" de Julio J. Casal	407
"Poesías" de Carlos Zum Felde. Prefacio	409
La Poesía de María Esther Llana Barrios	413
"Cómo Perdí la Fe en Moscú", por Enrique Castro Delgado	417
Un Poema de Humberto Zarrilli	419
El Último Romántico	423
La Fuente de la Plaza Constitución	427